# ASESINOS INDECISOS

Antonio Trijueque Monge



wildu
Ediciones

# Asesinos Indecisos

# Créditos

© 2025 Antonio Trijueque Monge. Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2025

Publicado de forma independiente a través de Amazon Kindle Direct Publishing.

(“Kindle Direct Publishing” y “Amazon” son marcas registradas de Amazon.com, Inc. o sus afiliadas.)

ISBN (tapa blanda): 9798267784528

Depósito Legal: V-4076-2025

© Maquetación y diseño: Wildu Ediciones

© Ilustración de cubierta: Wildu Ediciones | Benja González

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos, salvo cita o uso permitido por la legislación aplicable.

Impreso bajo demanda.

Fabricado en instalaciones de impresión autorizadas en la UE/EE. UU.

(La calidad de impresión bajo demanda puede variar ligeramente entre tiradas.)

Contacto y permisos: trimonant@hotmail.com

# Índice


1. El coche rojo
2. El significado de las tormentas
3. Cristina
4. La conclusión del enigma
5. Los exploradores
6. No sentiré nada
7. Un hueco en el árbol
8. Un revólver de cinco balas
9. Confraternidad Carnal
10. Tres veces disparé

# Asesinos Indecisos

Se advierte que cualquier parecido o relación con acontecimientos, lugares o personas reales de esta obra es pura coincidencia y que las historias narradas son enteramente ficticias.

*Para leer bien tú debes registrar tanto el efecto zumbido cuanto el efecto intención oculta, que aún no estás en condiciones (y yo tampoco) de captar.*

*Italo Calvino*

*Todo el sufrimiento puede ser mitigado si se coloca en una historia.*

*Karen Blixen*

# El coche rojo

Fue Joaquín el que originó el interés por el coche perdido, quien de una manera casual contó la anécdota a Elías. Coincidieron como compañeros de trabajo solo durante el transcurso de ese año académico, en el cual mantuvieron una relación tan episódica, tan insólita y circunstancial como la misteriosa narración del auto que desapareció una noche de verano.

Cuando terminó el curso, eligieron destino en institutos diferentes y ya desde entonces no volvieron a coincidir en el mismo centro académico nunca más. La inesperada revelación que Joaquín confesaría anuló la posibilidad de prolongar ningún vínculo de amistad entre ellos y por tanto, la idea de plantear nuevos capítulos con los que desarrollar historias de carácter tan inaudito como el que les ocupó esos días, resultó consecuentemente imposible.

El tema salió aparentemente sin pensar, cuando Joaquín empezó a quejarse de cómo el alcalde de Uriba, el que regentaba la alcaldía en la época del suceso, quiso favorecer la investigación que se había abierto a causa de la desaparición del coche en cuestión, únicamente porque el conductor era familiar suyo.

Elías no recordaba concretamente cuál había sido el motivo por el que apareció el tema del coche rojo. Pero sí notaba que desde el principio la obsesión de Joaquín se repetía una y otra vez. La desaparición de Tomás Signes, que era como se llamaba el conductor, además de otro tema personal que tardaría en

comentárselo a Elías, fue lo que le empujó a Joaquín a hablar de todo aquel misterio. Elías advertía como, cuando a Joaquín se le calentaba la cabeza, la rabia le acudía de manera ferviente y de esa manera ya no paraba de quejarse de los políticos de esa clase y sus artimañas. El calificativo de cabezón era el menos inocente de los que Joaquín dedicaba al alcalde.

Al fin y al cabo, esa clase de arrebatos no eran exclusivos de Joaquín. Elías comprendía de sobra que algo similar le suele suceder a la mayoría de las personas. De hecho es una conducta muy humana, sobre todo en los casos en los que se hace necesario superar ciertas presiones personales. Pero a pesar de todo, se daba cuenta de que Joaquín lo manifestaba de una manera muy especial, visceral, sin compasión, completamente motivado por algo siniestramente oculto. Al principio Joaquín no quiso dar explicaciones detalladas o aproximadas porque se ponía enfermo de la rabia que le embargaba. En esos momentos Elías se daba cuenta de que lo mejor que podía hacer era no insistir y esperar a otra ocasión en la que la conversación saliera de una manera espontánea.

Joaquín, lo primero que le mostró en la pantalla de uno de los ordenadores de la sala de profesores fue un artículo de los que aparecían publicados en internet. Además le mostró que si quería podía rastrear más artículos, archivados por otros periódicos, que estaban directamente relacionados con el suceso acontecido en el año 2009.

-¿Ves? De esto es de lo que te hablo -le dijo Joaquín a Elías, señalando la pantalla.

A pesar de que Joaquín se las mostrara con una actitud desdeñosa y falta de total interés, a Elías le atrajeron esas historias que aparecían en los artículos en los que, por contra, no se añadía ninguna información excepcional sobre alcaldes que mostraran actitudes grotescas o fuera de control.

Como a su vez Joaquín se había fijado en la manera con la que Elías se interesaba por el tema del coche, por la tarde le envió a su correo electrónico más enlaces de diarios donde aparecían noticias relacionadas con la desaparición del auto rojo.

Cuando Joaquín empezó a contar su versión del suceso lo hizo de una manera inconexa, narrativamente burda. Y a pesar de que más adelante, conforme la iba repitiendo, las organizaba en secuencias a las que conseguía dar alguna coherencia, a Elías le costaba formarse una imagen más o menos exacta de lo que realmente había sucedido. Primero Joaquín hablaba de la desaparición, luego de la investigación y más adelante de la incertidumbre que llevó al desenlace inesperado. Pero, pese a todos las apreciaciones que Joaquín comentaba, lo seguía relatando de una forma desorganizada, aleatoria, porque siempre le asaltaban rachas mentales incontrolables, repentinas, que le distraían y le encauzaban otra vez a exteriorizar el odio que sentía por el alcalde.

Pese al acercamiento que les había proporcionado el asunto del coche, ambos seguían guardando una relación accidental e incluso distante de simples colegas de trabajo. Sin embargo Joaquín pareció pensárselo y decidió invitar a Elías a su casa para concentrarse mejor en la pantalla del ordenador. En el salón de su casa dispondrían de la tranquilidad que en la sala de profesores, obligados por la celeridad de los cambios de clase, les era imposible de conseguir. Tomándose un refresco tendrían más tiempo por delante y analizarían mejor lo que algunos detalles suelen ocultar.

Con anterioridad, Joaquín también había observado la manera con la que Elías criticaba a cierto tipo de gente y cómo cuestionaba las palabras que decían otros profesores en la sala de descanso. Por ahí ya habían encontrado algo que les acercaba. *La maldad une a los demonios*, pensó Joaquín, mientras miraba por los ventanales la pinada que crecía más allá de la valla que circundaba el patio de recreo.

La tarde en que Elías acudió a la casa de Joaquín no se demoraron mucho en empezar con el repaso, en principio somero, de las páginas que iban apareciendo, para así tomar algunas notas mentales. Había que hacerse primero una idea general de lo que iban a encontrar, para luego leer los artículos con más detenimiento. Les emocionaba encarar lo que les ofrecía la pantalla mientras el cursor latía a la espera de ser movido sobre algo que les llamara

especialmente la atención; qué asunto resultaba más atractivos que otros; qué les debía animar a examinar alguna noticia en concreto y apreciar ciertos pormenores que les dieran información y sugerencias sobre lo que sucedió aquel mes de junio de hacía ya tantos años. Se enfrentaban al recordatorio de un accidente que ocurrió de verdad; a una realidad objetiva que era cruel en sí misma.

Pero veían que tampoco encontraban gran cosa; tan solo se trataba de unos archivos virtuales que, como hojas olvidadas, flotaban en los estantes escondidos del mundo digital de los periódicos. A pesar de todo, con ese material ya contaban con elementos suficientes para fantasear los episodios emocionantes que les apeteciera desarrollar.

Joaquín era vecino de Uriba, la misma población en que nació Tomás Signes. Contaba que se enteró del suceso, al igual que el resto de la población, cuando de manera inesperada saltó la noticia a los medios de comunicación. Después de la sorpresa se desató la tormenta de chismorreos que propagó la intranquilidad de las personas, algunas de las cuales rogaban que se les ofrecieran posibles pistas sobre aquella extraña desaparición.

El pueblo no llegaba a ser lo suficientemente grande como para que la gente no se enterara de una manera rápida de cualquier novedad, aunque por otra parte sí era una población lo bastante extensa como para que Joaquín no hubiera tenido constancia de la existencia del joven hasta que, de manera tan inesperada, surgiera el incidente de aquel repentino desvanecimiento.

Elías opinaba que había pasado ya mucho tiempo desde los acontecimientos que tenían delante de los ojos y por esa misma razón, nadie que hubiera vivido los sucesos y leyera una transcripción de las palabras que entre ellos dos iban intercambiando, podría enojarse ni verlo como una relación directa con el trágico suceso por el que ambos se interesaban en la actualidad. Todo aquello había sido olvidado desde hacía demasiados años. Además, tal como funciona el Cosmos, con el paso del tiempo llegarían sucesivas limpiezas informáticas que, a base de escobazos

electrónicos, los archivos del pasado que fueran careciendo de valor para seguir guardados, terminarían barridos para siempre.

Aunque fueron las circunstancias del trabajo las que crearon la situación por la que se conocieron, había que añadir que fue concretamente el interés literario de Elías lo que contribuyó a que entre ellos dos se desarrollara una amistad peculiar que les empujó a investigar las extrañas incógnitas del caso del Mercedes rojo. Joaquín hacía poco había comprado un libro publicado por Elías y le pidió que se lo dedicara. A Joaquín la literatura no le importaba nada, o incluso menos que nada, tal vez como lector circunstancial, pero solo eso, o sea, en ocasiones tan contadas como esta en la que se había visto incluso obligado a ofrecer un juicio a Elías sobre su obra. Le comentó que el libro le había gustado pero se cayó la verdadera opinión de que, aunque consideró que no le había desagradado del todo, le había hecho perder demasiado tiempo, demasiado agobio sosteniendo un libro ante sus ojos en el que las palabras se sucedían sin que le dijeran nada de verdadero interés. Joaquín odiaba a los escritores. Los consideraba unos farsantes, mentirosos, manipuladores de embustes forzados.

-Agradezco tu opinión -le dijo Elías-, pero ¿sabes lo que te digo?, que seré todo lo escritor que yo mismo me quiera considerar, pero en la realidad no soy más que un completo desconocido. Para el mundo literario prácticamente no existo.

-Tranquilo hombre -le animó Joaquín. Le dio la sensación de que Elías le había leído el pensamiento-. Por ahí he leído que un libro es como un mensaje metido en una botella. Nunca se sabe a dónde llegará.

-Eso si llega a alguna parte. Pero sí, eso es muy cierto. Es algo parecido a lo del coche rojo. De morro contra el suelo. Quién iba a pensar ese destino una hora antes.

-No hay que tomárselo de una manera tan trágica. Es mejor con una perspectiva cómica. Seguro que si no le dejas de poner interés todo te saldrá bien. Te digo yo que sí.

Sonrieron y se volvieron a concentrar en la pantalla, en el enigma del coche que se evaporó. *¿Pero, qué más se podía sacar de algo*

*que había quedado definitivamente resuelto hacía ya más de una década?*, pensó Elías, caso cerrado. Sin embargo siguió considerando la circunstancia de que, tal como lo había planteado Joaquín al principio, era un asunto oscuro del que se podría extraer una buena historia. Todo consistía en proponérselo como le acababa de explicar Joaquín. *Obvio, lo sé de sobra.* Pero había que seguir. Su colega se había convertido en un excelente colaborador para indagar y ampliar las suposiciones de lo que sucedió en los días del remoto junio del 2009.

Como siempre, los periódicos solo reflejaron la fina costra congelada de la cantidad de vivencias que existieron en unos días repletos de sucesos que se desarrollaron de manera simultánea aunque anónima. Imposible que tal cantidad de datos cupieran en los papeles o en informativos de cualquier clase.

Conversando de manera distendida, los dos compañeros empezaron a intercambiar palabras que en muchos casos no seguían la lógica de una conversación ordenada o metódica, sino que más bien se convertía en un intercambio de opiniones aleatorias; casi en un coloquio inarticulado de sordos en el que ninguno de los dos era el destinatario real del otro:

-Como narrador -dijo Elías-, me gustan los monólogos que se dispersan en una constelación de palabras sin control, pero que a su vez buscan el encuentro con el sentido de las cosas. Imagínate a una persona hablando consigo misma: se desdobla, luego la ves que se desmorona, se deshace en una nube, en muchas nubes que se mezclan dentro y fuera de su propio discurso. Y por supuesto también están los diálogos que se entrelazan como senderos furtivos, que aparecen de la misma manera que desaparecen, aunque conduzcan a soluciones imposibles. Un diálogo que mantienen dos amigos, como tú y yo ahora mismo, también se puede disolver dentro de la narración, creando situaciones inventadas, incluso falsificadas. Las falsificadas son las que resultan más literarias. De esa manera se consigue que las palabras se conviertan en evocaciones a las que se podrán encauzar según le plazca a uno en cada momento. Pero para mí lo mejor de todo son

los pensamientos libres que no tienen necesidad de llegar a ninguna conclusión. Que aparecen y desaparecen cuando menos te lo esperas y luego te olvidas de ellos porque aparecen otros nuevos y mejores. O peores. Qué más da.

-Por mi parte -empezó Joaquín con tranquilidad-, me siento ajeno a cualquier obligación de creación artística, aunque reconozco, como ya te he dicho antes, que todo trabajo logra su valor cuando se hace con interés. Evidentemente también habrá que contar con la necesaria maestría que remate el esfuerzo, o sea, utilizar una serie de ajustes, si no confeccionados a la perfección, al menos sí con solidez. De hecho los defectos también dan mucho juego. Si quieres que te diga mi sincera opinión, estimo que en un gran número de casos, los éxitos son toques afortunados que ni el propio escritor se los esperaba. Claro que ante todo está el echarle horas. Si no lo trabajas, como es lógico, nunca habrá nada definitivo y seguro. En cierto modo yo también puedo presumir de trabajos bien hechos de los que no tengo la menor necesidad de divulgar.

-La idea de abrir una historia diciendo que está basada en acontecimientos verídicos -dijo Elías-, no es mala táctica para atraer a cierto tipo de público. Así se lanza un señuelo para los que creen que, si se les asegura que fue real, es porque no les quieres engañar tontamente con fantasías fingidas.

-Seguro que hay muchos otros que no lo ven así -le cortó Joaquín-. ¡Pero eso qué más da! Cuando se cuenta un suceso, por fantástico que este sea, siempre va a estar, de una forma u otra, relacionado con circunstancias cotidianas, o sea, reales. Lo importante es evitar dilemas absurdos con los que perder el control de lo que se trata de escribir.

-Me gusta oír eso. De lo que solemos llamar la narrativa. Porque si pierdes la perspectiva de -Elías pensó las palabras-, de la trama, eso, acabas estancado en disyuntivas incoherentes e innecesarias.

-¿Lo ves? Tú de eso sí que sabes.

-Además me parece a mí también que siempre será mejor que hablen los personajes. Mira -Elías puso ambas manos delante de su cara enfrentando las palmas y luego las pegó como si fuera a rezar-.

Mi idea es que yo también voy en el coche, en el asiento del acompañante. Me limito a observar objetivamente, mientras tomo notas en una libreta. Apunto los detalles que me permiten atrapar los breves segundos que el auto tarda en chocar contra el suelo y el instante en que se produce la muerte del conductor. En ese momento mi presencia se esfuma.

-En un principio se creyó -dijo Joaquín, dando un suspiro que aparentó nostalgia-, o la mayoría creyó, que la causa fueron los efectos de las drogas o el alcohol.

-También pudo haber sido algún tipo de furia interna que descontroló a Tomás. En este punto se abre la posibilidad de una intriga. Todas las anotaciones las revisaré más tarde. Poco a poco, como corresponde. El desafío de atrapar cada rebanada de tiempo e imaginar lo que nadie pudo ver puede ser agotador. "Si me la pego yo -me dice Tomás, mientras me mira de reojo, durante ese lapso breve, infinito, de tiempo que permanecemos juntos-, te la pegas tú también". "Yo no puedo desviar las circunstancias por las que estoy aquí tomando notas -le contesto-. Soy un supuesto testigo, una representación mental. Nada más. Todo está en mi mente. Yo, a ti no te conocí". Entonces Tomás se resigna, expulsa el aire y nos estrellamos. Yo, ¡pluf!, me desvanezco.

-Si quieres llevarlo por esa línea, no lo veo mal del todo.

-Quedaría literario, narrativo, El lenguaje lo permite.

-Aunque para mí no deja de ser una indefinición forzosa de lo no vivido.

-Vale. Pensándolo bien -Elías mostró un gesto de indecisión-, lo mejor será limitarse a narrar limpiamente. No veo que mi presencia, aprovechando la circunstancia de la caída, tenga mucho interés.

-No hace falta que te eches para atrás tan pronto. Tampoco es mala idea. Puede tener un gran valor visual, gráfico, tenso, contextual, de introducir al lector en la situación. No sé, puede quedar algo simbólico. Eso siempre da juego. Te repito que todo vale si aciertas el punto.

-Como en las comidas.

-Correcto. Como en las comidas -Joaquín lo miró fijamente-. Me doy cuenta de que tienes una personalidad un poco insegura.

-Sí, eso es verdad, no lo puedo negar.

Elías bajó la vista. Se fijó en que los cordones de los zapatos estaban algo desgastados. *Todo cambia, nada permanece, nunca te bañarás en el mismo río*, pensó. Pasados unos segundos dijo:

-Desde el primer momento en que me contaste el caso del coche perdido, quise vivir, o imaginar ese momento exacto -hizo una pausa-. Vivirlo, o imaginarlo, congelarlo.

-Con palabras.

-Claro. De qué otra manera se puede hacer si no. Como estamos haciéndolo ahora. No encuentro otro método. O al menos ese es mi método.

-Lo bueno es que así te lo puedes imaginar de las mil maneras diferentes que quieras,

-Pero de ningún modo vivirlo de nuevo.

-Por suerte para ti -dijo Joaquín con semblante serio-. Lo digo porque imagínate realmente sentado en el asiento del acompañante -pensó las palabras-. Aquello fue muy cruel. Seco. Sin emoción.

En el silencio que se produjo, ambos miraron en direcciones opuestas. Pasado unos segundos Elías rompió el silencio:

-Un instante efímero. Los últimos segundos de una persona. "Yo -podría añadir mientras el coche se precipitara en caída libre-, me he enterado de tu muerte muchos años después de que te enterraran. He encontrado en este accidente un interés especial y me gustaría que me explicaras si hay alguna causa oculta que lo produjo; preguntarte sobre tus experiencias, sobre los comentarios que se hicieron sobre tu muerte; claro que tú de esto no pudiste enterarte; desearía formarme una idea más general, más amplia de tu persona; que en definitiva tú mismo me dieras una opinión de por qué se llegó a pensar esas cosas tan perversas sobre ti. Drogas, alcohol, hongos alucinógenos". Pero veo a Tomás aferrado al volante con la cara desencajada, mirando a través del parabrisas. "¡Demasiado tarde, idiota! ¡Invéntate otra situación mejor!", me contesta. Lo noto

con ganas de soltar el volante, furioso, porque no tiene tiempo para lanzarse a mi cuello.

-Se me ocurre que inesperadamente el coche no se estrelló porque se abrió un agujero por el que Tomás se coló en otro mundo en el que no morirá y será feliz, o más feliz, porque feliz, según la foto en la que aparece, ya lo era en esta parte del Universo.

-En ese supuesto nunca lo encontrarían -dijo Elías-. Ahí sí que se puede decir que el coche se habría desvanecido para siempre; como me pasa a mí cuando aparezco a su lado tomando notas. No quedaría ningún coche destrozado sobre el terreno seco. No está mal pensado. Me gusta. En ese caso en vez de esperar un mes esperarían toda una vida.

-No sería el primer caso que se ha dado en la historia y además ofrecería tema para los programas televisivos de sucesos inexplicables.

Elías fijó los ojos en Joaquín, que parecía estar interesado por la idea de una trama interesante.

-No me mires así -dijo Joaquín-. No niego que al final puedas introducir un desenlace inesperado y fantástico que se acople bien con el argumento. Pero de momento es mejor olvidarlo porque nada de eso pasó. A mí también me gustan las especulaciones insólitas. Aunque preferiría apartar cierto tipo de conjeturas que alejen demasiado los acontecimientos de la realidad. Digo de momento. Luego ya veremos lo que puede salir de todo esto.

El encogimiento de hombros de Elías venía a significar que no se rendía a las posibilidades que pudieran ser imaginadas, por extrañas que estas fueran, y continuó:

-De eso se trata. Porque también pudo suceder que alguien que quería matarlo lo llamara por teléfono. El coche marchaba a demasiada velocidad. Tomás se puso nervioso al saber quien lo llamaba y se produjo el accidente.

-A pesar de todo, eso es perfectamente creíble. Pero no creo que pudiera suceder exactamente de esa forma porque las llamadas quedan registradas y habría trascendido. Imposible. Bueno,

imposible no hay nada en este mundo, ya lo sabemos. Y además, si quieres que te diga la verdad, algo parecido ocurrió. No vas mal encaminado. Pero de momento no te digo nada más.

-También se podría dar la circunstancia de que hubiera sido el amigo -siguió Elías-, el dueño del coche, que le llamó porque tardaba demasiado en regresar y Tomás, al tratar de coger el móvil, perdiera el control del vehículo y se saliera de la carretera.

-Bueno, eso de la llamada del amigo no tiene nada de fantasía. Incluso hay un alto grado de probabilidad de que hubiera sido el amigo. Sobre el teléfono ya verás como sí que tienes algo de razón.

-Vale -Elías señaló a la pantalla-. Estoy de acuerdo. Ahora soy yo quien dice que lo mejor será ceñirnos lo más posible a lo que ofrecen los periódicos y luego ya veremos. De hecho, a estas alturas, no contamos con otra fuente de información. La vida oscila entre el número cero y el infinito. Entre el aquí y el ahora; entre el muy buenas y el si volvemos a encontrarnos espero que nos acordemos de nuestra vieja amistad.

Joaquín sonrió.

-Para el caso que nos ocupa, cualquier aforismo que te inventes puede sonar original.

-Qué lástima -se quejó Elías-. Acercarse a Uriba ahora a preguntar o investigar sobre todo aquello, es algo impensable. Desde entonces habréis cambiado de alcalde unas cuantas veces, ¿no?

Joaquín se sorprendió por la pregunta y se alteró sin darse cuenta.

-¿Alcaldes? Sí, varios ha habido. Aquel era un auténtico tarugo. Si el caso no hubiera tenido nada que ver con su familia seguro que no habría puesto tanto interés. El idiota no habría movido ni un dedo. No me importa repetirme. No me mires con esa cara porque ya todo me da igual. Se me nota la rabia, ¿eh?

-Bastante. Además es que no deja de hacerme gracia la insistencia con que lo vuelves a insultar. Es irónico la manera en que lo has descrito, como un hombre medio enano y cabezón.

-Si le hubieran pegado un pescozón, de lo que le pesaba la cabeza se habría quedado con el cráneo pegado al suelo y los pies tiesos para arriba.

-¿Después de los años que han pasado y todavía lo odias?

-Te juro que no podía con él. Qué quieres que te diga. Era algo muy personal.

-Y visceral por lo que veo.

-Sí visceral, efectivamente. Muy visceral.

-Noto que ocultas algo que no me quieres contar -le dijo Elías mirándole a la cara.

Joaquín se quedó callado, pero mientras duraron esos segundos en los que se cortó la conversación, las reflexiones de Elías se amontonaron de forma aleatoria, sin que ese maremagnum de ideas condujera a nada en concreto, hasta que dijo:

-Feliz cumpleaños Tomás Signes. Feliz y último cumpleaños. El definitivo te esperaba. Predestinación o libre albedrío. Orden o caos. En la cronología numérica no es lo mismo un 29 que un 92 -escribió los números en un papel-. Unidos forman el número 2992, que al revés se lee igual. Cumpliste 29 años, pero quedó claro que no cumplirías los 92. En el mundo físico no hay rectificación posible cuando el auto, que ha perdido el control, queda para la chatarra. No se puede revertir la trayectoria, a no ser que con un lápiz se haga una gráfica sobre un papel. O una grabación de vídeo, que no es otra cosa que la representación aparente, falsamente repetitiva, de lo que sucedió en una realidad ya pasada y terminada. Conservados en unos mecanismos de almacenamiento, estos nos hacen creer que el Universo se puede manipular a placer. ¿Tú qué crees, que el cero y el infinito son invenciones o descubrimientos humanos?

-¿A qué viene ahora esa pregunta?

-En los periódicos decían que Tomás Signes tenía veintinueve años pero no especificaban cuándo era el día de su cumpleaños. Estaba claro que un poco más y habría llegado a los treinta. A esa edad se considera formalmente que se deja de ser joven para pasar

a la edad del hombre. El hombre adulto. El duro de película que está en las condiciones físicas más desarrolladas. Sombrero de ala ancha inclinado a un lado. Carne fuerte que, en los momentos del accidente, se convirtió en un trozo de carne inerte caída desde el cielo. Una verdad tan prosaica que se quedó encajada contra el volante. Secamente. Las bolsas de amortiguación no le sirvieron para nada.

"Pesadilla de una noche de verano. Solo para el que lo desee recordar. La noche es como un túnel. Sin embargo, en las noches magníficas de verano es cuando se observa más claramente la vía láctea. La leche de la diosa que fue desparramada por el espacio al ser mordida demasiado fuerte en el pezón por el bebé. El dolor hizo que la madre apartara al niño de su seno. Un accidente, o un rechazo maternal formó la inmensidad de nuestra galaxia. También fue un descuido inesperado lo que llevó a Tomás a describir una parábola que no logró la suficiente aceleración como para alcanzar una órbita alrededor del planeta y así llegar a impregnar su coche con las gotas de leche de la diosa Hera.

-Te podría quedar bien así. Pero me parece a mí que el que se sale por la tangente eres tú. Seguro que hablas del cuadro de Rubens. Hera, Heracles, Zeus, menudos sinvergüenzas.

Silencio.

-Tienes razón -continuó Elías-. Mejor vamos a centrar la conversación en lo que verdaderamente me sorprendió al principio cuando me lo contaste. Lo interesante son todos estos artículos en los que informan de la desaparición del coche. De acuerdo -tomó un poco de aire para tranquilizarse-. Vamos a empezar el repaso por este mismo.

-Ten en cuenta -dijo Joaquín al señalar también el artículo-, que en estos papeles -realmente se refería a la pantalla encendida del ordenador-, cuentan el suceso cada uno a su manera y en algunas ocasiones escriben datos que se contradicen con los artículos de otros periódicos.

-Pero supongo que básicamente dirán lo mismo.

-Hombre, básicamente sí. El coche siniestrado siempre viene a ser el mismo, eso está claro -hizo una pausa-. Aunque, incluso eso tampoco se cumple siempre.

Elías enseguida imaginó un debate contradictorio entre diferentes voces, que se alternaban, que se superponían; caras contrariadas que formaban gestos sin relación con nada, exageradas, irreales; caricaturas enfadadas que exageraban acontecimientos faltos de relación directa con lo que decían. ¡Qué horror!

-¡Qué pesadilla! -acabó exclamando-. ¡Las caretas de las pantomimas siempre me han producido angustia!

-¿Qué?

-Nada, no me hagas caso. Mis neuronas funcionan por su cuenta.

-A mí me lo vas a decir -le contestó Joaquín-. Pero da igual, continuemos. No deja de ser puro periodismo de información. No pidamos más. Y aunque en términos generales no expresan ninguna opinión personal, sí es verdad que hay momentos en los que el periodista utiliza expresiones que, al referirse a la familia, consigue que a uno se le altere el ánimo.

-La objetividad duele, aunque, si el asunto no va contigo, parece que te salves.

-Es verdad, pero te salvas mientras miras para otro lado, porque con solo que te lo plantees un poco siempre queda algo remanente que te hurgará las entrañas en el momento que menos te lo esperas.

-Mucha gente que carece de imaginación se refugia en la realidad más ordinaria precisamente para alejarse de las dudas que fabrica la mente. Que les dejen de sandeces. Accidente, muerte y punto. Nada nuevo.

Se volvieron a callar.

-¿Tú en qué sitio crees que te encuentras? -preguntó Joaquín-. Porque uno siempre tiende a ponerse por encima de los demás.

-No sé, en alguna parte, supongo. Donde uno menos se lo espera, ¿no?

Durante unos momentos Joaquín se puso a barajar las páginas virtuales con escepticismo y finalmente dijo:

-Sigamos pues con el asunto al que hemos venido. Empecemos por preguntarnos en qué se convierte un relato si está lleno de citas literales de otros textos, o de todos estos trozos que tenemos delante, quieras que no arbitrarios, cogidos de la prensa pasada para tratar de explicar un accidente del que por lo visto nosotros somos los únicos que hoy en día lo tiene en cuenta. Pero a pesar de lo dicho, tú lo que buscas es desarrollar una narración coherente y con interés. ¿No es así?

-Efectivamente, coherente y con interés, qué si no -Elías mantuvo una pausa porque quería encontrar las palabras que mejor le sirvieran para expresarse con claridad-. Lo que resulta complicado no es otra cosa que la intención de relatar un acontecimiento que se puede describir de incontables maneras diferentes. Ya ves, algo tan común como lo pueda ser cualquier accidente de tráfico, o sea, uno más de entre los cientos o miles que se producen al año. Un accidente sin disimulos. Esto también lo dices tú. Oficialmente otro siniestro total para la aseguradora. Un reto sobre cómo expresar la sencillez lineal de una muerte. De un pasado desconocido, sobre todo por parte del narrador, o sea yo, y que tendrá que reinventarlo como mejor le parezca o pueda.

-Unos dicen que el tiempo es relativo, otros que es una ilusión.

-Parece la letra de una copla. Yo creo que en definitiva todos tienen algo de razón.

-Una vez has muerto automáticamente entras a formar parte del pasado -dijo Joaquín.

-Lo ves, continuamente demuestras que a ti te gustan los tonos sentenciosos.

-Es verdad -admitió Joaquín-. Tienes razón. Realmente el interés que suscitó este accidente no fue el accidente en sí, si no la desaparición del coche sin que este dejara huellas, y por supuesto la falta de noticias sobre el conductor durante un mes. La incertidumbre de la familia y de la población en general, agravada

aún más si cabe por la actitud fastidiosa del cabezón del alcalde, fue lo que durante esos días le dio la transcendencia imprevista que descolocó a todos.

-Y mira por donde, ha sido la situación que provocó el alcalde, al que tanto odio cogiste, lo que ha conseguido que yo terminara enterándome e interesándome. Para algunos sería como si estuviéramos resucitando a Tomás Signes. Por eso mismo, ahora de lo que se trata es de magnificar un acontecimiento inesperado y una desaparición misteriosa. Y volvemos a lo de siempre. Miles de personas desaparecen, pero cuando el problema entra a formar parte de tu círculo de conocidos, todo cambia radicalmente, todo se revuelve y se disparan todas las alarmas. Y si eso se tropieza con un personaje de caricatura, como te gusta representar al alcalde, de repente, después de tantos años la noticia toma una nueva dimensión. Siempre me gusta encontrarme con esa dimensión desconocida, que es la que nos permite elucubrar lo que nos dé la gana. Y precisamente esa dimensión es en la que yo me encuentro más a gusto, porque esa es la mía. ¿Qué se puede decir de uno cuando ya no está aquí? Encuentran algún objeto tuyo guardado en un cajón y, después de darle unas cuantas vueltas, se preguntan: *¿Y esto para qué lo guardaba, para qué lo querría?* Quien quiera que hubiese abierto el cajón se encogería de hombros, lo volvería a dejar en su sitio y, después de cerrar de nuevo el cajón, pensaría. *Él sabría por qué lo conservaba*.

-Sin embargo -dijo Joaquín-, hazte a la idea de que al final el misterio se acabó; encontraron el cadáver y adiós a más artículos de prensa y otros intereses añadidos. Tan poco fue para tanto. Y de esta forma termino de hablar y además añado esta expresión despreciable de canalla revienta historias. ¿Qué te parece?

-No me convences -Elías hizo como si se tapara los oídos-. No te hago caso. Sí que fue para tanto. Encontraron al muerto después de un mes de haber desaparecido. Imagínate las condiciones en que se encontraba el cadáver.

-Está bien. Eso es verdad. Para ti es nuevo y sorprendente, pero de eso hace ya mucho tiempo. Empiezo a arrepentirme de haberte

comentado el asunto. Precisamente cuando estaba más enterrado en el pasado que las pisadas de los dinosaurios.

-Las pisadas de los dinosaurios. También se podría sospechar que no era el cadáver de Tomás. Después de un mes estaría irreconocible. Podría ser cualquiera. Qué dices a eso. Como una huella petrificada.

-Ahora con las muestras de ADN y todo eso, ya no sirve -le cortó Joaquín-. Además, según los criterios, tanto por parte de los periodistas, como por parte de los científicos, los hechos, para considerarlos verídicos, primero hay que contrastarlos. Y lo hicieron. No hubo duda. Sobre eso no vas a sacar nada más. Pero siempre puedes retrasar el accidente y hacer que suceda cincuenta años antes, cuando todavía no existían este tipo de adelantos. La lejanía suele crear nostalgia, además de ayudar a inventarse más suposiciones.

-Que es precisamente lo que yo busco.

-Exacto, que es lo que tú buscas.

-Vale, no te digo que no. La prensa y la ciencia tienen toda la razón; no se puede negar que lo dejaron todo clarito -Elías se quedó pensativo de una manera casi infantil, como si esperara que de repente se abriera una grieta en medio de la habitación por donde apareciese una idea repentina, válida, definitiva-. Tendré que buscar alguna duda razonable que incorpore alicientes a la sordidez.

-Lo de duda razonable no suena mal del todo -Joaquín realizó el gesto establecido con los dedos de ambas manos para dibujar en el aire un entrecomillado-. Pero eso significa "no tengo ni idea de por dónde empezar".

Elías realizó un gesto de resignación.

-En eso te doy toda la razón del mundo -dijo sonriendo.

-En el caso de crear una narración como la que tú buscas, ya me dirás la necesidad que hay de contrastar nada a la hora de inventarte lo que quieras. Tú cuenta lo que te dé la gana y manda todo lo demás a la basura. Si hasta en estos recortes de prensa, que pretenden ser objetivos, ya te digo que se contradicen. Por ahí es

por donde hay que animarse. Cuanto más se busca menos se encuentra.

-¿Tú crees?

-Eso dicen.

Permanecieron un rato sin decir nada y enseguida continuó hablando Joaquín:

-Nos encantan estos paréntesis silenciosos. Al fin y al cabo, lo quieras o no, lo que aparece en los periódicos fue lo que pasó. Y si no es lo único, sí es todo lo que vas a encontrar a estas alturas de la vida.

-Joaquín te oigo y me gusta lo que dices. Manipular los datos sin escrúpulos, sin conciencia. La función de los artículos fue la de informar. Tienes razón, yo no tengo que informar de nada, porque no es precisamente una noticia de última hora, y más después de que haya transcurrido todo este tiempo.

-¿Lo ves? A ti qué más te da mentir. ¿No me has contado que, en la presentación de tu libro, hubo una mujer que te acusó de que no escribías más que mentiras? ¿Tú qué contestaste?

-Pues, que era literatura.

-Exacto.

-Mentir, crear.

-Efectivamente, inventar -dijo Joaquín-. Escribe no con un condicionamiento teórico que, si sirve, es para otra finalidad, pero que no es precisamente lo que tú quieres hacer con estos papeles -acercó la cara a la pantalla-. Vamos a empezar de una vez. Yo leo este artículo y tú si quieres lo haces con el siguiente. ¿Vale?

-Adelante.

-Dice lo siguiente:

*Recortes*

*DIARIO COSTA*

*Un joven, que hace cuatro días se le ha dado por desaparecido, es buscado por todos los medios de rescate movilizados.*

*19/06/09 02:00*

*Desde el pasado lunes está siendo buscado el joven Tomás Signes de 29 años, de cuyo paradero no se tiene noticia hasta el momento.*

*Desde la mañana del lunes, en la que la familia denunció su desaparición a la Guardia Civil, no se ha recibido noticia de ningún tipo.*

*Tomás Signes conducía un Mercedes Benz SLK de color rojo con matrícula 3759 BVM, propiedad de un familiar suyo, cuando se le vio por última vez a las cuatro de la madrugada.*

*Esa noche Tomás Signes vestía un pantalón vaquero estilo pirata, zapatillas de piel marrón, una camisa de color verde y una gorra de bisera marca Nike. Tanto los amigos como los familiares ruegan que se ofrezcan todas las pistas posibles a la Guardia Civil, así como a las autoridades locales.*

-Imagínate -dijo Joaquín señalando el recorte de prensa-, que el pobre hubiera estado un mes agonizando y en el último minuto, antes de que lo descubrieran, va y se muere.

-¡Qué ideas más malvadas se te ocurren! -opinó Elías, un poco contrariado-, después de tanto tiempo, lo mejor sería imaginar un final feliz. Un héroe, desnutrido y deshidratado, que consigue resistir atrapado entre los hierros del coche hasta que lo descubren. Luego, cuando se hubiera recuperado se sucederían los homenajes, las ruedas de prensa y las fiestas por todo lo alto en su honor.

-Sí, pero un mes, date cuenta. Imposible. En junio ya hace mucho calor, aunque sí, todo podría suceder.

-Por eso mismo. Aparecen unos duendes que le ayudan, o unos ángeles, o unas plantas enredaderas que lo cubren, lo hidratan y le dan de comer brotes tiernos. No sé, mil cosas.

-Se pueden dar muchas más circunstancias, sí.

-Podría haber sido Tomás quien persiguiera a los malos, cuando inesperadamente, su coche hace un extraño, se sale de la carretera y se estrella. En efecto. De eso se trata. Cuando hay muerte por el medio hay que buscar algún tipo de transcendencia. No se puede quedar todo en una situación sórdida y banal.

-Aunque no sé -dijo Joaquín, poniendo cara de duda-. Una muerte por cráneo reventado contra el volante, por muchas bolsas de aire protectoras que llevara ese vehículo de diseño tan perfecto, no da para mucho. No hubo nada que hacer. La velocidad, el impacto, Tomás aplastado como una de las polillas que chocaban contra el parabrisas mientras conducía a toda velocidad de vuelta a casa en una noche de verano repleta de toda clase de insectos volátiles.

Joaquín se calló, contrajo los hombros y no supo cómo proseguir.

-¿Sabes? -intervino Elías pensativo-. En una novela futurista me acuerdo de cómo el narrador describía un transporte espacial y de cómo cuando se producía un choque accidental contra la superficie de un planeta o contra otra nave, un mecanismo instantáneo de protección saltaba y lo ponía en un estado de éxtasis mecánico, hasta el momento en que lo encontraran y rescataran. Quedaban completamente inmóviles. Pero aun así a la tripulación no le pasaba nada. El único problema que había era el tiempo que el rescate tardara en llegar. El pasajero podría sobrevivir sin problemas el tiempo que fuera necesario. Daba igual que, desde el momento del accidente, hubiera transcurrido tan solo una hora o un milenio. Un sistema perfecto de ultra protección. *Usted sufrió un accidente hace cincuenta millones de años, lo hemos rescatado de entre los estratos fosilizados de esa época, no se ponga nervioso, relájese. Lo vamos a destinar a la sección de adaptación e integración de acuerdo con los datos que tenemos de su época. Yo formo parte del servicio de limpieza. No se preocupe de nada porque todo lo tenemos perfectamente esterilizado.*

-Hay quien dice que el paraíso debe ser un parque lleno de niños jugando despreocupadamente, mientras las madres hablan entre ellas observando cómo sus hijos se divierten. Los padres trabajan por los alrededores y llegarían en un segundo, en el caso de que sucediera algo peligroso.

-Ese ha sido un cambio de tema inesperado que no sé a qué viene -dijo Elías-. De todas formas, en el paraíso no puede pasar nada peligroso ni nada malo. Es El Paraíso.

-Y menos aún que ocurra un accidente de tráfico. Lo digo por lo que nos traemos entre manos.

Aunque no entendió la repentina relación, Elías se quedó expectante por si Joaquín quería añadir algo más, le dio la sensación de que se callaba algo importante, pero al ver que no decía nada siguió él mismo:

-Claro, en ese sitio existirá la transportación a distancia instantánea. El problema que plantea la existencia de ese paraíso que tú describes es la nula necesidad de que haya madres, ni tampoco hijos ni padres hacendosos. Si no, habría niños eternos. Una infancia eterna. Madres y padres que nunca ven crecer a sus hijos. Una especie de ciclos continuos, de felicidad inconsciente. Ya ves, felicidad inconsciente. Yo creo que un estado de felicidad eterna y consciente produciría más dolor que gozo.

-También se puede pensar en que nos transformaremos en un ente único, consciente sin más, con su paraíso particular, que podría ir transformándose a gusto de cada uno conforme mejor le apeteciera -dijo Joaquín-. Sin la necesidad de relacionarse con individuos de otros paraísos si uno no quiere. Paraísos privados para misántropos y otros paraísos para los que les gustan los salones de baile repletos de gente animada.

-Ya puestos, la gloria podría consistir en una colectividad que vivirá en un estado cuántico en el que todos permanecerán integrados, interrelacionados, superpuestos como las partículas en una estrella de bosones.

-De física no entiendo una mierda. Vale. Ahora sí que lo capto perfectamente -siguió Joaquín, dando a entender con el movimiento de su cuerpo todo lo contrario-. Continúa. No tengo ni idea de qué van tus jeroglíficos o tu fiesta personal, pero supongo que podrá valer para tus crónicas de lo imposible, de lo incierto, de lo inaprensible. Yo soy más de la materia que puedo tocar; o esa, corto por la tangente a base de hachazos y se terminó cualquier problema especulativo.

-Me imagino estar viendo películas de acción eternamente renovadas para no aburrirse durante ese tiempo infinito -dijo Elías,

mientras centraba la mirada en un punto lejano.

-Eso suena más a nuestra vida cotidiana que a la eternidad. Pero ahora soy yo el que opina que en una situación en la que no hay tiempo, ni espacio, ni acción, ni personajes, es difícil encontrar mucho sentido a esa vida o situaciones. Será todo muy monótono. Fíjate que solo de pensarlo me aburro. Serías consciente de que estás despierto y nada más. O ni siquiera eso. No habrá necesidad tampoco de lucidez. Hola Universo vacío soy consciente de mi existencia. Pero nadie responde.

-Entonces la existencia de un coche rojo no tendría sentido -dijo Elías en tono escéptico-. Por principio toda vida tiene que morir. Hay vida porque hay muerte y toda esa clase de silogismos.

-Veintinueve años tenía el hombre. Lo del accidente fue una clase de salto al infinito y más...

-Espera, no lo digas. Decir infinito y más allá es una contradicción lógica -le cortó Elías-. Aunque suene muy bien para una película infantil.

-Eso da exactamente igual. De todas formas no es una mala imagen -Joaquín le miró de soslayo-. Ahora, aquí en la Tierra limitada. En este antiguo y presente valle de lágrimas.

-Los familiares de Tomás lo vieron crecer hasta la vigésima novena vuelta al sol. En su paraíso particular habría estado siempre jugando, chillando y saltando por el parque, y nunca le habría pasado nada malo. Pero en este agujero gravitacional no hay compasión que valga.

-Tal como se ve en la foto tiene toda la apariencia de que era un buen muchacho.

-De lo que se deduce que disfrutar de la santidad eterna es lo que en este momento estará haciendo.

-También lo creo yo.

-La curvatura de una trayectoria no deseada -Elías trazó el dibujo en el aire-. Una imagen fugaz de la vida. Un salto inesperado, imposible de imaginar por los que se quedaron esperando, durante una despejada noche de verano. El resultado absoluto debido a un

patinazo milimétrico. Perdido. La desviación de un grado proyectado a miles de años luz abarca un ángulo muy amplio. No sé, hace falta bastante más energía que la que desarrolla un coche para escapar de la anomalía gravitacional de la Tierra y no caer de nuevo contra la superficie para quedar hecho trizas contra un suelo implacable a causa de la sequía estival -después de una pausa para tomar aire dijo-: Me cargaba este exhibicionismo lingüístico.

-Personalmente tampoco me vuelve loco ese tipo de estilo retórico, pero de todas formas tengo que admitir que arriesgándose con el lenguaje, o sea como sea, es la única manera de avanzar en algo -le replicó Joaquín-. Cada uno es como es. Como el chico desconocido que conducía el Mercedes. Estamos en riesgo continuo de morir desde el mismo momento en que nacemos. En la época veraniega quedan pocas charcas sobrevivientes -Joaquín era buen conocedor de esos terrenos-. Están alejadas unas de otras, y sí, se encuentran separadas por un terreno sólido como el hormigón armado. De haber caído en una de esas charcas el golpe no habría sido tan catastrófico. A pesar del calor, sigue habiendo pozos que tienen la suficiente profundidad como para tragarse un coche como el que conducía Tomás. En ese tipo de charcas se habría hundido y con toda seguridad habría muerto ahogado.

-Seguramente se habría hundido y habría sido ocultado por las algas que cubren el agua estancada -Elías representó con un gesto forzado que le faltara aire-. Hay que considerar que la muerte habría resultado todavía más horrible. En vez de morir instantáneamente a causa del golpe, se habría ahogado lentamente, desesperadamente, intentando librarse del cinturón de seguridad.

-Y las dificultades para encontrarlo habrían resultado todavía más complicadas.

-Un salto como el de Tomás Signes no tiene vuelta atrás. La inercia le obligaba a seguir avanzando hasta caer de boca sobre cualquier superficie. Velocidad, ángulos, parábolas, energía cinética y potencial, curvatura del espacio tiempo.

-Ya veo que no renuncias a convertir una narración en un examen de física.

Ambos se sonrieron mutuamente durante un rato. No supieron cómo continuar. En el fondo esas pausas les creaba un sentimiento de culpabilidad, como si hablando en ese tono perdieran el respeto a los principios más básicos e incuestionables de la ética y la moral. Les daba la sensación de que, con efecto retroactivo, fueran los culpables de que Tomás muriera de una manera o de otra, mientras que si probaban a pronunciar algún tipo de conjuro, con palabras de carácter mágico pero inocente, lo salvarían.

-Hay que reconocer el poder de sugestión de una cinta de vídeo, o el mecanismo equivalente que se pueda manejar a placer, desafiando la inexorable marcha del tiempo -siguió Joaquín.

-Sí, como la clásica moviola que ya hemos comentado. O como el capítulo central de una novela indecisa que se atasca. El capítulo en el que la historia da un golpe de sorpresa para poner más intensidad a la historia, pero que inesperadamente se queda petrificado entre las páginas. El escritor no sabe cómo continuar. El lector nota que en la redacción de ese capítulo pasó algo y él también nota una incertidumbre que lo alerta. No sabe si continuar. Será que la propia historia no ofrece nada por lo que valga la pena continuar o que una amenaza confusa le espera en las páginas siguientes. Aunque el escritor siguió escribiendo bastantes más capítulos hasta terminar la novela, el lector se plantea si valdrá la pena seguir, o no, pese a que todavía le queda mucho por leer. El miedo paraliza al lector. Las manos le tiemblan. Los ojos le escuecen. Siente que su sangre se le congela. Le falta el aire. Suelta el libro y sale corriendo sin saber por qué.

-Y entonces el mundo entero se para -Joaquín extendió los brazos-. *¿Qué pasa?*, pregunta la gente. *Nada, no hagan ni caso, otra vez los guionistas que la han vuelto a pifiar. Sigan con su vida normal. ¡Ay, Chica, qué susto! ¡Es que una ya no vive tranquila con tantas sorpresas!*

-El clímax argumental solo aparece en los guiones estructurados -dijo Elías-. Sucede en el momento en el que se reconstruyen los sucesos desde el futuro, cuando ya se sabe de sobra lo que aconteció. Para impresionar al lector. Pero amigo, en la realidad todo

fluye de otra manera, sin que se puedan colocar las situaciones en el lugar que le convenga a un supuesto cronista espontáneo. En la vida los narradores brillan por su ausencia. Solo hay marionetas sin hilos que buscan al culpable de su miseria.

-De todas formas, tú todo eso lo puedes arreglar sin problemas y más ahora que ya sabes de qué va todo esto.

-No sé. Siempre es difícil. Además me faltan un montón de cosas por saber de Tomás y de sus circunstancias.

-Eso es como cualquier cosa. Pero no es imposible. Además, ¿cómo habíamos quedado con el tema de mentir, de inventar, de falsear la realidad, bueno, la supuesta realidad?

-Todo eso lo tengo en cuenta, así como que también me da miedo copiar literalmente los recortes de los periódicos. No sería ético, o sería incluso falta de imaginación por mi parte.

-Tómalos como citas ocasionales -le aconsejó Joaquín-. Tampoco son tan largos. No son más que fragmentos testimoniales. Siempre se puede leer uno y luego compararlo con los otros para dirigir mejor la narración. Por muy parecidos que sean, no son lo mismo. Bueno en general van sobre lo mismo, pero a veces se diferencian bastante según el periodista que lo escribe. Mira, si te fijas, no están publicados de la misma manera y en algunos casos, como ya te he dicho, se contradicen y lo narran como a ellos les interesa. Una sola palabra sirve para sembrar la duda. No dejan de ser recortes que informan del momento. Como las fotos. Por ellos mismos no tienen valor de continuidad a no ser que se los utilice para encajar una historia coherente o interesante.

-Intrigante.

-Sí, intrigante. Si quieres puedes buscar todos los sinónimos que quieras.

-Es verdad tampoco hay que darle tantas vueltas.

-O sí. Le das todas las vueltas que te dé la gana. Una y otra vez. Hacia adelante. Hacia atrás. Arriba. Abajo.

Contradictoriamente con lo que decían, se produjo otro de los silencios que, sin saber por qué, los dejaba tan mudos que no

encontraban una justificación convincente con la que continuar la charla.

-Tengo que decirte -arrancó Elías-, que cuando me sugeriste el tema, encontré más recortes de prensa, o enlaces, pero no he sabido qué podía hacer con todos ellos. Por eso pensé que comentarlos contigo, que lo viviste, sería mejor. He querido formar una escena de algún posible crimen con lo que crear algo como eso que no paramos de decir intrigante o interesante, estimulante, emocionante, pero no me sale. Cuando tú me lo contabas de viva voz me pareció un tema muy original. Un coche que se pierde una noche y nadie sabe más de él. De repente mi cabeza empezó a imaginar un montón de versiones posibles que se agolpaban alrededor del suceso, sin que ninguna de ellas terminara por cuajar.

-Es que, para empezar -dijo Joaquín-, no veo por qué no se puedan crear tantas suposiciones como uno desee. Pero quieras que no, al final tienes que centrarte. Por mucho que busques en los periódicos, difícilmente puedes encontrar una continuación con el artículo anterior o con el que tú quieras leer en cada momento. Y aparte de lo que intentes encontrar, te vuelvo a decir que no hubo ningún despliegue tan grande como dicen porque nadie sabía lo que había pasado. Nadie sabía si había huido, si lo habían secuestrado, o si lo habían matado y como consecuencia lo habían hecho desaparecer. No se sabía nada.

"Yo he conducido un montón de veces por esa carretera. Es una recta que se pierde en el horizonte. Y sin embargo, de repente un coche desaparece sin dejar huellas. No aparece ningún frenazo. Ningún motor que arda por el impacto. Si no hubiera salido volando, tal vez habría hecho una brecha grande entre la espesura de maleza que hubiera llevado a la policía a encontrarlo rápidamente. Pero nada. Solo la incertidumbre. Eso sí, las imaginaciones se dispararon. Como te tiene que pasar a ti. Por esas elucubraciones que oí te podrías documentar más que por los recortes. Pero claro vete tú a buscar a alguien que ahora te quiera hablar sobre sus hipótesis de entonces, de algo que sucedió hace ya una década y que te has enterado ahora porque te los he comentado yo.

"Ya te veo aparecer de repente tú todo chulo pidiendo explicaciones. Los de mi pueblo son muy brutos, así que te aconsejo que no intentes ponerte a actuar como si fueras un detective porque te pueden dar bien. Muchas maldades se desataron como las mejores explicaciones a la solución. Luego todos se callaron por si habían dicho algún inconveniente que la realidad evidenció como mentira. Tú no has tenido que esperar un mes para ver qué le pasaba a Tomás.

-Venganzas. Persecuciones. Enfrentamientos a tiros. Puñales. Me gusta. Esto creo que ya empieza a funcionar.

-Sí, sí, y además por ahí lo manipularon todo, con cosas macabras de las que ya ni me acuerdo. No te creas que eres el único en retorcer vilmente las situaciones.

-Sigue, sigue -en la cara de Elías se reflejaba la curiosidad de un espectador de inteligencia primitiva ante una película de serie B o Z-. Me empieza a gustar lo que oigo. Como tú dices, lástima que ya sea tarde para ponerse a preguntar a la gente sobre ese acontecimiento tan del pasado y aún más del pasado para ellos.

-¿No dices que no importa mentir? Es eso lo que buscas. Me canso. Si es que parecemos discos rayados. ¡Miente como un bellaco, hombre! ¡Qué más da!

-Para empezar -Elías hablaba para sí mismo-, la idea básica es formar una historia que siempre formará un presente dentro de las páginas, aunque se escriba con tiempos verbales de pretérito.

-Pues que no te quepa duda de que todo eso lo tienes que ampliar con posibilidades que sean mucho más atractivas que un simple y sórdido accidente -Joaquín se encogió de hombros-. Aunque, lo que es por mí.

-Tomás aceleraba huyendo de sus perseguidores, que también conducían coches potentes como el que él mismo manejaba en ese momento. Trataban de adelantarlo. Lo empujaban a la cuneta. Él daba volantazos procurando zafarse de sus perseguidores. Uno de los perseguidores saca una pistola por la ventanilla y le dispara. Las

ruedas chirrían para desviarse de la trayectoria de las balas. Tomás acelera todavía más para impedir que sus atacantes le acierten.

-O, ya que estamos -le cortó Joaquín-, ¿por qué no es Tomás el que se ríe de sus atacantes? Porque no es la primera vez que lo persiguen. En el tramo siguiente hará una maniobra para ponerse detrás y será él quien domine la situación. *Como viento solano los aventaré.* Los perseguirá, los disparará y conseguirá tirarlos a la cuneta. *Delante del enemigo.* Allí los rematará para que sus secuaces sepan que con Signes no se juega. *Nunca podréis conmigo. Seguiré esperando a los siguientes*, dice mientras escupe sobre un cadáver ensangrentado. *Volveré la espalda por no verlos.* Mira a su alrededor y regresa a su coche que ha quedado parado en el arcén con la puerta del conductor abierta. Entre las ramas de unos árboles cercanos se oye el ulular de un ave de presa nocturna que le transmite su aprobación. Desde las charcas aisladas entre los cañaverales se oyen a las ranas croar. La humedad fresca proveniente de las charcas le relajan la cara. Inspira con placer, se sube al coche, se sienta al volante, cierra la puerta y continúa el viaje. Las ruedas del coche derrapan sobre el asfalto. *El día de la desgracia.* El rugir de las revoluciones del motor se aleja a toda velocidad mientras poco a poco se va apagando en la distancia.

A Elías le dio rabia que Joaquín le cortara el hilo de lo que había empezado a imaginar y que además había creado una escena que mejoraba la suya.

-Lo último es debido al efecto doppler.

-Sin embargo -siguió Joaquín sin prestar atención al gesto infantil de disgusto de Elías-, al día siguiente nadie sabe nada de su paradero. La pandilla de perseguidores que eliminó la noche anterior también ha desaparecido. No ha existido ningún tiroteo ni frenazos de neumáticos. Nada. Solo la carretera recta y una naturaleza feraz a ambos lados. El predominio del color verde de las plantas y el aroma a vegetación fresca lo oculta y justifica todo.

-No está mal. Perdón, quiero decir que me gusta.

-Ah, pero qué fastidio, por desgracia con los días aparecerá la solución más prosaica a todas las expectativas. Por lo visto fue un

simple accidente de tráfico. Alguien que se quedó dormido al volante. O que al coger el teléfono para hablar, se le escapa el volante y se estrella. Así de sencillo. No hay trama. No hay ajustes de cuentas. Tan solo la larga espera de la familia durante un mes. El mes más largo en la vida de esos padres.

-Joder, así de sencillo. A las aves nocturnas no les hace falta la luz del día para ver. Por eso el búho es el símbolo de la sabiduría en la cultura griega. La luz la necesitan los animales necios para sobrevivir. Lo más profundo de las cuevas servía para esconder la sabiduría de las tribus primitivas. Ya ves. Después de lo que has dicho, así de carrerilla no se me ocurría nada más estúpido y encima sin relación con nada de lo que estamos diciendo.

-Nunca se sabe.

-Supongo. Eso espero.

-¿Tú te crees que si en la realidad hubiera sucedido algo parecido a lo que nos podamos inventar no lo habría aprovechado ya otro para ganarse la fama? -preguntó Joaquín decepcionado-. Pues así de aburrido resultó. Joder, perdona qué manera de estropearlo todo.

-No, si el caso es que tienes razón. Hay que huir de la superficialidad. De lo previsible.

-Tendré razón pero no imaginación. Bueno, no demasiada, por lo menos no una imaginación continua que se desarrolle más allá de unas pocas palabras. Yo te he querido ayudar en una posible trama, pero realmente, como no sucedió nada que fuera sobresaliente pues todo me parece un sinsentido.

-Ya hemos quemado el tema de que la clave está en el sinsentido. Has desarrollado la idea de una versión puramente de acción, que no está mal del todo, aunque si hurgamos en la pura vida cotidiana otra lectura que fuera aburridamente existencialista tampoco estaría tan mal.

-Y además tendría su gracia. Como oír recitar *ser o no ser* a Tomás mientras se destripa contra el volante.

-Una visión terrible -Elías apretó las mandíbulas y continuó-. No le daría tiempo a terminar con el: *o no ser.* No me cabe la menor duda

de que resultaron más emocionantes las historias descabelladas que se oían aquellos días para explicar una desaparición tan asombrosa -terminó mientras se le marcaba aún el malestar en la cara.

-La verdad es que, si te soy sincero, tampoco oí nada que se saliera mucho de las historias que se cuentan siempre. En la gente de mi pueblo no vas a encontrar demasiada imaginación.

-Se inventaban lo que a ellos les habría gustado que les contaran. ¿A nadie se le ocurrió decir que posiblemente lo habrían secuestrado los extraterrestres?

-Ni en broma. En esas circunstancias sacas una versión de ese tipo y te desuellan vivo.

-Una acción que por otra parte sería comprensible -dijo Elías-. Lo admito. Ahora sigamos intentándolo. La incertidumbre ofrece juego a las situaciones imposibles. Hemos hablado del desasosiego del riesgo, del peligro, también de la grandeza de la imaginación desbordada. Está bien emocionarse.

-Sí que te puedo asegurar, que la gente, como sabía que Tomás viajaba en el coche prestado por el amigo, el cual se quedó toda la noche esperando, no podía creer que el vehículo desapareciera así por las buenas. Para esa gente estaba claro que algo verosímil tenía que haber pasado. Las fantasías para los poetas.

-Entonces eso es para mí. Tomás se coló en otra dimensión.

-Lo ves. Como tontería espontánea no está mal. En otras circunstancias valdría. Está muy visto, pero para un capítulo de dibujos animados podría dar juego. Los que han intentado encontrar un paraíso en la Tierra -Joaquín miró fijamente a Elías-, se han quedado en el camino.

Otra vez Elías se quedó mirando a Joaquín porque no entendía a qué venía ese añadido al final de su opinión. La relación estaba tan mal traída con relación a su tontería espontánea que durante un rato no supo qué decir.

-Suena a frase sacada de alguna película que has visto no hace mucho -dijo a pesar de todo-. Pero me gusta.

-Puede ser -dijo Joaquín contrayendo los hombros-. Si es así no me acuerdo.

-Tomás -continuó Elías-, encontró el paraíso en esa otra parte y allí se quedó. Porque está demostrado que los agujeros interdimensionales existen.

-El coche -dijo Joaquín, gruñendo con desagrado-, saltó para encontrar el cielo pero cayó y se tuvo que conformar con lo que se topó. O sea más de lo mismo que había dejado atrás pero ahora definitivo, en esta ocasión completamente definitivo.

-Vale, no saltó. Materia. Pura interferencia de repulsión entre las capas exteriores de los átomos. Mortal de necesidad.

-Con toda seguridad -dijo Joaquín-, también habré oído decir, supongo que en otra película, que la experiencia auténtica está siempre en otra parte; nunca es la que tú estás viviendo en este momento y en este lugar anodino que ocupas. Lo interesante nunca te acompaña, le ocurre a otros; de ahí que necesitemos inventar lo peligroso o imposible.

-Somos cómodos. Masoquistas.

-La comodidad distrae y la distracción mató al conductor. El que conduce siente que gobierna las circunstancias, pero siempre hay que andarse con cuidado. La posible distracción de un teléfono sonando es la llamada que causará tu muerte.

-El que más y el que menos quiere gobernar el mundo. Una canción dice algo parecido -dijo Elías, tratando de tararear una melodía que le salía de manera fatal-. ¿Los ves? Imagínate que no hubiesen encontrado el cuerpo dentro del coche ni en ninguna parte. Que de hecho no sería la primera vez que pasara. Porque casos raros en la vida real se han dado de todos los tipos y tamaños. Y aquí remarco lo de que la realidad supera a la ficción, justamente para darles la razón a los de tu pueblo. Solo aparece el coche y nada más. Un entierro con un ataúd vacío. Sin muerto dentro.

-Eso también le daría algo de juego sorprendente a la historia. Pero por desgracia sí que hay una foto en la que se ve un ataúd

provisional de los que sirven al Equipo Forense para transportar los cuerpos.

-Claro, resulta muy difícil fotografiar un cadáver cuando ha transcurrido un mes después de su muerte y luego publicar la foto. Lo macabro tiene sus límites. Tal vez no en la literatura, pero sí en la prensa.

-No para algunos periódicos -remarcó Joaquín.

-Porque al fin y al cabo, eso es lo que buscan ciertos lectores -dijo Elías-, y es lo que yo quiero conseguir aquí. Aunque te puedo decir que, cuando en algunas historias he buscado ser lo más macabro posible, siempre me he encontrado con otros escritores que me han hecho sentir como un nenazas puritano, una lánguida damisela que cuenta relatos románticos, expurgados para inocentes.

-Ya que estamos en ello -Joaquín se rascó la barbilla-, imagínate que el ataúd lo pusieron como tapadera, solo para manipular a los medios de comunicación.

-Como hicieron con el coche rojo falso que aparece en esa otra foto, que no se trata de un Mercedes sino de un Alfa Romeo. Mostrar para ocultar. Enseñar un coche del mismo color para que veas simplemente un coche rojo y no te fijes en la marca ni en nada más. Accidente, siniestro y muerte es lo que interesa. De esa forma, las supuestas pruebas que buscaba la policía para iniciar la investigación se quedaron en un informe oficial que no sirvió para nada. Quedaron ocultas -Elías levantó el dedo índice-. Pero cuidado, porque Tomás guardaba un secreto de estado. No solo de estado sino un secreto que comprometía a toda la humanidad. Aunque, claro, debido a su muerte nada se supo.

-¿Y tú de qué crees que se podría tratar? -preguntó Joaquín actuando como si estuviera intrigado.

-Esa es la cuestión. Ya te lo he dicho -Elías mostró un gesto meditabundo-. Nunca se sabrá.

"Ahora ya solo nos queda imaginarnos la sucesión de amaneceres y crepúsculos de película en alta definición en el pantanal. Calidad de documental divulgativo. Lentos movimientos de pantalla para

apreciar más vivamente la amplitud panorámica. Se oye el graznido de gaviotas al pasar, a la vez que una bandada de patos espantados levanta el vuelo desde la espesura del cañaveral. En uno de tantos atardeceres se vería una nube de estorninos dibujando formaciones imprevisibles en el aire. Y así un día tras otro hasta que por fin el coche fue localizado envuelto en hiedras, enredaderas y maleza de todo tipo.

"Magnífico. Las noches. La vida nocturna revolviéndose en su pura esencia. La vida animal agazapada en la oscuridad. El pulular incesante de insectos y sabandijas. Así una noche tras otra. Vuelves un mes después a esa clase de selva mediterránea y todo ha cambiado. La carretera solitaria. El mundo solitario. Una carretera recta en la que las dos líneas demarcadoras de cada arcén se juntan en el punto de fuga de la lejanía; en cualquiera de las dos direcciones hacia donde se elija mirar. Una carretera orientada Norte Sur.

"Aquí se puede introducir un tétrico, un macabro primer plano del conductor recién muerto, con la sangre todavía húmeda, roja, antes de secarse, saliendo por los cortes de la cara; luego sangre supurando, oscurecida por las fluctuaciones tonales de la penumbra. Y a continuación, sin dar tiempo a un latido del corazón, otro plano dinámico del cadáver al cabo de un mes, con movimiento de la cámara en un deslizamiento lento de izquierda a derecha, inenarrable, incluso visualmente. Un cuerpo comido, reseco, sin añadiduras macabras o poéticas. Se quedó clavado en su asiento. Una sangre reseca desde hacía ya tantos días que, el intenso calor y el polvo, la había reducido a costras de apariencia mineral. Esa manera de mostrar el proceso de corrupción del cadáver debe causar al espectador vértigo intestinal, asco vital, incertidumbre del presente; algo que siempre resultará muy ilustrativo de lo limitados, de lo provisionales que somos.

-Hay gente a quien le encanta comer palomitas mientras mira esa sucesión de imágenes -puntualizó Joaquín.

-La verdad es que eso a mí me da igual, porque el hecho de que se grabe en imágenes no tiene por qué resultar más repulsivo que

narrado con palabras. En nuestro caso las palabras son obligatorias, fundamentales. No me importa repetirlo cuantas veces haga falta ya que las palabras sirven para eso, repetir conceptos relacionados con las grafías aprendidas.

-Esos son los temas que tú enseñas en clase -Joaquín derivó la perspectiva-. Una persona que sigue sana y viva no cambia de esa manera tan radical en un mes. Relajemos el horror. Una persona se cuida, se lava, se afeita, se prepara para seguir adelante.

-Pero por desgracia, en este caso, ahí quedó el cadáver frente al volante. El cuerpo muerto al que ya le daba igual esperar o no a ser rescatado. Ya no había nada que desear. Moscas, huevos de moscas, larvas, gusanos. Todos revueltos dándose el gran festín. Los componentes ocultos de la naturaleza purulenta que viven para limpiar la materia orgánica de los cuerpos reventados.

-Claro, hay que reciclar. O regenerar, que es como se aprovecha la nueva vida de los cuerpos caídos. Cenizas a las cenizas. Tú que me miras, ahora me sirves de comida.

-El humor negro tampoco desentonaría aquí -dijo Elías-. Resulta espeluznante, pero peores bromas desaprensivas se oyen en muchos libros y películas.

-Es verdad, reconozco que he metido la pata. No encuentro mucho sentido meterme en senderos de cinismo de esa clase.

Se miraron porque un amago de sarcasmo descontrolado estaba a punto de estropear la seriedad o el respeto de los sucesos que habían sucedido de forma tan dolorosa.

-Solo esperan los vivos -volvió a hablar Joaquín-. No sé, ahora soy yo quien no quiere rechazar ninguna idea, tal vez una redundancia a tiempo pueda servir para que el resultado sea más poético, más literario. Aunque ese asunto lo dominas tú mejor.

-Manipular el tema con palabras elocuentes. En efecto. En ello estamos. Pero ya se sabe que tanto si te pasas de bonito como de feo corres el peligro de estropearlo todo. Los riesgos de caer de boca en el lenguaje hueco, vacío, insustancial.

-Eso es más o menos la norma que nos envuelve.

-La norma de la nada. La nada de la norma.

-Nosotros de momento seguimos respirando -Joaquín tomó aire-, aguantando hasta que nos llegue la hora. Los que esperaban a Tomás estaban vivos y al saber la noticia, después de un mes, se quedaron tan espantados como le pasaría a cualquiera si le pasara lo mismo con un ser cercano y querido. De momento para nosotros dos todo esto es solo una noticia breve, escondida en la sección de accidentes de tráfico, o de sucesos en general. Digo que de momento es solo una noticia para nosotros dos porque más tarde te lo explicaré. Al principio las autoridades emitieron una convocatoria de ayuda para los que pudieran colaborar en su hallazgo. El desenlace fue un comentario de dolor, de resignación y también de agradecimiento, cuando todo quedó resuelto.

-Entre tanto se desbocó la imaginación que todo lo corroe.

-En estos casos de espera mortal el tiempo parece que se para. Todos quieren una solución rápida, sea la que sea. Sin embargo el tiempo se había petrificado. La vida se quedó latente por las noches. Las largas noches de espera. Las interminables noches. La incertidumbre. La intemperie. *Mi niño estará pasando fríO.* Date cuenta, ahora que lo pienso -Joaquín pareció buscar las palabras-. Sus amigos lo recibían con alegría cuando se juntaban. Por supuesto también habría amigas. Y entre todas ellas habría una que le esperaba.

-Eso es verdad, no se hace referencia a ninguna chica en los recortes de los periódicos -dijo Elías también intrigado-. Sin embargo alguien tuvo que hacerle la foto a Tomás en la que aparece solo. Se le veía un hombre sencillo. Risueño. Seguramente sonaría música de orquesta en el local. Tal vez valses, pasodobles, canciones extranjeras de moda. Las voces de las personas llenarían el local como el alboroto típico de los salones. Además, a esa clase de salones populares la gente sencilla va a moverse, a divertirse, no a permanecer tiesa frente a un concierto pasivo de instrumentos sublimes.

-Los de Uriba son gente que les gusta mucho el tipo de fiestas moviditas. Lo que tú has dicho. A esos banquetes las gentes

sencillas van a bailar, a reír, a brincar, a disfrutar de la velada sin ningún complejo. Son gente de pueblo. Como yo.

-Estoy seguro de que la foto se la hizo la novia.

-Posiblemente -dijo Joaquín tratando de distraer la sensación de cansancio-. Nada se puede descartar. De tanto hablar me ha entrado sed. La verdad es que hemos montado un buen dueto mezclando las voces. Patético. Lo reconozco.

-No hombre -dijo Elías-, tampoco hace falta decir que es patético. Es una conversación entre amigos. Luego ya habrá que buscarse la vida para desarrollar el tema. Eso cuesta. Mira aquí está la foto de la fiesta *¡Tomás, cariño, mira para acá!* ¡Zas! Y le arrea la instantánea. ¿Cómo se iban a imaginar que los periódicos utilizarían esa foto para identificarlo? ¿Lo ves? Patético o no, así es la vida.

"El silencio es la tumba para un artista. Unos dicen que las acciones hablan más alto y claro que las palabras, que las acciones hablan por sí mismas. Sin embargo hay otros que opinan todo lo contrario, que las palabras son más claras y explican más cosas, más conceptos que lo que cualquier acto pueda transmitir. Y aunque se considere que el lenguaje es algo muy limitado para explicar la realidad, no deja de ser el invento humano con el que tratamos de explicarlo todo. ¿No es así? Lo verdadero y únicamente humano, para bien o para mal.

-Por eso vamos a leer este otro artículo -Joaquín tragó saliva-. A ver que nos cuenta:

*RecortesDIARIO LAS COMARCAS*

*Personas voluntarias, bomberos y agentes de policía se han movilizado en la búsqueda del joven desaparecido por el marjal cubierto de plantas espesas.*

*El Consistorio y los familiares de Tomás Signes apelan a la colaboración de la ciudadanía para el rastreo del coche.*

*REDACCIÓN VIERNES, 26 junio 2009, 05:18*

*Mañana sábado 27 de junio se realizará una batida por el marjal para tratar de hallar al joven que desapareció el 14 de junio pasado después de haber dejado su domicilio.*

*Todo el humedal será rastreado con el fin de no dejar ningún rincón sin revisar, tanto por Fuerzas de Seguridad del Estado, numerosos efectivos de trabajadores del término municipal, Policía Municipal, voluntarios de los Scouts y de la Cruz Roja, así como compañeros de trabajo y amigos de Tomás Signes.*

*Se cumplen dos semanas desde que TS no volviera a casa. A día de hoy ninguna persona ha ofrecido noticias de su paradero.*

*El joven partió de su domicilio conduciendo un vehículo deportivo marca Mercedes Benz de color rojo.*

*La noche que se le vio por última vez, TS, cuyo aspecto es de piel morena, llevaba gafas de montura metálica, vestía pantalones estilo pirata de tela vaquera, zapatillas de piel y un polo de color amarillo. El joven trabajaba en las oficinas de la empresa exportadora de frutas Transfruit International de su localidad.*

-Yo, lo siento -dijo Joaquín enojado-, pero debo insistir. ¡No fue así! Este artículo no sabe ni lo que dice. Primero, Tomás no salió de su casa con el coche porque estaba con sus amigos y el coche era de uno de sus amigos, no de un familiar suyo o propio de él. Vale, aunque reconozco que eso en principio tampoco tiene demasiada importancia. Pero de todas formas, sus padres cuando empezaron a preocuparse fue al día siguiente, o tal vez más tarde porque sucedió en un fin de semana. Seguramente empezarían a asustarse de verdad el lunes, cuando Tomás tenía que ir a trabajar. Hay épocas de la vida en las que te vas de casa el viernes y vuelves el domingo por la noche o el lunes por la mañana para acudir directamente al trabajo. Tomás ya era mayorcito y no sería la primera vez que se iba a pasar el fin de semana fuera de casa. La noche del accidente era sábado. Noche de discotecas.

-Los primeros en preocuparse serían los amigos que le prestaron el coche para que lo probara.

-Obviamente.

-Ya hemos comentado que nada se dice de los resultados de la autopsia, ni nada sobre el índice de alcohol o cualquier otra cosa.

-Por lo visto el alcohol y las drogas no tuvieron nada que ver. Es que volvemos a lo mismo, un mes después, qué más daba ya.

-Nunca se sabe.

-Sí, nunca se sabe.

-Eso, ya lo tengo -se le ocurrió a Elías-. A lo mejor fue un juego de velocidad entre amigos para ver cuánto tardaba en llegar a Denil y volver. *Tomás, ahí van las llaves. Para que veas qué cochazo tengo*, le diría el amigo. *Te damos media hora. Si tardas más, pagas una ronda.*

-Por otra parte -quiso puntualizar Joaquín-, si te has fijado, en el periódico que leímos al principio, ponía que vestía una camisa verde y en este que acabamos de leer dice que llevaba un polo de color amarillo. ¿Lo ves? Ya te había dicho que se contradecían.

-Hubo lágrimas -Elías aparentó no haberle oído. Ese tipo de detalles de momento le daban exactamente igual, o si no, le daban más o menos igual; ya se encargaría de arreglarlo. Dicen que hay arreglo para todo, menos para la muerte; y ese era justo el tema que se traían entre manos-. Veamos, quiero anotar de memoria los puntos que luego tendré que transcribir. Lágrimas necesarias e inevitables. Queda claro que un mes es mucha espera para un caso de supervivencia. Los padres, la novia, los amigos. La incertidumbre y el paso lento del tiempo. Los eternos universales: la incógnita del tiempo, los misterios del espacio y la certeza de la ignorancia. No es posible la simultaneidad entre dos puntos distantes en el Universo; o por lo menos no se pueden sincronizar a una velocidad infinita; cuanta más distancia, menos posibilidad hay de ajustar los relojes. Y luego está la importancia de los besos. El beso pendiente, ese que siempre falta; el que envolvía al coche mientras volaba. Ella lo esperaba para besarle. *Perdona por el retraso*, diría Tomás en el caso de haber vuelto. Y se besarían con cariño. *Has ganado la apuesta*, diría ella, *mira mi reloj. Te sobran minutos.* Por fin el beso y miles de corazones de color rojo palpitando alrededor de los dos amantes. El estruendo que tampoco nadie oyó se produjo abajo, en el suelo reseco. Fue una infinidad de peluches redondos y mullidos lo que quedó flotando en el aire sobre el pantanal; esponjosos

peluches que nadie vio y de ahí la incógnita de su ubicación. Sobre la tragedia quedó una nube de globos multicolores, ingrávidos, todos con forma de corazón, que se fueron mezclando poco a poco con los osos aterciopelados como en un baile de cuento infantil, de hadas, de ilusionismo. Un sinfín de manifestaciones coloristas quisieron advertir de que Tomás se encontraba allí abajo, pero no obtuvieron respuesta hasta que el transcurso de muchos días y muchas noches no ofrecieron la calamidad individual pero absoluta para aquel individuo irrepetible. Otra manifestación consciente de las fluctuaciones del Universo que se iba para siempre.

-El coche cayó sobre nosotros mientras hablábamos distraídamente del accidente -dijo Joaquín-. Tomábamos notas previas sobre las peculiaridades del punto de impacto y el coche nos aplastó. Cuando movieron el automóvil, todos se preguntaron qué cojones hacían esos dos tipos destripados debajo del coche. Nuestros bolígrafos y libretas de notas los encontraron esparcidos por los alrededores.

Elías sonrió y continuó:

-En verano el campo huele fresco; es aromático y más a esas horas de la madrugada. Tomás conducía con las ventanillas abiertas. Así da más gusto conducir y se aprecia mejor la velocidad.

-La desgracia se sucede con cada recorte de periódico.

-Son como cuadros de una exposición de atrocidades que se comentan conforme se van observando. El espectador se aleja para observar el conjunto y luego se acerca para apreciar los detalles. Así se experimenta el distanciamiento y la implicación concreta para comprender mejor el mensaje artístico.

"Cierro los ojos e imagino una noche de sábado fresca y húmeda entre las cañas y los barrizales de charcas aisladas. El tiempo pasa para que las personas tengan tiempo de envejecer. Los movimientos imperceptibles, inapreciables porque suceden al margen de nuestros intereses diarios, son la medida de los acontecimientos. No es posible detener o apresar el tiempo. El flujo del tiempo es una simple metáfora como lo de la flecha. Siempre te encontrarás con la imagen del agua escapando entre los dedos. Por eso mismo,

después de ese accidente, los siglos siguieron sucediéndose. Transcurridos muchos milenios nadie se acordaba ya de lo que no conocían porque aconteció hacía tantos eones que no se podían encontrar registros de nada en ninguna parte.

-El tiempo es un proceso neuronal -dijo Joaquín también con aire inspirado-. Te acuerdas del pasado pero no del futuro. A eso lo llamamos el transcurrir o fluir del tiempo. La metáfora que tú dices. Ayer joven, hoy viejo. Es el viejo silogismo de que el pasado ya no existe y el futuro está por venir. En apariencia solo existe el presente. Pero si el presente es la transición de dos inexistencias, te das cuenta de que vives en una contradicción. O se es o no se es. Creemos que existimos, pero en realidad no existimos. Somos el no ser luchando contra sí mismo.

-Mejor sería decir que es el ser el que lucha contra sí mismo. Si el no ser no existe, nada se puede hacer al respecto. ¡A la mierda todo! El caso es que primero voy a trescientos por hora y ahora estoy con el morro y toda la estructura del coche empotrado contra la tierra dura. Mi cráneo abierto contra el cráneo del diablo.

-Un golpe duro contra el cráneo del diablo. Una frase que da juego.

-Un caminante nocturno vio que un coche circulaba a toda velocidad por la carretera. La carretera de Uriba a Denil es recta. El caminante solitario lo vio pasar demasiado deprisa, como una exhalación. Las luces delanteras, claras, muy brillantes, de coche nuevo, le cegaron al pasar. Al volver la vista el caminante observó que el coche ya no estaba; sus luces rojas no se veían alejándose. Ningún neumático había chirriado en el asfalto, ni tampoco ningún ruido de motor que revolucionara en su agonía antes de consumirse definitivamente. Al mismo tiempo se le iba la vida a su conductor. Las cañas habían amortiguado el choque de tal manera que solo dentro del cañaveral se pudo apreciar el golpe, seco, sordo, instantáneo, de portazo definitivo. Ya no estaba en el mundo. Así de simple. La carretera aparecía solitaria y oscura. El coche se había desvanecido de repente en el descuido que tuvo el caminante cuando trataba de recuperarse del deslumbramiento que le habían

producido los potentes faros delanteros. O sea, que si ni el caminante, ni ninguna otra persona, oyó el golpe, ¿de qué manera se puede demostrar que el coche hizo ruido al estrellarse? Y aunque vivas rápido y mueras joven, pero no eres muy agraciado, ¿cómo se puede afirmar que tienes un bello cadáver?

-Eso último suena un poco cruel -comentó Joaquín-. El chico tampoco era tan feo. Seguro que a su familia y a su novia no se lo parecía.

-El coche que le había dejado su amigo con el deseo de que lo probara era una maravilla. Había conducido muy lejos, hasta llegar a una rotonda en donde dio la vuelta para volver al pueblo y decirle al colega que el coche era un prodigio de la técnica. Pero a la vuelta fue cuando verdaderamente experimentó las virtudes de un coche fantástico, volador, descubriendo la dimensión vertical. Escapó de Planilandia. Adiós Planilandia. Segundos después, hola de nuevo Planilandia. Todo como consecuencia de apretar demasiado el acelerador. De repente tuvo un feo descuido y voló. Aceleró, pero no consiguió convertir al coche en un cohete espacial. No consiguió suficiente altura y volvió a caer a la superficie. Por ahora es muy difícil escapar del planeta madre. Accidentalmente pilló una pequeña rampa y esta creó una parábola en el eje de abscisas y ordenadas. El salto fue un ejemplo perfecto de para qué puede aplicarse el sistema cartesiano; además de un ejemplo de lo peligroso que es la circulación por las carreteras a demasiada velocidad. Dos puntos cualesquiera de una misma recta tienen el mismo valor de pendiente. La carretera estaba vacía a esas horas de la noche. Aceleró. El motor tenía fuerza de sobra, ronroneaba, no lo notaba forzado. Aceleró más. Sonó el teléfono. Se oyó el tono musical favorito que había instalado en su móvil. Lo llevaba en el pantalón, metido en el bolsillo de la derecha. Lo trató de agarrar pero al ir sentado le costaba sacarlo. El maldito teléfono se enganchaba en las costuras. Se inclinó hacia la izquierda para facilitar que el aparato saliera del bolsillo. Por fin lo sacó. Lo miró. El coche iba muy rápido. Trató de manejar el teléfono con el pulgar de la mano derecha. Sin querer movió el volante y perdió el control del vehículo. La

trayectoria de un proyectil describe una parábola. Si se emplea la suficiente energía se puede colocar el objeto en órbita y entonces el cuerpo describe una curva tan amplia que entra en una caída libre prolongada alrededor de la Tierra. Esa noche hacía calor y llevaba las ventanillas bajadas. De esa manera se conducía mejor aunque también llevara el aire acondicionado funcionando al máximo. Incluso con el aire puesto a tope da gusto bajar los cristales porque, al estar las ventanillas abiertas del todo, el viento que entra amplía la excitante sensación de velocidad. Por una de esas ventanillas fue por donde salió despedido el teléfono. Teléfono espera, no te escapes. *¿Quién sería el idiota que me llamaba?* ¿Fue ese el último pensamiento de su vida? ¿La última pregunta existencial? ¿Le llamaba el diablo? Adiós vida. O adiós mundo cruel. Un momento, que se pare el mundo que me apeo.

-Por todo lo que luego se averiguó -siguió Joaquín-, seguramente debió suceder, si no exactamente lo que tú has descrito, sí algo parecido. Da igual volverlo a repetir. A la velocidad a la que marchaba, desviar un poco el volante supuso que el coche se saliera de la carretera. Tomás se asustó. Iba demasiado rápido. Se descuidó, trató de sujetar el volante con las dos manos pero ya no le dio tiempo. Perdió el control. El coche pasó sobre una rampa que separaba el arcén del campo y se elevó. Voló como en una exhibición ferial. Pasó por encima de las cañas y cayó en medio de las plantaciones salvajes que forman el parque natural. El vuelo lo llevó lejos del asfalto, a unos setenta metros. Cayó de morro. El golpe lo mató al instante. Las cañas flexibles volvieron a su posición original y ocultaron al coche por completo, como en un abrazo de bienvenida, macabro, fresco, de naturaleza húmeda. El estruendo del motor, del metal y los cristales rotos solo fue oído por los animales salvajes. Si el ruido no estaba relacionado con la comida no les interesó. De momento. Ya llegaría el interés cuando el cuerpo empezara a apestar. Después de la destrucción y el gran crujido, llegó el silencio de la espera. Un mes. Las luces del coche se apagaron al dejar de recibir energía de la batería destrozada. De repente solo se oía el ruido de los insectos, las ranas y las aves

nocturnas. A esas horas hacía fresco entre las cañas. A cierta distancia, aunque ya bastante cerca, brillaban las luces de las calles y las casas de Uriba. Los amigos esperaban. El dueño del coche comenzaba a impacientarse y a pensar en la excusa que le iba a soltar Tomás para justificar tanta tardanza.

-Anoto tus palabras. Son lo mismo pero diferentes -dijo Elías mientras tomaba aire-. El ruido y la redundancia son principios básicos en los estudios de los que se ocupa la teoría de la comunicación. Las redundancias sirven para aclarar posibles pérdidas de significado en el mensaje. En cuanto al límite de la velocidad, todo vehículo tiene su límite. De hecho, nada puede viajar a más velocidad que la luz por mucho que fuerces el motor. Los fotones son partículas sin masa. Un accidente con siniestro total es un límite definitivo. Ese fue su límite. La realidad de las leyes físicas sobre la dinámica de los cuerpos, junto con la consistencia de la materia, le ofreció su tope máximo. El problema de las segundas oportunidades se basa en el concepto de la muerte. Si no caes muerto, puedes continuar. Si caes muerto nadie te recordará, bueno, excepto tus seres cercanos y queridos, hasta que les toque a ellos y ya no quede ningún pensamiento rebotando junto con la desesperación de las neuronas vivas. Noto que todo esto nos angustia. Por eso nos repetimos tanto. Miro la carretera recta y veo que en los milenios por venir los recuerdos se irán perdiendo para siempre en la entropía que llevará al enfriamiento total del Universo.

-Tú parece que vivas en el futuro. Te condiciona más el porvenir que los traumas del pasado. Te gusta evadirte hacia adelante.

-Un escapismo romántico de la realidad actual sin otra dirección que el final, la muerte térmica.

-El frío absoluto. Yo soy muy friolero. Solo de pensarlo me entran escalofríos.

-Por vivir, vivo en la incertidumbre permanente. -contestó Elías, mientras levantaba la mirada al techo-. Creo que todos vivimos así. Siento que algo me aprisiona las costillas. Luego me despierto sudoroso y asustado. A veces eso me da para unos versos. Nunca se puede alcanzar el horizonte. *No tardes*, le diría su amigo. *Tranquilo,*

*es ir hasta la rotonda del desvío de Denil y volver* -Elías pronunció las palabras tratando de modular dos tonos de voz diferentes-. *De acuerdo, ya verás como te gusta mi coche, y si te entusiasma tanto como veo en tu cara, ya te dejaré que lo conduzcas más veces. Toma las llaves.* Y se las lanzó para que el otro las atrapara en el aire. A lo colega, a lo macho, como hacen las personas seguras de sí mismas.

-Hasta el desvío de Denil y volver -repitió Joaquín-. Por ahí hay varios clubes nocturnos. Las luces de reclamo dan la apariencia de un parque de atracciones. Luces que se apagan y se encienden y figuras de mujeres construidas con neones que no paran de moverse para llamar la atención de los viajeros. Bailes intermitentes. *Cariño, ven y tómame.*

-*De acuerdo. Aquí estaremos tomándonos unos tragos,* le dijo el amigo, mientras Tomás se dirigía hacia el coche. *Y a pesar de lo que tarde, cuando vuelva seré yo el que os invite,* dijo Tomás, dejando en ridículo a los que habían apostado en su contra. *Vale, tú lo has dicho, pero no te entretengas en ningún club de carretera.* Hubo risas de complicidad. Toda persona siempre vive con su frontera temporal del presente, del mes en curso o del año que todavía está por desarrollarse. Mejor no recordar las últimas campanadas del cambio de año, eso ya es pasado. Ahora las que interesan son las que vienen. Ese día fue el límite de Tomás, el año 2009, a los 29 años de haber nacido. Fue un bebé rollizo y morenito con toda la vida por delante. *Le pondremos Tomás, como su abuelo paterno, o como su abuelo materno, o como el tío Tomás, que es tan buena persona.* Tomás chasqueó con la lengua y guiñó un ojo mientras salía con las llaves en la mano.

Joaquín se levantó, se dirigió al frigorífico y sacó dos botes de refresco. Le pasó uno a Elías. Los botes hicieron ruido al expulsar el gas comprimido. Mientras bebían se dieron un respiro.

-Fresco, qué bueno -dijo Elías después de relamerse-. Parecemos máquinas parlantes.

-Somos máquinas parlantes -corrigió Joaquín.

-Qué bueno está así fresco.

-Sigue tú si quieres. Ahora prefiero tomar unos tragos tranquilamente.

-Vale. Mejor. Me da igual.

Cuando pasó un rato y Elías se hubo terminado la lata continuó:

-Siempre me ha impresionado todo lo referente a la corrupción de la materia viva. De hecho creo que impresiona a cualquiera. No para de darme vueltas a la cabeza el proceso de descomposición que se produce a la intemperie, mezclándose alegremente, de manera natural con los olores del entorno. Es curioso. Los documentales que explican el proceso mostrándolo a cámara rápida, se emiten desde hace mucho tiempo. La naturaleza no es cruel sino indiferentemente despiadada. Con un fotograma cada ciertas horas se consigue una secuencia acelerada de los acontecimientos. Es la naturaleza de la vida forzada a mostrarse. El devenir expuesto en segundos. Señoras y señores bienvenidos a la naturaleza; entramos en la Sección de Biología Molecular y Extracción de Ácidos Nucleicos.

-Pues imagínate -dijo Joaquín-. Mientras duró la espera, todos llevaban el ceño fruncido. Pasado un cierto tiempo se suele pensar en lo peor, de hecho es ya lo único posible en lo que se puede pensar, para ir haciéndose a la idea. Eso sí que puedo asegurarlo, porque yo lo viví. En un pueblo te enteras de todos los comentarios. No hacen falta proyecciones de cine en tamaño panorámico para darte cuenta de las cosas. Yo no acudí al entierro, pero oí que a los familiares se los veía relajados. ¿Qué iban a hacer después de tanto tiempo y cuando ya estaba todo dicho?

-El tiempo. Siempre el tiempo. Como es natural el mundo continuó. Pasaron los años y la noticia terminó en el olvido, sin posibilidad de retorno.

-Aún no han pasado milenios, pero la verdad es que el suceso tampoco transcendió mucho más allá del ámbito local de Uriba.

-De hecho yo me he enterado del suceso cuando tú me lo has dicho y solo porque lo mezclaste con los improperios que soltabas contra el alcalde. En esa época, desde aquí, a diez kilómetros de distancia, a mí no me llegó ni el más breve rumor.

-La difusión de una noticia es proporcional a la importancia del muerto o de la cantidad de muertos en el caso de que los muertos sean personas del montón.

-Llegó el apagón digital completo -dijo Elías-. Se produjo la interrupción cibernética que causó el olvido de todos los siglos anteriores. Muchos cientos de años después las noticias de archivo sobre accidentes del pasado desaparecieron para siempre, borradas por innecesarias. Que se fastidien los historiadores si necesitan datos válidos y objetivos. Los escritores ya se las apañarán para inventarse las mil mentiras que quieran. Sin documentación objetiva de la que servirse surge el reino de la imaginación, de las mentiras, de las falsificaciones con pretensiones de sello de autenticidad, o de originalidad.

-Se miente mientras se crea, se crea mientras se miente -le cortó Joaquín-. Tus constantes ensoñaciones dialécticas.

Durante otro breve silencio, ningún ruido les dio a entender que existiera un mundo ahí afuera.

-Se muere mientras se vive, se vive mientras se muere -dijo Elías-. Nada es para siempre. A continuación el Sol se expandió y consumió a la Tierra en su abrazo de fuego, igual que el apretón terminó que acogió a Tomás entre las cañas una noche calurosa de verano; entre los cálamos crujientes de aquel remoto pasado en el que existió un planeta lleno de vida.

-Yo matizaría como noche calurosa pero fresca a la vez. No está mal tu obsesión sobre el futuro, pero a lo mejor lo que sucedió fue lo contrario, que Tomás viajó al pasado. Salió de su tiempo y al cabo de cincuenta años decidió volver. Eso fue un ínfimo instante para nosotros. No controló los mandos y en la reentrada se estrelló.

"Después de su desaparición, aunque la vuelta fuera instantánea, y de haber permanecido todo el tiempo restante a la intemperie, el ADN seguía siendo el mismo. Era él. Innegable. Y aunque fuera ya muy viejo, debido al estado de descomposición que lo encontraron, nadie lo tuvo en cuenta. Era imposible pensarlo porque para los forenses tan solo había transcurrido solo un mes. Y aunque el desgaste óseo no engañe, no se les pudo ocurrir que fuera un

envejecimiento real. En tampoco tiempo no lo darían como un envejecimiento que había sido producido por el devenir de una larga existencia. Si advirtieron tal desgaste, seguro que dijeron que habían descubierto las inesperadas transformaciones que pueden suceder en un proceso de corrupción debido a las inclemencias del verano.

-¿A dónde crees que pudo viajar? -preguntó Joaquín.

-Para mí que a la época de los egipcios. Lo menos al tres mil antes de Jesucristo. Al aparecer dentro de un carro de los dioses, y ser tan moreno, no desentonaría demasiado con el entorno. Se supone que allí no chocó porque si no, no habría podido encontrar un mecánico para que le reparara el coche. El caso es que al tomarlo por un dios, se aprovechó de las circunstancias y se pegó la vida padre, navegando por el nilo y comiendo las uvas que le ofrecían las cortesanas. Al final de su vida le entró la nostalgia y se volvió.

-¿Y cómo conseguiría volver?

-Pues muy fácil, de la misma forma a como llegó allí, con la velocidad. ¿O es que no has visto películas de esas?

-De la vuelta no se enteró porque aquí sí que chocó con el entorno. Pero bueno, al fin y al cabo ya había vivido una vida bien completa.

-Imagínate que no se estrella, que hace una reentrada correcta, y se presenta con el coche diez minutos después de que su "él joven" hubiera salido del bar. El viejo va y saluda a los amigos diciéndoles que él es Tomás Signes. *¡Hola chicos ya estoy de vuelta. Tengo un montón de cosas que contaros!*

-Los titulares y las noticias de los periódicos habrían sido muy diferentes: *Un anciano de unos ochenta años se presenta pocos minutos después de que saliera en el mismo coche el joven desaparecido Tomás Signes y afirma que él es Tomás Signes. Según cuenta ha vuelto después de haber vivido toda su vida en el antiguo Egipto. Sorprendentemente, tras habérsele realizado unos exámenes rigurosos a su ADN, los médicos han tenido que admitir que el ADN coincide plenamente con el mismo que el del joven desaparecido Tomás Signes.*

-Claro porque los medios tienen que ser objetivos. Lo que no se sabe no se dice. Lo que se supone hay que examinarlo y confirmarlo -Elías se aclaró la garganta con una tos forzada-. ¿Crees que nos estamos pasando?.

-Según tú, eso da igual, ¿no? Incluso es mejor. Eso mismo es lo que buscas.

-Supongo que tienes razón. Pero no pararé de repetirlo para asegurarme.

Joaquín dejó su bote de *refresco* vacío sobre la mesa, a continuación trajo del frigorífico otros dos, abrió el suyo y dijo:

-Tomás, a su edad de casi treinta años, empezaba a ver que no todo estaba ya inventado porque de ser así, no saldrían nuevos modelos de autos todos los años. Si es que eso le llegó a preocupar alguna vez en su vida. No sé, lo supongo porque cuando se llega a la edad que tenía, parece que esas cosas se intuyen. Ya tenía cierta perspectiva de la vida y del entorno. Te empiezas a dar cuenta de que eres uno más y no el ombligo del mundo.

-A otros les pasa lo contrario. A partir de los treinta se creen que ya lo saben todo. Ya no queda nada por saber.

-También es verdad. Siempre lo mismo y lo contrario. Y además, a la vez.

-El estado cuántico.

-El estado cuántico.

-Siempre aparecen nuevos inventos -siguió Elías-. Nuevos coches más veloces, más manejables, que a individuos del estilo de Tomás les encanta admirar. Él se quedó en ese límite del desarrollo industrial. A partir del año 2009 nacieron muchos niños en el globo terráqueo que jamás tendrían noticia de Tomás y que conducirían autos inimaginables para la época de Tomás. Aparecerían nuevos campeones de carreras; nuevos viajeros que disfrutarían de la velocidad, de la aceleración, de la rapidez de maniobras, como si antes que ellos no hubiera muerto nadie en un accidente de tráfico.

-La verdad es que accidentes no van a dejar de pasar nunca, a menos que se invente el sistema de entrada en éxtasis que contabas

tú antes.

-El Firmamento se expande. Exponencialmente. Los cosmólogos tienen decidido que el Universo es plano en cuanto a su expansión. Si te vas de viaje no pasa como si dieras la vuelta a la Tierra, que siempre puedes llegar al mismo punto cuantas veces la circundes. Si alguien decide irse con un cohete por el Espacio en una dirección fija, ha de tener en cuenta que no hay curvatura suficiente para volver, sino todo lo contrario. El Universo se acelera conforme se aleja de nosotros. O nosotros de todo lo demás. Así es cómo se explica la relatividad del movimiento.

-Amigo, cuando hablas de estos temas el que se expande eres tú. Esto supongo que viene a decirnos que por lo visto la obsesión de mucha gente, de muchos escritores, sobre los viajes en el tiempo se ve muy difícil de que realmente pueda realizarse.

-Bueno, más o menos todo tiene relación. Evidentemente imposible no hay nada, o si no, que se lo hubieran dicho a Tomás cuando salió del bar con las llaves en la mano.

Elías, después de hacer una pausa para tomar un trago, continuó con su discurso:

-Un salto al futuro, teóricamente, puede ser posible para personas curiosas. Lo digo por la paradoja de los gemelos. Llegas al futuro de los otros, de los que ya han envejecido antes que tú, para poderte reír de ellos. El salto al pasado, para los que necesitan enmendar errores, se plantea de una forma más problemática. ¿Maté a mi abuelo antes de nacer yo, o no? Supongo que no, si no, no estaría yo ahora vivo. Ah, sí, no me acordaba, está el argumento de que lo maté en otro mundo paralelo, pero no en este.

-¿De verdad has matado a tu abuelo?

-¿Qué?

-Nada bromeaba. Te lo has creído. Yo sí he matado a alguien.

-Claro, tú matas a alguien todos los días. Eso ha estado todavía mejor -Elías tomó aire y siguió-. Por otra parte también hay que contar los viajes a ninguna parte. Los no viajes. Las ilusiones. Las

narraciones, imposibles, o improbables. Cada una de ellas cuanto más inverosímiles, más emocionantes para mí.

-¿Como por ejemplo todo lo que nos estamos inventando sobre Tomás? -preguntó Joaquín.

-Más o menos. Por la incertidumbre incontrolable parece ir todo lo que hablamos. Que es lo bueno de la acción narrativa. De todo lo que sucedió.

-De lo que sucedió, sucede y sucederá. El asombro de repente se convierte en cinismo narrativo.

-O al revés, el cinismo narrativo lleva a un asombro inesperado.

-Sí, esos tipos de finales tarde o temprano llegan.

-Eso al fin y al cabo cada uno lo puede encauzar como quiera. Un accidente inesperado, un accidente que sucede a doscientos o trescientos kilómetros por hora, o a mil, o a la velocidad de la luz. Las luces de las tulipas traseras desaparecieron en la oscuridad porque el coche saltó al hiperespacio, a otro Universo con leyes físicas diferentes a las de este. Interfirió de tal manera como materia extraña que produjo una reacción en cadena la cual acabó con todo el Universo en el que había entrado. Un haz de luz instantáneo y ese otro Universo dejó de existir.

-Como reacción a esa destrucción se coló del otro mundo un virus exterminador, que se activó inesperadamente años después del 2009 -dijo Joaquín.

Elías hizo un gesto de agotamiento y siguió:

-Tomás no llegó a conocer la plaga planetaria que por poco extermina a la humanidad entera. La humanidad sobrevivió a duras penas. Muchos cayeron en las salas de los hospitales mientras sus imágenes se difundían en los informativos diarios. *Sobre mi pecho*, oigo decir a Tomás, *me pusieron un certificado de defunción por haber muerto en un accidente de tráfico. Años después, posiblemente me habrían pegado otro certificado por contagio del virus. Todo es cuestión de tiempo. El azar existe.* Veintinueve años. Mujeres. Alegrías. De repente tienes la oportunidad y la edad para ser padre. Ese papá en potencia que nunca llegó al hogar. Nunca

pudo ser un ser adulto que pone orden en la casa. Murió en una erección mecánica. En un pueblo cercano celebraban las fiestas lanzando fuegos artificiales. Los cohetes estallaban en la lejanía al tiempo que el auto dibujaba el éxtasis de la parábola que, una vez alcanzado el apogeo, caía libremente en una relajación vital definitiva.

-Pobre muchacho -se quejó Joaquín-. Yo no soy tan taimado como tú. Bueno, tan abstracto. Si es por maldad, es cuestión solo de esperar un poco más y verás que soy tan malvado como cualquiera. Mejor vamos a dejarlo en el nivel de que eres un malévolo retorcido. Lo digo porque en estos casos siempre aparecen personas que...

-Que se dedican -le cortó Elías- a las especulaciones sobre la existencia y su razón de ser, de nuestro lugar en el Universo y todo eso. ¿Por qué no? No está tan mal como introducción.

Joaquín sonrió de una manera tan inquietante como nunca Elías lo había visto hacer antes.

-Recordatorios inocentes, literarios, sin consecuencias verdaderas. Bueno, tú sabrás lo que te traes entre manos -le dijo Joaquín.

-Sea como fuere -dijo Elías con gesto inseguro-, el manejo del potente motor del coche le distrajo de una manera que no tiene nada que ver con las zarandajas que se me ocurren a mí. Lo reconozco. Pero ya ves, en definitiva, tan mortal como cualquier concepto abstracto que nos cueste asumir. Yo me explayo discurseando, él apretando el acelerador. Como te descuides te comes el suelo o, la abstracción ridícula con la que quieras expresar tu visión del mundo, te dejará en la ridiculez más espantosa.

-Palabras huecas. No vale. El sentido pomposo que acabas de dar a las palabras no te va a servir de nada.

Elías le miró de soslayo. Se produjo otra pausa en la que la nada, por muy contradictorio que resultara, se podía mascar. Cada mente se alejó la una de la otra hacia los extremos opuestos del mundo. Entre la espesura de la ignorancia por saber lo que había sucedido, al menos dedicaron ese momento de tensión indefinible para refrescar las gargantas. Bebieron en medio del silencio y, mientras

humedecían sus bocas, les envolvió un mutismo que presagiaba algo destructivo, algo de lo que una persona se puede percatar de su existencia solo en el momento en el que la sombra que aguarda escondida se abalanza desde la oscuridad.

-*Mira hijo*, diría un narrador -Elías continuó temeroso de cada palabra que iba a pronunciar a continuación-, t*u padre sigue ahí pendiente, sobre los penachos de cañaverales, ¿lo ves? Pero mamá, el estado de pausa contradice las leyes dinámicas de la física, de la inercia, o de yo qué sé cuantas leyes más que no he aprendido porque no he llegado a nacer. Todo eso lo habría podido aprender en las clases de física o de audiovisuales si hubiera nacido. Porque de hecho yo no existo. Nunca he podido tener padre ni madre. Mamá, creo que el coche debe proseguir su camino. Por favor, aprieta el botón del triángulo que señala hacia la derecha para que termine la caída. ¿El que pone play? Sí mami, justo ese. Qué palabras más raras se inventan para hacer funcionar las máquinas.*

-Qué lástima de situación. Tanto en las historias que nos inventamos, como la que informan los periódicos, o sea, la historia que realmente sucedió, Tomás se sigue precipitando hacia la superficie reseca y polvorienta. Qué pena. Cada vez que se lee un artículo vuelve a suceder. Tomás Sísifo. Y sucedió eso sin remedio. Qué se le va a hacer. Creo que deberíamos cerrar esa ventana temporal de una vez. Solo nos quedan los recortes informativos. Simples parches. No podemos interferir en los acontecimientos ya pasados. No debemos apretar una y otra vez el play como si fuéramos simples inocentes que no saben nada de los mecanismos para reproducir un vídeo anticuado. Cuando se comete un crimen ya no hay vuelta atrás.

-¿Has dicho un crimen? ¿Entonces, por fin fue un crimen?

-Déjalo -trató de corregir Joaquín extrañamente alterado-. Quien dice un crimen dice otra cosa. Llámalo como quieras. Yo lo llamé venganza.

-No lo comprendo pero tampoco hay que rendirse. Si no lo explicas un poco mejor, no se entiende. Ya me contarás tu incógnita. Está claro que todo acontecimiento pasado ya ha dejado de ser para

siempre. Es un recuerdo. Efectivamente. Aunque también es verdad que en nuestro mundo literario, por tanto mundo virtual, lo podemos manipular como nos dé la gana. En eso estamos, ¿No? El coche se estrelló entre las cañas. Prestado o no prestado. Saltar a la fama de la localidad cuesta una pirueta fatal. Irónicamente. Trágicamente. Más difícil todavía. El fin del juego estaba en la tierra seca, dura como la pura roca. Salto apoteósico al éxito.

-Más bien un salto al no éxito por mucho que condujera un coche alemán de lujo. Salto al exilio de la vida.

Elías cada vez más tenía la sensación de que las palabras que él mismo pronunciaba le parecían de una vacuidad hiriente. Se sentía cuestionado como un alumno retrasado al que no hay manera de hacerle entender la lección. El aire parecía crujir a su alrededor.

-Las cañas son un tipo de hierba gigante -dijo Elías-. Seguro que en la radio Tomás iba escuchando música de algún tipo; alguna emisora elegida por puro gusto o por puro azar. Un estilo de música extrovertido, desinhibido. *Voy a cambiar la emisora y así me podré estrellar.* Se dedicó a buscar emisoras al tiempo que sonaba el teléfono móvil. Despiste. Cuneta irregular con plano inclinado y salto al vacío. *Elige: ¿predestinación o azar? Me da lo mismo,* se contestó a sí mismo. *Tú lanza la moneda y lo averiguaremos, porque yo, que he sido quien ha apretado el acelerador, lo voy a saber antes que nadie. La conquista del estrellato fatal.*

-Lo del teléfono móvil es verdad. El teléfono salió despedido por una de las ventanas abiertas. Era verano y hacía calor. El sudor facilitó que la funda de plástico se le escurriera -dijo Joaquín, como si realmente se le escapara a él de la mano.

-Con los cristales bajados se disfrutaba más placenteramente la velocidad.

-Efectivamente -recalcó Joaquín-. Además esa es una de las cosas que no paras de repetir y que sabemos de sobra.

-El verano es la estación de los niños: piscinas, playa, reunión con los amigos en los parques al atardecer. Tomás se incrustó con su barrera temporal y nunca conoció un carrito para bebés.

-Eso también lo hemos dicho ya. Y eso duele. Imagínate la familia cuántas veces lo habrá comentado en las reuniones cuando recordaran a Tomás.

*-Mi padre murió en un accidente de coche, antes de que yo naciera, e incluso antes de que mi madre se pudiera quedar embarazada de él. Por esa razón yo nunca pude nacer. Desde mi no existencia, supongo que todo desarrollo filosófico implica un fracaso y una decepción, o sea, un no desarrollo filosófico. De hecho, yo solo existo en estas frases que pronuncia otra persona en mi nombre. En mi no nombre.*

Joaquín le hizo un gesto para que continuara sin problemas.

-A partir de los veintinueve años -siguió Elías-, empiezan a venir los recuerdos, las añoranzas, los olores de la infancia y la juventud, ya se ve suficiente carretera recorrida por el retrovisor de la vida.

"La carretera. El camino. La eterna metáfora. La recriminación de los adultos a los seres recientes que usurpan el mundo en los tiempos nuevos. Los sentimientos perdidos, vueltos a descubrir por los recién llegados que viven su presente. treinta años. Ya no eres de los advenedizos y de repente descubres que tus antepasados vivieron antes que tú, cuando tú todavía eras un usurpador sin coordenadas. Ahora formas parte de aquellos a los que menospreciabas. Eres uno más entre los fantasmas del pasado. Te has dado cuenta de que han llegado los nuevos para despreciarte precisamente a ti. Te conviertes en un organismo consciente que forma parte de una parcela perdida entre surcos de cultivos mil veces arados. Un alma vitalmente repetitiva como los microsurcos de los discos musicales rayados, antiguos, que tanto te gustaban. *Por favor, apaga eso, que estoy harto de oír siempre lo mismo. Papá, ¿qué es un disco rayado? Tú, hijo mío, tú eres un disco rayado. Pues mamá dice que el disco rayado lo eres tú. Sí, tu madre siempre tiene razón, siempre tiene toda la razón, una y otra vez, una y otra vez, como si fuera un…, bueno mejor vamos a dejarlo.* Un supuesto ignorante vive la vida en la piel, un supuesto sabio vive la vida igualmente en la piel. La sabiduría es una enfermedad que la naturaleza se ocupa de curar con el tiempo. La ignorancia más o

menos también. Cualquier enfermedad puede ser curada una y otra vez; las veces que haga falta. La muerte cura la enfermedad. El tiempo se encarga de todo. Y lo que tú también decías: El recuerdo es un problema neuronal, que puede tener relación, o no, con la supuesta flecha física, metafórica, que cruza los años. Si lanzas una flecha, por mucho que levantes el ángulo caerá en algún sitio, llámese terreno fértil donde nacerán nuevas ideas, o en un cañaveral fresco y aromático donde el motor al reventar ensuciará el terreno de gasolina, aceite y ácido de la batería y donde miles de trozos de cristal se esparcirán por doquier. Se puede dudar de lo que no se ve y por supuesto también de lo que sí se ve. De hecho se dice que los sentidos nos engañan.

-No está mal -dijo Joaquín-. No te puedes fiar ni de tu sombra. El caso es que al final encontraron el coche hecho trizas de verdad, no supuestamente, sino allí, completamente destrozado. Si se te ocurre hablar de esa manera sobre esas dudas delante de sus familiares, habrías visto adónde te hubieran lanzado.

A Elías le vino bien la interrupción. Hizo una pausa, se relajó y esperó a que la boca segregara saliva suficiente para continuar. Dio otro trago al refresco y dijo:

-Vale. Leamos otro artículo a ver qué podemos comentar sobre él -señaló la pantalla-. Para realzar nuestro narcisismo.

-Como todos hacen en el mundo -dijo Joaquín-. Para lo que sea. Vamos a ver.

*RecortesDIARIO DE PONIENTE*

*15-07-09/ 03:00*

-Mira -dijo Joaquín-. Esta página comienza con una foto del coche rojo, que han colocado sobre un camión de la empresa aseguradora. El camión es de los pequeños, con una grúa también pequeña, especializado para el traslado de automóviles. El Mercedes es un vehículo ancho y largo que prácticamente ocupa toda la plataforma de carga del camión.

-Sí -afirmó Elías-, el color del auto es también rojo, pero de una tonalidad más apagada que la del camión. Es más bien un color rojo

de diseño, una tonalidad coral, más elegante que la del camión, al que han pintado de un rojo vivo, crudamente industrial, con la simple finalidad de que destaque como un vehículo de transporte; que se vea desde lejos, no para fascinar a supuestos admiradores que observan una composición artística. Además, fíjate, el coche se ve ancho como tú has dicho. Eso le confiere una mejor estabilidad, un mejor agarre al asfalto. Sin embargo, ahí lo ves, ahora parece el juguete roto de un niño inquieto y revoltoso.

-A ver. En la parte delantera, sobre la puerta del conductor del camión, debajo del parabrisas, aparecen las letras blancas de la empresa de seguros. Han colocado el coche en la dirección contraria a la que marcha el camión. En la trasera del coche la puerta del portaequipajes está desencajada por el golpe. Va casi pegada a la parte de detrás de la cabina del camión porque sino no cabe. Aquí se ve un trozo de matrícula. Es la parte izquierda de la placa, con el rectángulo vertical de color azul y la letra E debajo del círculo de estrellas. Solo se ven dos números: el cuatro y el siete. Los demás números están tapados por los mecanismos de la grúa. Pero sobre eso no hay intriga, porque si lo queremos saber, la información completa de la matrícula la publicaron en los periódicos para que se le pudiera identificar con facilidad. Para que cualquiera pudiera informar si encontraban el coche.

-Se ve el lateral derecho también destrozado -siguió Elías-. Las luces de freno con las tulipas han desaparecido y solo aparece el hueco abollado en donde iban acopladas. La tapa del motor en la parte delantera está desajustada y levantada, de la misma manera que se ve el maletero, como si hubiera explotado una bomba desde dentro hacia afuera. La rueda derecha de detrás tiene el neumático deshinchado, pero fíjate la llanta qué ancha, es deportiva, con cinco tornillos fuertes de sujeción al eje. Los otros neumáticos no se ven pero seguro que estarán igual de hechos polvo.

-Hay un hombre que mete el cuerpo por la ventana -dijo Joaquín-. Parece que busca algo. Vamos a fijarnos mejor. Se ve el mango negro para abrir la puerta debajo de él. Seguramente la puerta se ha quedado encajada y por eso no la ha podido abrir.

Tiene el cuerpo doblado en forma de L invertida con casi todo el tórax dentro. Los pies están sujetos sobre la plataforma de carga del camión y metidos por debajo del coche para mantener el equilibrio. Abajo, también de espaldas, hay otro hombre. Los chalecos reflectantes de los dos hombres son iguales y los pantalones son del mismo color gris oscuro. Y además el que está abajo esperando lleva sobre la cabeza una gorra de servicio de la Guardia Civil. Lo que viene a decirnos que ambos son policías.

-Estarían completando los informes como pone el periódico. Mira, a la izquierda de la foto, ahí, apartados, aparecen tres hombres mirando al policía que tiene el cuerpo medio metido en el coche. Permanecen a la espera de que termine la inspección. En el grupo de esos tres hombres, este que está un poco apartado de los otros dos, en la parte delantera de la cabina, está vestido de rojo, tanto la camisa como el pantalón; el pantalón es largo con bolsillos laterales sobre los muslos. Evidentemente es el uniforme de trabajo de la empresa. Y además de que la vestimenta es del mismo color que el camión, en la espalda lleva las mismas letras de la aseguradora aunque la tela esté arrugada y no se aprecie bien del todo. Está claro de sobra. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que este es sin duda el conductor de la grúa. Espera un momento, además, aunque sea un detalle de poca importancia, tiene el brazo derecho caído y sostiene un cigarrillo entre los dedos de la mano. Seguramente es zurdo porque el reloj de pulsera lo lleva también puesto en la muñeca del brazo derecho.

-Es verdad. No me había fijado. Muy agudo por tu parte. O eso supongo, ¿porque tú crees que podamos sacar algo válido de esta inspección?

-Nunca se sabe. A lo mejor el conductor manipuló los mecanismos del coche de Tomás y para disimular se hace pasar por zurdo. O simplemente espera, apartado, mirando con disimulo sin decir nada.

-Demasiado suponer. No veo la relación -dijo Joaquín-. Qué más da que sea zurdo o diestro para manipular nada. Además tiene toda la pinta de ser una persona completamente ajena al asunto y estar esperando porque es su trabajo, y que luego le tocará transportar el

coche al desguace sin más preocupaciones. Será terminar el último transporte del día y a casa a cenar.

-Vale. Da igual. No he dicho nada. Continúa tú ahora y di lo que interpretas.

-Está bien -dijo Joaquín, aguzando la vista-. A ver, a ver, sigamos. Entre la parte posterior de la cabina y el remolque, donde se ven las palancas de la grúa del camión, con los pomos para manejarla, hay otros dos otros hombres, también de espaldas, mirando al Guardia que está metido en el coche. El hombre pegado al camión es gordo, lleva un chaleco reflectantes como el de los otros dos Guardias y los pantalones son largos y grises también, igual que el que está inclinado, terminando las últimas comprobaciones. Por lo que se ve el individuo grueso podría ser otro policía, aunque no se distinga bien porque lo tapa el otro trabajador que está en medio.

-Además se ve claramente que el chaleco reflectante de este tiene las bandas diferentes a los de los Guardias Civiles. No son policías, son operarios que se ocuparán cada uno de lo suyo.

-Está claro que el que lleva la gorra puesta es el que identifica a los otros dos que visten igual que él como policías. De eso ya no hay duda.

-Sí porque el que está en medio lleva dos bandas grises horizontales separadas que le rodean la cintura, mientras que el de los Guardias llevan las bandas verticales sobre los hombros, como si emularan las trinchas que sujetan una correa con cartucheras de munición.

-Y aunque todo esto no nos sirva para nada, al menos nos informa de que este hombre no es un Guardia Civil, porque además viste un pantalón corto, informal, por debajo de las rodillas con un bolsillo grande a la altura del muslo. Los brazos los tiene completamente sin mangas, descubiertos hasta los hombros. El brazo derecho lo lleva encogido hasta la altura del pecho, donde parece que sujeta un objeto con las manos. Veamos, no lo distingo bien, igual podría ser una cámara de fotos o de vídeo. Está claro que es más grande que un teléfono móvil. Al fin y al cabo, se trata de una foto del año dos mil nueve.

-Toda la foto -siguió Elías-, se ve atrapada por el cañaveral alto y frondoso. Los penachos de las cañas son tan altos que se salen del marco de la foto; están fuera de la perspectiva de plano general en el que han encuadrado al camión. Sobre el parabrisas y la delantera de la cabina están pegadas las cañas que lo cubren prácticamente todo e imposibilitan ver la matrícula de manera precisa a causa de la vegetación.

-Ni falta que hace.

-Es verdad que hay cañas gigantes por todas partes. En la esquina inferior derecha de la foto aparecen también unos matorrales que ocultan el cuerpo del guardia que lleva la gorra de servicio. El que mira desde abajo, cómo el compañero introduce el cuerpo en el coche. Solo se puede deducir que son Guardias Civiles por los detalles descontrolados. Al menos a este agente se le ve puesta la gorra reglamentaria, porque entre las hojas alargadas de las cañas solo se distinguen, de una manera confusa, las letras que llevan sobre la espalda y que, entre tanta vegetación, no se leen bien. Mira, ¿ves? -Elías señaló el centro de la foto-. Es un claro entre la espesura donde a duras penas ha podido entrar el camión. Aquí en la parte del medio aparece el suelo del terreno blanco y seco, polvoriento, sobre el que han colocado el camión. Las ruedas están blancas por el polvo que se les ha pegado.

-Y mira por donde, aquí debajo de la foto aparece un escrito que nos lo explica casi todo:

*Un agente inspecciona el interior del vehículo momentos después de que el cadáver hubiera sido retirado.*

-Y al lado -dijo Elías-, está el nombre del fotógrafo: *Santiago Ferragut.*

-Después de la foto la página del periódico continúa con lo suyo. Veamos -Joaquín se puso a leer:

*RecortesENCUENTRAN EL COCHE ROJO DEPORTIVO DESAPARECIDO, CON EL CONDUCTOR MUERTO EN SU INTERIOR, EN EL MARJAL DE URIBA*

*Desenlace funesto. El joven de cuyo paradero se desconocía desde hacía un mes ha sido hallado ayer en el marjal. Su cadáver apareció en el interior del auto en el que se le vio la última vez. El Mercedes SLK de color rojo, propiedad de un amigo, apareció destrozado.*

*El cuerpo fue trasladado al Instituto de Medicina Legal de Valencia, en donde serán determinadas las causas concretas de su fallecimiento. Según el registro de los informes todo apunta a que las causas de la pérdida de su vida fue a consecuencia de un accidente de tráfico.*

*De acuerdo con las investigaciones iniciales, el vehículo debió salir de la calzada a una velocidad descontrolada desde unos desniveles que conforman los laterales de la propia carretera nacional N-323. No aparecían en la zona ninguna marca de neumáticos que pudieran derivarse de frenadas. Supuestamente se debió a un descuido o que Tomás Signes pudiera haberse quedado dormido en el momento que conducía. El auto pudo salir volando por encima de las cañas del marjal, sobrepasar la zona en la que los cañizos superan los cuatro metros de altura y luego impactaría contra la zona oculta donde fue encontrado.*

*Algunos supuestos apuntaron a que hubiera quedado sumergido en los pantanales con su ocupante dentro. Lo que, según informes del ayuntamiento, empujó a la población a realizar una batida por la zona. Se reunieron numerosos ciudadanos que peinaron zonas extensas del marjal pero sin conseguir ningún éxito. Medios aéreos colaboraron en la busca sin que llegaran a detectar nada. A la vez se contó con perros del servicio cinológico de la Guardia Civil adiestrados para casos como este, sin que consiguieran señalar la situación del auto oculto.*

*Por lo visto fue una mujer de las que se dedican a la prostitución, que se sitúan por esa carretera, la que al introducirse entre las trochas que se adentran en los cañizos, encontró el coche destrozado con un cuerpo dentro. Su aviso fue lo que permitió el hallazgo del coche. El cadáver fue levantado por orden del juez sobre las 16:30 horas de ayer.*

*El hallazgo ha conmovido a la población. La familia espera recibir respuesta del juzgado instructor del caso lo antes posible para dar sepultura al joven fallecido y ofrece su agradecimiento a todo el personal que ha participado en la búsqueda de Tomás.*

-Todo mentiras -se quejó Joaquín-. Y no pararé de decirlo. O como mucho, verdades a medias. No pararon de dar palos de ciego porque no sabían ni lo que hacían.

-Supongo que había que hacer algo -dijo Elías-. Como con los grandes enigmas del Universo. No se puede estar sin arriesgarse con alguna teoría. ¿Cuándo apareció la materia? ¿Cuándo apareció la vida? ¿Cuándo apareció la inteligencia? ¿Cuándo apareció el lenguaje? ¿Terminará todo en un gran crujido o en un enfriamiento lento?

-Vale y en cuanto a desarrollar una introducción, un desarrollo y un desenlace, ¡qué? Hablar algo de la infancia, del crecimiento de Tomás, su paso por la escuela, detalles del trabajo que tenía. Cuando tuvo su primer fracaso amoroso. Un viaje en el que visitó una gran ciudad. Hay miles de circunstancias que te dejas. Y encima te pones a hablar de lo de ahí afuera.

Elías se sintió un poco azarado, pero aún así dijo:

-Una canción dura más que un vuelo accidental. Una catástrofe mortal no da tiempo para despedidas, ni para repetir versos ni estribillos. Cuando los ojos se abren demasiado por la sorpresa y por el miedo, por la pérdida de control del volante, no hay tiempo para lágrimas. Eso hay que dejarlo para los otros, los encargados de crear lágrimas diferidas. El último párrafo del artículo lo dice todo, en ese momento las especulaciones ya carecían de sentido, ya daba igual. ¿Así mejor?

-No esta mal -dijo Joaquín con cara apática-. Por la vía lírica te sale algo mejor. Y con respecto al artículo, es muy fácil hablar cuando todo ya había terminado para siempre. En ningún momento se supo nada claro. Nada hasta el momento del hallazgo. Así se tiraron todo el mes sin saber para donde había que tirar. Toda aquella situación tenía aún menos sentido que las palabras que tú vas soltando al sol, o a saber dónde.

-Tienes razón. Me valgo del absurdo para tratar de llenar huecos. Se llama impotencia imaginativa.

-Vale. Déjalo. Te entiendo. Bueno, más o menos. Si tú mismo te lo dices ya es un paso. No sé hacia dónde, pero es un paso. Hicieron más pesquisas por los locales de prostitución y de venta de droga que todo eso que dicen los periódicos, de batallones de gente rebuscando por los campos. Lo que pasa es que no les pareció conveniente meter por el medio los locales para ambientar una novela negra, no era propio para un caso como este.

-Aparece en la sección de sucesos. Y en esa sección los periódicos no se cortan un pelo.

-No les dio por ahí. Prefirieron la búsqueda por la naturaleza. Más bucólico.

-Como tú has dicho -siguió Elías-, el asunto terminó para siempre, sobre todo para Tomás. No sé por qué, pero estas historietas me recuerdan una película. Después de que la cantante terminara de entonar unos versos casi interminables, le dice un personaje que la había oído: *He visto como hacías llorar a una persona adulta.* Esa canción yo siempre la había oído interpretar llena de notas entusiastas cuando la interpretaba otro cantante que utilizaba un optimismo exultante a la hora de entonarla. Sin embargo la chica de la película la había transformado en un lamento pausado; una queja musitada que remarcaba las sílabas y las pronunciaba con exagerada suavidad; deslizaba las palabras entre los labios con matices lánguidos y convertía cada palabra en un suspiro de larga espera. *Quiero despertar en una ciudad que nunca duerme.*

-La canción que iba escuchando Tomás seguro que no era lenta -opinó Joaquín-. Con toda la certeza del mundo era una canción alegre. En la temporada veraniega aparecen muchas canciones animadas. No se le veía de ritmos pausados y morosos. Él tenía más bien la pinta de escuchar letras como *¡Ritmo, ritmo, que no pare la fiesta!* O algo por el estilo. Su mirada transmite una sensación de simplicidad que relaja el alma.

-Una pena. Tampoco le dio tiempo para abrir una botella de champán y declamar: *Lo siento si llego tarde, o mejor dicho, no*

*contéis conmigo esta noche; corrí demasiado y ahora estoy abrazado por las cañas. Los abrazos siempre dan resultado con las personas queridas. Solo pasaba por aquí y he cogido sin querer un desvío hacia la espesura; eso es todo. Venid a recogerme tan pronto como podáis. Quedo a la espera.*

-*Corto y cierro.* ¿No? No hay que burlarse, hombre -se quejó Joaquín-. Si te oyera hablar de esta manera algún pariente suyo, te arrancaría los huevos de cuajo.

-No me burlo. Tú también opinas a tu manera. Lo digo simplemente porque en un momento dado estás bien y cuando menos te lo esperas: *Adiós amor, adiós felicidad; hola soledad; creo que voy a llorar.* Y eso sirve para el resto de la humanidad.

Volvieron a fijarse en la foto.

-Vehículos de todas las clases y tamaños han seguido pasando y pasando sin cesar -dijo Joaquín-. Un día y otro. Yo conozco muy bien esa carretera y a lo largo de un mes tiene mucho tránsito.

-Los acontecimientos se suelen escribir desde el futuro. Bueno, de hecho no es que se suelan escribir desde el futuro, es que siempre se escriben desde el futuro. No hay otra opción. Lo que tú has dicho: miles de coches siguieron pasando. Muchas vueltas dio el meridiano cero para ocultarse del sol y luego volver a mirarlo otra vez cada mañana. Vivir cada día. El calor acelera el proceso de descomposición de los cuerpos y en verano hace mucho calor. Imagínate, treinta días uno tras otro. La imagen invisible de un simple momento, un coche suspendido sobre los penachos de las cañas como en un error cronológico, invisible a los ojos de los otros conductores que pasan conduciendo impertérritos hacia sus objetivos, hacia el futuro. Necesitamos un abrazo antes de irnos a dormir. Las cargas pesadas son arrastradas hacia la superficie. Forma parte de una ley conocida de sobra. A Tomás seguro que le hablarían en la escuela del concepto de la gravitación universal. Si el concepto no lo entendió como explicación teórica para los exámenes, al final él mismo se encontró con la aplicación en la práctica. Sin embargo a él no le dio tiempo de apreciarlo. Solo nosotros lo podemos ver en la foto que le hicieron en la fiesta, o en

la foto virtual pendiente sobre las cañas. Eufemismos. Decimos unas palabras por otras, porque esa es una manera de huir del horror. Casi es necesario. Primero hay que enredarlo todo para luego conseguir un desarrollo coherente del relato.

-En ese caso, de las fotos puedes deducir lo que te dé la gana.

-Que es justamente -siguió Elías-, lo que no paramos de hacer desde que nos hemos puesto al asunto; aunque a veces nos hayamos encontrado con momentos tensos de estancamiento. La verdad es que a mí no me interesa ni ser historiador ni psicólogo. Me gusta adoptar la actitud de un predicador dogmático al que no le importa nada la opinión de otros y así por lo menos terminar algo con claridad. Las posibilidades las dicta el azar. Por otra parte, yo procuro no burlarme de nadie.

-Elías, sinceramente, te falta capacidad de imaginación.

-Eso me da igual. Dicen que el universo nació y murió en el mismo instante. Que vivimos en una burbuja que creemos eterna, pero en la que ya está todo decidido, terminado. Vivimos en una carretera donde se inició el entorno que nos rodea y un suelo reseco, como el cemento, en donde ya desaparecimos. Primero vino un momento inflacionario y luego nos acogió un cañaveral. El Universo es solo un eco de la nada.

-Lo que te digo siempre. Algunas metáforas no vienen del todo mal de vez en cuando. Pero la verdad es que llegas a cansar. Cuando lo redactes procura no repetirte con lo mismo. Imagínate por ejemplo, el amigo, el dueño del coche, que aparece en un puticlub con una ametralladora y empieza a disparar contra todos, echándoles las culpas de lo que le había pasado a su querido coche. *¡Cabrones vosotros tenéis la culpa!* Todos tirándose al suelo para protegerse y las mujeres doblándose los tobillos por culpa de los tacones tan altos. *¡Que alguien llame a la policía! ¡No, que no tengo los papeles en regla!* Los primeros en morir habrían sido los porteros. Los gigantones que guardaban la guarida. Ahora sigue tú -dijo mirando a Elías.

Silencio. Nadie hablaba.

-Da igual. Cada vez que recuerdo esa época -siguió Joaquín-, me entra mucha pena. Pasó un mes. Son muchos días y muchas noches. A la intemperie, ya ni olería. La gente cuanto más allegada a Tomás, más sufriría pensando que no murió en el acto. Aunque cuando por fin lo contemplaron todo, hasta en su inmenso dolor se consolarían pensando que no había sentido el golpe.

-La naturaleza abraza y reclama lo que le pertenece. Las teclas de un piano se pueden tocar tan lentamente como se quiera. Las graves sirven especialmente para marcar los acontecimientos luctuosos. Todos nos repetimos, es lo que mejor nos sale a los seres humanos.

-La naturaleza lo oculta todo. Yo tengo tierras y sé de lo que hablo. Hay que saber ocultar las cosas o los cadáveres. Supongo -Joaquín hizo una pausa-, que considerando lo que decimos, vamos a tener que conformarnos con que algunas frases no nos están saliendo mal del todo. Otras pueden traicionar lo que ocultamos. Tú anota. Luego ya verás lo que puedes hacer por tu cuenta.

-Me gusta que tú también sueltes buenas frases. Y que, por cierto, también no pares de repetirte. ¿No sabes que hay un tipo de música que se llama música repetitiva?

-No sé, me parece que no me acaba de convencer la manera como llevamos todo esto. Y lo digo especialmente por ti.

-Tú en eso tranquilo -dijo Elías-. Tienes razón. Ya me las apañaré. De momento vamos a dejarlo así. Leamos ahora este artículo:

*RecortesPERIÓDICO EL GLOBO*

*LA ESPESURA DE UNOS MATORRALES OCULTARON EL AUTO*

*Encuentran el cuerpo del joven buscado que falleció en un accidente de tráfico hace un mes.*

*El conductor se salió de la carretera cuando viajaba por la N-323.*

*Diversos cuerpos de seguridad habían realizado rastreos por el marjal de Uriba sin éxito.*

*Actualización martes 15/07/2009 12:20 (CET)*

*El cadáver del joven, que desapareció hace varias semanas, ha sido encontrado el lunes pasado en el interior del coche que*

*conducía y que se salió de la carretera cuando circulaba por la N-323.*

*Fuentes del Centro de Gestión de Tráfico y de la Policía Local han informado del hallazgo que tuvo lugar sobre las cuatro de la tarde. El coche del hombre fallecido en el accidente se descubrió en un camino lateral de la carretera, cubierto de cañas y matorrales que impidieron durante tanto tiempo su localización. Después de que se saliera de la vía, el automóvil quedó oculto de tal manera que no pudo ser visto por otros conductores que pudieran haber auxiliado al joven accidentado.*

*Aunque se procedió a su búsqueda mediante recursos policiales, vecinales y de otros tipos, no se le ha podido hallar hasta la fecha.*

-Otra vez -volvía a quejarse Joaquín-. Está bien, no lo voy a embarullar más, pero insisto en que semejantes despliegues no se hicieron nunca, porque no se sabía nada. Vale, vale, lo dejo. Pero no hace falta que sigamos leyendo tantos periódicos porque más o menos todos van a decir lo mismo. No se sabía si había desaparecido o no y menos dónde. Se sabía que fue la noche de aquel sábado y nada más. Los amigos se extrañaron y como es natural también se sorprendieron en la casa de sus padres. El personaje que la lio y mintió de verdad fue el alcalde que se dedicó a agobiar a los vecinos como si el municipio se encontrara en estado de guerra. Precisamente aquel alcalde inútil y cabezón. El desgraciado que se puso a determinar de nuevo los límites de mis huertos y todos los del término municipal. Menuda garrapata. En ese momento lo sentencié a muerte.

-¡Ah, vaya, ya va saliendo por qué lo odias tanto! -exclamó Elías-. Ahora ya no te escapas de explicarme qué pasó con ese asunto de las propiedades.

-Nada. No pasó nada. Simplemente que al miserable primero le dio por enredar las demarcaciones de los terrenos del término, pero, como era tan burro que se equivocaba en todo, al final lo tuvo que dejar y menos mal que todo volvió a quedar como estaba al principio. Pero a mí me hizo pasar un mal trago durante una larga temporada y eso no se lo perdonaré en lo que me quede de vida. ¿A

que a ti no te gustaría que se metieran en tu casa para decirte lo que tienes o no que hacer, o si tienes una habitación de más o de menos porque un ladrón mafioso así te le apetece?

Elías prefirió mantenerse callado porque vio que la respuesta era evidente.

-Vamos a dejar eso -siguió Joaquín cuando se hubo calmado-. En cuanto a la búsqueda de Tomás algo se hizo, no digo que no, pero no tanto como ponen en los periódicos. Todo ese despliegue vino sobre todo poco antes de que encontraran el coche. Ya como acto de desesperación más que nada. Lo que sí que es verdad, es lo que ya te he dicho, que se investigó mucho por los ambientes de drogas y prostitución, para averiguar si lo habían hecho desaparecer por asuntos de contrabando o porque se hubiera enamorado de alguna prostituta y de esa manera Tomás se metió en problemas con los proxenetas. Sin embargo, la policía municipal patrullaba más por las calles de Uriba que por el campo. Incluso la Guardia Civil lo hacía más por los pueblos de los alrededores, para ver que averiguaba, que por las carreteras solitarias.

-Es que solo de pensarlo parece mentira. Si hubiera habido una simple huella de frenada la cosa habría cambiado por completo. O una vereda hecha por el coche entre las cañas. Parece increíble.

-Eso son deducciones a posteriori. Después, cualquier añadido vale. Lo que sí que es verdad es que lo descubrió una prostituta, pero no porque viera el coche metido entre las cañas, sino porque encontró el teléfono móvil de Tomás tirado entre la maleza y fue al apretar el botón para ponerlo en funcionamiento cuando se la pudo localizar. Por lo que contaron, la mujer de repente vio el teléfono y se lo guardó en el bolso. Estoy seguro que diría: *Uy, qué teléfono más mono; este es de los caros.* Y cuando terminó su jornada y se fue para su casa, lo enchufó para cargar la batería y ver si funcionaba. Entonces fue cuando se pudo localizar el aparato y la policía se dirigió directa al lugar donde lo habían ubicado. *¿Cómo iba a imaginar que pertenecía al chico desaparecido, si ni siquiera sabía que hubiera desaparecido nadie?*, dicen que dijo.

-Lo del teléfono es interesante -comentó Elías-, porque es un asunto que los periódicos no lo comentan en ningún momento.

-Ahí lo ves. Y lo del canalla del alcalde menos todavía. Vale, ahora voy a ser yo quien lea el artículo de este diario:

*RecortesONDA TRES*

*SE HALLA SIN VIDA EN LOS ALREDEDORES DE URIBA EL CUERPO DEL JOVEN QUE DESAPARECIÓ HACE UN MES*

-En esta página también hay una fotografía -dijo Elías señalando con el índice-. Mira. Aparece un coche rojo deportivo. La foto enfoca la parte delantera del auto. Está algo alejada y con poca definición. Tiene la rueda derecha destrozada por haber chocado contra una de las vallas de protección de acero que limita la carretera con la cuneta. Hay aceite del motor vertido debajo del coche. Aunque la imagen no se ve del todo clara, se aprecia que en el morro tiene un triángulo invertido, alargado, de ángulos redondeados, con el escudo de la marca en el lado superior. Mira. No pertenece a la marca Mercedes sino que es un Alfa Romeo.

-Ya te lo decía yo -Joaquín miró también la foto para analizarla como si fuera la primera vez que la veía-. ¿Ves?, cuando antes hemos repasado las fotos no me he fijado en ese detalle. Con toda seguridad una foto de archivo. Desde la redacción le dirían al periodista que informara sobre el accidente de un coche rojo deportivo, este buscó, encontró la foto y esa fue la que colocó. La necesidad de informar al instante puede llevar a esas artimañas. Al lector le es difícil concentrarse en una sucesión de actualidades inapreciables y más cuando lo que te interesa es el suceso concreto, no los detalles que lo enmarcan. El flujo inapreciable frente a la eternidad del momento, como supongo que tú lo formularías.

-Gracias, me gusta, si lo formulo lo haré como tú lo has hecho. Esperan que la gente que lo lea se fije en el acontecimiento, en la catástrofe, más que en analizar si la foto es falsa o no. Qué se le va a hacer. Son noticias del día. Cualquier persona que lea lo ocurrido no se va a molestar en fijarse en esos detalles tan concretos que, a fin de cuentas, no son más que insustanciales, o circunstanciales.

-Un coche rojo se estrella y punto -Joaquín abrió los ojos-. Décadas después aparece un escritor de ficción como tú, ayudado por un miserable cotilla como yo y se dedican a destripar caóticamente los enredos del pasado. Repitiendo tantas paráfrasis y tantas tautologías sin parar, que dan pena.

-Supongo que todo esto significará algo. Que un supuesto escritor de ficción como yo se fije en detalles tan triviales. Algo de valor tendrá. *Señor juez ¿por qué, si el periodista puede, en un medio de comunicación presumiblemente objetivo, manipular las imágenes de esa manera, yo no puedo especular sobre las relaciones vitales del personaje principal?* Simplemente tengo que basarme en citas directas de los periódicos que se ofrecen como abiertamente objetivas, testimoniales; aunque a estas alturas ya se las podría definir como arbitrariamente testimoniales. ¡Vaj, no sé ni lo que me digo! ¿Qué se podría hacer con esta foto? ¿Qué podemos sacar de la foto del Alfa Romeo? ¿De repente, qué tiene que ver esto aquí?

-Las cosas surgen así, de repente. Los detalles insustanciales, o incluso falsos, no tienen por qué ser desechados. Lo sabes de sobra. Y si no lo sabes te lo digo yo. Muchas veces detalles tan aparentemente nimios como este de la escudería son los que dan con la solución de todo un argumento. Al principio aparece algo sin importancia en la trama, para al final ofrecer la relación que tiene con el asunto principal. Que no salte así de repente, como un pegote que te sacas de la manga. Una conclusión porque sí. Todo da igual.

-Ya saldrá algo cuando toque y si no sale es porque no vale la pena. Parece la historia sin fin -cortó Elías-. Continuemos leyendo:

*RecortesCerca del polígono industrial, alrededor de las 15 horas, ha sido hallado el vehículo de la persona desaparecida hace un mes. El cadáver de Tomás Signes aparecía atrapado en el asiento del conductor.*

*La Guardia Civil es la encargada de desarrollar las investigaciones que se consideren pertinentes. Por el momento no se descarta ninguna hipótesis. Sin embargo los hallazgos indican que el joven falleció en la madrugada del 13 al 14 de junio como consecuencia del accidente de tráfico que lo sacó de la carretera.*

*El sepelio será mañana a las 16 horas en la Iglesia de San José de la propia localidad.*

-¡Cerca del polígono, dice! -volvió a gruñir Joaquín sin poderse contener-. Para empezar, el polígono está en la otra parte de la carretera de donde se encontró el coche, o sea, si sales de Uriba hacia Denil, que es lo mismo que decir dirección norte sur, el polígono queda a mano derecha, mientras que a Tomás lo encontraron en la otra parte, porque cuando se salió de la carretera volvía de Denil. Pero se salió a más de un kilómetro del polígono, ya casi llegando a Uriba. ¿Lo ves? Información de oídas; igual que han metido el coche Alfa Romeo. Mientras sea rojo, con aspecto deportivo y se vea que se ha estrellado, aunque sea contra una valla de acero, que por cierto en ese trecho de la recta no hay ningún tipo de vallas así, noticia hecha. Si hubiera habido vallas no habría salido volando.

Joaquín hizo el gesto de extender la mano como si despegara.

-Por lo menos encontraron al pobre. Lo digo también por lo que ponen de la familia, porque a él ya le daba todo igual.

-De acuerdo, lo encontraron. Pero perdona que me repita y vuelva a lo mío, y es que cada vez que lo recuerdo, la manera en que el alcalde se atribuyó todos los méritos, se me revuelven las tripas. Precisamente cuando al final, mira por donde, resultó que una prostituta fue la heroína de la película.

"Recuerdo perfectamente cómo presumía de que, si no hubiera sido por sus medidas, no se habría encontrado el coche. El alcalde no hizo nada bien. Lo único que hizo fue marear a la gente y crear malestar. Nos hizo sentirnos culpables a todos en vez de animarnos a colaborar. Desplegó a la policía local igual que si fuera su ejército personal. Los agentes pedían la documentación a cualquiera, como si Uriba estuviera en estado de sitio. Los vecinos, a las dos semanas, empezaron a hartarse. Al principio no decían nada porque querían ayudar en la investigación y para que todo se aclarara. Pero cuando las quejas se pusieron feas, el alcalde tuvo que rectificar y dejar de agobiar a las personas. Al final, cuando ya todo estaba resuelto,

salió otra vez de su cueva y rápidamente se colocó él solito las medallas.

"Le vino de perlas para dárselas. Me cago en él, que me quiso quitar unas cuantas hanegadas, mejor dicho, unas cuantas no, bastantes hanegadas. No he conocido ser más incompetente que ese sujeto.

-Vale, vale, tranquilo hombre -le dijo Elías-. Ya me has hablado del tamaño de su cabeza y sigue resultando gracioso. Pero aquí interesa sobre todo lo que puedas añadir sobre el caso, más que tus problemas viscerales sobre los límites de las parcelas. Esas cosas de políticos no me interesan. Déjalo. Además, ese asunto tampoco da para más.

Joaquín le miró con cara exaltada de pocos amigos. Elías en ese momento no supo cómo continuar porque se dio cuenta una vez más de que, el origen de la información que le ofrecía Joaquín sobre el accidente, venía precisamente de ese odio que sentía contra el alcalde; odio que lo continuaba sintiendo intensamente más de una década después.

-Va. No me mires así -le dijo Elías con ánimo de tranquilizarle-, porque yo te comprendo perfectamente. No conocí a aquel alcalde pero estoy seguro de que tienes toda la razón del mundo. Es simplemente que, aparte de todo esos asuntos, se trata de si podemos añadir más detalles sobre los sucesos de Tomás Signes. Y sobre lo otro pues ya se verá.

Joaquín se fue tranquilizando poco a poco.

-De acuerdo -empezó Joaquín-. Yo no conocía de nada a Tomás. El pueblo es lo suficientemente grande como para que, en el caso de suceder este tipo de episodios, tú no sepas mucho o nada de un vecino de otro barrio, y más un joven del que nunca has oído hablar porque no conoces ni su existencia. Además hay que contar con la distancia generacional que nos separaba. Ese año yo cumplí cuarenta y seis años.

"Pero bueno, corrieron muchos rumores, ya lo sabemos; drogas, prostitutas. Da asco volver otra vez a lo mismo. Eso también lo

hemos comentado. Creo que deberíamos dejarlo ya.

-Lo que más me gusta es la hipótesis de que se trataba de un ajuste de cuentas por parte de un proxeneta contra Tomás. Haberse enamorado de una puta y haber tenido problemas con el chulo. Eso suena verosímil.

-Ya te lo he dicho. De alguna manera supusieron que lo habían hecho desaparecer y entonces empezaron las investigaciones seriamente por ese camino, más que ir de camping a buscar entre la maleza a un desaparecido, que no se sabía que estuviera entre la maleza porque no había ningún indicio de ello.

-Por lo menos sí que hubo algo relacionado con la prostitución. Algo de eso hubo con el hallazgo del teléfono. Mira por donde fue precisamente una de esas mujeres la que sin darse cuenta solucionó la incógnita.

-En efecto. Encontró el teléfono de Tomás tirado entre unos matojos cercanos al arcén de la carretera. Así fue cómo se pudo localizar el coche. Las mujeres se colocan en esa recta, más o menos a cada kilómetro, siempre junto a algún camino por el que se pueda salir de la carretera y de esa forma los coches de los clientes puedan ocultarse entre las cañas que encauzan esos caminos secundarios. Se puede hacer lo que sea necesario con discreción y sin que nadie los vea ni moleste.

-Vale esto ya lo tengo anotado como base del argumento -dijo Elías como si estuviera inspirado-. Un día una señorita encontró un teléfono que vio entre la hierba, lo miró lo limpió y se dio cuenta de que estaba nuevo, parecía que tan solo le faltaba cargar la batería. Lo guardó en su bolso y esperó a llegar a casa para enchufarlo y ver qué podría hacer con él. Y ya está. Lo dicho. Fue en el momento en que la batería estaba cargada, y llamó a una amiga para aprovecharse del teléfono, o vete tú a saber cómo sucedió, cuando detectaron el teléfono y localizaron su posición. La policía llegó a su casa y le pidieron que enseñara el teléfono que les había llevado allí. La mujer lo explicó todo, cómo se lo había encontrado y en qué lugar. ¿Tú crees que pudo hablar con la amiga?, se supone que el teléfono tendría una clave para poder entrar.

-No lo sé, eso da igual; yo lo sé igual que tú. Seguramente fue como acabas de decir. Al encenderlo fue cuando emitió la señal con la que ubicaron el teléfono y a la mujer. A partir de ese momento es cuando ya pudieron comenzar la batida para encontrar el coche perdido entre los cañizos. Por eso te digo que antes del móvil nadie sabía cómo había que proceder. Salvo el alcalde que no paraba de hacer el idiota, de marear a la gente y fastidiar sin necesidad a los policías municipales a los que obligaba a realizar aquella exhibición de controles totalitarios. Lo importante para el tipejo estaba en aparentar que era dinámico, que se había comprometido bien en el asunto. Pero tuvo su merecido.

-¿Su merecido? -preguntó Elías-. Vale eso ya lo sabemos. Por repetirlo no añadimos nada nuevo. Leamos este artículo, a ver que dice:

*RecortesDIARIO COMARCAL*

*Hallan el cadáver del joven desaparecido a pocos kilómetros de su pueblo natal. Hace un mes la víctima desapareció junto con el coche que conducía. Debido al accidente sufrido, el cuerpo de la víctima se encontraba atrapado en el asiento del conductor.*

*Martes, 14 julio 2009, 04:33*

*Después de su desaparición el mes pasado, el cuerpo sin vida del joven ha sido encontrado a las 15:30 horas de ayer. El vehículo se encontraba completamente destrozado y en su interior permanecía el cadáver descompuesto. Se encontraba a unos 70 metros fuera de la carretera donde finalmente fue localizado por los efectivos de la policía. Hubo que entrar por un camino de tierra para llegar hasta él.*

-Este artículo -continuó Elías-, viene con otra foto, y aquí, debajo de la foto, aparece escrito lo que sigue:

*RecortesLa grúa procede a transportar el Mercedes de Tomás Signes destrozado por completo, mientras el equipo forense levanta los restos del joven.*

-En la foto de este periódico -señaló Elías-, aparece el mismo fondo del cañaveral espeso. Como la del otro diario, las cañas se salen del objetivo de la cámara por la parte superior. Ese fondo

verde sirve para distinguir más claramente el coche destrozado sobre el camión grúa. Los dos tonos rojos intensos destacan sobre el verde orgánico que lo envuelve todo. El fotógrafo se centró en hacer la foto al vehículo, lo demás no le importaba nada. Desde este ángulo de enfoque se aprecia aún mejor cómo el impacto sobre el morro ha dejado el coche directamente para la chatarra.

-Se aprecia que fue tomada una vez permitieron que el servicio judicial levantara el cadáver para llevárselo. Lo que más le interesaba al fotógrafo parece ser que era poder atrapar el ataúd provisional con el que transportaban el cuerpo al depósito.

-Ahí está el ataúd. Casi pegados al camión aparecen los cuatro hombres que sostienen una caja larga de color blanco con un mango en cada esquina.

-En el fondo se ven dos hombres que llevan camisas azul celeste. Esos deben de ser los técnicos del servicio forense y junto a ellos hay otros dos con chalecos reflectantes amarillos con las bandas en forma de trinchas y cinturón; aunque a pesar de esa clase de chalecos, no se ve que sean Guardias Civiles porque debajo de los chalecos uno lleva una camisa granate y el otro una marrón claro; además ambos visten pantalones de estilo pirata, cortados por debajo de la rodilla.

-Por lo visto ese día acudió un montón de personal. Claro, cada uno de ellos se ocuparía del asunto para el que estuviera contratado. Es un mareo de gente -se quejó Elías.

-Mira -dijo Joaquín-. Ahí, ya más cerca del objetivo de la cámara, hay una furgoneta blanca con la parte de delante encarada a la cámara. Lleva el logotipo de la marca Renault. Esta furgoneta tapa por completo la cabina del camión grúa. Tiene unas luces de color ambar puestas sobre el techo que le da el carácter de vehículo oficial. ¿No lo ves? En el medio de la barra de luces ambarinas pone SERVICIO JUDICIAL.

-Y aquí, a la izquierda de la foto aparece la parte trasera de un coche grande de color negro de la marca Ford, pero está en un plano muy cercano al fotógrafo y casi fuera del objetivo. A lo mejor sería del juez o vete tú a saber de quién.

-Hay tantas personas, que seguro que por los alrededores habría más coches. Yo no lo vi, pero me contaron que esa tarde hubo mucho movimiento de sirenas y bocinas pidiendo paso.

-O sea que podemos seguir haciendo todas las especulaciones que queramos -dijo Elías. En el fondo no sabía si alegrarse o dejarlo todo y marcharse a su casa-. Aquí a la derecha de la foto hay dos hombres vestidos con chalecos amarillos de bandas reflectantes horizontales a la altura de la cintura. El que está en primer plano, cerca de la cámara, está de espaldas, lleva algo escrito pero no se distingue por ser una foto de poca resolución. Todo queda ambiguo, como un limbo perdido. Es un poco desesperante.

-La verdad -dijo Joaquín-, es que estos periódicos no se han esmerado mucho con la calidad de las fotos.

-No son fotos tomadas precisamente para crear arte -dijo Elías-. Y por lo que se ve tienen muchos problemas para ahorrar espacio digital. La resolución justa y adelante. A ver; la cabeza de este operario tapa medio rostro del otro hombre que está en segundo plano hablando con él. Seguramente el fotógrafo tomó esta foto antes de que lo hiciera el del periódico anterior porque en esta se están llevando el cuerpo y en la otra, en la que el guardia civil metía el cuerpo en el coche, ponía que el agente inspeccionaba el interior del vehículo momentos después de que el cadáver hubiera sido retirado.

-De hecho en la primera se ve todo más despejado sin tanta aglomeración de personal y autos. Pero el suelo se sigue viendo igual de seco y polvoriento.

-Obvio. De una foto a la otra pasarían pocos minutos -puntualizó Elías-. En tan poco tiempo no puede haber muchos cambios. Otra cosa sería hablar del mes entero que permaneció ahí oculto. Se ve que hubo momentos en los que todo se amontonó. Pero esa gente cuenta con que las prisas no sirven para nada y había que dejar el trabajo bien hecho. Que no quedara nada sin verificar. No dejar ningún cabo suelto por el que hubiera dudas innecesarias y que luego aparecieran algunas quejas desagradables.

-Sí que es verdad. Se ve que los peritos llevaron un orden bien determinado -Joaquín carraspeó para despejar la garganta. Se le notaba tenso-. Sigo yo leyendo ahora:

*RecortesEl auto, un descapotable Mercedes Benz de color rojo, apareció con graves desperfectos, por lo que toma relevancia la hipótesis de que la muerte de Tomás Signes fue a causa de un aparatoso accidente de tráfico. Pese a todo, la Policía Judicial deja abierta todas las posibilidades de investigación.*

*A Tomás Signes se le vio por última vez en la madrugada del domingo 15 de junio. Esa noche tuvo una cena junto con sus amigos y al terminar le prestaron el coche para que lo probara en la carretera N-323. Fue durante su regreso cuando se ocasionó el desgraciado siniestro.*

*Unos amigos cercanos manifestaron que tal vez se durmió, y al desviar el volante se acercó al terraplén que lo elevó por los aires y lo lanzó hacia la zona de vegetación salvaje.*

*El lugar concreto donde se halló el coche y su pasajero no se puede distinguir desde la carretera, debido a la espesura de los cañizos y la maleza en ese lugar. Fue esa circunstancia lo que dificultó los rastreos, a pesar de que las viviendas de las afueras del pueblo se encuentran a una distancia inferior a un kilómetro.*

*La familia de Tomás no renunció en ningún momento a la esperanza de encontrarlo, a pesar de que eran conscientes de que conforme pasaban las semanas disminuían las probabilidades de encontrarlo con vida.*

*Su desaparición fue denunciada por sus familiares ante la Guardia Civil, cuando se dieron cuenta de que su tardanza no era normal. Desde mediados de junio la búsqueda se hizo intensa, aunque sin resultados, a pesar de que, como ya se ha dicho, el cuerpo se hallaba a unos cientos de metros del municipio.*

*El grupo especial subacuático de la Guardia Civil había sondeado los pantanales más profundos, que se encuentran lejos de donde ha sido encontrado el coche, sin éxito ni encontrar pistas de ningún tipo que les encaminara a localizar a Tomás Signes.*

*Fueron repartidas fotos de Tomás por todo el municipio y carteles por las localidades aledañas, además de otros lugares que se sabía frecuentaba, con la esperanza de que alguna persona pudiera ofrecer información del joven para su localización.*

-Una vez el coche fue encontrado -dijo Joaquín-, la gente empezó con la historia de la prostituta. Que si había visto el coche entre los cañaverales y había llamado a la policía para que se supiera y muchas otras versiones. Ya todas las interpretaciones que quisieran dar significaban lo mismo. Otros sin embargo difundieron la versión, que resultó ser la auténtica, de que fue por el teléfono móvil de Tomás Signes por lo que se supo todo.

-Seguro que, si la mujer hubiera visto el coche, por no meterse en líos, se habría alejado de allí lo más deprisa que hubiera podido y luego se lo habría dicho al chulo con el fin de que avisara a las otras compañeras de la carretera. Que se andaran con cuidado porque había que huir cuanto antes de esa zona.

-Todo eso se repitió, se tergiversó, se manipuló, se volvió a decir lo mismo y lo contrario una y mil veces, hasta que la gente se cansó y se olvidó.

-Unos dicen que no se debe ser esclavo de las palabras -dijo Elías-. Otros que no podemos dejar de ser esclavos de las palabras. Yo creo que soy de los segundos. Por eso no me importa tomar las mismas notas una y otra vez, aunque haya que repetirse innecesariamente hasta el cansancio. Empecemos: Fue una prostituta la que encontró el teléfono entre la maleza y al utilizarlo descubrieron su paradero. Así la policía se desplegó para localizar el dispositivo. Al ver la chica en el lío que se había metido, no tuvo más remedio que indicarles la zona por donde lo había encontrado. Entonces se descubrió la verdad.

-A lo tonto ya han pasado más de diez años.

-Precisamente -siguió Elías-, y debido a la distancia temporal, es cuando empiezan a aparecer los temas novelescos. Lo mítico. Me gusta. Esas mujeres se sientan en una silla de plástico en la carretera y cuando fue a hacer alguna necesidad corporal, o algún servicio con un hombre, accidentalmente encontró el teléfono. Ya

sabemos que una vez la mujer les indicó el lugar donde lo había encontrado, es cuando rastrearon el terreno y descubrieron el coche completamente escondido entre la espesura, como se ve en las fotos. Pero, ahora yo me pregunto cómo puede aguantar un teléfono perdido durante un mes en el campo sin que terminara por estropearse.

-Muy sencillo -atajó Joaquín-, porque no llovió, el clima estaba seco y el teléfono no se rompió. Cayó en blando sobre la hierba y así quedó protegido, ni más ni menos a como le pasó al coche. Bueno, el coche no cayó precisamente sobre terreno mullido. Me refiero a que permaneció igualmente escondido. Lo que no sé es por qué la prensa no dijo nada del móvil.

-Tal vez porque iban directos a la desaparición y el hallazgo del coche. De todas formas te sigo diciendo que yo me enteré de oídas, por los comentarios que al final iban y venían sin parar.

-Entonces me quiero imaginar a la prostituta que lo encontró. *¡Uy, qué móvil tan chulo, qué bien!* Cuando llegó a casa no sabía con lo que se le venía encima. Cargó la batería para ver si funcionaba. En ese momento sin que ella se diera cuenta saltó la alarma y la policía no tardó mucho en llegar. Según dices, a ella no le pasó nada, pero que lástima que no lo hubiera encontrado antes. Lo digo por la familia de Tomás. De esa manera no habría pasado tanto tiempo hasta que encontraran el coche.

-Sí, todo esto así resulta verosímil, pero Imagínate que no hubieran encontrado ni el móvil ni el coche. De repente vienen las lluvias fuertes de final del verano que lo inunda todo. El suelo sobre el que está el coche poco a poco se va humedeciendo y el vehículo se empieza a hundir en el cenagal hasta perderse completamente de vista. Al año siguiente viene la sequía y la tumba se vuelve a cerrar como el cemento. Habrían sido los arqueólogos del futuro quienes lo descubrirían entre los estratos de los milenios pasados. Tomás no se había podido quedar en estado de éxtasis, de enquistamiento cibernético, de burbuja atemporal, como se describía en mis novelas favoritas. O lo habrían clonado de su ADN fosilizado y luego reiniciar, o resucitar sus recuerdos y su consciencia personal.

-Dicen -se le ocurrió a Joaquín-, que en una novela de crímenes, el culpable suele ser el primer sospechoso.

-Eso quiere decir que toda hipótesis en estos casos es válida y en principio todo el mundo es culpable, bueno, o como mínimo lo que tú dices, sospechoso. Por lo que se deduce que todo está claro, porque según tú el culpable directo sería el alcalde. Quiso ocultar sus tramas oscuras levantando una cortina de humo. El problema se fue agrandando conforme se dilataba la espera. Dejó que todos pensaran que las causas eran ajustes de cuentas por asuntos de drogas y mil barbaridades más. Por esa causa sometió durante tanto tiempo a Uriba a un estado de sitio infernal, para que nadie pensara que el culpable directo era él.

-¡Ojalá hubiera sido la culpa directa del alcalde! Y ojalá lo hubieran atrapado en esa trama que has descrito.

-Efectivamente trataba de ocultar lo sucedido porque Tomás había descubierto un desfalco en las cuentas del Ayuntamiento y entonces el malvado alcalde fue a eliminar a Tomás. Un simple desajuste de tornillos en el motor o en alguna parte de la suspensión que no se notara después de un choque tan atroz y asunto terminado. Adiós Tomás, sobrino mío, y problema solucionado, qué pena.

-Con esa actuación tan torpe habría sido muy difícil ocultar un crimen. Además, calcular tan bien el salto y la desaparición con una antelación como la que haría falta suena un poco difícil.

-Eso viene a dar igual -dijo Elías animado-. Nos lo inventamos nosotros, porque ese tipejo era demasiado idiota como para pensar o predecir tanto.

-La verdad es que ese desgraciado ni era alcalde ni era nada.

-Vamos a suponer que la versión del alcalde asesino no es del todo una mala idea. Si se vio en la obligación de hacer algo, fue para lo que ya te he dicho, para demostrar cuánto amaba a su familia. Había que demostrar una coartada coherente con la que la población viera lo buena persona que era, además de lo solvente y fiable que resultaba como alcalde.

-¡Me cago en ese y además todos los días!

Elías se rio y dijo:

-Tranquilo hombre, que te va a dar una apoplejía.

-Si me tengo que desahogar después de tanto tiempo -dijo Joaquín-, pues lo hago tan a gusto y se acabó. La movilización por dentro de la población fue un despropósito y un sin sentido y, por otra parte, no pararé de decir que yo no vi tanto despliegue de medios buscando por el marjal. Precisamente porque no tenían ni idea de dónde buscar, no había indicios que les orientara. Todo eran suposiciones y habladurías. Pero aprendí mucho de esa estupidez y de la posibilidad de camuflar lo que uno quiera de una manera tan tonta y tan natural.

Elías trató de tranquilizarlo y levantó los brazos como diciendo: *¡Otra vez no, por favor!*

-Joaquín, a veces tu obsesión da miedo. Tienes toda la razón del mundo. Pero yo voy a lo mío. Acabamos de proponer una solución que tal vez no sea mala. Todo es cuestión de manipularla adecuadamente. Resulta que el sobrino, o sea Tomás, descubre la corrupción del alcalde y quiso denunciarlo, aunque también habría que plantear que Tomás no era tan inocente y él también quería su parte en la mordida.

-Deja ese tema porque el alcalde era demasiado inútil para tramar semejante complicación. Lo que quería demostrar era que había que hacer algo y ya está. Y seguramente por su culpa de revolverlo todo dentro del casco urbano, a nadie se le pasó por la cabeza que el coche pudiera estar entre los carrizos gigantes a unos pocos cientos de metros del pueblo y por eso empezaron a buscar a kilómetros de distancia. Todo por su culpa.

-Yo voy a inventar un alcalde más perverso, no tan primitivo como lo describes tú -dijo Elías pensativo-. De todas formas, que metiera la uña en las finanzas públicas es algo muy manido. De eso tienen fama de hacerlo hasta el alcalducho del pueblo más raquítico y perdido en la geografía mundial.

-No hace falta inventarse mucho para describir cómo el alcalde se llenaba los bolsillos. Puede servirte como trama secundaria. Uno más

de los móviles del asesinato. Luego si no te conviene, o no te convence del todo, lo derivas hacia a la invasión extraterrestre.

-Muchas veces depende de la cantidad que se afane -siguió Elías sin hacer caso al último comentario.

-Posiblemente -dijo Joaquín-. No digo que no. Tienes razón. Deja que lea este artículo y lo dejamos estar porque yo ya empiezo a cansarme de darle tantas vueltas a lo mismo:

*RecortesONDA LIMÓN*

*Su localidad natal despide al joven Tomás Signes*

*19/07/2009*

*Tomás Signes ha permanecido desaparecido durante un mes. Ahora se ha cumplido el peor de los augurios. En el interior del coche que conducía ha sido encontrado su cuerpo sin vida. Nadie sabía de su paradero desde la madrugada del 13 al 14 de junio.*

*Se han llevado a término exhaustivos rastreos durante el tiempo que ha permanecido desaparecido, además de batidas por la zona del marjal, en la que participaron vecinos, bomberos y fuerzas y cuerpos de seguridad. A pesar de todos los esfuerzos, nunca detectaron el vehículo que se encontraba oculto entre los tupidos cañizos, en una zona cercana a la localidad.*

*A pesar de que de momento sigue abierta la investigación, todos los indicios conducen a que la causa de la tragedia ha consistido en un infortunado accidente de tráfico que acabó con la vida del joven.*

-En medio está la foto de Tomás Signes -dijo Elías-. Es en el único periódico en el que han incluido una imagen suya.

-Si quieres que te vuelva a decir la verdad, ya te he dicho que a este chico no lo conocía de nada.

-Voy a ver cómo se puede describir la foto que publican. Se ve que es una instantánea hecha directamente a Tomás en una fiesta. Se trata de un primer plano que impide ver poco más de lo que le rodeaba.

-Sí, ya la hemos comentado de pasada, cuando al principio hicimos un repaso rápido de todas las páginas. A estas alturas no veo que tenga demasiada importancia.

-Todo depende -Elías concentró la mirada-. Ahora vamos a ver qué más se puede añadir sin importarnos la realidad exacta. Al fin y al cabo Tomás es el personaje principal. En la foto sale tal como lo describe la prensa. Tenía la piel del rostro muy morena. Aspecto de campesino tostado por el sol. Pelo corto. Cortado al uno. Por encima se nota que se iba a quedar sin nada de pelo muy pronto. Las gafas que lleva son de diseño, alargadas, de montura metálica. La cara la tenía ancha, con carrillos regordetes que resaltaban con mucho brillo, como si los tuviera maquillados. Las patillas las había dejado crecer hasta la barbilla, muy recortadas y muy definidas sobre el resto de la cara bien afeitada. Parece dibujada. Y debajo del labio inferior se le ve la perilla. También parece dibujada. Recortada a la perfección.

"Enmarcando ese primer plano, a sus espaldas se puede ver una mesa con platos y copas de vino. Estaba claro que se trataba de un banquete en el que se celebraba algo importante. Tomás se había girado para que, el que llevaba la cámara, le hiciera la foto encuadrándolo bien. Sonríe. Se le notaba feliz, con una sonrisa en la que se le ven unos dientes pequeños. En el cuello llevaba puesto un colgante; un cordel negro con algo indefinido que medio lo tapa el cuello de la camisa de tono mostaza clara.

-Tampoco se aprecia mucho más -dijo Joaquín-. Bueno, voy a terminar de leer la noticia y a ver si ya dejamos todo esto:

*RecortesSu pueblo se despidió del joven. El funeral fue celebrado el pasado jueves en su localidad natal. Un número considerable de ciudadanos acudieron para despedir el féretro y acompañar a la familia que tanto ha sufrido estos acontecimientos crueles y luctuosos.*

-Esta foto seguramente la pasaron los padres a los medios para ofrecer la mejor imagen posible del joven -precisó Elías.

-La pobre gente les ofreció una foto en la que su hijo presentaba el aspecto con el que ellos lo querían recordar.

-Viene a ser lo mismo. Por eso, vete tú a saber si fue la última foto que le hicieron. Pero por lo menos muestra un plano en el que se aprecian sus rasgos con claridad. Sin contar con el resaltado de la

camisa de color mostaza. Hay gustos para todo. Vio que para la ocasión le favorecía y ese mismo día la compró con la idea de estrenarla en el banquete de la noche.

-La posibilidad que más se barajó fue la de que se hubiera cometido un crimen -añadió de repente Joaquín, con una mirada que le causó inquietud a Elías. Esa era una de las posibilidades que ya habían quedado claras, pero ahora la transformación del gesto de Joaquín resultaba desproporcionada e innecesaria-. Aunque nadie lo decía abiertamente. Por si provocaba malestar. Pero aún así, era lo que más comentaban las personas entre dientes.

-Sí -afirmó Elías-, ya lo hemos visto y lo hemos dicho, que nunca hay que descartar un asesinato. Se puede organizar una trama para conseguir una muerte sórdida y que los asesinos traten de ocultar el cuerpo para que no pueda ser localizado nunca más. No sería mala idea. Resulta un argumento un poco esquemático pero incluso así se podría sacar algo de él.

-Esquemas, sí, de eso se trata, Por eso muchos pensaron lo mismo. Y fue lo que me ofreció a mí la solución. La verdad es que, durante el mes de espera, todo quedó en el aire, como la imagen que nos hemos inventado del coche, pendiente del punto máximo alcanzado en la curva del salto. Sí, muchos pensaron en un crimen, pero claro, mientras no apareciera el cuerpo todo se quedaba en hipótesis, en habladurías sin fundamentos. La gente tenía que expresarse con cuidado. Inmerso en ese miedo, o si no miedo, prudencia, fue donde encontré el final. El esquema que se oculta a sí mismo. O más o menos.

-¿Y sobre la autopsia de Tomás qué se supo? -preguntó Elías.

-De la autopsia no transcendió nada porque seguro que todo aparecía claro y transparente. Nada extraño que remarcar. Una desilusión para todos los cotillas.

-O para los que tratan de interpretar el tema desde una visión de intriga literaria como lo hago yo -se produjo un silencio marcado por la indecisión-. Otro tipo de cotillas al fin y al cabo. De momento voy a pensar que alguien ocultó los resultados.

-Esas son las nubes de comentarios que despistan y ayudan a olvidar. Cada vecino dijo lo que le pareció, lo que oyó o lo que dijeron que le habían dicho. Pero, amigo, al final, después del entierro, se olvidaron del tema. Todos concluyeron que para qué seguir dándole vueltas a otro accidente de tráfico más.

-De hecho ya hemos visto cómo hasta en la prensa aparecieron discordancias más propias de fisgones de periodistas.

-¡Bah! Esos -dijo Joaquín con desgana-. Otros que también se pusieron a soltar lo que les venía en gana. Perdona que ahora hable mal, pero si quieres que te diga la verdad, a estas alturas del día estoy hasta los cojones de toda esta mierda.

-La verdad -dijo Elías también con gesto de apatía-, es que no sé para qué me van a servir todos estos artículos, que o dicen lo mismo, o no aclaran nada. Tan sórdidos y aburridos unos como otros.

-Cojones, lo sabes desde el principio. Tienen la importancia que tú les quieras dar. Luego nos quejamos de que los que se repiten son esa gente y que son unos pesados. Accidentes de tráfico suceden todos los días y así lo vas a tener que decir de cualquier otro acontecimiento o tema que elijas.

-Gracias. Esta opinión me ha gustado. Una vez más. Anoto. Tengo que saber jugar con la tensión de la espera, de la desesperación, de que no se encontrara ni el coche ni a Tomás. Con todos los posibles resultados que hasta su descubrimiento se plantearon. Las habladurías, siempre las habladurías, ofrecen posibilidades infinitas. Fue lo que más alarma creó. Lo que más puede gustar a la gente es lo verdaderamente material, carnal. Sentir el tacto de la piel del muerto mientras pasas las páginas como si estas fueran las diferentes capas de epidermis del cadáver. Secas, acartonadas.

-Es lo que le gusta a la mayoría de las personas para salir del aburrimiento -dijo Joaquín-. Si no, para qué escribir nada. Especialmente a los lectores desesperados. ¿O tal vez a los no desesperados? Todos somos lectores. ¿Todos estamos desesperados?

-Más o menos. Unos días felices, otros tristes. Hay que seguir buscando algo bien sólido. Aunque reconozco que el tema de la desesperación es un factor que no viene mal para la ocasión.

Joaquín gruñó y dijo:

-Dicen que en la Tierra hay sitios marcados en los que la destrucción es un factor muy común.

-¡La destrucción! ¡La desesperación! ¡El amor! -dijo Elías con gesto divertido-. Te aseguro yo que para esto cualquier punto es igual de válido que otro.

-Mira por donde, en este caso -señaló a la pantalla del ordenador-, derrapar descontroladamente -hizo una pausa; se le notaba en la cara la incertidumbre que tanto llegaba a desconcertar a Elías-. Joder, si quieres que te diga la verdad, ahora me da miedo pasar por esa carretera. Cuando me acerco por ahí conduzco con un cuidado que me parece que de repente voy a salir volando por los aires. Me da la sensación de que es un punto marcado por la pérdida de toda esperanza. No sé, es algo muy extraño.

-La verdad es que hay que andarse con cuidado porque cuando menos te lo esperas te puede tocar a ti.

-Con este tipo de frases parecemos un anuncio de prevención de accidentes de tráfico.

-Todo suena tan vulgar -Elías se quedó meditando unos segundos-. Sería conveniente encauzar las secuencias principalmente por los mecanismos psicológicos del protagonista. Vidas atormentadas. Asuntos que vienen del pasado para pedirte cuentas. Bueno, y por supuesto hay que dar importancia a los temas secundarios: sensibilidades, relaciones, amor, proyectos, ilusiones -suspiró-. La verdad es que siempre hay algo que se escapa. Imagínate que, gracias a la foto del Alfa Romeo, te lleva a cómo unos periodistas asesinos, o pagados, mira por donde por el alcalde, no sería mala idea, quisieron tergiversar las pruebas. Todos estos factores tendrían mucho valor para desarrollar un entramado intenso, especial, cautivador.

-¡Una trama cautivadora! -Joaquín sonrió-. No tienes ni idea de lo que vas a escribir. Además en tu boca la palabra cautivadora suena a tontería -apagó el ordenador-. Si fuera por mí -pensó lo que iba a decir-. ¿Sabes lo que te digo?, que no hubo para más: simplemente el coche se quedó incrustado en el terreno seco, rodeado de charcas aisladas donde las ranas no paraban de croar y de lanzar la lengua para cazar insectos. Seguramente de insectos que volvían de haberse comido los restos de Tomás.

-¡Me gusta! Con eso que acabas de decir, ¿qué más se puede añadir, aparte de poner un punto final?

-Pues mira por donde no todo termina tan fácilmente. Te voy a confesar algo más que no se lo he dicho a nadie y que ni tú mismo te lo vas a creer. Ya estoy harto de estar rumiándolo a solas todo el rato. Hace un par de años, nuestro alcalde, aunque por esa época hacía ya mucho tiempo que había dejado de serlo, se marchó de viaje a Francia y todavía no ha vuelto. Dicen que se había liado con una francesa, un amor del pasado, que le vino a visitar y para allá que se fue sin dar ni explicaciones ni más señales. Ya ves, a su edad.

"Construí una coartada tan perfecta, que todos se la tragaron. Me aproveché de que ese tipejo tenía fama de todo lo malo y por fin actué. Descubrí que hacía mucho tiempo había tenido una novia francesa. A la playa de Uriba vienen veraneantes de todos los países. Esta novia francesa le trajo problemas porque era de las que siempre se metía en líos sórdidos y peligrosos, pero de la que el mongolo se enamoró profundamente. Por cierto el alcalde se llamaba Felipe Camarena Sendra. En el registro histórico de la casa consistorial aparece su foto. Gobernó el pueblo durante cuatro años hasta que en las siguientes elecciones lo enviaron a pastar con los borregos. Hasta de su partido lo echaron.

"En la época en que tuvo los amoríos con la francesa, era joven. La familia consiguió apañárselas para separarlos. Pero como se suele creer que el amor nunca muere, unos dicen que ella volvió sin que nadie la viera, o que lo llamó para que se reuniera con ella y que se fuera cuanto antes para allá. Ya conoces de sobra los chismorreos y

las versiones de los pueblos. Bueno, no volvamos con eso otra vez, ya lo hemos puesto de relieve suficientemente con el tema de Tomás.

"Aparte de todo lo dicho, que conste que yo no era el único que lo odiaba. Se granjeó él solito rechazos por muchas partes y también, debido a la debilidad de sus partes bajas, fue muy fácil acusar a un sinvergüenza como ese de desaparecer sin decir nada a nadie. Dicen que la familia estaba harta de él y que incluso respiraron aliviados.

Hizo una pausa para mirar a Elías.

-Desde el principio -siguió Joaquín-, te has creído que yo soy algo tonto y por el contrario tú piensas que eres muy listo y muy original porque posees una imaginación amplia, ágil, desarrollada. Se ve claramente que no tienes idea de nada de lo que realmente pasó, porque si hay algo que no tienes, es precisamente imaginación. ¡Te gusta dártelas de bipolar o algo por el estilo pero me parece a mí que el único polo que tienes se encuentra ubicado en tu culo! -terminó Joaquín levantando la voz.

Esta vez fue Elías quien miró a Joaquín. La cara de Elías, aparte de manifestar sorpresa, reflejó muecas grotescas de miedo. El rostro se le había quedado de repente sin color.

-Que remuevan Francia a ver si lo encuentran. ¿Quieres que te diga dónde está? Pues enterrado en mis huertos. Te lo digo porque así de repente no se lo creería nadie y, aunque fueras a denunciarme, por mucho que buscaran no iban a encontrar nada. Quedarías como un tonto que se cree las fantasías que cualquiera va contando por ahí para copiarles el guion. Me ha llevado más de diez años planearlo. Sencillo, sin agobios. Todo me ha salido a la perfección. No se puede encontrar ninguna huella y, aunque te lo esté diciendo ahora mismo, esto no sirve ni de prueba ni de broma ni de nada de lo que quieras pensar. Ni aunque hubieras venido con un micrófono oculto. Aprendí mucho sobre cómo se pueden ocultar las cosas durante aquellos días en que Tomás desapareció. Cómo hacer que un cuerpo se esfume, pero esta vez para siempre.

La mueca de estulticia que se dibujaba en la cara de Elías, porque no sabía cómo reaccionar ni qué responder, cada vez era más

caricaturesca. Se notaba que las palabras de Joaquín eran verdaderas. No estaba ni bromeando ni poniéndolo a prueba para luego decirle que se había creído la burla y reírse de él a carcajadas.

-¡Oh! -siguió Joaquín-. Esto no puede salir así, tan de repente, te dirás a ti mismo. Es trampa, es el *Deus ex machina tan inoportuno como carente de sentido.* Pues ya ves, ahora de repente tienes dos muertos y un asesino confeso al que nunca atraparán.

"Si lo de la francesita te parece inverosímil, pues allá tú. Invéntate una coartada mejor. A ver cómo te las apañas. ¿Lo ves?, ahora ya comprendes mi obsesión por la alimaña que he hecho desaparecer. No tengo miedo a nada porque no me va a pasar nada.

"¿Qué te parece? Ciertas circunstancias, como los accidentes de tráfico, o lo que te estoy diciendo surgen así, de repente, cuando menos te lo esperas. No me pidas más detalles porque no te los voy a dar. Eres la primera persona a quien se lo confieso; así por lo menos me desahogo un poco. Si por casualidad no crees en los asesinatos impunes, yo sí. Aquí me ves. ¿No te esperabas este tipo de maldades en mí, verdad?

Elías se sentía atado a la silla sin saber cómo debía reaccionar.

-¡Mira que eres gilipollas! -le dijo Joaquín-. ¡La cara que se te ha puesto! Anda que no eres zoquete. Acábate el refresco que se te ha secado la garganta del susto. Ya veo en el concepto que me tienes. Mira qué cara tan pálida se le ha quedado al tío este. Pues si te cagas por esto, menudo eres tú para contar historias que parezcan verosímiles. Eso, que sean verosímiles por lo menos. Me podría contradecir y decir que lo que ahora te he confesado es todo una sarta de mentiras, pero ya ves, no es así. Se me nota en el tono, ¿Verdad? Si quieres, hasta te doy permiso para que lo transcribas tal cual lo has oído. Literalmente como se dice. Sé de sobra que no me va a pasar nada. No te voy a matar. Ni tú me has hecho nada ni tengo nada por lo que odiarte. Como sí que lo tenía contra ese miserable de cuya respiración he librado al mundo.

"Ya no pienso continuar explicando más. Ahora eres tú el que decides, y si quieres, ya puedes poner el punto y final como antes has dicho. A mí me da igual lo que escribas y cómo lo acabes.

Joaquín respiró y se tranquilizó un poco. Su sosiego le produjo a Elías más miedo del que tenía hasta el momento.

-Por supuesto investigaron a la francesa. Les costó localizarla, pero lo consiguieron. Estaría fichada en alguna comisaría. No lo sé. Sin embargo ella desde Francia dijo que no sabía nada, que desde aquella época no había vuelto a cruzar la frontera. Incluso se rio diciendo que mira por donde a su edad se acordaban de ella. Las pistas de la francesa que me inventé yo era incluso más real que la verdadera y al mismo tiempo ideé indicios difusos con los que evidentemente nunca se la podría encontrar. ¡Ale, a tragar todos y yo a descansar mi rabia asesina!

Elías se levantó y caminó lentamente hacia la puerta de la calle. La abrió, salió al descansillo de la escalera y la volvió a cerrar con cuidado.

-¡Idiota! -se oyó la voz de Joaquín desde dentro.

*La desesperación es la materia prima del cambio drástico.*
*William S. Burroughs*

# El significado de las tormentas

## LA ESTACIÓN DE AUTOBUSES

Un niño de unos tres años, que jugaba corriendo y riendo entre los pasillos de bancos de la sala de espera, tropezó, cayó al suelo y se puso a llorar con desesperación. Rápidamente la madre dejó en el suelo la maleta pequeña que llevaba en la mano, ayudó al niño a levantarse, y apoyó la cabecita sobre su vientre. Luego, al tiempo que le acariciaba el fino cabello, le fue secando las lágrimas con un pañuelo que sacó de su manga izquierda, y le limpió la naricilla llena de mocos, sin parar de susurrarle palabras de cariño.

Ya recuperados del susto, la madre suspiró, volvió a tomar aire y preguntó a un vigilante, que se movía aburrido barriendo entre los bancos, si sabía a qué hora salía el próximo coche de línea para una ciudad, cuyo nombre apagó el repentino rugido de un motor en el instante en que lo pronunciaba. El estruendo no le causó ninguna molestia al vigilante a la hora de contestar, porque señaló el autobús al que tenían que subir, que era justamente el que acababa de arrancar. Tras el muchas gracias, el guardia les contestó tocándose la gorra, les dio la espalda y siguió caminando con el mismo deambular cansino, a la espera de que llegara el final de su turno. La madre levantó el pedazo de su vida que encerraba en la maleta y se acercó al andén con el pequeño cogido de la mano. El humo sucio del gasoil quemado flotaba en el aire, y el niño, para librarse del hedor, pegó la nariz a la frescura de la falda y al tibio olor corporal de su madre.

Subieron y pocos minutos después el autobús se marchó dejando en la estación un silencio de sepulcro.

Después de tantos años, sentado en otro banco de otra estación de autobuses, Alejandro recordó con añoranza el día en que su madre le contó la anécdota del traspiés entre los bancos. La manera tan candorosa en que se reía daba la impresión de que ese acontecimiento hubiera sido lo más divertido que le sucediera a la pobre mujer en toda su vida. Su madre se lo contó cuando él ya se había hecho lo suficientemente mayor como para comprenderlo bien. Pero aunque la noche de aquel tropiezo Alejandro era demasiado pequeño como para recordar nada, ahora le pareció estar observando vívidamente el momento en que su madre lo miraba con aquellos ojos enmarcados en unas profundas ojeras, resultado del cansancio del largo viaje; cuando se agachó para limpiarle las lágrimas con el cariño más grande imaginable.

Pegó la espalda sobre el respaldo del banco y dejó que el cigarrillo colgara entre sus labios. En esos momentos no tenía otra cosa que el humo del tabaco para ahuyentar el olor de los motores, y se quedó contemplando, en el vacío que se extendía delante de él, el recuerdo de las siluetas difusas del niño abrazado a su madre, al tiempo que notaba cómo se le clavaba en la nuca la otra mirada, la invisible, la que había ido recopilando cada acto de la vida que partió desde ese día de inocencia y protección.

Parpadeó, miró para otro lado y descubrió los expositores de música y de novelas. Esos libros resumían el devenir de muchas vidas. Fragmentos significativos que explicaba un principio y un final, o solo un principio, o solo un final. Se imaginó abriendo un ejemplar. Pasando las hojas, suave, lentamente, concentrándose en la lectura y siguiendo el hilo de las palabras que esperaban en silencio a que alguien las invitara a danzar juntos; que el lector se uniera a la sinfonía apoteósica de momentos y situaciones. Pasearía por los renglones. Descubriría cómo la coreografía de los símbolos se repetía con sus infinitas variaciones, una y otra vez, desde que el tiempo apareció. Que el Cosmos consistía en un decorado dinámico de espirales magnetizantes. Sus ojos somnolientos le hicieron darse

cuenta de lo extenuado que estaba y se pasó la mano por el rostro para ahuyentar el sometimiento incontrolable que le empujaba a quedarse dormido sin que él lo advirtiera.

Conforme el tabaco se había ido consumiendo, la ceniza formó una prolongación gris que poco a poco se combó y, desprendiéndose por su propio peso, cayó sobre la pernera del pantalón. Sin salir de su embeleso, lo sacudió mecánicamente con el envés de la mano y tiró la colilla del cigarro al lado de su zapato. Lo dejó que se acabara de consumir por sí solo sin tomarse la molestia de pisarlo.

El autobús del presente, el que en esos momentos esperaba Alejandro, lo veía anunciado claramente escrito con tiza en una pizarra que tenía frente a él, al lado de las taquillas donde se vendían los billetes. Relajado y abstraído dejó que la apatía le siguiera dirigiendo hacia travesías por el mar de los recuerdos, por el océano de las añoranzas, por el universo de las evocaciones, a pesar de que una y otra vez terminaba tropezando siempre con el dolor y el desconsuelo. Miró el reloj. Ya quedaba poco para salir.

La voz ronca del conductor anunció la inminente partida del autobús. Unos rumores de queja se escaparon provenientes de los lugares donde la gente aguardaba sentada estoicamente desde hacía miles de millones de años. ¡Por fin, ya era hora! Se levantaron, se acercaron a la puerta y fueron enseñando ordenadamente el billete mientras subían al vehículo.

# LA CARRETERA

El autocar partió, rodó y se alejó seguido de la nube de sueños que los pasajeros, profundamente dormidos en sus asientos, iban dejando atrás por la carretera más solitaria del mundo, en la noche más oscura desde que la luz fue creada. Las sombras fluctuaban sobre un horizonte impreciso, incierto.

Alejandro permanecía despierto. Volvió al día en que escribió la carta a Ana. En ella sintetizó cuanto pudo todo lo que sentía. La

dobló, la introdujo en un sobre y se quedó mirándola sin pestañear durante un largo rato.

La llama de una cerilla consumió, en breves segundos, dos horas de lenta, meditada y emocionada escritura. Conforme el papel se desvanecía en humo, retorciéndose en el cenicero lleno de colillas, aceptó que Ana nunca iba a saber lo que le había escrito, aunque eso supusiera que a partir de ese momento su vida iba a tener menos valor que los restos de las cenizas.

En el momento en que escribió, que cada vez que la veía obligándole a sujetar la navaja ensangrentada, le embargaba una ola de erotismo desenfrenado hacia ella, decidió que semejante confesión, semejante desgarro del alma, destruía por completo todo valor y todo sentido, de ya no sabía realmente qué.

Borró ese recuerdo de su mente, cerró los ojos, y lo sustituyó por otro en el que se perdía en el fluir de las notas envolventes de un saxo tenor, acompañado de la suavidad de una trompeta con sordina, y el fondo de un contrabajo al que seguían las escobillas que arañaban con delicadeza los parches de una batería. La melodía se alargó, se extendió, se curvó, formando listas nacaradas que se entrelazaron en la noche.

# AMANECE

Las primeras luces del día despertaron a Alejandro. La mañana había amanecido fría, y en la lejanía se vislumbraba, entre nubarrones oscuros, un sol mortecino de invierno. Poco más tarde la incipiente claridad desapareció ocultada por una capa espesa de nubes negras, y media hora después comenzó a caer el fuerte aguacero que la negrura anunciaba. La cortina impenetrable de agua que se formaba delante del autobús impidió que este avanzara con seguridad. El conductor por precaución se vio obligado a reducir la velocidad, y se aferró al volante como si al apretarlo de esa manera tan firme pudiera disipar la tormenta.

Unos kilómetros más adelante el autobús se vio obligado a reducir la marcha aún más, a causa de los destellos azules de las patrullas de tráfico y el ámbar de las ambulancias, que brillaban mezclándose con los intermitentes rojos de los coches siniestrados. Los cristales del autocar estaban empañados por dentro, por lo que Alejandro tuvo que limpiar con la palma de la mano la ventanilla para poder mirar. Entonces pudo distinguir los dos autos completamente destrozados. Había sido una colisión frontal. Las rachas alocadas de aguanieve le impidieron observar con claridad más detalles del accidente. *Mal tiempo para emprender viajes*, pensó. *Y aquí estoy yo.*

El motor revolucionó roncamente para reanudar la marcha, y cuando el vehículo hubo tomado de nuevo velocidad, el chófer conectó la radio. Si el silencio en que marchaban difícilmente podía disipar la impresión que había causado la tragedia, el noticiario tampoco comenzó aportando novedades muy halagüeñas. Primero informó sobre las conocidas bajas temperaturas y a continuación habló de las conversaciones de paz para poner fin a una guerra que nunca acababa, un conflicto desde el que se expandía el retumbar de las explosiones, que se mojaba bajo la misma agua helada, y en el que los combatientes caían en un barro tan sucio como el aplastado por las ruedas del autobús. Cuando al comentarista no le quedaron más catástrofes que transmitir, se despidió, y solo quedó el sonido de fondo de la música, mezclándose con el pertinaz ruido del chaparrón que seguía golpeando con fuerza.

Alejandro, indiferente al estado del clima, se escapó volando para tumbarse sobre la arena cálida de una playa en una noche de verano, sosteniendo un cigarrillo entre los dedos, expulsando el humo hondamente inhalado, y observando la ensoñación de las filigranas y ensortijados que se elevaban para jugar con las estrellas, en las que se podía contemplar la grandeza del Universo en todo su esplendor.

# LA LLEGADA

Después de una lenta jornada, intercalada por las breves pausas para aliviarse y tomar algún sustento en los puntos de descanso, llegaron ya anocheciendo al final del trayecto con un retraso de varias horas a causa del terrible estado de la carretera. Los pasajeros se fueron levantando al notar que las ruedas del vehículo habían parado por completo y movieron los pies con reprimida decisión. Pensando en el desagradable frío que les aguardaba en el exterior, fueron bajando con una lentitud defensiva. La furia de la borrasca había amainado un poco, pero el frío y la atmósfera húmeda seguían calando los huesos con la misma saña despiadada.

Dos hombres cubiertos con largas gabardinas completamente empapadas, se acercaron a las puerta del autobús. Uniformes policiales con ametralladoras terciadas sobre el pecho permanecían alertas en lugares estratégicos de la parada. Uno de los pasajeros fue esposado e introducido en un coche sin que mostrara sorpresa, ni opusiera ningún tipo de resistencia. Entre los pasajeros hubo preguntas y caras interrogativas de qué sucedía, y quién era aquel individuo. El auto policial en el que se lo llevaron partió salpicando la acera con sus neumáticos.

El recuerdo de ese momento de su pasado le había asaltado inesperadamente, pero Alejandro descendió del vehículo con tranquilidad, porque hoy nadie lo iba a prender de nuevo. Ya hubo bastante con aquella noche perdida por los desagües del tiempo. Detenido en un apeadero parecido a este, para ser arrastrado a una condena que ya había cumplido sobradamente. Todos los condenados se quejan. Todos son inocentes. Alejandro era otro más que lo decía. No se diferenciaba en nada de los demás criminales. Condenado por una justicia inexorable como la ciega deriva de los continentes. Ojos vendados, balanza y espada. Aparte de él, solo había en todo el mundo otra persona que sabía perfectamente lo que de verdad sucedió, y nada más salir de la prisión había viajado a esa ciudad para encontrarla.

En esos momentos las gotas de lluvia se habían convertido en copos livianos, en una nieve débil que no llegaba a cuajar en un manto consistente. El suelo estaba tan escurridizo que provocaba

resbalones traicioneros. Había que colocar los pies con cuidado y por eso Alejandro procuró caminar buscando el refugio de los balcones para protegerse de la molesta llovizna. El hotel se encontraba tan solo a dos manzanas de la estación de autobuses. Bajó por la larga avenida marítima llena de escaparates de comercios, que a esas horas avanzadas de la tarde estaban ya cerrados, y finalmente vio las luces macilentas del hotel.

# EL HOTEL

Después de cumplimentar todos los trámites para el hospedaje en la recepción, se dirigió al bar. No había ningún cliente, tan solo encontró la figura del camarero alto y delgado detrás del mostrador, vestido con una impecable chaqueta blanca y el contrapunto negro de la pajarita, que lo recibió con una sonrisa inanimada de muñeco de cartón. Alejandro le pidió una botella de whisky. El camarero se la acercó sin abrir la boca, parecía como si con el silencio de la espera hubiera olvidado el don de la palabra.

-La pago ahora.

El camarero le dijo el precio. Alejandro pagó.

-Gracias -dijo el camarero.

-Buenas noches.

-Buenas noches -contestó el camarero.

El ascensor era de los antiguos, de los que se veía todo el exterior y cuyos mecanismos sonaban implacables.

Cerró la puerta de la habitación, se quitó el chubasquero, y sin perder más tiempo desenroscó el tapón de la botella. Se fue a por el vaso que había en el lavabo y lo llenó por la mitad. Necesitaba expulsar rápidamente el frío terrible del interior de su cuerpo. Dio un trago y en seguida notó que esa botella no era precisamente de las mejores marcas. Entró raspando la garganta, aunque fue una aspereza tonificante. La primera vez siempre es la más intensa en cualquier tema. Los siguientes tragos bajaron de una manera menos

corrosiva. Servía de sobra. Por lo menos se estaba encargando de reanimar sus entumecidos músculos y sus tripas aletargadas. Apuró el vaso y lo llenó de nuevo.

Estudió la cama durante un rato mientras bebía otro trago y luego dejó el vaso sobre la mesilla, junto a la botella. Se sentó en el borde y luego se tumbó lentamente sobre la colcha. Para estar más cómodo se deshizo de los zapatos, quitándoselos con la punta de los pies, y los dejó caer sobre una alfombra que amortiguó el golpe como si no hubieran terminado de caer en ninguna parte.

Procuró relajarse y desviar su mente hacia algún pensamiento agradable, sobre playas paradisíacas o sobre prados idílicos, porque si se volvía a levantar y se asomaba a la ventana de aquel tercer piso, solo podría contemplar los enfurecidos espumarajos chocando contra el robusto muro de contención del desolado paseo marítimo, y si a pesar de todo no conseguía atraer ninguna de esas ensoñaciones con las que le gustaba flotar, tampoco le importaba permanecer allí echado, relajado, escuchando simplemente el lejano fragor de las olas grises y los caóticos ramalazos de viento que golpeaban la ventana.

# EL SUCESO

No pudo desviar la repentina imagen que le asaltó de la calleja oscura, el lugar donde se encontraba aquel pub que fue el maldito escenario de su ruina. Las distanciadas farolas de esa calle estrecha desprendían una iluminación desvaída, como si a la luz le costara atravesar la mugre que cubría los vitrales. Un cartel de neón, que alumbraba intermitentemente la penumbra, rodeado por el revoloteo de insectos nocturnos, proporcionaba algo de resolución a una entrada de apariencia alevosa.

Alejandro solía reunirse con los amigos en ese bar por las tardes para tomar unas cañas y charlar de cualquier asunto. Al local acudía toda clase de gente joven. Por supuesto abundaban los que además de beber cerveza, fumaban lo que se formula como cigarrillos

mezcla de tabaco y otras yerbas, de una manera tranquila y aceptada por todos. Tabernas de ambiente particular.

Al entrar fue recibido de sopetón por el abrazo de unos cabellos largos, morenos y ondulados. Un hermoso cuerpo de mujer se le pegó delicadamente como si fuera su chica enamorada, que se mostraba eufórica por verle llegar. Se colgó con los brazos del cuello de Alejandro y apoyó la cabeza sobre su hombro derecho. Luego levantó la cara y pegó sus labios sobre los de Alejandro, que se estremeció como un flan, y sin darse cuenta, de una manera natural, correspondió al abrazo y al beso rodeándola por la cintura. Esa suavidad inesperada le embriagó hasta casi el desmayo. Los ojos marrones de la chica, cuyos párpados parecían que se estaban cerrando por la pesadez del sueño y cuyos capilares del blanco los tenía enrojecidos y brillantes por la embriaguez del hachís, habían neutralizado el avance de Alejandro hacia el fondo del local, donde lo esperaban sus amigos de tertulia. ¿Cómo podía ser? ¿Tan de improviso? ¿Así porque sí? Y precisamente Ana, la chica tan deseada, la diosa tan imposible de alcanzar por un tipo como él. Alejandro no tardó en reparar en que, con toda seguridad, alguien le había contado la atracción que sentía por ella y le estaban gastando una broma.

Cuando Ana dejó de besarlo, lo arrastró para que se sentaran a una mesa donde había dos botellines de cerveza esperándolos.

-Bebe, te invito yo -dijo Ana pasándole un botellín-. O te pincho con esto -añadió mostrándole una navaja. Se rio-. No temas es una broma. Esto es para cortar el género. Mira -le enseñó una barrita plastificada de hachís que sacó de un bolsillo.

Alejandro cogió el botellín y bebió. No estaba muy fresco.

En un rincón, otro par de ojos, igual de enrojecidos y brillantes que los de Ana, los escrutaba fijamente con furia. Alejandro no podía olvidar el instante en que se topó con aquella mirada de odio, que transmitía un deseo imperioso por iniciar un ataque a muerte. Era el novio de Ana y, aunque no era amigo suyo, sabía que se llamaba igual que él, pero con equis. Sus amigos le llamaban Alex.

Alex estaba completamente ebrio y no acertaba a coger el vaso que reposaba sobre su mesa cubierta de cerveza derramada. Esos dos pirados habían sido novios y habían dejado de serlo de forma aleatoria desde nadie recordaba cuándo. Era imposible saber si llegaría el día en el que aclararían su estrafalaria relación de una vez por todas, porque Igual se les descubría devorándose a besos en el primer lugar que les pillaba el deseo, como ver que durante meses se cruzaban el uno por delante del otro sin tan siquiera dirigirse la mirada.

En sus largas separaciones no paraban de echar pestes el uno contra el otro y comentaban sin miramientos el deseo profundo de que el otro se muriera y así no verlo más en la vida, que lo dejara tranquilo esa guarra, en la versión de él, o que se pudriera ese cerdo, en el caso de ella.

Alejandro no sabía qué hacer con las manos de Ana, que no paraban de acariciarle y atraerle hacia ella. Juegos de celos. Rabietas de enamorados. Peligro. Alerta roja. Lo mejor sería largarse de allí cuanto antes. Pero no le dio tiempo. Alex, que era mucho más alto y fuerte que él, se levantó con rabia, lo agarró por la solapa y, como si fuera un muñeco, lo empujó hacia la calle.

Ninguno de los presentes se movió. Cada uno siguió ocupándose de sus asuntos. Las peleas no eran frecuentes en ese local y, si se producía alguna, solían diluirse en simples balbuceos de borrachos chiflados, enfrentados como monos aulladores. Por eso nadie mostró mucho interés en perder un sorbo de su cerveza, o una calada de su cigarrillo, para escuchar las cuatro majaderías salidas de tono con que se iban a obsequiar allá fuera ese par de cretinos.

Ana los siguió pero se quedó apartada, emocionada, expectante al desarrollo de la discusión. Alejandro se dejaba zarandear e insultar por el novio, o lo que diablos les tocara ser ese mes, que estaba tan borracho, que más que llegar a hacerle daño parecía un púgil agotado apoyándose sobre su contrincante para no caer. A Alejandro le entraban ganas de contestar y darle un puñetazo certero en plena boca para que dejara de salpicarle con su saliva y se estuviera quieto de una vez, porque, aunque Alex fuera más

grande y más fuerte, a Alejandro nada de eso le amedrentaba. Él también sabía cómo defenderse. Tal vez en esos momentos la prudencia fuera su debilidad. Su juicio le advertía de que actuar de forma violenta, sin duda iba a empeorar la situación. Sin embargo, una y otra vez Alex siguió dándole empellones en el pecho, hasta que, como veía que Alejandro no se defendía, lo agarró del cuello con rabia. En ese momento Alejandro ya no tuvo más elección que reaccionar con decisión para defender su propia vida.

-¡Aaajjj! -trató de exclamar Alejandro, sin poder articular nada claro, dando un golpe bajo, seco, en el estómago a Alex, que le obligó a soltar su cuello y recular dibujando unas ridículas brazadas en el aire para mantener el equilibrio, hasta acabar chocando de espaldas contra Ana.

-¡Ya está bien, joder! ¡Tú de qué vas, subnormal? -le gritó Alejandro.

El rostro de Alex, contraído por la furia, cambió instantáneamente al de una sorpresa incomprensible que le relajó la cara como si hubiera visto una aparición. Se quedó mirando fijamente a Alejandro, que a su vez le devolvió una mirada de extrañeza, sin saber a qué se debía esa perturbación repentina. Creyó que efectivamente la borrachera le había vencido por fin. El novio de Ana empezó a caminar hacia él con el gesto constreñido, como si ahora le pidiera ayuda para seguir manteniéndose en pie. Alejandro, por si acaso, antes de que se le volviera a enganchar de la ropa para terminar de desgarrársela, o que intentara estrangularlo otra vez, se apartó.

A Alex le fallaron las piernas y se desplomó de cara sobre la acera. El golpe de la frente contra el cemento produjo un ruido sordo. La cabeza quedó pendiente del bordillo y un brazo cayó al lado de una entrada de alcantarilla, donde la manga de la cazadora se empapó de agua sucia. Un espumarajo de sangre le salió por la boca y por un oído empezó a manar un hilo rojo y ondulante que fue a manchar el cuello de su camisa hasta llegar a las cuadrículas de las baldosas.

-¡Eh, tú, coge esto! -le ordenó Ana a Alejandro, pasándole un objeto. Sin saber lo qué estaba sucediendo, ni lo qué hacía, Alejandro lo agarró inocentemente. Miró para ver qué le había dado y vio que el objeto era una navaja ensangrentada de hoja fina y larga. Entonces ella se puso a gritar.

Del interior del bar salieron todos precipitadamente al escuchar los gritos histéricos de la chica. Ana, aprovechando el desorden, escondió rápidamente en un bolsillo de su chaqueta el pañuelo lleno de sangre que había utilizado para borrar sus huellas. Alex, aún moribundo, con las pocas fuerzas que todavía le quedaban se quejó de dolor. Trató de tocarse la espalda en la que el afilado estilete había penetrado bien dentro, pero súbitamente se relajó y dejó de respirar.

Alejandro se había quedado embobado mirando el brillo enrojecido de la hoja y las marcas espesas de sus dedos, perfectamente señaladas sobre la empuñadura. El asco le obligó a desprenderse de la navaja, arrojándola sobre a la acera y luego se volvió para Ana que no paraba de chillar:

-¡Lo ha matado, lo ha matado!

Todos vieron claramente a Alejandro deshaciéndose del arma y cómo a continuación salió corriendo a toda prisa.

Mientras huía le resultó imposible comprender cómo Ana pudo empuñar la navaja con esa sangre tan fría. Qué pasaba entre ellos dos para que lo tuviera tan bien planeado. Y qué necesidad tenía de elegirlo precisamente a él, con quien no guardaba relación de amistad y menos aún de odio. Tan solo se conocían de vista por coincidir en los mismos ambientes de jóvenes. Entonces fue cuando lo vio claro. Precisamente por todo eso. Alejandro significaba menos que nada para ella, pero todo el mundo sabía lo que inconscientemente él manifestaba continuamente por Ana. ¿O tal vez el desatino no fue más que una serie de circunstancias encadenadas de manera absurda, nacidas de la mezcla de alcohol y de drogas?

# LA NOCHE

Tumbado en la cama, pensaba en la última mirada, en el último gesto de dolor de aquel joven de su misma edad, al que odió en los momentos del forcejeo, pero contra el que nunca había tenido nada.

Se vio obligado a cerrar fuertemente los párpados y apretar las palmas de las manos sobre la cara. El horror.

Su espalda se había acoplado cómodamente al colchón, mientras el whisky le producía una modorra relajante. El golpeteo de la lluvia sobre los cristales seguía produciendo incansablemente el mismo rumor, que se mezclaba con el bramido de las olas enloquecidas cuando se deshacían en cada embestida, al chocar contra el dique de la avenida marítima.

Vio que el vaso estaba vacío y, al tiempo que se incorporaba para llenarlo de nuevo, descubrió que encima de una mesa pequeña reposaba una radio de las antiguas, de las de válvulas, en la que no se había fijado al entrar. Se levantó con desgana, pesadamente, se acercó al aparato y lo conectó. Funcionaba. Al calentarse empezó a oírse música clásica. Sonaba a orquesta lejana. Lo dejó ahí. La compañía ambiental en esos momentos no molestaba.

Se volvió a tumbar en la cama y encendió otro cigarrillo. Hacía frío en ese cuarto porque la mediocre calefacción no conseguía calentar del todo. Se había acostado vestido, pero de momento no le quedaban ganas de volverse a levantar para quitarse la ropa. Más tarde, ahora se encontraba bien.

Había puesto el volumen de la radio en una posición casi inaudible y se quedó escuchando cómo sonaban las notas flotando en la penumbra, inciertas, confusas.

Llenó profundamente los pulmones con el humo del tabaco, lo aguantó un rato y, cuando lo expulsó, los músculos de su semblante se relajaron en un gesto de reposo; un letargo que acompañó a la permanente mueca de dolor, que le marcaba la cara como si un segundo antes lo hubieran abofeteado.

Las nubes provenientes del mar embravecido avanzaban implacables para azotar a la ciudad dormida. Su cuerpo flotaba sobre los cúmulos tormentosos. La noche había caído, transportando el mismo halo de penuria luctuosa que acompañaba desde hacía décadas a Alejandro. Una noche de tormenta más como tantas otras, desde ya no recordaba cuántos eones. El viento no paraba de silbar, colándose por los huecos de los edificios, por las rendijas de las ventanas. Aquel cuarto de hotel mediocre parecía falto de vida. El radiador nunca terminaba de caldear la paz de los sueños.

Ana cruzaba la plaza, cuando vio aparecer a Alejandro desde detrás de un árbol. Ella se quedó inmóvil sin saber qué hacer ni qué decir, como un animal acorralado y vencido. El crepúsculo frío avanzaba hacia la noche silenciosa. El agua que salía de los menudos caños de una fuentecilla era el único sonido que se oía en la soledad de la tarde. A ninguno de los dos se le ocurrió decir nada, y se fueron a sentar a un banco. Los árboles pelados sostenían con dificultad las últimas hojas secas en unas ramas que crujían agitadas por el viento. El sol había ya desaparecido tras el horizonte de cornisas y aleros, y eran las viejas farolas las que iluminaban a los transeúntes esporádicos, que caminaban deprisa para recogerse de la tarde desapacible. Ellos dos aguantaron sin moverse del banco, a pesar del viento helado que arrastraba la hojarasca por el embaldosado formando remolinos caóticos. Alejandro la odiaba intensamente, pero aún así no podía evitar ese impulso irreprimible que siempre le dominaba por tenerla entre sus brazos. Se sentía tan desorientado que prefería engañarse a sí mismo tratando de justificarla. Pensaba estúpidamente en las profundas razones que habría tenido para cometer un crimen tan abominable. La notaba temblar de frío a su lado, aunque más que frío, lo que verdaderamente sentía era miedo de él, y era en ese preciso momento cuando Alejandro, mientras la abrazaba y olía sus cabellos, le hundía el puñal en el costado. Una, dos, tres veces.

Así se desarrolló otra versión más de los millones que había imaginado para matar a Ana. Esa era su única ocupación durante las interminables horas que se encargaban de pulverizar su cordura,

segundo tras segundo, mientras cumplía la condena que lo había sepultado casi de por vida en aquella celda minúscula, borrada del mundo.

Nunca pudo encontrar otro escenario que no fuesen los ambientes crepusculares que inundaban sus deseos de venganza, para recrear las sucesivas muertes de Ana. Un jardín hundido en aguas estancadas. Muertes que trataba de dilatar al máximo, para ver en los ojos de ella cómo se demoraba la vida durante dolorosas e interminables horas de agonía; expirando lentamente mientras él fijaba su mirada en las pupilas con deleite de sádico despiadado, hasta que al final solo quedara una mirada inerte de maniquí.

Cuando Alejandro se quedaba mirando sus manos limpias, cruzándose con la imagen superpuesta del mango pegajoso llena de sangre de la navaja, se diluía cualquier historia que inventara para desahogar su rabia entre las cuatro paredes del maldito calabozo.

El odio lo carcomía, lo destruía, más que lo aliviaba y, conforme los años fueron transcurriendo, más necesidad tenía de saber por boca de la misma Ana, cuáles fueron los motivos que la arrastraron a cometer tal crueldad, sobre todo contra él que quedó encerrado vivo en esa especie ataúd enfermizo.

De momento solo le quedaba esperar el encuentro del día siguiente. Mañana también la quería mirar directamente a los ojos. Pero no le iba a decir nada. Ni le preguntaría nada. La había matado tantas veces, que solo quería asegurarse de que seguía viva de verdad. Un continuo fluir de rememoraciones se revolvían atormentándole, pero no las espantó de su mente porque entonces se habría quedado sin ningún propósito, y de momento tampoco quería imaginar la rigidez de los laterales del ataúd oprimiéndole los costados a la espera de una respuesta después de muerto y enterrado. Su cerebro hervía en total desorden. Demasiado alcohol no era bueno. En la mesilla descansaba la botella casi vacía, acompañada del vaso que aún contenía algo de líquido. El paquete de tabaco, junto al cenicero, se sostenía precariamente en un borde a punto de caer. La silueta, la paleta completa de ese bodegón ponzoñoso del cuartucho era manchada por la tenue luz que entraba

desde la calle, donde el temporal arreciaba con fuerza golpeando los cristales. *Una tarde parda y fría de invierno. En un cartel se representa a Caín fugitivo y muerto Abel, junto a una mancha carmín…* El orden de los versos no era ese. ¿Cómo seguía? Ya no se acordaba y lo dejó estar. Sintió frío y se removió en la cama gruñendo de disgusto.

# EL DESPERTAR

Era una hora incierta cuando Alejandro se despertó. Encendió la luz, pero tuvo que protegerse con el antebrazo del brillo directo del filamento incandescente que le hirió las pupilas. La bombilla pendía del techo sujeta por un cable cuarteado y rodeada por una pantalla amarillenta repleta de puntitos negros que no eran otra cosa que defecaciones de mosca.

Entre bostezos, poco a poco se fue despertando, se sentó en el borde de la cama con la cabeza inclinada hacia adelante y se frotó los ojos con el envés de las manos. Se había quedado dormido en una mala postura. Movió la nuca entumecida con cuidado por si le producía un tirón y se la masajeó para que corriera la sangre.

Las molestias en el estómago le obligaron a arrugar el gesto y a mirar con desagrado la botella de la mesilla. Notaba la boca seca y pastosa. Se levantó y caminó pesadamente hacia el cuarto de baño mientras se rascaba el pelo desordenado. Se acercó al lavabo y se refrescó la cara durante un buen rato. Ahora no le molestó mojarse el rostro cara con el agua tan helada, pero le hizo darse cuenta de las ganas imperiosas que tenía de orinar. Cuando terminó, tiró de la cadena y se aproximó otra vez al lavabo para beber unos sorbos directamente del grifo. El vaso estaba en la mesilla con el whisky. Cuando hubo saciado la sed, miró el agua resbalando por el desagüe de la pila y recordó el asco que siempre le habían dado los lavabos de los hoteles.

Más aliviado se volvió a la habitación, se acercó a la ventana, y recostándose en el marco pegó la frente sobre los cristales. Eso le

calmó un poco el dolor de cabeza. Finas curvas serpenteantes se deslizaban sin cesar por los vidrios de la ventana. Aún era de noche. La farola de debajo de la ventana permanecía impasible iluminando la lluvia. Trató de vislumbrar el mar, pero la vista se perdía en un fondo oscuro e indefinido. Era como si en vez de mirar por una ventana a la calle, estuviera contemplando las profundidades de su interior.

Le entró ganas de fumar y se fue hacia la mesilla. Cogió el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo que fumó con agrado dando profundas caladas. El primero del día siempre era el mejor.

No tuvo necesidad de vestirse porque se había quedado dormido con la ropa puesta. Sacudió el pantalón y la chaqueta durante un rato para intentar alisarlos, pero resultó imposible. Se dio cuenta de que sin un buen planchado no había nada que hacer. Ya buscaría una plancha por alguna parte. De momento no tenía otro traje para cambiarse, tan solo llevaba las indispensables mudas de ropa interior en su bolsa de viaje. Qué se le iba a hacer. Tampoco era un traje muy elegante.

Se volvió hacia la radio, que en esos momentos no paraba de emitir unos ruidos caóticos y desagradables. Parecía que había perdido la señal con la emisora donde la había sintonizado. Movió el dial para encontrar otra transmisión, pero le fue imposible conseguirlo. La miró con extrañeza y se preguntó si habría permanecido así durante toda la noche sin que él se diera cuenta. Tal vez había estado imaginándose que funcionaba una radio estropeada, o a lo mejor resultaba que no había señal porque era el último hombre vivo de la Tierra. Cualquiera de las situaciones que se cumplieran, se daba cuenta de que tendría que enfrentarse a nuevos problemas cada vez más difíciles de enfrentar.

Apagó la radio para no seguir oyendo los chasquidos perturbadores de las interferencias y no prestó más atención al aparato. No se tienen muchas ganas de jugar con fantasías cuando te machacan las sienes los latidos de la resaca. Miró la hora en su reloj de pulsera. El repentino peso del silencio había frenado las

manecillas, que se movían imperceptiblemente en su recorrido hacia la hora en que debería clarear la mañana.

Fue un amanecer calmoso. Las nubes impedían que el sol iluminara las calles con claridad, pero paulatinamente se empezaron a distinguir los bancos, los setos y los árboles que adornaban el paseo. Alejandro apagó la luz del techo y siguió fumando en la penumbra a la espera de que el día acabara de colarse definitivamente en la habitación.

# EL ENCUENTRO FANTASMAL

Más entrada la mañana bajó a desayunar. Además de que no había cenado nada la pasada noche, el lavado de estómago que le había producido el alcohol hizo que el café con leche caliente entrara estimulando y reanimando el interior de su cuerpo, y que el par de magdalenas desapareciera por su garganta al poco de haberlas liberado de la envoltura. Cuando terminó, permaneció sentado sin saber qué hacer. El camarero de la noche anterior no estaba.

Pasado varios minutos le pareció que había amainado un poco la lluvia, se ajustó bien la gabardina y salió a la calle. Ya había suficiente luz, y pudo observar el mar revuelto y la espuma de las olas saltando por encima del tajamar contra el que rompían con estruendo. El viento racheado, que no daba señales de amainar, le obligaba a secarse la cara de vez en cuando con la manga para poder ver. Apresuró el paso pugnando con el vendaval, que de una manera imprevisible le empujaba desde cualquier parte. Dobló la primera esquina a la izquierda y dejó el mar a su espalda.

Las casas antiguas del centro hacía décadas que habían sido derruidas, y la taberna de su juventud, con mucha suerte, se conservaría congelada en las accidentales fotos que guardara algún coleccionista nostálgico. En su lugar habían levantado edificios impersonales de metal y vidrio, que a él no le transmitían nada. Todo a su alrededor le parecía demasiado artificial, demasiado forzado. Nada que tuviera que ver con él. Por momentos le

invadieron unos agobios nostálgicos que le llegaron a oprimir la garganta. Caminar por la ciudad más desconocida del mundo le retorció el cuerpo.

Observaba los muros de los edificios a través de un cristal defectuoso, como si empezaran a desmoronarse como gelatina. Las calles adquirieron un carácter absurdo y abstracto. Los transeúntes tomaban formas desfiguradas, bocas torcidas y ojos que no se correspondían con su lugar. Apenas podía ahuyentar ese paisaje grotesco aunque se dejara mojar la cara por la lluvia. No podría resistir por mucho tiempo la terrible sensación de ahogo que le oprimía el pecho y por eso mismo deseaba con todas sus fuerzas que aquello desapareciera de una vez de su vista. Tenía la sensación de haberse estancado en una juventud angustiosa, bloqueada, traumatizada, ajena al devenir de la existencia normal, de la vida de ese mundo que se había desarrollado ajeno al interior de los muros de la prisión.

Cada paso que daba lo acercaba más al encuentro con Ana. Le habían contado que regentaba El Café Central, situado al principio de la renovada calle mayor, la cual se había convertido en la principal vía comercial de la ciudad.

Alejandro únicamente quería comprobar el aspecto que tendría Ana en estos momentos. Verla por última vez. Seguía con su soliloquio recurrente de que solo quería tomarse un café. Aunque también quería que ella lo viera a él con toda claridad en su bar, sentado mientras se terminaba sosegadamente la taza. Solo eso, y luego se marcharía de la ciudad para siempre. A esas alturas no se le ocurría que pudiera comentar nada o hablar sobre nada. Todo lo había pensado ya miles de veces y, aunque no podía quitarse de la mente sus continuas y escalofriantes pesadillas, jamás se le habría ocurrido cargar con un puñal, como el de sus ensueños carcelarios, para consumar una venganza llena de rabia y rencor. Bueno, sí se le ocurrió, millones de veces, para qué quería mentirse a sí mismo. Pero ya no. Había que espantar ese tipo de distorsiones anómalas. Un café y adiós. Así, sin necesidad de mediar palabra.

Por fin llegó. Ahí, delante de él estaba el bar. Café Central.

Alejandro entró en el negocio y buscó una mesa para sentarse. Se le acercó un camarero y pidió un café solo. Al instante se oyeron las palabras resonantes del empleado:

-¡Marchando uno solo!

El barman comenzó a manejar las palancas de la cafetera con la rapidez de un maquinista experto.

Un minuto después, mientras el hombre joven le colocaba el platillo con la taza sobre la mesa, sin que Alejandro supiera muy bien la razón, le contó la noticia de una manera tan natural, que daba por supuesto que todo el mundo la conocía de sobra, y como si Alejandro fuera un cliente asiduo con el que no importaba perder un momento para comentar los sucesos relevantes del día, aunque fuera solo de pasada.

-Fíjese qué desgracia. Lo estábamos comentando ahora. No sé, yo lo que he oído, hará un par de horas más o menos, es que doña Ana ha fallecido como consecuencia de un accidente de tráfico que se produjo ayer por culpa de este temporal atosigante que parece que no se vaya a terminar nunca. Su coche chocó de morro contra otro en un adelantamiento. Por lo visto la señora quería alejarse de aquí durante una temporada, porque tenía un miedo atroz a un asesino que ha salido de la cárcel y que, por lo visto, hace muchos años, mató a tiros a un hermano suyo, o a un familiar muy cercano, yo tantos detalles los desconozco. Pues fíjese usted, mira por donde, ese asesino ya tiene otra muerte que añadir a su conciencia. Menudo canalla debe ser ese tipo.

La cabeza de Alejandro se puso a funcionar de una manera que se mezclaron pensamientos de todo tipo para poder dar una explicación a lo que acababa de oír. Pensó que hay solo dos posibilidades de que un meteorito gigante caiga sobre la Tierra y lo destruya todo. Dos probables situaciones, o sea, que caiga o que no caiga, aunque mientras no caiga sigamos creyendo que las eventualidades son infinitas porque seguimos aquí.

Inesperadamente, repentinamente, liberadoramente, una anestesia general le alivió de todos los males del mundo y redimió a sus sentidos del esfuerzo por comunicarse con el entorno que le

rodeaba. Ni aunque le hubieran vertido el sedante más potente en su taza de café, le habría transportado a un trance de sosiego como el que sintió de repente, y que lo liberó del tormento sufrido durante la mayor parte de los años de su vida.

En ningún momento al camarero se le ocurrió sospechar, que el anciano que vestía de esa manera tan desaliñada fuera el matón peligroso, el pistolero sin escrúpulos, que habían soltado de la prisión. Alejandro no pudo terminar el café por culpa del nudo que le había cerrado la garganta. Sin embargo, la decisión que le empujó hasta allí todavía le animaba a creer que las palabras pronunciadas por el camarero eran mentira, y que en cualquier momento vería a Ana entrar por la puerta mientras cerraba un paraguas. Le costaba asumirlo. Tan de repente no podía ser.

Ya era ridículo seguir con el deseo de verla. Y qué insustancial hubiera sido lamentarse porque de repente la muerte de Ana le había privado de su venganza silenciosa. Si sus sentimientos realmente escondían el deseo de un desquite justiciero, que así fuera pues. ¡Venganza cumplida!

Pero no. Agitó la cabeza y lo descartó rápidamente de su pensamiento. ¡Fuera! La verdad era que la seguía amando. De haberlo sabido le habría gritado al conductor del autobús que parara y se habría lanzado para sacarla viva de entre los hierros retorcidos del coche, para pedirle perdón por haberle deseado la muerte durante tanto tiempo.

# A PARTIR DE AHORA

Más tarde, al verse caminando de vuelta al hotel, continuaba sintiendo que jamás había gozado de una tranquilidad tan placentera, de tanto alivio. Tranquilidad. Alivio. O un ser neutro. Para qué buscar más palabras. Solo dos. Una, era tranquilidad. La otra era alivio. Cuánto tiempo y cuántos amargos pensamientos perdidos para una simpleza como la que encontró al final del camino. La

navaja de Ockham. La navaja de Ana. Principio de economía. Principio de parsimonia. Simpleza de pensamiento.

Por cada zancada que daba entre los regueros desbordados, experimentaba una fortaleza de ánimo que nunca antes había advertido. Volvió a darse cuenta de que llovía, como si la simpleza de ese tipo de acontecimiento, que creaba sensaciones poéticas y mitologías disparatadas, no lo hubiera tenido en cuenta desde hacía siglos.

Ya no podía sentir pena. ¡Pena! ¿En qué momento, de algún año perdido en el recuerdo, había olvidado el significado de esa palabra, en realidad de todas las palabras? El mundo parecía haber vuelto a su estado normal de equilibrio. *Equilibrio*, pensó, *¡qué broma!*

Cogería su equipaje del hotel y se marcharía sin permanecer ni un minuto más en esa ciudad. Lo que menos le importaba era la dirección que tomaría, porque iba a subirse al primer autobús que le llevara a cualquier parte lejos de allí. ¿Quién de los dos había sufrido peor condena? Pobre mujer. Un error y una sentencia de muerte aplazada.

Ahora iba a aguantar lo que hiciera falta sin dejarse dominar por ninguna angustia. Nada le iba a importar mientras mirase a través de la ventana de otro hotel. Pensaría en los inagotables significados de las tormentas y esperaría más amaneceres, inmerso en la vacía oscuridad de cualquier habitación perdida, meditando sobre cuán largo puede resultar el viaje de una persona para llegar a unas soluciones tan sencillas y, aún así, continuar, solo, como en un vagabundeo incesante por los versos de un poema, *como perro olvidado que no tiene huella y yerra por los caminos, sin camino, como el niño que en la noche de una fiesta se pierde entre el gentío*, hacia el único desenlace posible. Una vida provisional. ¿Pero cuál no?

Esa pregunta retórica de pretensiones tan lapidarias le convenció para que a partir del día siguiente se decidiera a escribir narraciones carcelarias. Ana mató a Alex porque a quien quería de verdad era a él y luego hizo que lo encerraran para asegurarse de que no se le escapara. De que allí dentro siempre sería de ella. Sonrió. ¿En qué

película había visto eso? Qué cantidad de sórdidas majaderías se le pueden ocurrir a uno cuando se encuentra bien. Qué más daba ya todo, el mundo también era su mundo, la vida también era su vida. Durante un momento creyó que la justicia poética existía. Varios pasos más adelante escupió sobre un charco.

*El remordimiento es el veneno de la vida.*
*Charlotte Bronte*

# Cristina

El lugar del crimen era una zona neutra en medio de penumbras cruzadas donde se confundían las perspectivas. Las luces distantes no iluminaban los objetos claramente porque les daban una apariencia de imprecisión fantasmagórica. Era un tramo hueco sobre el que deambulaban las figuras vacilantes de los peatones, limitados por los bordes desdibujados del carril peatonal .

Me canso de repetírmelo a mí mismo, porque no sirve para nada darle tantas vueltas al tema. Mis divagaciones son mera pérdida de tiempo que solo me sirven a mí. Rectifico: ni siquiera valen para mí. Evidentemente esa noche yo no salí a la calle con la intención de robar nada y menos todavía de matar a nadie, aunque me topé con un acontecimiento al que solo se le puede calificar como fallido; un simple ensayo mal realizado, que encima tuvo la desgracia de ser irreversible. Cualquier experimento conlleva unos riesgos. Eso todo el mundo lo sabe y lo respeta. Pero los ensayos improvisados, los no válidos, como el mío, merecen el peor de los castigos.

Que me escapara de la policía y que no me atraparan, porque nunca contaron ni pensaron en mí, no significa por eso que cometiera el crimen perfecto. Y sí, lo admito, nunca he negado que fuera un crimen. Aunque la verdad es que, aunque imperdonable, realmente no se le puede calificar como crimen o asesinato. Simplemente no vale. Fue la chapuza improvisada de un estúpido que en ese momento se creyó por encima de cualquier ley, se considere esta civil o natural, física o metafísica. Todo carente de trama; sin coartada; sin móvil con el que explicar nada. O sea, nada de nada. Fue algo parecido al que de repente le apetece beber un licor que nunca antes había probado, que al tenerlo en el paladar le gusta de manera soberbia, pero del que solo quedaba un trago, un

último y definitivo trago, y se acabó para siempre. Bueno, no sé por qué me esfuerzo en justificarme tanto, porque realmente tampoco me gustó nada. No sé, tal vez sí, pero no, no sé.

Cuando veo una feria, me imagino algo parecido. Los niños subiendo ilusionados por primera vez a una atracción; solo por la curiosidad de saber qué se siente. Sin embargo, a mí me ha quedado la insatisfacción del fracaso, de no poder saber ya nunca lo que verdaderamente deseé; ni siquiera durante ese segundo tan efímero y a la vez tan eterno. Se acabó. Definitivamente me considero engañado, estafado, no por la vida miserable en sí, sino por la muerte inexplicable. Defraudado por mí mismo. Bien, me voy a calmar, necesito mantener el temple tranquilo para seguir contándolo sin necesidad de apoyarme en excesos lingüísticos desagradables.

Podría haberme dedicado a matar más gente, pero eso no valdría para mí. Imposible. No tendría sentido. Ahora ya sí que no. Bueno, ni ahora ni nunca. Posiblemente las obras maestras aparecen cuando desaparecen las ideas geniales. O tal vez sea al revés, que sean las ideas geniales las que aparecen cuando no hay ninguna obra maestra molestando de por medio. Sea como fuere, me miro las manos y no noto nada. No veo ninguna obra bien realizada. Conseguí casi sin esfuerzo que la policía no me detuviera. De acuerdo. Pero tampoco me entregué, porque eso habría dado valor al acto como un crimen de verdad y no como el fracaso de un acto cometido por un ser torpe e impulsivo.

Muy a pesar mío tuve que callarme para que no me identificaran, el resto sigue siendo un asunto entre Cristina y yo. No sé si fui cobarde o no; cuando ya no había remedio, qué más daba todo lo demás. Los comentarios de la prensa y de la calle decían que el asesino actuó sin escrúpulos, sin sentimientos, sin piedad y todas esas sandeces que se cuentan siempre. Al fin y al cabo les doy toda la razón del mundo. Yo también me quejé el día que me asaltaron la casa cuando me encontraba en el trabajo. Y bastante furioso que me puse. Los bienes que se llevaron me eran necesarios y se los quedó otro. De acuerdo, consideré que luego lo recuperé, o al menos eso

me consoló de alguna manera, cuando cobré la paga del mes siguiente; pero ya no era lo mismo. Perdón, porque eso es un mal ejemplo que no tiene nada que ver con la muerte, ya sin remedio ni excusa posible, de Cristina. Si te roban la vida, la vida ya nunca vuelve. Es carretera de un solo sentido. Obviamente, el movimiento del tiempo es un asunto de discusión solo mientras se permanece con los ojos abiertos.

Una y otra vez yo mismo me repito incansablemente que no pudo haber culpable posible porque la experiencia no había salido correctamente. La mayoría de la gente pide, incluso exige, una segunda oportunidad para enmendar lo que no ha conseguido hacer correctamente al primer intento. La justicia admite la redención de penas; contempla la ayuda al infeliz descarriado, que es en lo que me transformé a partir de ese día.

Pero por otra parte, nadie me podría culpar, por supuesto tampoco enaltecer, por un acto al que no se puede mejorar de ninguna manera, porque son actos únicos. Estamos hablando de la vida de una persona. Se acabó. No hay que darle más vueltas. Ya está hecho y así se quedará para siempre. Injusto pero real. Había que admitirlo entonces y ahora, y lo admito, la maté, sí, pero mi intención no tenía nada que ver exactamente con eso. Solo quería experimentar la fragilidad entre un estado y otro, o sea entre la vida y la muerte, pero sintiéndolo de forma directa en las células de mi piel, y esa sensación nunca ocurrió. Me fastidió que resultara tan fácil. Me gustaría que fuera como decir: "retiro lo que he dicho porque no tiene sentido, no he formado bien la frase, la escribiré de nuevo." Son las leyes estrictas de la Creación las que fastidiaron a Cristina dejándola muda, bueno, literalmente muerta, tampoco es necesario buscar eufemismos para maquillar la atrocidad cometida.

Yo, para colmo, me he tenido que callar y esconderme de una manera ridícula. Estoy seguro de que Cristina me habría entendido. Aunque no sé. Creo que, si ella pudiera volver a ser consciente de lo ocurrido, cuando oyera mis explicaciones de disculpa, "perdona por haberte retorcido el cuello", se aterrorizaría y saldría corriendo pidiendo auxilio.

Lástima que Cristina no pueda matarme para quedar a la par. Qué pena que ya no pueda ser posible. Ella podría apretar el botón de encendido de la silla eléctrica sin necesidad de hacer fuerza; o el gatillo del fusil, sujeto a un soporte para que el retroceso no le lesionara el hombro; o tirar de la palanca que soltase la trampilla de la horca, o mejor la hoja de la guillotina. No sé, cualquier venganza que de alguna manera la hiciera feliz, o que al menos se sintiera gratificada con una recompensa justa, equivalente.

De acuerdo, evidentemente ella había muerto, hecho definitivo, y el asesino debería tener su merecido, en eso creo que está de acuerdo todo el mundo, pero de todas formas, repito que lo mejor habría sido revivir a Cristina, pedirle perdón y advertirla para que otra vez tuviera cuidado, que no se fiara de nadie para que no se repitiera un acto tan macabro.

Al igual que la policía no admite formularios sin validez, ese crimen que investigaban no debería haber sucedido, por tanto mejor sería archivarlo y que Cristina se fuera a casa para recuperarse del susto. Cuando algo sale mal, se le dice a quien sea: "Caballero, vuelva a intentarlo de nuevo porque esto no está bien empaquetado, o redactado, o explicado. En este documento que me ha entregado no se entiende nada. ¿Podría repetirlo de nuevo, por favor? Mire allí dispone de una mesa donde lo podrá corregir con toda tranquilidad."

Los exámenes suspendidos se pueden recuperar. Cristina era una persona muy permisiva en esos menesteres. Siempre daba otra oportunidad a los alumnos. Ahí creí encontrar el sentido de mi error, y más aún porque no había mediado ni odio ni rencor, solo algo parecido al acto de quien amasa arcilla para esculpir una figura pero que le sale mal por falta de práctica. Nada se pierde con volver a moldear la figura, o utilizar el mismo barro para hacer otra talla diferente que uno se vea capaz de realizar. Nadie en el mundo es igual de diestro para componer esculturas o pintar cuadros. Cada uno domina sus habilidades. Lo malo es que la vida es así de absurda. Está llena de procesos irreversibles, sin enmienda posible. Me fastidiaba más ese sentimiento inmovilizador que el de culpa o el de cualquier otro parecer sobre la conciencia. Odio traer aquí el

ejemplo del huevo frito, ridículo, pero que forma parte del momento en el que uno se da cuenta de verdad de esos procesos físicos o químicos tan sencillos, tan prosaicos, que demuestran la imposibilidad de la vuelta atrás y que están tan presentes en la vida cotidiana. En efecto, las leyes de la física o de la química te enseñan lo impracticable del retroceso, te presentan la explicación didáctica de que la naturaleza existe sin necesidad de contar con tus deseos, sin la obligación de opinar sobre lo inteligente que te consideres, por mucho que necesites una reposición. De todas formas, siempre puede quedar el consuelo de identificarse uno con seres como los parásitos que carecen por completo de escrúpulos; se muere el huésped y como consecuencia me muero yo. ¿Y qué quiero decir con todo esto? Nada. Reconozco que ninguno de los razonamiento que traigo aquí valen un pepino o un pimiento. No valen nada. Creo que mejor será que me remita a la narración de los hechos. Así por lo menos me olvidaré de justificar mis incertidumbres; mis sucias mentiras.

Al igual que muchas otras personas, yo volvía de dar mi caminata gimnástica de las tardes cuando me encontré con Cristina por el carril peatonal. El camino se extendía a lo largo de tres kilómetros. Comenzaba en el amplio parque donde estaba situada la casa en la que antiguamente habían instalado la fracasada televisión local, a la que cerraron por los excesos de gastos inútiles que generaba, y llegaba hasta el Grao, hasta la glorieta en cuyo centro habían colocado una barca grande, pintada de blanco y azul para dar el aspecto de que el visitante entraba en una zona marítima, de tradición pesquera.

Mi recorrido consistía en pasar esa rotonda y llegar hasta el puente sobre la desembocadura del barranco de San Nicolás, cuyo cauce venía a morir dentro del puerto. Una vez alcanzaba ese punto me volvía de nuevo para casa. Un paseo que ejecutaba todos los días para que el cuerpo siguiera activo y así poder permanecer sentado todo el tiempo posible trabajando en mis asuntos.

No hubo premeditación pero salió perfecto. Perfecto en el sentido de realización física aunque en absoluto en el de satisfacción

personal. En eso repito que fue fatal. Por eso mismo estoy seguro de que algún día, en alguna parte, me vendrá mi merecido. Pero igual me dará, porque como el mal ya está hecho lo admitiré como un acto justo y necesario. De la misma manera que siempre ha acontecido, el movimiento de los astros va relacionado con el equilibrio que conforma las leyes de la Creación; leyes que no perdonan a nadie que haya forzado el recto devenir de los acontecimientos. Así debe ser. O así espero que sea.

Cristina y yo coincidimos cerca de la glorieta en la que hay una gasolinera y dos grandes supermercados. En la que se levanta una placa de señalización que marca la dirección hacia Daimuz. Yo ya sabía que Cristina no sabía conducir pero, aparte de eso, me dijo, cuando le pregunté qué hacía por ahí a esas horas, que como era verano apetecía caminar para así también hacer ejercicio hasta llegar a su apartamento de La Playa.

-A estas horas no da miedo. Hay gente por todas partes. Así me ahorro el autobús.

Venía de una tienda grande de informática, de averiguar qué podría comprar para actualizarse porque lo que ella tenía funcionaba ya muy lento.

-Además, para estirar las piernas. Ni más ni menos a como haces tú.

-Ya -dije riéndome-. Lo decía por preguntar algo. Nunca habíamos coincidido antes por aquí.

-La verdad es que he venido por casualidad, porque ya te digo que suelo coger el autobús, que resulta más cómodo y más rápido. Pero hoy hace una buena temperatura y tengo tiempo de sobra para disfrutar del paseo. Además tengo problemas en la columna y esto me sirve para endurecerla un poco. Aunque creo que no llegaré, por salud, ni a la mitad del camino.

-Estás en la mitad del camino -le dije.

-Gracias por darme ánimos, pero has comprendido perfectamente que me refiero al camino de la vida. Que sobre metáforas tú entiendes igual que yo.

Siempre sonreía. Cuidaba muy bien la blancura de los dientes y la tersura de su cara.

La hora en la que nos encontramos debía de ser entre las nueve y media y las diez de la noche, y aunque el sol hacía tiempo que se había puesto, aún se veía su resplandor hacia el oeste, detrás de las montañas, remarcando la silueta del Mondúber con el gran complejo de antenas de comunicación que habían construido sobre su cumbre.

La gente caminaba por la acera destinada a los peatones, mientras que por la vía reservada a las bicicletas los ciclistas pasaban con la señalización de luces necesaria para esas horas de la noche. De manera inesperada y adelantando a todos, se presentaban desde cualquier dirección los que erguidos sobre patinetes eléctricos rodaban veloces; debido a su fácil movilidad y a su deslizamiento silencioso los patines provocaban que las personas se sobresaltaran y levantaran la voz para quejarse.

Era verano, era viernes y aunque había bastante gente, ya se notaba que el numeroso trasiego de por la tarde iba menguando. Indiscutiblemente había que ducharse e ir preparándose para comenzar las fiestas nocturnas.

Cristina me explicó que venía de MediaMarkt, de ver teléfonos y ordenadores portátiles. Según me explicó, ella todavía seguía usando un teléfono de pura tecla, pero que ahora se veía en la necesidad de comprar otro nuevo de los de pantalla, para ponerse en contacto de una forma más renovada con el conjunto de los compañeros de trabajo.

-Necesidades a las que te obliga el desarrollo tecnológico -le comenté-. Aunque te conformes con lo que tienes, o te resistas a comprar algo nuevo, al final los tiempos te empujan sin ofrecer más alternativas.

-Ya, lo que pasa es que es un tema que a mí ni me va ni me viene porque tampoco me he preocupado en tener mucha idea. Sigo siendo de la era del papel, o del papiro -contestó riéndose y mostrando otra vez los dientes simétricos, blancos y relucientes.

Me explicó que su hermano vendría ese fin de semana y que el lunes la ayudaría, la aconsejaría y que juntos buscarían lo que más le conviniera.

Poco más teníamos que decirnos y por eso nos despedimos y nos deseamos suerte. Aunque tampoco era necesaria tanta despedida. Al fin y al cabo nos íbamos a encontrar de nuevo el primero de septiembre en el instituto. Pero la cortesía estaba por encima de todo, ella era una mujer amable y yo un hombre educado, esa era la sencilla razón.

Cuando ya había dado varios pasos, me volví y la vi alejarse con su estilo personal. Era como ver caminar un pato vestido con ropajes humanos, con las puntas de los pies separadas como si cada uno quisiera tomar la dirección contraria del otro.

Me imaginé un posible guion para una película de crímenes. Alguien que la empujaba a los campos que bordeaban el camino con la intención de violarla. Ella se resistía y el violador la mataba para que dejara de chillar. Un guion que vi dudoso porque Cristina, a pesar de su simpatía, no era muy atractiva; aunque eso no quiere decir nada porque por todas partes hay gente muy rara con los gustos descontrolados.

Me di cuenta enseguida de que ese acto habría sido imposible. Había demasiada gente y si se hubiera puesto a gritar la habrían ayudado rápidamente. La policía no habría tardado mucho tiempo en llegar. Mi guion por lo tanto no era factible.

Aun así, yo algunas veces había maquinado cómo se podría cometer un crimen en un lugar como ese, evidentemente no a plena luz del día, sino entre las sombras indefinidas que proyectaban las farolas sobre los árboles y los arbustos. Pero no encontraba ninguna solución. Bueno, tal vez se podría engañar a la víctima hasta un grupo de árboles enormes que estaban rodeados de gran cantidad de setos y maleza sin segar, y allí se podría terminar con su vida.

Me producían escalofríos solo el pensar que un acto así pudiera ser cometido por alguien. Yo únicamente buscaba un guion creíble, verosímil, una posibilidad para desarrollar una historia, aunque no

fuera más que otra entre el montón de las miles ya existentes. Al fin y al cabo, las historias sobre asesinatos nunca pasan de moda.

Después de haber pensado y confesado todo esto, tal vez ahora sí que tenga que admitir que hubo algún tipo de premeditación.

Había observado bien el terreno. La gente seguía caminando en ambas direcciones. Cada cual fijo en la dirección en donde vivían. Ya no había luz para pararse a contemplar el paisaje. Unos marchaban en la dirección del puerto, mientras otros regresaban hacia el núcleo urbano. Era prácticamente imposible cometer delitos con tanta gente. Los coches patrulla, fueran del cuerpo que fueran, pasaban de vez en cuando arriba y abajo de la manera más rutinaria. Las farolas iluminaban bien el carril bici y la acera por donde transcurrían los peatones. Entonces descubrí la posibilidad que me llevó a cometer el disparate.

Al día siguiente los medios de comunicación informaron sobre la muerte de Cristina. No me puedo explicar lo fácil que resultó decirle que nos fuéramos a sentar al banco de piedra que había debajo de los árboles gigantes para así explicarle cómo funcionaba mi teléfono, y de esa forma, cuando tuviera uno de pantalla lo manejara sin problemas. Corrí un poco detrás de ella para alcanzarla.

-Espera, como te he visto tan ignorante del tema informático, mira he pensado que en un rato te puedo explicar lo que necesitas y así ya lo vas sabiendo.

Me observó un poco sorprendida, se miró el reloj y dijo:

-Vale. Si no es mucho tiempo, de acuerdo.

-Nada de eso, si es muy sencillo.

Yo confiaba absolutamente en no haber dejado huellas, ni prueba alguna cuando la escondí entre los matorrales. Aunque eso de no dejar rastro es algo que nunca se sabe por muchas precauciones que se tomen. Además, todo sucedió de una manera tan improvisada que hasta yo mismo me sorprendí de escapar de toda sospecha.

Me cubrí las manos con dos bolsas sucias de supermercado que había tiradas por allí para estrangularla. Sencillo. Luego escondí el

cuerpo entre los arbustos. Me metí las bolsas en los bolsillos y las quemé nada más llegar a casa en una papelera de metal. De tantas novelas, películas y series vistas, mi asesinato se desarrolló mecánicamente, de manual. Pero, aun así, como no dejo de repetir tantas veces, no me gustó. Todo se desarrolló de una manera torpe, muy torpe.

Unos chicos que se deslizaban sobre patines de ruedas en línea, alternando sucesivamente ambas piernas mientras inclinaban el torso hacia delante para impulsarse, pasaron raudos sin poder ver nada de lo que quedaba fuera de la línea iluminada del carril bici.

Ha pasado ya bastante tiempo y la policía no me ha molestado nunca. Por lo visto por esos sitios hay mucho movimiento de gente que saca los perros para que se desahoguen y está todo hecho una porquería; seguramente tantos excrementos y meadas camuflaron cualquier posible presencia mía. Como se supone que es campo, las personas no se preocupan de limpiar nada. Al contrario, hasta que no pasan los basureros al cabo de un mes, o más, limpiando la maleza de basura de todo tipo, todo eso se va acumulando. Da pena que las personas sean tan negligentes. Por todo eso, en esos sitios, en principio, cualquier prueba inevitablemente aparecerá contaminada. El asesino pudo haber sido cualquiera, aunque estoy seguro de que la policía científica eso ya lo tendrá previsto para ir cerrando posibilidades. No sé, ellos sabrán. De todas formas, a mí no me han molestado en ningún momento. Por mi parte soy siempre muy pulcro con la limpieza de la pantalla del teléfono y tal vez por eso mismo ni siquiera quedaron rastros míos en los dedos de Cristina.

Como es de suponer la policía buscaría algún motivo, un móvil en el que basarse para empezar con las investigaciones. El único móvil que podrían encontrar sería el placer que me produjo apretarle el cuello. Cristina era una buena persona contra la que sería imposible encontrar a alguien que le deseara causar daño y menos hasta llegar a matarla. Y yo el que menos. Me caía muy bien. No sé, fue un impulso demasiado primitivo. Es algo que no paro de repetírmelo una y otra vez. Ni nunca antes maté a nadie ni nunca después he

vuelto a hacer mal a ninguna otra persona. Es curioso cómo se puede reaccionar en un segundo sin saber qué es lo que realmente se está haciendo. En resumen, a partir de ese día los acontecimientos cotidianos se sucedieron sin percances para mí. Yo esperaba lo peor pero nadie vino a buscarme.

Como tampoco tenía amistad cercana con ella, no me hizo falta buscar ninguna excusas para librarme de ir a su entierro. Así mejor, cuanta más distancia mantuviera más a salvo me hallaría. El lenguaje corporal te puede delatar sin que te des cuenta donde menos te lo esperes. Siempre hay alguien que te lee sin que tú te des cuenta. Un solo gesto, una sola mirada de reojo y ya te han hecho la radiografía; instintivamente algo has transmitido que adviertes de un peligro y que de repente te lleva a ser el primer sospechoso. Sin saber cómo se pone en movimiento una investigación sobre tu vida y, el día que menos te lo esperas, te ves que te colocan las esposas, te montan en un coche patrulla, y a tomar el sol entre rejas, caballero.

Pobre mujer. Mientras se alejaba caminando como un pato inofensivo, todavía tuve tiempo para llamarla y decirle que no se fiara de los comercios cuando le vendieran un teléfono. Esa imagen se repite una y otra vez en mi cabeza. Ella se giró y se me volvió a acercar con su sonrisa indeleble. Confiaba en mí. Le dije que yo entendía de ese tema y que le enseñaría, en unos minutos, sobre qué detalles tenía que fijarse para hacer una buena compra.

-¿Ves la pantalla? ¿Ves los iconos? Ahora hazlo tú -le dije-. Vamos a sentarnos en ese banco de piedra y lo harás más tranquilamente.

Conmigo a su lado se sentía segura a pesar de que en ese lugar no hubiera claridad. Se concentró y se distrajo tocando la pantalla como si, en vez de ser de los tiempos presentes, acabara de llegar de un pasado remoto, de un territorio todavía perdido e inexplorado, o de una dimensión desconocida.

Siempre te encuentras con gente que te sorprende de la forma más inesperada. Y en ese sentido algo parecido le sucedió también a ella esa noche. De manera malvada. Qué pena. No le dio ni tiempo

de percatarse desde qué lugar le saltó la fiera y menos aún de evaluar una breve y última reflexión.

Yo, al ver las bolsas sucias tiradas, me las puse en las manos casi sin pensar. Ahora veo claro que si lo hubiera pensado un segundo más no habría hecho lo que hice. Cristina tenía un cuello muy delgado. La pobre era la típica saquito de huesos sin fuerza para defenderse. En la primera décima de segundo pensaría que le estaba gastando una broma, y en las décimas siguientes perdió el conocimiento para siempre. Fue demasiado rápido. No me lo esperaba. No hizo falta asegurarse de si respiraba o no. Soy fuerte y tengo manos de tenazas. De hecho tengo problemas con el teclado virtual del teléfono porque mis dedos son muy gordos para las letras tan pequeñas. Es curioso comprobar cómo en la realidad se plasma tan fácilmente la destrucción de un ser débil por otro fuerte. Si en algún momento pude sospechar que resultaría un problema el hecho de que se pusiera a gritar, me equivoqué; ni tiempo le dio a la pobrecita de volver a tomar aire.

En uno de los intervalos en los que no pasaba gente caminando fue cuando aproveché. Patines veloces, nada más; miraban al frente para no tropezar. Uno de esos momentos de neutralidad fue su perdición. Las bolsas crujieron. La suciedad y la intemperie las habían resecado. Esa separación entre la piel de mi mano y la piel de su cuello es lo que más me incomodó. Lo convirtió en un acto artificial. No me gusta compararlo con los actos sexuales y sus prevenciones profilácticas, pero así lo sentí en ese momento concreto. De alguna manera tenía que aislar mis huellas dactilares. El plástico eliminó la naturalidad del contacto de ambas pieles; separó trágicamente la fuerza que hice del tacto cálido de la otra piel. Mal, acto fallido.

Conforme fueron pasando los días y los meses, me fui dando cuenta de la suerte que había tenido de que no me detuvieran. Eso me hizo recapacitar. Quedaba claro que no podría repetir nunca más un acto tan diabólico. Más que haber aprendido una lección, me daba casi por satisfecho saber lo que había percibido. En principio con eso me bastó por una temporada. Bueno, no del todo. Yo nunca

había planeado matar a nadie, y menos a la buena de Cristina. Dicen que el primer impulso es el que vale. En este caso yo nunca lo veré así.

Esa misma noche me hubiera gustado disculparme con Cristina pero por desgracia ya no fue posible. De todas formas, de haberle pedido que, como compensación, fuera ella la que me estrangulara a mí no habría dado resultado. Ella era muy débil y yo tengo un cuello tan duro como el tronco de un roble, imposible para las fuerzas de sus manos. Para compensar tendríamos que haber buscado los otros sistemas que ya he dicho para que me matara. Yo le hubiera expuesto claramente la obligación de que me eliminara, pero en todas las posibilidades que pensé para que ella se decidiera a actuar, siempre veía cómo huía horrorizada pidiendo auxilio.

Mientras tanto, ahora me miro las palmas de las manos y me imagino el tacto de su piel. Reconozco que eso me relaja, pero al final siempre vuelve la insatisfacción del tacto recubierto por el plástico sucio. Un cuello delgado, frágil. Fue un instante y ese es el instante que me faltará toda la vida porque no me produjo la sensación que yo hubiera deseado. Si la hubiera estrangulado tocándole la piel habría sabido de verdad lo que había hecho, aunque minutos más tarde me hubiera colgado de un árbol o abierto las venas para evitarme más problemas a causa de los remordimientos, porque el hecho de no tener el valor de suicidarme y dejar que me arrestaran, tener que soportar los atormentadores interrogatorios, los juicios y demás humillaciones a las que me habría tenido que enfrentar en el caso de ser capturado, habrían sido circunstancias que no hubiera podido soportar.

Es todo ese desatino lo que no para de darme vueltas en la cabeza. Es verdaderamente enfermizo. La peor enfermedad es el enquistamiento de un deseo nunca realizado. Para mi propia desgracia, más que la tortura de un posible arrepentimiento, es la insatisfacción de no haber sentido el tacto directo de su piel, su calor corporal pasando directamente a mis dedos, a mis terminaciones nerviosas. Me lo repito una y otra vez. Está claro que he cometido el gran error de mi vida. He desperdiciado la oportunidad única,

intransferible, definitiva que toda persona tiene destinada en su existencia. Pura negligencia al ser tan torpe. Culpa de tanta prevención para no dejar huellas que me delataran. Siempre se oye que las prisas nunca son un buen aliado. En definitiva un desperdicio, no por haberla matado, pobrecilla, sino porque, ya que has cometido un acto tan atroz, no haberlo sentido plenamente.

A veces incluso desearía estar encerrado de por vida, pero al menos satisfecho de haber notado el tacto de su piel y el calor de su cuerpo en las manos. Era verano, hacía calor y ella sudaba un poco. Noté que el plástico se me escurría un poco por culpa también del propio sudor de mis manos. Fue un segundo después de que dejara de respirar cuando me di cuenta de mi torpeza. A pesar de la presión fuerte que ejercí, noté cómo el plástico resbalaba unos milímetros por su cuello a causa del sudor. Ahí estuvo el error de las prisas. Su sudor no me impregnó las yemas de mis dedos. No se mezcló con el sudor de mis manos. Qué pena de oportunidad desperdiciada que no me atreveré a repetir jamás, porque sería ridículo buscar otra pobre inocente para notarlo. Ya no valdría. Podría haber estado oliéndome las palmas de las manos con el recuerdo del sudor de Cristina toda la vida. Así habría podido aguantar entre las cuatro paredes de la celda sin que la condena significara nada para mí. La satisfacción cumplida frente a esta insatisfacción actual que me tortura. Mis palmas no huelen a nada, ni siquiera a plástico sucio.

La llamé, le enseñé el teléfono levantándolo encendido por encima de mi cabeza, y se volvió para ver qué quería. La curiosidad mató al gato. La pobre gata ingenua confió en mí. No había nada de qué temer. Los gatos se defienden, no son tontos. Fue como estrangular, más que a un gato, a un minino recién nacido. Cristina había escrito su doctorado en un portátil que ya estaba anticuado. Funcionaba, pero funcionaba con programas que ya estaban obsoletos o programas nuevos que causaban que el ordenador tardara demasiado en iniciarse. Y con respecto al teléfono, ella nunca había tenido necesidad de más, pero las otras compañeras la agobiaban para que se conectara con el grupo de charla para así

estar siempre relacionadas, por el puro trabajo, por cualquier suceso que apareciera, o para seguir con la amistad a través de las pantallitas iluminadas cuando se terminaran las horas lectivas.

El escenario estaba situado en un vacío de luz que había entre el tramo que venía de la glorieta donde estaban la gasolinera y los supermercados, y el otro tramo de farolas que acompañaba a la gente hasta el casco urbano. Las curvas de la carretera, aunque abiertas, junto con los grandes árboles, impedían ver la rotonda de entrada a la ciudad por la que se llegaba al centro comercial de Plaza Mayor, si la tomabas hacia la izquierda, o al cuartel de la Guardia Civil si girabas a la derecha.

En una época pasada, ese sitio lo había ocupado una casa grande, de muros gruesos, altos y encalados. Una morada que se había construido para pasar los días de verano, en los tiempos en los que todavía no estaba de moda la pasión fanática de tumbarse bajo el sol en las playas. Las hojas frondosas de los árboles, movidas por la brisa proveniente del cercano mar, eran el alivio ideal cuando las temperaturas demoledoras obligaban a buscar un refugio en el que protegerse, para gozar de algo de frescura que proporcionaba el aire libre. En la actualidad solo quedaba una arboleda que perteneció al jardín interior. Estos árboles grandes daban cuenta de la placentera existencia que se buscaba para guarecerse de las inclemencias del exterior. Eran seis árboles que sobrevivieron al desmantelamiento de la antigua carretera estrecha y llena de curvas y luego a la construcción rectilínea de la nueva autovía de dos carriles en ambos sentidos. El conjunto de plantas lo componía, además del grupo de árboles colosales, gran cantidad de arbustos que crecían alrededor, los cuales no eran otra cosa que setos del amplio parterre, cuyo crecimiento se había descontrolado a causa del abandono. Todas esas plantas rodeaban un banco semicircular de piedra que había en el centro. Un banco espacioso que formaba parte de los escasos restos que quedaban de la antigua casa solariega. El banco era curvo, casi circular, en cuyo centro aparecían baldosas desgastadas y deterioradas, que se conservaban de una manera tan precaria que

casi podrían interpretarse como vestigios de una remota civilización esplendorosa, aflorando de nuevo a la luz.

La dejé recostada entre la maraña espesa de plantas, como si descansara de forma despreocupada detrás del banco; camuflada entre los claroscuros, entre los contornos ambiguos de la noche en los que no se la podía distinguir. Tanto la iluminación proveniente de las farolas de la izquierda, conforme se iba hacia el Grao, como las de la derecha en sentido opuesto formaban sombras contradictorias que mezclaban las siluetas de los árboles. Cuando me incorporé de nuevo a la acera, aprovechando otro vacío de gente, miré para atrás a donde la había dejado. Allí no se apreciaba nada; tan solo esos mismos entrecruzamientos imprecisos de la penumbra en donde desaparecían los matices.

Me puse a caminar. Las distancias entre unas personas y otras eran ya considerables. Seguían pasando a pie, corriendo, sobre las bicicletas, o sobre los patinetes eléctricos fugaces, pero no había de qué preocuparse. Todos regresaban cansados, con la mirada fija en el suelo que tenían justo delante de sus pies, o la miraba al frente, pero siempre dentro del camino iluminado, en donde se concentraba el brillo de las farolas que formaba la trinchera de luz, que los separaba de la oscuridad de los costados.

Cristina permaneció oculta toda la noche, sumida entre los árboles de copas majestuosas y los espesos matorrales, hasta que a las primeras horas de la mañana, cuando los más madrugadores sacaron el perro a pasear, la descubrieron.

-¿Señorita se encuentra usted bien?

El perro se acercó impertinente para olfatearla y al instante se puso a ladrar.

El lugar se llenó de coches de policías y ambulancias poco rato después de que el amo del perro los hubiera llamado. Señaló el sitio tratando de no acercarse demasiado:

-¡Está ahí, entre los arbustos!

Me habría gustado estar allí para decir a aquellos policías que ese era un crimen malogrado, que no valía. De igual manera que no vale

el borrador de un escrito antes de pulirlo bien para darlo a la imprenta. Era un suceso que daba para poco. Un pobre esbozo de dibujo mal hecho. Improvisado. Había que descartarlo.

-Por favor enfermeros revívanla y ofrézcanle disculpas de mi parte. Aquí no ha pasado nada. De verdad. Mi intención era otra.

# LA CONCLUSIÓN DEL ENIGMA

El misterio de la vida no es un problema a resolver, sino una realidad a experimentar.

Cerró el libro sobre el planeta desértico.

La certeza de la frase de ese libro se hizo realidad cuando se dio cuenta por fin, de que había llegado a la conclusión del enigma. Se acercó a la ventana y, por entre las rendijas a medio entornar de la persiana, miró a la calle que resplandecía en un mediodía caluroso. El calor también se hacía notar con fuerza en la estancia, a pesar de los gruesos muros con que se construían las edificaciones en los países yermos como aquel. Por lo menos ahí dentro se podía respirar sin el sofoco que se sufría a esas horas caminando bajo el sol.

Tenía lo suficiente para aguantar la espera y por el momento no iba a necesitar nada más que el paquete de cigarrillos y la botella de whisky que esperaban sobre la mesita del rincón.

En su costado izquierdo, enfundado en la cartuchera sujeta por el correaje, llevaba el revólver. Sentía cómo los proyectiles insertos en el cargador se agitaban pidiendo ser disparados cuanto antes, impacientes por cumplir con la máxima rapidez y eficacia el cometido para el que habían sido introducidos. Al pistolero le gustaba acariciar la culata de vez en cuando para sentirse seguro, como si con ese contacto lograra tranquilizar el metal a la vez que relajaba su inquietud.

Era de esperar que el hombre acudiese cuando empezara a hacerse de noche. No tendría problemas para reconocerlo. Se había convenido que cuando llegara debía llamar a la puerta dando unos determinados golpes y entonces él abriría.

En determinados momentos necesitaba echar un vistazo al reloj para determinar cómo este exprimía el tiempo con una lentitud que llegaba a ser desesperante. De todas formas, esa era una

circunstancia que no conseguiría alterarlo en absoluto. Se había propuesto que nada en el mundo le iba a sacar de su indiferencia. Ese era un cometido más entre otros muchos encargos realizados anteriormente.

Sin embargo, aunque no quería reconocer su impaciencia, de vez en cuando tenía que asomarse a la ventana para contemplar el exterior desolado. Una vez convencido de que nada se movía afuera, se volvía, encendía otro cigarrillo y daba otro trago de whisky.

Había esperado tanto tiempo la llamada a la puerta, que cuando sonaron los golpes, casi lo atribuyó a su imaginación más que a la realidad.

En efecto, eran los toques acordados, pero de alguna manera se sorprendió de que llegara a plena luz del día. No lo había visto acercarse cuando la última vez miró a la calle por la ventana. Eso podía suponer un inconveniente peligroso. Llevó rápidamente la mano al revólver y se situó a un lado de la puerta, con la espalda pegada a la pared. Sintió la frescura del muro traspasándole la camisa.

Transcurrió un instante sin que sucediera nada. No estaba seguro de cómo reaccionar. La persona de fuera repitió la llamada. Intuía que algo no funcionaba. Siguió aguardando en silencio hasta que vio cómo el picaporte de la puerta se movía ligeramente. El pequeño chirrido de óxido fue lo que le decidió a actuar.

Las cuatro detonaciones se sucedieron con rapidez. Los impactos desprendieron la madera de la puerta en multitud de astillas. El aire de la habitación se espesó debido al penetrante olor de la pólvora. De fuera tan sólo le llegó un gemido ahogado y el ruido sordo de un cuerpo al caer al suelo. Después, solamente silencio.

El pistolero permaneció inmóvil a la espera de algún suceso, pero la calma se prolongó sin que aconteciera nada. Finalmente, seguro de que no había más que esperar, se decidió a salir para comprobar lo que aguardaba detrás de la puerta. La abrió con cautela. A sus pies se extendía el cuerpo ensangrentado de un hombre vulgar, que él desconocía por completo. La camisa blanca había ido tiñéndose de

rojo conforme manaba la sangre de los orificios producidos por las balas.

Ahora, ante cualquier sentimiento que lo pudiera traicionar, debía mantener la calma. No debía caer presa ni del miedo ni de la precipitación, aunque por un momento sintiera el deseo de correr hacia el coche que tenía estacionado frente al hotel y huir haciendo rechinar los neumáticos. Sabía que la rapidez era una ventaja, pero que también le podía llevar a cometer errores fatales. Debía mantenerse frío, para que sus acciones se desarrollaran con la mente despejada, sin la ofuscación de las prisas. No era la primera vez. Había salido intacto de muchas otras situaciones, pero seguía sintiendo que esta vez algo extraño no le cuadraba. Sin estar del todo seguro, devolvió el arma a su funda. Esperaba no tener que utilizarla de momento. Aún le quedaban un par de descargas.

Fuera en la calle, el calor empezaba a perder la intensidad de las horas del mediodía. Su auto, rutilante bajo el sol, le esperaba con indiferencia mecánica. Ahora lo que tenía que hacer era salir de esa población y desaparecer para siempre. Durante una temporada se haría invisible para el mundo.

Abrió la puerta del coche, se sentó cómodamente al volante, con gran flema giró la llave del contacto y el coche saltó por los aires.

*Podría revelar una historia, cuya palabra más leve atormentaría tu alma*
*William Shakespeare*

# LOS EXPLORADORES

PREPARATIVOS

El viernes por la tarde, el día anterior a la excursión, los cuatro amigos se reunieron para hacer escrutinio del material que tenían que llevar y de esa forma calcular bien lo necesario con lo que pasar toda la jornada del sábado explorando las montañas. Por supuesto eran plenamente conscientes de que para un solo día no tenían por qué cargar con objetos innecesarios. Aunque, por el contrario, tampoco era cuestión de quedarse cortos y cometer el error de olvidarse del utensilio imprescindible que tanta falta hace en una situación inesperada. Y fue precisamente por esa misma razón por la que pusieron tanto interés en plantearse la herramienta que ellos consideraban más importante a la hora de sobrevivir en la naturaleza.

Gaspar fue el primero en mostrar orgulloso un cuchillo diseñado para usarlo en diferentes circunstancias o necesidades. La hoja llevaba una pequeña sierra por la parte de arriba, una hendidura para abrir chapas de botellas y otras muescas más, sobre las que en principio resultaba difícil averiguar su finalidad práctica.

-Este cuchillo es de cuando formé parte del cuerpo de exploradores juveniles -dijo con orgullo.

-¿Y por qué te lo dejaste? -le preguntó Alberto.

-¿El qué? ¿Lo de los exploradores?

-Es que has dicho cuando formaste parte. En pasado. Como si hubieras dejado de ser joven.

-Ah, no sé, es que ya me hice mayor y no tenía ganas de juntarme con niños tontos. Ahora tengo quince años. Prefiero ir por libre.

Samuel por su parte les enseñó una contundente bayoneta.

-Se la trajo mi padre de la mili.

Situado al final del mango, donde este se juntaba con la hoja, se destacaba el anillo que servía para calar la bayoneta en el sólido cañón de un fusil de asalto. Los filos, perfectamente pulidos, mostraban una curvatura suave hacia su interior con el fin de permitir una penetración fácil en el cuerpo y para que, a la hora de extraer la hoja, la herida se abriera produciendo una hemorragia letal.

Los otros tres amigos miraron el arma con asombro.

-¡Qué larga! -dijo uno.

-La tienes bien afilada -añadió otro.

Samuel, al ver sus caras de sorpresa, se levantó con gesto heroico para hacerles una demostración.

-¡Veis? -exclamó, dibujando unas filigranas absurdas en el aire como si fuera un experto samurái.

Todos se apartaron rápidamente para evitar que, en caso de que en una de sus tonterías a Samuel se le escapara la mano, la exhibición no terminara en desgracia.

-Primero se adelanta un pie -siguió con el ejercicio-, y a continuación, pum, clavas. Luego pam, sacas y retrocedes. Así una y otra vez: clavas y sacas, clavas y sacas.

-¡Joder! -exclamaron los otros tres a la vez.

Samuel, cuando se dio por satisfecho de su demostración, apuntando hacia el techo, levantó con orgullo la bayoneta por encima de su cabeza. Al bajarla frotó la parte plana de la hoja sobre su antebrazo como si la quisiera limpiar de sangre, y la depositó cuidadosamente sobre el asiento de una silla. Se trataba de una obra de arte poderosa, valiosa, a la que había que tratar con respeto.

Seguidamente le tocó el turno a Ciro.

-El mío es un machete corto de combate. Lo he comprado por encargo, de un catálogo que proporciona equipo militar. En la caja donde venía embalado informaban claramente de que este es el machete oficial de los marines norteamericanos.

Ciro tuvo que aguantar las risas contenidas de sus amigos.

-Porque ya no tengo el embalaje -se expresó molesto-, que si no os lo enseñaría para que lo vierais y os callarais de una vez, listos.

-Si te creemos hombre -le dijo Samuel para tranquilizarlo.

-Es que no hay batalla de la historia que Ciro no se sepa de memoria -apostilló Alberto levantando el índice.

-Ya sabemos de sobra que te gustan las hazañas bélicas -continuó Samuel-. A mí, como ya habéis visto, también me encantan -terminó, haciendo un amago falso de karate.

-Bueno -dijo Alberto-, yo creo lo que decís.

-De hecho yo fui jefe de pelotón -recalcó Gaspar con entusiasmo, al notar cómo veía que se le escapaba el protagonismo sobre ese mundo de aventuras y acontecimientos emocionante-, y también tengo amplios conocimientos sobre estrategias de combate.

-Y no olvidemos que tú eres el veterano del grupo -afirmó Samuel para defender a Gaspar, al que en ese momento tácitamente consideró jefe de la expedición.

-La verdad es que sí -dijo Gaspar con orgullo, posando la mano en el hombro de Samuel para declararle en ese mismo momento su primer mariscal de campo-. Hace ya más de un mes que he cumplido dieciséis. Mis padres dicen que el día de mi nacimiento hizo bastante calor y que eso presagiaba que yo tendría una personalidad valerosa.

Cuando a Alberto le tocó su turno para enseñar su armamento, este se limitó a mostrar una navaja suiza que sacó plegada del bolsillo del pantalón.

-Total, para pasar un día, me parece que tampoco es tan necesario llevar artillería pesada como la vuestra.

Gaspar se rio.

-Pero es que eso tuyo es de juguete -le dijo Gaspar-. Este sí que es auténtico -volvió a mostrar su cuchillo con sierra-, y encima tiene un historial importante. Me ha servido para todo en los campamentos.

-Puede ser -le cortó Samuel-, pero aun así no podrás abrirte paso en la espesura de la selva como yo con mi bayoneta -la levantó, haciendo aspavientos como si golpeara las plantas para avanzar entre ellas-. ¡Zas! Corte por la derecha. ¡Zas! Corte por la izquierda.

-Tampoco te pases tú -le interrumpió Alberto-, que mañana no vamos a la selva.

-Además -siguió Alberto-, mirad, en un momento dado, menos para acoplarla a un fusil o abrir sendas, mi navaja sirve para solventar cualquier necesidad que se presente.

-Lo importante -admitió Gaspar en tono conciliador-, es que, en caso de apuros, utilicemos los cuatro cuchillos de forma conjunta.

-Eso es -dijo Ciro-, que lo que uno no pueda hacer, lo pueda hacer otro.

-En eso también te doy toda la razón -añadió Gaspar-, nunca se sabe.

-De todas formas -dijo Samuel-, si nos ataca un oso, yo con esto me lo cargo.

-Tú a la tuya. Mira que eres cabezón -le dijo Alberto.

Todos rieron.

-Tendremos que salir de madrugada para aprovechar toda la luz del día y no quedarnos a oscuras perdidos por el camino de vuelta -aclaró Ciro con gesto de saber lo que se decía por conocer el terreno.

-Sí, este tiene razón -dijo Alberto-, porque tendremos que volver ya avanzada la tarde.

-Es que el trayecto que nos hemos propuesto recorrer es bastante largo y tendremos que avanzar rápido -opinó Gaspar, mostrando disgusto en su entonación-. Será duro.

-No te quejes, que acabas de decir que fuiste explorador -dijo Alberto.

-Cansarse da igual -concluyó Samuel-. Para descansar ya tendremos todo el domingo.

Y así quedaron los cuatro amigos, contentos y como buenos compañeros, hasta el día siguiente. Pensaban disfrutar de la excursión con toda la intensidad vital del mundo. El grupo intrépido de jóvenes descubridores estaba preparado y dispuesto para enfrentarse al tremendo reto con resuelta valentía.

# EL AUTOBÚS

El sábado por la mañana los muchachos subieron al primer autobús que salía para Villalonga. Debido a que era tan temprano, el vehículo iba casi vacío. Los cuatro excursionistas llevaban las cabezas cubiertas con gorras llamativas de viseras alabeadas para que, conforme fuera avanzando el día, les protegiesen del sol. Junto con las mochilas que cargaban, las cuatro figuras destacaban fácilmente entre los otros pasajeros habituales con los que compartían el largo transporte.

Para ese día, que ya era primavera avanzada y por lo tanto ya empezaba a hacer temperaturas considerables, habían escogido vestimentas ligeras y cómodas. Ciro se había puesto una camisa de mimetismo, estilo comando de élite, mientras que los otros llevaban camisetas informales con dibujos y letreros en inglés.

Pese a que los pronósticos anunciaban que las temperaturas iban a ser calurosas a lo largo del día, como ya venía sucediendo desde hacía una semana, cada madre, por si refrescaba, les habían endosado sus respectivas cazadoras de entretiempo en las mochilas. Apremiadas por la intranquilidad maternal, el hecho de que hubiera amanecido con un cielo azul y completamente despejado, para las mujeres carecía completamente de sentido.

Los chicos solían vestir pantalones vaqueros, pero además ese día se los pusieron para que la tela recia los protegiera de las plantas espinosas que abundaban por los parajes hacia los que se encaminaban.

El conjunto de su vestimenta lo remataban las botas macizas para la montaña que calzaban y que les imprimían un porte especial de osados montañeros, cuyas ilusiones se enfilaban hacia las fronteras de lo imposible.

-¡El lunes tengo un examen! -le dijo Alberto a Ciro.

Aunque iban sentados juntos, Alberto se vio obligado a levantar la voz porque debido al fuerte ruido que producía el motor del autobús, unido al incesante traqueteo producido por el mal estado del firme, impedía que las palabras se pudieran oír con nitidez.

-¡Un examen de qué?

-¡De literatura; del Romanticismo; sobre lo loco que estaban los artistas de esa época!

-¡Locos?

-¡Como una cabra! ¡Al final todas las obras que escribían terminaban con terremotos, suicidios, mares embravecidos, las montañas que se derrumban, los ríos que se desbordan, la naturaleza completamente descontrolada! ¡Les encantaba sacarlo todo de quicio! ¡Lo justifican con una aparición maligna, indefinida, que se queda sin explicar! ¡Y como pone en el libro de texto, que las narraciones suelen concluir de forma abrupta! ¡Por lo menos podrían dejar un capítulo final para dar un respiro al lector! ¡Pues ni eso! ¡Y claro, por ese motivo te quedas con las ganas de salvarlos! ¡De todas formas, en un apartado del libro se indica que no todos los escritores hacían lo mismo!

-¡Es verdad, que después de tantas palabras todo termine mal, no le encuentro mucho sentido. Para mí pierde todo el interés!

-¡Como si una fuerza maligna dominara el mundo!

-¡Para mí, con decir al final que todo ha sido un sueño, asunto resuelto! ¡O no? -opinó Ciro.

-¡Está claro que tendré que darle un buen repaso al tema! ¡Mañana domingo tengo todo el día! ¡Hay tiempo de sobra! ¡Hoy venimos a relajarnos y pasarlo bien!

-¡Yo también tengo un examen, pero de matemáticas, el martes! ¡Sobre probabilidades, permutaciones, combinaciones, variaciones, conmutaciones! ¡No sé! ¡Esas cosas no se me dan muy bien! ¡Sabes? ¡Tengo que reconocer que hay materias que me cuestan un montón!

Samuel, que se había sentado en el asiento del otro lado del pasillo y los estaba escuchando, se giró hacia ellos y les dijo:

-¡El cálculo de probabilidades lo explica muy bien mi profesor de física! ¡Dice que se puede aplicar a todo! ¡Que todo puede existir! ¡En cada decisión que uno toma, se abre un nuevo camino en tu vida! ¡Lo que acojona de verdad es cuando asegura que si algo malo tiene que pasar, seguro que pasa! ¡Que hay que ir con cuidado con las decisiones que se toman en cada momento para no terminar mal!

-¡Pues a mí me parece -intervino Gaspar-, que yendo por este desastre de carretera pocas probabilidades de desviarnos vamos a encontrar!

Inesperadamente el autobús tomó una curva cerrada y empezó a pegar bruscos bandazos. Los muchachos se vieron obligados a callar y con ojos asustados dirigieron la mirada hacia el amplio parabrisas del conductor. En los rostros de los otros pasajeros solo se reflejaba un semblante estoico de conformidad. Era simplemente la curva, la de siempre, la de sobra conocida por todos.

Al afrontar de nuevo la recta, el motor aceleró rugiendo y las vibraciones provocaron que las ventanillas empezaran a temblar como si se fueran a desencajar de sus marcos. El conductor cambió a una marcha más larga y el motor bajó de revoluciones. Los amigos, que hasta el momento no habían dejado de mirarse entre ellos atemorizados por la sorpresa, al ver la recta por la que rodaba el autobús derecho hacia el pueblo ya cercano, se empezaron a relajar.

-¡Joder! -dijo uno de ellos.

# EN MARCHA

Al llegar a Villalonga, bajaron del autobús y se colgaron los macutos sobre los hombros sin dificultad. Pesaban poco. Aparte de la cazadora y los cuchillos, solo llevaban agua y bocadillos para pasar el día.

Desde esa parada, hasta llegar a la fuente de la Reprimala había que caminar unos tres o cuatro kilómetros. Emprendieron la marcha sin pronunciar palabra.

La carretera era estrecha y se mostraba más deteriorada por el paso del tiempo que la otra por la que había rodado el autobús. Había socavones en los que se mezclaba indistintamente la tierra reseca con trozos cuarteados de asfalto. Resultaba difícil averiguar en qué época histórica echaron la última paletada de alquitrán. De hecho, los laterales se confundían con la maleza sin que se apreciara una línea definida que marcara los límites entre la calzada y el campo.

Esos problemas de cimentación carecían de interés para ellos. Caminar en fila india por esa pista, calzados como iban no suponía ningún inconveniente. Si a un amigo se le ocurría comentar detalles sobre la marcha, era para referirse a la naturaleza agreste que se desplegaba a su alrededor.

-Mirad esa pinada como crece por la ladera.

-Qué bien huelen las hierbas de la montaña.

-Esa águila va a por un conejo.

Tres kilómetros o cuatro no significaron nada para ellos y menos a esas horas de la mañana en las que el fresco les animaba a caminar. Marchaban tan animados que de repente se toparon con las primeras casas de la Reprimala sin que hubieran tenido consciencia del tiempo transcurrido hasta ese momento.

Las viviendas de esa zona no habían sido construidas como moradas permanentes para habitarlas durante todo el año. La urbanización fue edificada en la cara norte de las montañas para

protegerla del sol del verano y así pasar los días de calor con el menor agobio posible. En invierno la gente se acercaba los fines de semana para disfrutarlos al amor del calor de las chimeneas.

Al internarse entre las casas, los muchachos vieron que en esa época del año aún había pocas personas cuidando los jardines, arreglando tejados o acicalando los deterioros de las fachadas.

Unos pasos más adelante encontraron los surtidores de la fuente que, sobre todo en verano, ofrecía el atractivo natural a ese rincón entre montañas. El agua, procedente del interior de las rocas, había sido encauzada por unos grandes caños de bronce por los que manaban unos chorros limpios, frescos y ruidosos.

Se acercaron a los caños y descargaron las mochilas. Una vez liberaron las espaldas de los bultos, se agacharon y pusieron la boca bajo los chorros para saciar la sed. Desde que salieron de Villalonga no habían bebido ni una gota. Conocían la existencia de esa fuente, sabían que les estaba esperando y habían preferido no perder el tiempo sacando las botellas de agua a cada pocos pasos. Se mojaron la cabeza y así el agua les sentó todavía mejor porque a esas horas ya empezaba a notarse el calor y después de los tres kilómetros de caminata, el líquido les supo de maravilla.

-Qué rica -dijo Gaspar.

-Hay que aprovechar -le contestó Samuel.

-Eso, porque seguro que al regreso, con el sol calentando la atmósfera durante todo el día, vendremos con las botellas secas -dijo Ciro.

-Para eso todavía nos queda camino -intervino Alberto.

Gaspar y Samuel se miraron de reojo.

Como habían planeado, aún les faltaba por emprender el largo camino que les llevaría al otro manantial que, ubicado en una pequeña meseta, daba vida a un lugar perdido en el interior de las montañas conocido como la Fuente de la Mata. Y aunque no era más que un reguero que discurría oculto entre los matorrales, servía de destino a los senderistas que, como ellos mismos, buscaban reponer fuerzas o incluso acampar durante unos días.

Para llegar hasta ese lugar había varias alternativas. Una de ellas era seguir adelante por la misma carretera por la que habían venido. La carretera subía formando curvas cerradas con mucha pendiente pegada a la laderas de la montaña hasta que llegaba a una especie de joroba del terreno donde se bifurcaba.

Si se tomaba el tramo de la izquierda se continuaba subiendo hacia el circo que formaba la sierra. Una vez se llegaba a una cierta altura se podía salir de la carretera y tomar un sendero de cabras para descender a la Fuente de la Mata que brotaba más abajo. Pero ese camino resultaba el más largo y además había que subir demasiado para tener que descender luego de una manera absurda. Y además estaba claro que por ahí no les iba a dar tiempo de llegar al manantial y después volver en el mismo día.

En la bifurcación también podían tomar el camino de la derecha. Ese recorrido era descendente y continuaba hasta empalmar con el trayecto que se conservaba de la antigua vía del tren que, ya sin raíles ni traviesas desde hacía más de una década, había establecido la ruta por la que se transportaban los productos industriales desde las fábricas de Alcoy hasta el puerto de Gandía y viceversa. Sin embargo ese camino también tenía sus inconvenientes porque, a pesar de ser un itinerario más llano y más corto que el de la izquierda, resultaba demasiado ajustado para llegar a coger por la tarde el último autobús en Villalonga de vuelta a casa.

Además de esas dos rutas, los chicos conocían otro punto por donde acortar camino pero, como sucede con la mayoría de atajos, esa elección ofrecía también un peligro añadido que había que tener especialmente en cuenta. Se trataba de cruzar el puente en ruinas del ferrocarril.

Para descansar un rato, se habían sentado en lo que parecía el porche de una casa de las que todavía estaban sin habitar. Alberto, que se había abstraído imaginando cada posible ruta, de repente se volvió hacia Ciro y ambos se quedaron mirando con sorpresa a Samuel y Gaspar.

Estos dos, después de haber abandonado las mochilas en el suelo, se habían sentado en unos bancos elaborados con troncos

cortados de pino que les servían a modo de banqueta. Sacaron una baraja de cartas y se pusieron a repartirlas sobre una mesa redonda, que no era otra cosa que otro tronco más grande, al que Gaspar y Samuél habían dejado bien limpio de hojarasca para que esta no molestara el juego de naipes sobre los anillos concéntricos de la madera.

-Va, venid y sentaos con nosotros -dijeron a Alberto y Ciro para que se unieran a la partida.

Había cuatro troncos banqueta más en la terraza.

-¿Pretendéis poneros a jugar a las cartas ahora? -les preguntó Alberto.

-Pero si todavía es temprano -añadió Ciro-. Aún da tiempo de sobra para llegar a la Fuente de la Mata.

-Pues claro -le respaldó Alberto-. Para eso hemos venido. Cuando lleguemos allí podremos comer, echar unas manos y luego regresamos con tiempo de sobra. ¿Pero aquí? ¿Tan pronto?

-En este lugar se está bien -dijo Gaspar-. Para qué seguir. Es mejor que nos quedemos jugando aquí sentados, más tarde comemos, seguimos jugando hasta que nos cansemos, y cuando se haga la hora de volver nos vamos tranquilamente a coger el autobús.

-Es verdad -dijo Samuel-. Estoy de acuerdo con Gaspar. Qué más da esta fuente que la otra.

-Pues me parece que este y yo -dijo Alberto señalando a Ciro con el pulgar-, queremos continuar hasta la Fuente de la Mata.

-Por mi parte estoy de acuerdo -le secundó Ciro-. Para quedarse aquí todo el día sentado no habría valido la pena venir.

-Pues a mí me parece mejor la idea de Gaspar -cortó Samuel-. Y además, ya que hemos venido juntos, pues qué mejor que juguemos a las cartas juntos. Tampoco hace falta caminar tanto.

-Claro, qué más da -dijo Gaspar-. Mirad a vuestro alrededor. Aquí estamos igualmente en plena naturaleza.

Alberto y Ciro volvieron a mirarse todavía más incrédulos.

-¡Pues menudo aburrimiento de plan que tenéis! -dijo Alberto, subiendo el tono de voz.

-Es que es verdad lo que dice Alberto -mientras hablaba Ciro se quedó mirando cómo Gaspar y Samuel, ya casi sin hacerles caso, manejaban los naipes con la destreza de unos avezados maestros-. Para venir al monte y sentarme a jugar a las cartas me hubiera quedado en casa. Aparte de que a mí no me divierten nada las cartas.

-A mí tampoco -dijo Alberto, con desprecio.

-Son aburridas -Ciro hizo una pausa, porque veía que esa conversación no tenía ya ningún sentido-. Por lo menos para mí.

-Vale -concluyó Gaspar, mientras recogía una mano que había ganado-. Por mí que cada uno haga lo que le dé la gana.

Su tono denotaba que ya estaba cansado de oírlos.

-Me parece que en algo ya empezamos a estar de acuerdo -dijo Alberto decidido.

Tanto Alberto como Ciro se dieron cuenta de que no había nada más que añadir.

-Vámonos -dijo Alberto.

-Sí, vamos.

Los jugadores, sin molestarse en levantar la vista del poyo de madera, siguieron echando los naipes.

Sin embargo, los amigos emprendedores, ya con la vista puesta en el nuevo destino, se encaminaron hacia un puentecillo que, construido de hormigón, se extendía rectilíneo hacia la otra orilla del río; era una pasarela estrecha que había sido construida únicamente para el tránsito de personas y por la que se tenía que marchar en fila, uno detrás del otro.

# EL PUENTE

Al pisar la otra margen, Alberto y Ciro se encontraron con la continuación de la caminata que tanto anhelaban. Con ánimos renovados continuaron por un camino llano que se alargaba junto a los naranjales, los cuales se mostraban en plena floración. El aire olía densamente a verdor, azahar e insecticida.

Arriba el cielo seguía mostrándose limpio y de un azul resplandeciente, por lo que el calor del sol se hacía notar con más intensidad conforme se acercaba a su cenit. Esperaban que, en el momento en que cruzaran el puente viejo del ferrocarril y caminaran por la zona umbría de las montañas la marcha se haría más ligera.

Concentrados en ese objetivo avanzaron paso a paso hasta que se encontraron con el puente abandonado.

-Ahí está -dijo Ciro señalándolo.

Desde donde se encontraban pudieron observar cómo, aprovechando el tajo de roca firme, el puente atravesaba el rio uniendo el trayecto de la antigua vía, que ahora se reducía a una olvidada pista de tierra discontinua.

Cuando lo tuvieron delante, se dieron cuenta de las condiciones de deterioro en que se encontraba la estructura. Tan solo se conservaba el puro armazón. El soporte de hierro aparecía completamente oxidado, aunque todavía se podía ver, escondidas en los rincones más resguardados de las inclemencias atmosféricas, peladuras de pintura gris pertenecientes al recubrimiento original. Si querían continuar, no les quedaba otra elección que caminar sobre las vigas laterales, que habían servido de soporte para los trenes de mercancías. Cuando se aproximaron hasta el mismo borde y contemplaron el fondo del río, empezaron a tomar consciencia del peligro con el que se enfrentaban.

-Al menos por aquí se acortan varios kilómetros -comentó Alberto-, y seguro que más de una hora; aparte de librarnos de subir y bajar por la otra carretera empinada y llena de curvas.

-Viéndolo así, sí que es verdad que esta opción nos proporciona tiempo suficiente para llegar hasta la otra fuente y luego volver para tomar en Villalonga el autobús de la tarde.

-Mira a la otra parte. Una vez crucemos el puente ya solo nos quedará seguir por el trayecto que se extiende pegado a la cara norte y que se mete por los túneles excavados en la roca.

-Y así llegaremos tranquilamente hasta el pie de la ladera en la que están pintadas las flechas que señalan el comienzo de la ascensión a la Fuente de la Mata.

-En efecto, así es.

-Pues de acuerdo -concluyó Ciro-. Entendido perfectamente. No hay nada más que decir. Se trata de enfrentarnos al abismo o retroceder como cobardes.

-Primero hay que asegurar bien las mochilas a los hombros -aconsejó Alberto-. No es cuestión de desequilibrarse y acabar con los huesos hechos pedazos allá abajo entre los cantos rodados.

-Esto va a resultar, nunca mejor dicho, un recorrido de vértigo -trató de bromear Ciro para espantar el miedo.

-Déjate ahora de juegos de palabras y limítate a mirar al frente. No se te ocurra mirar abajo en ningún momento.

Decididos empezaron a avanzar.

Alberto eligió la viga izquierda y Ciro la derecha. Tenían espacio de sobra para poner los pies pero eso no solucionaba la perspectiva de morir destripados. Fue Ciro quien más notó el mareo y quien no paraba de exclamar:

-¡Joder, joder! ¡Que me la pego, que me la pego!

El pánico que mostraba Ciro era precisamente lo que más ánimo le daba a Alberto.

-Tranquilo Ciro. Yo voy detrás -le decía para que se relajara.

Cuando Ciro alcanzó por fin la otra orilla, siguió caminando hasta alejarse del esqueleto de hierro; así quiso asegurarse de que no le fallaran los pies justo en el borde del barranco, porque no le resultaba muy atractiva la idea de que en el último paso terminara desplomándose en caída libre. Una vez consideró que la distancia era adecuada, paró, afirmó las botas en el suelo, se inclinó para apoyar las manos en las rodillas y respiró a placer.

-¡Joder. Qué fuerte!

Por su parte, Alberto, que se había quedado retrasado sin relajar las precauciones en ningún momento, aceleró el paso y consiguió también pisar tierra firme, en vez del precario óxido de hierro. En ese momento sintió cómo el instinto de supervivencia, o el puro miedo, lo siguió empujando hasta donde se había colocado Ciro. Aseguró a su vez los pies sobre el terreno, levantó la vista hacia el cielo y, como su compañero había hecho antes que él, llenó los pulmones de aire.

-Y aquellos idiotas jugando a las cartas -dijo Alberto cuando ya pudo hablar con claridad.

En sus caras se manifestaban sendas sonrisas de triunfo.

-Pues en estos momentos no sabría qué decirte, ¿sabes? -le contestó Ciro que, aunque sonriente, aún jadeaba por la tensión vivida.

-A la vuelta nos espera otra vez lo mismo.

-Vale, déjalo, cuando regresemos ya se verá. De momento es suficiente.

Descargaron las mochilas y sacaron las botellas para beber. Ciro se había llevado una cantimplora cubierta de fieltro verde, estilo militar. Alberto la miró de reojo.

-¿Esa cantimplora también es de los marines? -le preguntó.

-Eso ponía en la caja donde venía. ¿Por qué? Así se conserva el agua más fresca.

Ciro la levantó y bebió ansioso, emitiendo resoplidos sin complejos. Alberto desenroscó el tapón de su botella de plástico y también bebió.

Ambos compartían los mismos gustos por la aventura pero en cuanto a la constitución física, mientras que Ciro era algo rechoncho y de musculatura débil, Alberto sí gozaba de una complexión sólida y fibrosa.

A Ciro la realidad le había demostrado que, por muy valiente que le gustaba considerarse, nunca se descubría a sí mismo metiéndose en asuntos demasiado peligrosos, como por otra parte sí que le

sucedía a Alberto, que era de los que se enfrentaba de manera absurda con otros muchachos sin antes haber calculado bien las consecuencias. De hecho, en bastantes ocasiones Alberto había visto cómo le paraban los pies en seco y luego le tocaba aguantar que, gente que tenía menos escrúpulos que él, le dieran un repaso facial completo a la hora de poner los puños en funcionamiento; según una de las expresiones que le encantaba utilizar al propio Alberto cuando buscaba pelea, en el caso de que en una de estas él mismo no se hubiera llevado ya lo suyo. Perder le traía sin cuidado. Para él era algo que formaba parte del riesgo. De sobra sabía que no siempre se gana y por eso mismo no paraba de hacer ejercicio como una rutina inexcusable. En las flexiones abdominales era en donde más concentraba el esfuerzo de sus entrenamientos. Había que mantener bien dura la cintura para que, cuando le atizaran ahí, les doliera más a los otros que a él.

-¿Lo veis? Puro acero -les gritaba-. ¡Cabrones!

En esos momentos, tanto Alberto como Ciro, estaban contentos de haber demostrado que formaban un gran equipo de inquietos trotamundos y sin la necesidad de nadie más. Las proezas que ambos compañeros estaban superando juntos desvanecían miedos y fobias ahora carentes de importancia.

Una vez se sintieron recuperados, reanudaron la marcha. Descendieron por una pendiente muy suave, la cual les llevó a la zona en la que la vía continuaba pegada a los riscos montañosos. Los ingenieros habían aprovechado la ladera izquierda del cañón por donde transcurría el río, para a base de cargas de dinamita y trabajo de pico y pala, proseguir las obras montaña adentro.

-Sombra por fin -dijo Alberto, respirando aliviado.

-La verdad es que a mí -dijo Ciro ajustándose la visera-, si llevo la gorra puesta, tampoco me molesta tanto el sol.

-Bueno, a mí sin embargo sí que me molesta. Por eso, lo mejor de todo es que a partir de este punto caminaremos protegidos de los rayos directos.

# LA CENTRAL

No muy lejos encontraron una pequeña central eléctrica. Estaba ubicada en la ribera opuesta del río. Se pararon y se quedaron mirando el edificio. Era una construcción maciza de ladrillo, coronada de torres de metal a las que iban enganchados unos cables gruesos de alta tensión, los cuales habían sido acoplados entre sí por aisladores redondos hechos de vidrio macizo de color verde oscuro.

-Esa es la Fábrica del Infierno, o por lo menos así es como me han dicho que se llama -dijo Ciro.

-¿Y por qué le han puesto ese nombre?

-Pues no tengo ni la menor idea.

-¿Aún funciona?

-No lo sé. Pero, mira, parece que sí. Incluso desde aquí se oye el zumbido de la alta tensión.

-Podríamos ir para ver qué encontramos.

-La verdad es que yo no encuentro nada extraordinario en ese lugar. Un generador de energía y punto.

-Tienes razón, y además se ve que todas las puertas y ventanas están bien cerradas. Desde aquí no veo que se pueda entrar por ningún sitio.

-Aparte, mira -señaló Ciro con el brazo extendido-. Para cruzar a la otra orilla tendríamos que pasar por ahí.

En el lugar donde indicaba aparecían unos pilotes anchos, construidos a modo de columnas redondas cortadas por la mitad y clavadas en el fondo del cauce.

-Es verdad -dijo Alberto-, para alcanzar el otro lado hay que saltar sobre esas bases.

En la estación del año en la que estaban se producían fuertes tormentas, que se formaban en pocas horas y que vertían de manera repentina ingentes cantidades de agua. Los pilotes sobresalían de una manera precaria, justo por encima de la

corriente, debido a las precipitaciones caídas que se acumulaban y se canalizaban por las vaguadas en las montañas.

-A mí me parece -opinó Alberto-, que intentar cruzar tal y como baja el río es demasiado peligroso.

-No vale la pena arriesgarse y jugársela tan tontamente -le secundó Ciro, mostrando el mismo gesto de escepticismo.

-Sí, solo a uno que no esté bien de la cabeza se le ocurriría hacerlo.

Alberto escupió para ver lo que tardaba en caer la saliva.

-Está claro -dijo Ciro-, que lo construyeron para las épocas de sequía en que las aguas no descienden tan fuerte.

-Para mí que tiene toda la pinta de ser un proyecto de puente fracasado. Lo raro es que siga aguantando estas subidas del río.

-Creo que aquí ya no nos queda nada más que hacer -cortó Ciro decidido.

-Sí, continuemos.

-Hemos venido a explorar las montañas, no a meternos en un edificio que además da repelús.

-Pues sí, en marcha otra vez.

Al emprender de nuevo el rumbo, Alberto estuvo volviéndose durante un rato porque le había parecido observar por el rabillo del ojo, que una silueta se había movido furtivamente en una ventana.

-¿Qué pasa? -le preguntó Ciro.

-No, nada, me había parecido ver algo.

Un coche que se desplazaba a una velocidad inadecuadamente rápida para el estado de esa pista, les adelantó levantando una espesa polvareda.

-¡Qué cerdo! -se quejó Ciro.

Cuando el auto se hubo alejado, se vieron obligados a sacar sus recipientes de agua para beber y deshacerse de la sequedad que el polvo les causaba en la nariz y la garganta.

# TÚNELES

Minutos después de haber emprendido el camino, llegaron al primer túnel. Ese era el más largo de los dos que tenían que atravesar. Se fijaron en que conforme se adentraban, a pocos metros a partir de la boca el interior aparecía completamente negro.

-Mira. Como meterse en las fauces de un lobo -dijo Alberto.

Procuraron no planteárselo demasiado y penetraron en el túnel. Aún quedaba polvo flotando del que había levantado el coche que les había pasado minutos antes.

Una vez dentro se encontraron con que la galería se curvaba y de repente impedía que les llegara ningún rayo de luz desde la entrada que habían dejado a sus espaldas. Entonces se dieron cuenta de que, al haber planeado una excursión que solo iba a durar mientras fuera de día, en ningún momento se les pasó por la cabeza traer linternas.

-¡Qué fallo más tonto hemos tenido al no traer ninguna clase de luz! -se quejó Ciro, dirigiéndose a la pura oscuridad. Solo oyó un gruñido de molestia proveniente de la garganta de Alberto, que notó a su lado.

A pesar de la ceguera absoluta, no se dejaron acobardar y continuaron avanzando. De esa manera no tardaron en encontrar una nueva luz. A cada cierta distancia, los constructores habían abierto unos huecos por los que entrara la claridad del día.

-Para mí -dijo Alberto-, que la utilidad de estos respiraderos sería para despejar el humo expulsado por las máquinas de vapor antiguas.

-Supongo, yo no lo sé -le contestó Ciro-. Pero sí parece que esa sea una buena explicación.

Cuando llegaron a esa primera perforación, se acercaron al límite para descubrir qué era lo que se veía desde ahí. Entonces pudieron observar que esa salida daba a un cortado que caía verticalmente a las rugientes aguas del cauce.

-¡Esto es magnífico! -gritó Alberto.

-¡Sí, y también da un vértigo que te cagas! ¡Va, continuemos!

Conforme avanzaban encontraron dos respiraderos más hasta que Ciro dijo:

-Mira, allí se ve por fin la luz del final del túnel.

-La luz al final del túnel -repitió Alberto sin saber por qué-. Me gusta. Lo pondré en el examen como una especie de imagen romántica, a ver si así consigo más nota.

Al salir, el resplandor de la luz solar les deslumbró durante unos momentos. Cuando consiguieron ver bien otra vez, distinguieron cómo entre las escarpaduras se precipitaban unas cascadas que, encauzadas por torrenteras ocultas, iban a precipitarse al río. Sin detener el paso los dos chicos las observaron y las señalaron con admiración.

-Mira eso -dijo Ciro.

-Dan al paisaje un aspecto idílico de cuento de hadas.

-Pues fíjate cómo cae esa.

-¡Qué preciosidad!

El salto que señaló Ciro era de los grandes y se despeñaba por la ladera del macizo, en el cual penetraba el segundo túnel. La cascada, al caer sobre las rocas, se dispersaba en el aire como un efímero visillo de tul.

Al entrar en la nueva galería vieron que esta no era tan larga como la anterior. Al fondo se distinguía en seguida el arco luminoso de la salida. Para un túnel tan relativamente corto y rectilíneo como ese solo había hecho falta agujerear un respiradero.

Conforme se acercaban a la amplia tronera, observaron que por su oquedad se colaba la luz de una forma matizada y cambiante. El agua de la cascada, que caía sobre el tragaluz en un ajetreo opalescente, formaba doseles sucesivos que alteraban la luz de una manera ininterrumpida. Primero se veía turbia, luego clara, otra vez opaca…, y así sucesivamente en un juego de luces que se repetía una y otra vez.

Después de haber contemplado semejante espectáculo durante un rato salieron sonrientes y más animados.

-Alucinante.

-Psicodelia total.

Ciro miró a Alberto sin comprender.

-Es una expresión que le he oído a mi padre cuando algo le parece estupendo.

Más adelante encontraron otro puente no muy grande que servía de paso a los autos que se atrevían a desplazarse desde la población de Lorcha a la de Villalonga y viceversa. Este puente no atravesaba las aguas del río principal, sino una rambla ancha por la que corría bastante cantidad de agua. Aunque en otros meses del año el lecho de ese barranco se mantenía prácticamente seco, en esa estación se transformaba en un afluente importante del río Serpis. Pudieron ver que el soporte se conservaba en un estado suficientemente idóneo, por lo que no mostraba problemas para traspasarlo sin miedo. Si aguantaba el peso de los coches no tenían por qué sentir ningún miedo que les impidiera seguir.

-Me empiezan a doler los pies -se quejó Ciro, al sentir los primeros síntomas de cansancio.

-Eres un blando. Joder, aguanta un poco más que ya estamos cerca.

Aparte de la fatiga, no contaban con que se volvería a repetir la misma molestia polvorienta que habían sufrido al principio de iniciar el camino, cuando les pasó el coche que rodaba en dirección a Lorcha. Ahora vieron que bajaba otro en dirección contraria hacia Villalonga. Otra vez se vieron obligados a parar y apartarse a la cuneta envueltos en los remolinos de partículas que el trasto dejó tras de sí. Se taparon la cara uno con la camiseta y el otro con la camisa, a la espera de que la nube se disipase.

Afortunadamente, cuando el aire se aclaró, a los pocos pasos encontraron por fin una flecha roja pintada con espray sobre una roca, la cual señalaba la ascensión hacia la Fuente de la Mata.

-Mira ya hemos llegado -dijo Alberto señalando la flecha.

-Me empezaba a parecer mentira.

-Tranquilo, por lo menos ha llegado el momento de abandonar el polvo de la carretera.

Ciro miró hacia lo alto de la ladera y resopló. Buscaron un primer apoyo donde asegurar los pies y emprendieron la escalada.

Durante unos minutos continuaron escuchando a sus espaldas las aguas del río, cuyas márgenes se estrechaban hacia el interior a la busca de su nacimiento y que, en sentido contrario, se ensanchaban hasta que el cauce conseguía desembocar en el mar.

# LA ASCENSIÓN

Con cuidado se fueron sujetando a las rocas calcáreas, grises, cubiertas en algunas partes por manchas de musgo verde, amarillo o blanco. De vez en cuando encontraban las marcas que, pintadas a modo de flechas casi borradas por la intemperie, servían para orientar a los excursionistas y que de esa forma no perdieran la senda vertical que conducía al manantial.

Inesperadamente la tierra suelta cedió bajo las botas de Alberto y de Ciro. Al perder pie, Alberto se vio obligado a agarrarse con rapidez a las ramas gruesas de unos arbustos para no caer rodando ladera abajo. Ciro, que no encontró ninguna rama, se agarró a lo primero que pudo, que no era otra cosa que la mochila de Alberto.

-¡Suelta cabrón que nos caemos los dos!

Ciro tuvo suerte de actuar con rapidez y con la otra mano consiguió agarrarse a una grieta. Una vez vio que se había asegurado bien, soltó la mochila.

-Perdón -dijo-. Es que veía que me iba para abajo. No me ha dado tiempo de pensar.

El resto de la ascensión no les resultó mucho más fácil, por eso, cuando de repente se encontraron con una zona plana, se alegraron de verdad. Entonces se dieron cuenta de que habían conseguido llegar al lugar que buscaban.

Al adentrarse en el llano oyeron el murmullo del agua corriendo por un reguero.

-¿Lo oyes? Por ahí baja un arroyo -dijo Alberto jadeando.

Ciro, que no podía articular palabra, se limitó a mirar en la dirección de donde provenía el rumor.

-Joder, un poco más y no llego -dijo, dando un resoplido al tiempo que se pasaba el envés de la mano derecha por la frente.

Alberto también respiraba con sofoco.

-¡No eres el único que está hecho polvo! -corroboró con énfasis las palabras de Ciro.

Se acercaron al murmullo y descubrieron cómo el agua se deslizaba limpia entre las rocas.

-Mira -dijo Ciro, recuperando el aliento al ver el agua-. Baja desde por ahí arriba

-Sí, y además se ve fresca y buena.

Debido al calor, junto con el polvo del camino, los muchachos habían llegado con verdadera sed. Tenían los cuerpos sudados. Las gargantas secas pedían agua con urgencia. Por el camino Alberto había vaciado hasta la última gota de su botella de litro y medio, al igual que Ciro lo había hecho con su cantimplora que tenía capacidad para dos.

Se arrodillaron sobre el reguero.

-Hay que beber despacio -advirtió Ciro-, para que no siente mal.

Bebieron a pequeños sorbos y una vez saciaron la sed, se lavaron la cara. El líquido fresco les devolvió el ánimo. Cuando acabaron, se secaron con la ropa y volvieron a llenar los recipientes.

-Ahora -dijo Alberto-, primero toca comer, segundo descansar un rato y luego prepararse para la vuelta.

-¡Cuidado! ¡Mira! -gritó Ciro-. ¡Ahí hay un hoyo muy grande, no te acerques!

-¡Joder! Si no me llegas a avisar, me caigo dentro.

-¿A ver? -dijo Ciro, que se acercó con precaución para mirar.

Cogió una piedra y la lanzó a su interior. La piedra cayó durante un rato haciendo eco al chocar con las paredes.

-La cueva es profunda de cojones -dijo Alberto.

-Sí que lo es -dijo Ciro, dando un paso atrás-. Te caes ahí y no lo cuentas.

-Vale, pues ya lo sabemos. Ahora a comer. El susto ha hecho que me entre aún más hambre.

Se alejaron del peligro, se sentaron sobre la hierba, abrieron las mochilas y empezaron a desenvolver los bocadillos. Sin que a ninguno de los dos se le ocurriera intercambiar palabra, se dedicaron a masticar mientras contemplaban el paisaje.

Descubrieron que montaña arriba había una casa. Les pareció extraño que a alguien se le hubiera ocurrido construir una casa en medio de la nada.

Alberto, después de beber un trago de agua para ayudar a que pasara la comida, dijo:

-Parece la casa de un ermitaño.

-Pues para mí que solo es un refugio de montaña.

-Desde donde estamos estoy seguro de que es imposible llegar hasta allí.

-Y si no es imposible, intentarlo costaría demasiado y hoy no tenemos tiempo. Ni tiempo ni ganas -remarcó Ciro.

-Eso es verdad, y no hay que olvidar que tenemos que regresar con tiempo de sobra para coger el bus de vuelta a casa.

-A lo mejor -prosiguió Ciro-, entre las rocas haya alguna senda de cabras por la que subir.

-Pudiera ser, pero si no sabes concretamente por dónde no vale la pena ni planteárselo; si es que existe de verdad alguna de esas sendas que tú dices.

-Estoy seguro de que se llega más fácilmente por la carretera que transcurre por arriba de las montañas.

-Y seguramente tengas razón. Seguramente es por donde van los que quieren llegar ahí -dijo Alberto a modo de conclusión-. Por eso

mismo lo mejor es dejar eso para las vacaciones de verano. Entonces tendremos tiempo de sobra.

Al terminar de comer dieron otro trago de agua y dejaron los recipientes recostados sobre las mochilas.

-¿Qué hacemos con el papel de aluminio y estas bolsas de plástico de los envoltorios? -preguntó Alberto.

-Pues lo normal es que tal como te las has traído, las vuelvas a meter en la mochila y cuando llegues a casa las eches en el cubo de la basura para que no anden por ahí enganchadas a los pinchos, o se las coma algún animal y se muera.

-Reconozco que para estos casos tú siempre tienes razón.

-Es que es de manual.

-Gracias por el consejo. Cuando lleguemos a las casas donde se quedaron los otros lo tiraré en un contenedor. Ya te digo que soy torpe en estos asuntos. Yo no pertenezco al cuerpo de los marines.

Ciro le miró con suspicacia porque notó algo más que ironía en el tono de Alberto.

-Tranquilo hombre, era una broma.

Ciro se encogió de hombros.

-Ahora vengo -Alberto se levantó y se alejó unos metros-. Voy a vaciar la vejiga. Con eso no hago ningún mal, y encima abono las plantas, ¿no?

Vio que Ciro había vuelto la cara hacia una mariposa amarilla que revoloteaba con un vuelo errático.

Mientras se aliviaba, Alberto descubrió que entre la maleza había esparcida toda clase de basura: latas de conserva, botes de refrescos y paquetes de comida de todo tipo.

Cuando regresó junto a Ciro, dijo:

-Esto está lleno de porquería escondida entre las plantas. Y yo pensando que era el más guarro del mundo. Mira ahí hay un bote oxidado que no habíamos visto. Todavía se puede ver que era de fabada. Por lo visto por aquí suele venir bastante gente.

Pegó una patada a la lata.

-Hace una temperatura estupenda -dijo Ciro.

-En eso también te doy la razón, y me voy a tumbar para echar una siestecita.

Alberto se acostó sobre la hierba y se colocó la mochila como almohada.

-Así mejor.

-Sí que que es verdad -dijo Ciro haciendo lo mismo-. De cojones.

El aire se mantenía quieto. Los pájaros cantaban llamándose entre ellos. Los insectos revoloteaban aletargados y, aunque de vez en cuando había que espantar alguna mosca para que dejara de molestar, el Universo transmitía ondas sedantes, informando de que todo marchaba a la perfección.

# LOS OTROS

Pasado un rato oyeron voces provenientes del empinado sendero que ambos habían escalado hacía aproximadamente una hora. Los que se acercaban hablaban a gritos como si les costara oír las palabras que se cruzaban entre ellos. Cuando se acercaron más, reconocieron las voces y se dieron cuenta de que se trataba de Samuel y Gaspar. Se comportaban como dos cómicos esperpénticos cuya gracia consistía en lograr cuál de ambos levantaba más el tono de la voz.

-Son ellos -dijo Ciro, incorporándose pero sin llegar a ponerse de pie.

-No hace falta que lo digas muy alto para que se sepa -le respondió Alberto, que prefirió seguir tumbado-. Con lo tranquilo que se estaba sin ese par.

Ciro se incorporó del todo, y entonces Samuel y Gaspar vieron donde se habían aposentado.

-¡Aleluya! -exclamó Samuel jadeando.

-¡Joder, por fin os alcanzamos! -dijo a su vez Gaspar, que se acercó con los brazos abiertos, sin casi poder respirar.

-¡Os estamos llamando todo el rato desde que os escapasteis! -gritaba Samuel enfadado.

-Que yo sepa, nadie se escapó -le corrigió Alberto, mientras se incorporaba.

Los recién llegados descargaron sus mochilas y después de apartar unos cuantos papeles y plásticos, tomaron posesión de su parcela. Se les notaba agotados.

-Por lo visto os habéis tomado muy en serio lo de dar caza a los amigos prófugos -dijo Alberto al verlos tan sofocados.

-¿Qué le pasa a Gaspar, que tiene la ropa medio desgarrada? -preguntó Ciro.

-Se ha caído al río -informó Samuel.

-¿Se ha caído al río? -dijo Alberto extrañado, pero risueño.

-Cuando caminábamos detrás de vosotros para alcanzaros -empezó a explicar Samuel-, al pasar por donde está la Fábrica del infierno, Gaspar dijo que había visto gente dentro y que le habían hecho un gesto para que fuéramos. La verdad es que yo no vi nada pero este no paraba de insistir y decir que sí, que había visto a alguien que nos llamaba. Entonces pensamos que erais vosotros y por eso tratamos de cruzar el río caminando sobre los pilotes que sobresalen del agua. Pensamos que si vosotros habíais podido pasarlos, pues que tampoco sería muy difícil para nosotros.

-Claro -dijo Alberto-, si es que os creéis muy graciosos y muy poderosos, y por eso os pasa lo que os pasa. Que es lo que os merecéis.

-Va, déjalo -le dijo Ciro-. Deja que se explique.

Se produjo un silencio, pero Ciro indicó a Samuel que se lo explicara aunque solo fuera a él.

-Gaspar dijo que él cruzaba primero -continuó Samuel, que no procuró no hacer caso a las palabras de Alberto-, pero nada más poner el pie en el primer pilote resbaló y cayó al agua. Menos mal que le dio tiempo de agarrarse a uno de los hierros doblados que

formaban el interiores del pilote resquebrajado, antes de que lo arrastrara la corriente. Lo tuve que enganchar rápidamente por la camiseta. Ya ves cómo quedó. Al principio me resultaba imposible sacarlo del agua. Se me aferró a la pierna y luego a unas ramas, hasta que por fin lo pude sacar del agua. Hubo un momento en que pensé que me llevaba con él. Menos mal que por lo menos así se convenció de que en la fábrica no había nadie. Y si lo había, pues que allí se iba a quedar.

Ciro pensó en lo que le había pasado con Alberto mientras subían y miró hacia otra parte, buscando a la mariposa amarilla.

-¡Joder! -se quejó Gaspar-, a mí me pareció ver a alguien.

-La verdad es que algo similar me pasó a mí también -dijo Alberto-. Me pareció que una figura se movía dentro, pero de una manera muy fugaz, algo vaporoso sin forma definida.

-Vaya gilipollez -soltó Gaspar-. Que te crees que te vas a burlar de mí con ese lenguaje de poeta.

Alberto se sorprendió ante esa respuesta inesperada y apretó los dientes de rabia.

-¡Encima que lo digo para daros la razón! -se quejó.

-Menos mal que hoy hace calor -le cortó Samuel. Luego se dirigió a Gaspar-. Ya te habrás secado, ¿no?

-Pues no -dijo Gaspar-. ¡Qué asco! A pesar del calor, la ropa aún no se ha secado del todo.

Samuel levantó la vista hacia el cielo y dijo como si quisiera cambiar de tema:

-Aquí todavía está despejado, pero cuando veníamos por ahí abajo se podía ver cómo se estaban formando unos nubarrones muy negros por la costa. Desde aquí no se ven porque las tapan esas montañas, pero estoy seguro de que esta noche va a caer una buena.

-Sí, habrá que espabilarse para volver -le apoyó Gaspar-. Ojalá nos hubiéramos quedado jugando a las cartas donde estábamos y no haber venido hasta este martirio. Encima me quieren hacer creer que he visto fantasmas o extraterrestres.

-Pues muy bien -les contestó Alberto-. Lo que vosotros queráis. Yo solo sé que aquí se está perfecto y que no tengo ninguna prisa en moverme.

-El arroyo corre por ahí -dijo Ciro, señalando con el dedo-. Cuidado que también hay un foso muy traicionero. Es una grieta enorme que casi no se distingue hasta que estás en el borde. Nosotros antes no la vimos y a punto estuvimos de caer dentro.

-Entendido -dijo Gaspar-. Esa fuente nos viene ahora estupendamente, porque yo ya me he bebido las dos botellas que traía. ¿No os sobra un envase para llenar?

-¿Qué has hecho con los tuyos? -le preguntó Ciro.

-Pues tirarlos. ¿Para qué los quieres si ya están vacíos?

-Tú eres de los que no sobrevivirían mucho tiempo en la naturaleza solo -le dijo Ciro-.Y eso que presumes de haber sido explorador de pequeño.

-Por ahí está lleno de envases tirados por otra gente como tú -dijo Alberto.

-Vale, total es enjuagarlos y lo mismo da.

-A lo mejor se mearon dentro -volvió a decir Alberto.

-Pues vale, los enjuagaré el doble.

Probablemente eran los efectos de la tormenta que según Samuel se estaba formando por la costa, porque algo misterioso se empezaba a transmitir a través del aire, anunciando una tensión eléctrica de voltaje muy alto y por momentos esa energía desconocida se estaba concentrando en las articulaciones de los cuatro aventureros.

-¿Hace mucho que habéis llegado? -preguntó Samuel, tratando de relajar con sus palabras la tensión.

-No sé -le contestó Ciro-, hará como una hora o algo así.

-Del sueño que me había entrado -dijo Alberto-, yo ya había perdido la noción del tiempo. Y encima, cuando estaba a punto de quedarme dormido aparecéis vosotros bramando.

-Paso de ti y de tus agobios -dijo Gaspar que sacó de su mochila un bocadillo húmedo y se lo empezó a zampar sin que le importara mucho la consistencia que había adquirido-. Tengo demasiada hambre para hacer caso a palabras necias.

Samuel lavó bien una botella de plástico que había encontrado por los alrededores y la llenó de agua. Dio un trago y se la pasó a su amigo, que bebió también con ganas.

Gaspar, después de haber masticado con apetito el último trozo del bocadillo, hizo una pelota con el envoltorio, lo lanzó lejos y se sacudió las manos. En su cara se reflejaba la felicidad por haber saciado la sed y calmado a su estómago implacable.

-Si no había bastante basura -dijo Alberto-, tenías que llegar tú para añadir más.

-¿Por qué? -dijo Gaspar, sin inmutarse.

-Hombre -intervino Ciro-, lo dice para que no tires más porquería al campo. Que bastante hay ya. Y si no te lo crees, mira por ahí.

-Yo también reciclo. ¿Lo ves? Estoy utilizando una botella que estaba por ahí. Una cosa por la otra.

Gaspar bebió un trago largo y luego levantó la botella como si se la dedicara a un público imaginario:

-Dedicado al respetable.

-Eso sí que es de ser un guarro rematado -dijo Alberto, acentuando cada sílaba con ganas.

Gaspar esta vez no se aguantó y contestó:

-¡Lo de guarro me parece a mí que lo va a tener que ser tu puta madre! ¿Lo ves? Toma, así, directamente. Hablando claro, como te gusta a ti.

Alberto se incorporó.

-¡Es que es verdad! -dijo Samuel-. ¡Ya está bien! Que desde que hemos llegado no has parado.

-¡Me da igual! -dijo Alberto sin hacer caso a Samuel-. ¡Cuidado con lo que decimos porque esto puede llegar a más! ¡Si tienes que

decir algo, me lo dices directamente a mí, no a mi madre! ¿Lo tienes claro?

-¡Ya ves qué miedo! -dijo Gaspar, que se incorporó, sacó de la mochila su cuchillo con la sierra en el canto superior y se lo enseñó-. Mira como tiemblo ¿Ves esto? Y tú no tienes más que una mierda de navaja suiza.

Alberto se llevó la mano al bolsillo y sacó la navaja. Desplegó la hoja y se la enseñó al otro.

-Con esto me sobra para rajarte las tripas.

-No te da tiempo. Antes soy yo el que con este te abre a ti en canal.

Gaspar, mientras pronunciaba estas palabras, ejecutó florituras infantiles sin sentido para demostrar sus destrezas de gladiador.

-¿Veis? Incluso mejor espadachín que Samuel con su bayoneta.

-¡A cuál más payaso! -dijo Alberto, que se rio, dando un paso hacia adelante. El gesto provocó que el otro se pusiera a la defensiva rápidamente.

-¡Quieto! ¿Qué pretendes tú, inútil? -le espetó Gaspar.

-Tú sí que eres un inútil, que te has caído al río como si fueras un muñeco de trapo.

A Gaspar se le puso la cara roja por la ira. Abrió las piernas para demostrar su valentía y con el cuchillo lanzó un ataque inconsciente, directo contra Alberto. No contó con que este le ganaba en agilidad y, al tiempo que Alberto echaba rápidamente el cuerpo hacia atrás para impedir que el filo lo alcanzara, propinó a Gaspar una patada seca entre las piernas con el empeine de su bota.

El dolor obligó a Gaspar a curvarse hacia delante y entonces fue cuando se encontró con que la navaja de Alberto se le clavaba inesperadamente en el cuello como si este tuviera la misma consistencia que la gelatina.

En el momento en que Alberto notó la facilidad con que la piel de Gaspar había cedido sin ninguna clase de resistencia, se asustó y soltó la navaja. Por el corte empezó a manar un chorro de sangre

que, impelido por los fuertes latidos del corazón convulso, salía de una manera abundante y acompasada.

Gaspar se puso a llorar mientras trataba de taparse la hendidura del cuello. Las piernas dejaron de sostenerle e impotente cayó al suelo retorciéndose de dolor.

-¡Joder, eres un cabrón, te lo has cargado! -gritó Samuel con desesperación.

-Ha sido él, yo no tenía intención de pincharle, y menos con esa mierda -dijo señalando la navaja caída a sus pies.

Samuel sacó del macuto la bayoneta de su padre.

-¡Con esta no puedes! -le gritó a Alberto con cara enloquecida.

-¿Qué haces tú ahora? -dijo Alberto asustado. Observó que los ojos de Samuel brillaban de odio y se agachó para recuperar su navaja.

-¡Te voy a atravesar de parte a parte! -dijo Samuel acercándose a él.

-Espera hombre. Ayudemos a Gaspar.

-Gaspar está ya muerto, como lo vas a estar tú también.

La bayoneta resultó lo suficientemente larga para alcanzar a Alberto y hundirse en su abdomen. Alberto volvió a reaccionar con rapidez y le clavó la navaja en un ojo a Samuel, el cual soltó el mango de la bayoneta para llevarse las manos al orificio del globo ocular reventado y tratar de calmar el intenso dolor.

-¡Hijo de puta! -chilló, cayendo de rodillas ante Alberto.

-¡Hijo de puta tú! ¡Mira lo que me has hecho!

Alberto miró cómo el mango de la bayoneta se había pegado a su vientre como un tapón largo. La hoja había atravesado directamente el estómago y se había quedado incrustada. Se tocó la espalda y notó que la punta le salía por la otra parte. Se enfureció y de la rabia le clavó a Samuel la navaja por el oído izquierdo.

-¡Toma, y esto de regalo, por payaso!

Samuel se derrumbó de espaldas contra el suelo y se llevó una mano a cada herida sin parar de dar alaridos de angustia. A su lado,

Gaspar había dejado ya de moverse aunque su cuerpo seguía expulsando lentamente por la incisión del cuello la escasa sangre que todavía le quedaba.

Apartado de la situación Ciro se había quedado petrificado. Sin atreverse a mover un músculo, tenía los ojos completamente abiertos y en todo su semblante se manifestaba un retrato desesperado de puro desconcierto y terror.

-Ayúdame -le dijo Alberto, llevándose las manos al vientre para que no se le abriera-. Se me van a salir las tripas.

-Lo mejor será que vaya a pedir ayuda. Aguarda, vuelvo cuanto antes.

-No, no me dejes. Primero ayúdame a tapar esto bien para no desangrarme y luego nos vamos juntos. Aguantaré hasta la carretera de abajo. Por allí seguro que pasará un coche que nos ayude.

-No, yo me voy ya. Yo no tengo nada que ver con esto.

-¡Hijo de puta ayúdame!

Al levantar la voz, Alberto sintió el dolor con más intensidad. Se acercó a Ciro y le agarró por la solapa de la camisa de camuflaje con la mano izquierda. Con la derecha seguía apretando la naja suiza con fuerza.

-¡Suelta! -gritó Ciro, apartándose y apuntándole con su cuchillo de los marines-. ¡Me estás llenando de sangre!

-Cabrón me estoy muriendo y te quejas porque te mancho de sangre. ¿Y encima me amenazas?

Alberto, de un golpe con el exterior del antebrazo izquierdo, apartó la mano en la que Ciro sostenía el cuchillo. El arma salió despedida y cayó a unos pasos de ellos. Ciro se quedó mirando el cuchillo, sorprendido por la rapidez con que Alberto le había desarmado.

-Esto es para ti -dijo Alberto, mientras le pinchaba dos veces seguidas con la navaja en el costado izquierdo antes de que a Ciro le diera tiempo de reaccionar para apartarse-. Disfrútalo. Seguro que te gusta como a mí.

A cada esfuerzo la bayoneta se retorcía como una serpiente escamosa dentro del cuerpo de Alberto.

-¡Hale, ahora ya te puedes ir a pedir ayuda! ¡Corre, no pierdas tiempo!

Ciro se llevó las manos a la altura de los riñones y se dio cuenta del daño que Alberto le había causado. Se dejó caer al suelo, adoptó una postura fetal y se puso a llorar. Podía ver cómo la sangre le salía también a él a borbotones por el costado. Estaba claro que la navaja le había afectado el riñón y cortado alguna arteria principal. En ese sitio le resultaba imposible presionar con ambas manos a la vez.

Alberto volvió a soltar la navaja para palparse el vientre. Se quedó mirando el mango de la bayoneta, pero no se atrevió a tocarlo.

-¿Y ahora qué, gilipollas? -preguntó Alberto en voz alta-. ¿Cómo solucionamos esto, pedazo de Cabrones? ¿Ya estáis contentos con vuestros juguetitos?

No hubo contestación por parte de nadie. Solo oyó los gimoteos de Ciro que, acurrucado en la hierba sobre el costado sano, no paraba de repetir:

-Mamá, mamá...

-Sí tú llora que va a venir tu madre corriendo a ayudarte. Ahora resulta que el único que sigue en pie soy yo. Está bien, no os preocupéis, os daré un buen entierro.

Alberto tragó saliva. Cada vez le costaba más pronunciar las palabras.

Primero arrastró a Gaspar hasta la sima. Era el más grande y el más pesado. El dolor y la rabia fue lo que le proporcionó la fuerza suficiente para deslizarlo hasta allí.

Oyó chocar sordamente el cuerpo contra las rocas mientras caía en la oscuridad.

Luego le tocó el turno a Samuel.

-Ya estáis los dos amiguitos juntos -dijo mientras oía los mismos golpes opacos que antes había causado el cuerpo de su compañero.

La bayoneta le estaba destrozando cruelmente las entrañas.

-¿Lo veis? -dijo mirando al fondo-. Aun me sobran cojones para mandaros a todos al puto infierno. ¡Inútiles! ¡Desgraciados!

Se acercó a Ciro y le miró fijamente a la cara. Era su mejor amigo. Aunque tenía los ojos cerrados, notó que todavía conservaba el aliento.

-Me da igual que respires.

Ciro era el que había caído más cerca de la cueva. Lo hizo rodar y ya en el borde lo lanzó empujándolo con la suela de la bota. Le afligió escuchar un gruñido de dolor en el primer topetazo. Luego solo se oyeron los mismos sucesivos y amortiguados choques de otro fardo sin vida, rebotando contra las paredes del foso.

Al volverse se fijó en las mochilas y los cuchillos esparcidos por el suelo. Lo recogió todo y lo acercó al agujero:

-Se os olvidaba esto -dijo casi sin poder articular las palabras cuando se deshizo de las mochilas. A continuación, las hojas de los dos puñales, con su sonido agudo al chocar contra las rocas, definieron claramente la profundidad de la fosa.

-Efectivamente, es hondo de cojones.

Lo último que había recogido fue su navaja. Se la quedó mirando.

-¿Veis esto? Yo solo contra todos y con una mierda de navajilla. ¿Qué os parece? Total para lo que me va a servir ya, os la regalo. Ahí va también.

La soltó, pero no sonó con la energía intensa de los otros cuchillos de verdad.

Ya no le quedaban más fuerzas y se tumbó de espaldas sobre el suelo. Al topar la punta de la bayoneta con las rocas, el mango sobresalió más por encima del vientre.

-¡Joder qué daño!

Las lágrimas le salieron en gran cantidad y resbalaron por su cara. Notaba cómo el hálito se le iba sin remedio. Cada vez respiraba con más dificultad. Se quedó mirando al cielo. Unas nubes negras lo estaban cubriendo todo rápidamente.

-Me cago en la puta. Lo habéis jodido todo -intentó tragar saliva pero notó la boca completamente seca-. De acuerdo, la hemos jodido entre todos y la hemos jodido pero que muy bien. Somos unos artistas. Merecemos un premio -su boca era un puro esparto-. ¿Cómo se puede ser tan subnormal en tan poco tiempo?

Arriba de la ladera, donde estaba la casita que parecía de juguete, vio llegar a un excursionista solitario. Desde esa distancia se veía del tamaño de una hormiga. Se encontraba demasiado lejos para intentar nada. Además a Alberto ya no le quedaba energía para gritar y pedir ayuda.

Al poco rato de entrar el hombre en la casa empezó a llover fuerte. Había tenido suerte, o había sido previsor. Ahí estaba el temporal repentino de primavera, cargado de agua y viento, al que había hecho referencia Samuel. En el interior de la casa se encendieron unas luces oscilantes; seguramente velas o lámparas de aceite, o tal vez era la luz que se desprendía desde una cálida chimenea. Alberto empezó a temblar de frío.

No sabía qué hacer. No quería morir. Lo podría explicar todo. Llegar al autobús era imposible porque había demasiado recorrido. Para alcanzar la casa se tendría que arriesgar por paredes ahora completamente mojadas, imposibles de superar. Trató de ponerse de pie, pero no consiguió ni llegar a sentarse. Se tuvo que volver a tender y relajarse. Tan solo el esfuerzo de seguir respirando hacía que los intestinos se retorcieran como si se los estuvieran devorando ratas hambrientas.

Una tos repentina le obligó a colocarse de costado y encogerse sobre su vientre para no atragantarse con la sangre que empezó a vomitar. Había oído decir muchas veces que la sangre sabía a metal. No era ningún descubrimiento nuevo para él. Era a lo que siempre le había sabido cuando después de una pelea se chupaba las heridas causadas en las manos para cortar la hemorragia.

En la postura que había adoptado podía ver cómo el agua entraba en el abismo como si este fuera un sumidero gigante. Con las últimas fuerzas que le quedaban se acercó más al borde.

Este era su delirio final. Violencia sin sentido ni motivo. Trató de asociar la conversación del autobús por la mañana, la ridiculez de creer haber visto un fantasma en la fábrica de electricidad, la casa de allí arriba de la que ahora salía humo por la chimenea, o la condenada tormenta que sin piedad le estaba cayendo encima. No alcanzaba a explicarse por qué todo debía tener una conexión. Sin embargo, desde que tenía uso para razonar, le habían enseñado que en el mundo cada elemento mantiene un vínculo recíproco con el resto. Pero ya era tarde para hacer análisis como si en ese momento se hallara en una clase de lógica didáctica. Lo evidente era que se estaba muriendo y su agónico pensamiento se lo advertía. Gaspar se había ganado su merecido igual que él mismo también había conseguido su justo pago. El maldito equilibrio del Universo. Cuando todo se ha terminado de verdad, no queda tiempo para lisonjas. La lucidez no tiene edad mientras se agoniza.

-¡Qué bien! Conseguir… -tosió sangre-, ser el más listo del infierno -volvió a toser-. ¿A qué espero para saltar al hoyo? -dijo mientras se dejaba caer.

En ese momento el estampido de unos truenos repentinos estremecieron las montañas.

La lluvia arreció más todavía y, por la vertiente por donde discurría el cauce del manantial, empezaron a concentrarse torbellinos gigantescos de agua, los cuales provocaban a su paso desprendimientos de rocas y árboles de todos los tamaños. El alud se fue mezclando con tierra suelta y maleza arrancada, creando así un fango espeso y turbio. Esa argamasa de elementos desencajados rodaba caóticamente hasta ser engullida por la boca de la sima. La cantidad era tan enorme que terminó cegándola por completo. Y de esa forma, durante el resto de la noche, siguió cayendo más y más agua y formándose más y más lodo, de manera que todo fue cubierto de sucesivas capas implacables.

Al alba, la vorágine había cambiado el paisaje tan radicalmente que, cualquier indicio que pudiera recordar que por esa ladera transcurrió alguna vez un idílico riachuelo, había desaparecido para siempre.

*Lo que a veces uno cree una trampa es en realidad un truco de la mente.*
*Matt Haig*

# No sentiré nada

En las grabaciones de las cámaras de seguridad se podía observar cómo el hombre se desabrochaba la cazadora y a continuación apretaba el mecanismo. La pantalla se llenaba de un destello repentino y al perderse la señal solo quedaba una nube caótica de puntitos blancos y negros.

Cuando la policía descubrió que el causante de tal devastación había sido Ángel Cevallos Ávila, profesor de química en un instituto de la ciudad, se procedió a las pertinentes indagaciones.

Entre las muchas carpetas donde guardaba sus trabajos académicos, se encontró un cuaderno en el que, el propio Cevallos, explicaba sus intenciones mortales, los pretextos y los detalles que le habían llevado a cometer un acto tan abominable.

-El sujeto llevaba suficiente carga encima como para destruir tres locales tan grandes como ese en el que detonó el explosivo -dijo el comisario Serralta-. Su especialidad eran las ciencias químicas y le sobraban conocimientos para, sin necesitar la colaboración de nadie, fabricar explosivos en la cocina de su casa.

El comisario sostenía en las manos las numerosas páginas del delirio, pero se daba cuenta de que no podía obviar su deber; tenía que sacar algún dictamen a ese asunto tan absurdo y siniestro a la vez.

-Bien, comencemos -se dijo para sí y para los agentes que le rodeaban.

# MARTES

Hay dos entradas -comenzaba el cuaderno de notas de Ángel Cevallos-, una puerta principal que da a la avenida donde se encuentra la estación de trenes y otra donde están las cocheras por la se llega a una vía lateral. Da acceso a la calle en la que yo vivo y es por ese sitio por donde suelo entrar y salir cuando voy a comprar al supermercado.

No me siento un lobo solitario por si alguien lo pudiera pensar y si lo soy me da exactamente lo mismo. De hecho, tengo una familia. Tres hijos que se valen por sí mismos y una mujer con la que no he tenido problemas, evidentemente si no se cuentan los conflictos habituales que suelen acontecer en cualquier matrimonio.

Pero no quiero inmiscuirlos en todo este asunto, porque ellos no saben nada; no han notado nada. Sé que siempre he sido un buen ejemplo para todos. De hecho no he podido ni sabido hacer otra cosa que ser ejemplar. Soy como soy, o sea, un buen hombre. Me duele mucho tener que dejarlos y encima quedar como un canalla. Lo siento, pero cuando las circunstancias se tuercen, hay que darles una solución, aunque tenga que ser drástica, incomprensible, inexplicable para los demás.

Necesito contar todo lo sucedido aunque sea solo para mí mismo y si por casualidad esto llegara a los ojos de alguien, que por lo menos se sepan las causas que me llevaron a cometer la atrocidad que dentro de poco sufrirán esas pobres personas inocentes.

El supermercado se me hace un laberinto demencial cada vez que vuelvo a poner los pies en él. Se ha convertido en una entrada angustiante y una salida demoledora que carece de sentido. Tensión y rabia es lo único que siento.

En el momento en que piso las baldosas de la tienda empieza el hostigamiento implacable y minutos después, cuando por fin salgo, me paso varias horas de mal humor. Resulta insoportable mientras dura la pesadumbre y cada vez me produce una desazón más molesta. Reconozco que la inquietud reprimida que siento no tiene ninguna razón de ser pero me cuesta mantenerme tranquilo y evitar obsesionarme con la solución recurrente, definitiva, que cada vez domina más mi mente.

Si te detienen por un delito que verdaderamente has cometido, lo puedes reconocer y te puedes eximir moralmente de esa carga con dignidad porque sabes que realmente eres culpable. El gesto de admitirlo se puede aceptar como una remisión sincera. En términos generales se suele admitir que, quien comete una irregularidad contra las normas, tiene que pagar la proporción equivalente para que el trámite acabe para siempre: *de acuerdo señor, puede irse a su casa, ya ha cumplido, nadie lo puede ya molestar.*

Frases similares se pueden encontrar para cualquier caso. Pero resulta que yo no soy culpable de nada. Por eso mismo está claro que hay que terminar con el problema, con el estúpido malentendido. Cada vez aguanto menos. Por eso al final he descubierto una solución. Y aunque está claro que no es un desenlace que me guste, de hecho no es propiamente ningún resultado aceptable, me temo que va a ser el único posible; decisivo; de una vez y para siempre.

Soy químico y, usando los utensilios y productos de los que me he valido durante toda la vida, puedo fabricar resultados verdaderamente espectaculares. Básicamente lo explica cualquier manual dedicado al tema: *Las reacciones químicas suceden cuando se rompen o se forman enlaces químicos entre los átomos. Son un proceso termodinámico que transforma la materia y crea nuevos productos: reactivos y reactantes.*

No es necesario que me lo cuente a mí mismo. Sé de sobra que la materia es energía concentrada y que con poca masa se pueden desatar daños terribles. Por eso mismo he decidido realizar mi despedida por todo lo alto. Será la inmolación forzosa de un inocente. De un acusado de forma injusta; un culpable sin posibilidad de clemencia. Yo no he hecho nada. Eso es lo grave del asunto. En los detalles se encuentra la explicación. Y por eso mismo maldita sean los detalles del mecanismo de mi ruina.

Cuando apriete el botón no me enteraré de nada. Sería mucho peor quedar como un espectador canalla que detona el fulminante a distancia. Aunque eso da igual, todo se resumirá a un último acto malvado; o de liberación para mí. Nadie del supermercado se creería

ni admitiría que de repente, sin que ellos me pidieran ninguna explicación, les contara una verdad que automáticamente interpretarían como la justificación desesperada de un delincuente que admite su culpa porque no sabe qué hacer para ocultar todas sus fechorías anteriores.

-Caballero, no sabemos de qué nos habla. Perdone señor, pero es que usted trae unos temas absurdos a esta tienda de los que no tenemos constancia de ningún tipo. No nos suelte a nosotros lo que usted lleva en la cabeza. Trátese, señor. Vaya a un psicólogo o a un psiquiatra. Mejor que sea un psiquiatra para que le recete pastillas y a ver si así hay suerte y se muere de una sobredosis. Pero por favor no nos traiga sus problemas ahora que estamos trabajando y ganando el dinero para nuestras familias. A otro chalado con ese cuento, señor. Ojalá se muera rabiando de cáncer, señor. Tírese debajo de un tren, señor.

Si me lo digo mentalmene a mí mismo es porque intuyo respuestas de ese estilo. Las cajeras no suelen tener pelos en la lengua cuando se trata de enfrentarse a sinvergüenzas de la categoría que ellos me consideran. Sin embargo, mi respuesta sí que va a ser una realidad bien tangible. Puedo desencadenar rayos y truenos, y lo voy a hacer de verdad. Nadie me dice que me muera de cáncer aunque sea yo quien se lo imagine. Y aunque por su parte vivan completamente ajenos a mis reflexiones y a mis sentimientos desesperados, es su presión la que me obliga a pensarlo.

No me importaría ir a la cárcel acusado de ladrón, o de cualquier otro cargo, con tal de que me impidan detonar el mecanismo. Espero que alguien se entere de las malvadas intenciones que llevo dentro de mí y en el último minuto la policía me detenga; que todo termine en un final feliz.

-Soy inocente.

-Perdone señor, pero no sé a qué se refiere.

-¡Me refiero a que os creeis que os robo! -les gritaría en medio del supermercado.

-Caballero no se altere. Aquí nadie piensa nada malo de nadie y menos de los clientes. Si empezáramos a pensar mal de la gente nos arruinaríamos en dos días. Ande salga a la calle a que le pegue el aire y si hay suerte a ver si lo atropella un camión.

Efectivamente, decir la verdad siempre sería la peor opción. Forzar una declaración es admitir tu culpabilidad. En seguida me tomarían por ladrón confeso y además por loco. Mi confesión solo serviría para que me aplicasen una ejecución justa y rápida en un patíbulo en plaza pública. O que me colgaran en la puerta del local para dar ejemplo de lo que reciben los granujas que osan robar en ese establecimiento. Mi cuerpo permanecería colgado con un cartel en el pecho donde habrían escrito: LADRÓN.

Para respaldar la obra justiciera, colocarían un juego de cuchillos bien afilados, de los que estuvieran ese mes en promoción y con los que la gente al pasar pudiera apuñalar mi cuerpo. Una oportunidad magnífica para probar la calidad inmejorable del material de esos instrumentos de cocina.

-¡Pruébenlo sin miedo, damas y caballeros! ¡Comprobación gratuita! ¡Después de gozar de la experiencia de nuestros productos, ustedes podrán decidir libremente!

En los cartones verticales donde se exhibe la publicidad, aparecen las siluetas de unos cocineros sonrientes, muy conocidos en la televisión. Tengo que reconocer que la categoría de las pancartas es buena. Esas láminas existen, no son fruto de mi delirio, y la promoción de los cuchillos también es real. De hecho, cada vez que entro en el local me los quedo mirando. Están situados bien a la vista. Por mi lado creo que, una vez muerto, no me importaría que me desollaran si eso proporcionase tranquilidad, felicidad por la venganza y consecuentemente una mejor calidad de vida para los familiares de los clientes fallecidos en la explosión. Además, tratándose de esos excelentes despliegues de medios publicitarios, ¿quién se podría resistir a ser descuartizado? Catarsis. Purificación.

-¡Miren ustedes! Este cuchillo pequeño es para separar la piel; este otro un poco más grande para cortar el músculo en tiras; este otro todavía más grande para golpear las articulaciones y trocear los

huesos, que a su vez se podrán utilizar para hacer un buen caldo. No hay que desperdiciar nada, hasta los tuétanos, que hoy en día los tiempos no están para malgastar nada.

De cocina no entiendo gran cosa, aunque haga la compra casi a diario. Preparo comidas simples, sencillas, rápidas. Yo de lo que más entiendo es de química. La química produce soluciones más rápidas que tanta degollina de cuchillería, bueno, o tal vez soluciones más lentas, todo depende del método que se quiera utilizar y los fines que se busquen. Con el método que utilizaré no tendré que enfrentarme a nadie. Yo prefiero los métodos rápidos, claros, limpios. Será apretar el botón y, en un abrir y cerrar de ojos, se terminó la diversión, esto es todo amigos. Hasta mañana, buenas noches. Bastante sufro ahora como para tener que vivir un epílogo en el que me cuelguen para ser despedazado, escupido e injuriado mientras agonizo, o incluso ya muerto.

-Sabíamos que al final te íbamos a desenmascarar.

-¡Canallas! -gritaría yo en un acto de desesperación.

-¡Y usted ladrón!

-¿Y qué?

-¿Luego, lo admites? ¡Miserable!

-¡Cortadlo en pedazos!

Me los imagino, unos sin alterarse y otros con los ojos desorbitados por la furia, procediendo al desollado.

-¡No es necesario que pronunciéis las palabras con tanta claridad -les gritaría-. Ya me lo decís con todo vuestro lenguaje corporal cada vez que entro en el establecimiento, acosándome y acusándome de ladrón.

-¿Señor decía algo? -Me pregunta la cajera completamente ajena a mis elucubraciones.

*Al menos en el momento en que apriete el botón habré terminado para siempre. Ya no sabré nada. Dejaré de sentir instantáneamente. Es la única y la mejor solución.*

-Perdone, no le entiendo.

-No, no es nada. Perdonad vosotras. Tengo el mal vicio de pensar masticando las palabras.

# VIERNES

La pasada noche soñé algo inquietante. Tuve uno de esos sueños extraños llenos de ocultas ilusiones premonitorias. Su absurda trama me alejó de las posibles relaciones lógicas con las que poder entender algo.

De repente me vi en un país al que me había invitado a viajar un amigo. Solo recuerdo la salida de su casa aunque nada de lo que pudiera haber sucedido antes. No sé ni de qué país ni tampoco de qué amigo se pudiera tratar. Seguramente porque todo no fue más que eso, un simple sueño que empieza igual que termina. Lo curioso era que el sueño se desarrollaba durante una noche interminable, aunque solo me di cuenta de ese detalle cronométrico después, cuando me desperté, porque el caso es que el sueño tampoco fue tan largo.

En el momento en que pisé la calle, sin saber por qué, me empezó a invadir un sentimiento de tristeza, de sensaciones contradictorias, de reclusión asfixiante, de reclusión en el mundo exterior. Es interesante sentir que pisas un lugar inexistente. Un lugar que en ese momento estás imaginando. Y sabes que los estás imaginando. Sueños lúcidos los llaman.

Me encontraba en una ciudad que pudiera ser cualquier ciudad, con las calles repletas de personas extrañas, diversas, sorprendentes, como si estuvieran celebrando el carnaval de la sordidez, de lo grotesco, de lo teatral en el sentido más puramente esperpéntico. Los cuerpos se componían y se descomponían. Cuando se está metido en un sueño de este tipo, cualquier intento de controlar la situación te lleva a circunstancias todavía más inciertas. El mundo de un sueño sorprende por la infinidad de posibilidades que se crean sin que se pueda contar con ningún tipo

de criterio, digamos lógico. Ni para transformarlo, ni para explicarlo, todo pura angustia.

Repito que la visión de la calle que tenía delante era tan disparatada como la gente y como mis improbables expectativas de movimiento. Un lugar desordenado, sucio, oscuro, con una iluminación descolorida, de origen indeterminado; fachadas cubiertas por tonalidades verdes y marrones, que deslucían tristemente las falsas construcciones inestables; unos edificios que se difuminaban, borrosos, desafiantes, intercalados por callejones tan repentinos como cegados por nuevas paredes.

Pese a la desorientación, me puse a caminar. Lo que me iba encontrando, aunque lo notara extraño, me era cotidiano a la vez, como si todo eso ya lo hubiera visto o imaginado antes. No había estado nunca ahí, y sin embargo nada de lo que veía era nuevo para mí. Lo habitual puede resultar de lo más terrorífico en un sueño. Cuando oigo frases como las que animan a creer en tus propios sueños, me callo porque mis sueños suelen ser pesadillas. Si pudiera, no dormiría nunca.

En esos momentos el transcurso del tiempo carecía de sentido. No podía percibir si era el principio de la noche o era ya madrugada avanzada. Pero, a pesar de ser una noche atemporal, una noche abstracta, de las que solo se pueden entender cuando se está dentro, y ni siquiera así, las calles se extendían llenas de gente. Una clase de gente que en principio aparentaba ser más real que el entorno por el que se desplazaba. Yo no sentía miedo, pero caminaba con precaución, con cuidado, tocándome los bolsillos para asegurarme de que llevaba la cartera en el bolsillo izquierdo y el teléfono en el derecho.

A mí me robaron en una ocasión y fue de verdad, no en un sueño. Me sucedió en un viajé que realicé a París. Todo termina apareciendo en los sueños.

Me encontraba con unos amigos en el salón del hotel al que acabábamos de llegar. Conversábamos sentados en unos sillones amplios y cómodos. Había otros grupos de gente en sillones apartados a los que se les oía hablar en diferentes idiomas. Siempre

me ha gustado encontrarme con personas de fuera de mi ambiente cotidiano. Un joven de más o menos nuestra edad, que pertenecía a un grupo cercano, nos había oído hablar y nos preguntó de qué ciudad en concreto éramos. Comentó que había viajado mucho por España y que le gustaba hablar en nuestro idioma. El intercambio sobre referencias geográficas no se alargó mucho, luego nos despedimos con un saludo informal y cada grupo continuó con sus propias conversaciones.

En el nuestro, mi amigo Eduardo sacó el tema del cuidado que había que llevar con el dinero. Nunca se debía bajar la guardia con las carteras y, por supuesto mientras fuera posible, no mostrarlas nunca delante de gente desconocida. Le dije que en eso yo no tenía problema porque siempre llevaba la cartera en los bolsillos de delante.

-¿Veis? -dije. Saqué la cartera del bolsillo izquierdo y luego la volví a guardar-. Si la llevas en los bolsillos delanteros, no hay problemas porque metes las manos y sirven de tapón para que nadie te la pueda sustraer.

Yo lo decía completamente convencido porque de hecho nunca me habían robado nada.

Cuando llegó la hora de marcharse a dormir, nos despedimos hasta la mañana siguiente y cada uno cogió el camino que le llevaba a su habitación.

Yo me dirigí al ascensor con la llave en la mano, pensando en el anhelado descanso que me esperaba después del largo viaje en autobús. La bola que servía de llavero ya no podía ser más grande. De esa forma difícilmente se podía perder o que el cliente se la llevara consigo sin darse cuenta. Cuando entré en el ascensor, la aglomeración de la gente me causó claustrofobia. Hubo roces pero cada uno mantuvo la distancia mínima que se podía dar en aquel cajón tan limitado. No soporto los roces involuntarios con gente desconocida.

Lo noté justo al abrir la puerta de mi habitación. La mano golpeó de una manera espasmódica contra el bolsillo y entonces me di cuenta de que me faltaba la cartera.

Seguramente debido a aquella experiencia de la realidad, en mi sueño, conforme caminaba por las calles, iba de vez en cuando tocando los bolsillos disimuladamente para asegurarme de que todo marchaba correctamente.

Posiblemente los sueños son reflejos, si no directamente relacionados con la realidad, sí distorsiones nacidas incluso antes de que nos despidamos de las ya parciales representaciones cotidianas cuando estamos despiertos y nos tumbamos para descansar. Todo se transmuta en deliberaciones involuntarias. En delirios absolutos, incontrolables, demoledores. Reconstrucciones de escenarios de vivencias y deseos que fluctúan aleatoriamente en los cuartos escondidos de la mente. En esos momentos estaba completamente desconectado de toda referencia con la vigilia. Las experiencias realmente conscientes quedaban fuera. Cualquier opinión que tuviera relación con un análisis racional, tosco, simplón vino después con el despertar repentino, ansioso.

Más adelante, por esas calles cuya sordidez se impregnaba en la piel, abundaban grupos de bailarines callejeros, que más que alegrar con actuaciones divertidas, se desenvolvían creando movimientos basados en amenazas arcanas, inexplicables, que nunca como en los sueños se sienten tan hostiles.

Delante de mí se puso a danzar, de una manera desgalichada, realizando movimientos carentes de toda gracia, un anciano con el aspecto de estar tan enajenado como los movimientos que desarrollaba. Estaba en los puros huesos. Visto desde la perspectiva desde la que en estos momentos lo escribo, tal vez se podría interpretar como la transmisión de una sabiduría candorosa, natural, elemental, adquirida durante largas prácticas de aprendizajes. Pero si por el contrario dijera que todos los movimientos eran malignos tampoco iría desencaminado.

En las culturas excéntricas, las paradojas vienen a señalar el camino que hay que seguir, o la meta donde hay que llegar, o lo que cada uno quiera libremente interpretar, como hice yo mientras soñaba. No hay restricciones a las posibles lecturas cuando se pierde

el gobierno de la mente, e incluso habría que añadir que ni siquiera dominamos nada cuando creemos estar en posesión del control.

El viejo seguía realizando una representación tan descoordinadamente patética, que me dio pena. Le dije con la mano que se apartara, que me dejara caminar en paz, pero no lo conseguía de ninguna manera.

Sin embargo, unos movimientos después pareció darse cuenta de sus excesos, paró de moverse, reculó, y me hizo un gesto amistoso que entendí a la perfección. *Calma*, me dijo, juntando las palmas de las manos en actitud de ruego. Me señaló un banco que había en una plaza pequeña, en cuyo centro se levantaba un árbol oscuro, frondoso, de una especie irreconocible y me invitó a que me sentara con él.

*Qué más da*, pensé, *hay que aceptar las rarezas que te encuentras por el mundo.*

El hombre se sentó a mi derecha y luego estiró el brazo derecho apuntando con el índice hacia el cielo. Miré. No había cielo, solo un techo negro sin estrellas. Me empujó amablemente con el hombro, dándome a entender que lo comprendía.

Sí, dije en voz alta, Supongo. No sé. Será eso que tú dices, aunque yo no tenga ni idea de qué es a lo que te refieres.

A continuación, señaló el entorno y luego se tocó el pecho. Lo interpreté como si quisiera demostrarme la armonía de su estado vital con respecto al Universo.

Al poco rato me pareció que ya era suficiente y le dije que me tenía que ir. Puso cara de pena y me dedicó una mueca algo infantil para que esperara un poco más. *No, lo siento*, le dije, apoyándome en ademanes que entendió sin problemas y con los que le ofrecía mi gratitud y mi pena por marcharme.

Me puse a caminar hasta la esquina más cercana que localicé. Al doblarla me puse a correr para alejarme lo más posible de aquel loco. Entonces vi que las calles se habían quedado totalmente vacías. No me importó, pero mientras corría me di cuenta de que los pantalones los notaba más holgados de lo normal. Me toqué los

bolsillos y entonces noté que no llevaba ni la cartera en el bolsillo izquierdo, ni el móvil en el derecho.

No me dio tiempo de soltar maldiciones porque rápidamente me volví para atrapar al viejo saltimbanquis. Cuando giré la esquina que daba a la plazoleta, el banco donde nos habíamos sentado estaba vacío. El árbol negro se retorció de una manera amenazadora. *Incauto, hasta en los sueños te roban*, me dijo. No me asusté y tampoco le hice caso. Con un sentimiento de agravio y aceptación, bueno admito que también con un poco de rabia, metí las manos en los bolsillos y dirigí la vista en todas las direcciones. Reinaba un silencio total.

# LUNES

La mente a veces es el peor escollo contra nosotros mismos. En muchas ocasiones nos es imposible elegir el camino propio porque nos lo imponen. Y por eso debo ser yo, y únicamente yo, quien se encargue de terminar definitivamente con los malentendidos.

Empecemos por el principio.

El enredo se inició el día en que miraba las estanterías de las botellas de vino blanco. La sección del vino blanco está separada de la del vino tinto por una columna, que al igual que todas las columnas del supermercado, la han recubierto de espejos para que así no quede ningún rincón ciego donde los ladrones se puedan esconder para apropiarse de las botellas sin ser vistos. Fue precisamente en ese lugar donde se inició toda la pesadilla, en este caso la pesadilla en la vida real, con la que tendré que terminar tan drásticamente. No habrá ningún nuevo despertar pero al menos mi delirio actual habrá terminado para siempre.

Me gusta distraerme leyendo la procedencia de las botellas: Rueda, Riveiro, Alicante…, y por supuesto comparar precios. Nunca me he querido engañar sobre la relación de cómo los precios se ajustan con la calidad. Bueno, más o menos, porque también es

verdad que a veces nos encontramos con sorpresas en cualquier sentido. Es por eso que me gusta estudiar las botellas. Recrearme para así estar seguro de que la que tenga que descorchar ese día sea lo suficientemente buena como para saborear mejor la comida; que cada tipo de vino que haya elegido corresponda bien con el ritual del plato que tengo delante de mí en la mesa. El vino y sus ceremonias. Seguramente, como he oído a muchos, todo eso no son más que un atajo de cursiladas, o incluso una estupidez completa. Sin embargo yo lo considero un ritual personal. No hay nada malo en que cada uno disfrute de sus propios gustos. Me creo todas esas relaciones del paladar. Por eso digo que, cuando coincide con lo que busco, me pone contento, me anima, mi autoestima se ensalza hasta la última gota de la botella. Nada debe quedar en el fondo. Las botellas se llenan para ser vaciadas. Y si nada queda en la base de la botella significa que era un vino bueno de verdad, por lo menos para mí. Aunque una vez conocí a un tipo que le daba igual la calidad o el precio del vino que le sirvieran: él invariablemente añadía gaseosa. Bueno, vuelvo a repetir que cada uno es libre de tener los gustos que quiera, aunque otros lo consideren penosos.

-¿Quién se ha inventado eso de que para comer pescado solo se pueda beber vino blanco? -me dijo en una ocasión un amigo. Era comerciante de muebles y colchones, pero sabía mil veces más sobre vinos que yo.

-O lo contrario para la carne -añadí yo, dándole la razón-. Por qué no darle a un vino blanco si te sale de los cojones con un chuletón de buey o de cerdo.

-Ahí está, todo es cuestión de gustos. Después están mis colchones que son es el siguiente paso para seguir disfrutando más del placer.

Levantábamos las copas:

-Nada de dogmas culinarios -dije yo.

-Que les den a los dogmas -dijo él.

Vaciamos las copas, vaciamos las botellas y por supuesto reímos.

El día aciago, el momento en el que pasaron por detrás de mí las dos mujeres hablando. Por un momento me pareció reconocer una de las voces. Se movieron desde mi derecha hacia mi izquierda. Cuando pasaron, el pilar con los espejos las ocultó. Al volver la cabeza para asegurarme de que conocía a alguna de ellas, me encontré con mi propia cara reflejada en el pilar. Esa fue la causa por la que me vi obligado a combar el cuerpo para atrás. Era la única manera de asegurarme que conocía a la mujer de la voz antes de que se alejaran demasiado y se perdieran por otro pasillo. Gracias a mi rápido movimiento las conseguí ver por la espalda, y enseguida me di cuenta de que no las conocía de nada. Me encogí de hombros y volví a fijar la vista en la etiqueta de la botella que sostenía en las manos.

Al mirar hacia la derecha de las estanterías para ver si había otra que me pudiera gustar más, observé que, al final del pasillo, en las cajas registradoras por donde se sale a las cocheras del supermercado, se me había quedado mirando sorprendida una de las cajeras, que me conocía de sobra por comprar normalmente en ese supermercado. Se había quedado sorprendida al ver que ese cliente habitual se comportaba de una manera rara, incomprensible. Quería quedarse con una botella sin ser visto.

Yo entraba casi a diario a comprar lo que necesitaba y en algunas ocasiones soltaba bromas inocentes, que me hacían quedar como un cliente simpático. En un supermercado de barrio se suele conocer a los clientes asiduos. Por parte del negocio, tratando con amabilidad y dando conversación es como se consigue ganar clientela.

A pesar de llamar a ese tipo de local *super*, sigue habiendo un trato de tienda pequeña, al contrario de lo que sucede con los otros llamados *hiper* de las afueras, que son demasiado grandes para un trato tan cercano. En ambos casos, a pesar de las diferencias artificiales alejadas de su origen etimológico, cuyo significado no deja de ser el mismo, hay que reconocer que funcionan bien como distinción para el tamaño y la localización de este tipo de establecimientos.

A partir de ese día me empezó a dar igual cómo organizaban el tamaño de su tienda y la deferencia hacia los clientes. Notaba que mi persona estaba siempre presente para ellos. Sentía cómo los objetivos de las cámaras nunca me abandonaban. Por eso mismo empecé a pensar que el asunto consistía en relajarse, en calcular la anchura que separaba las estanterías, en la longitud de los pasillos y en aguantar el grito de rabia que se me agarraba a la garganta sin poder soltarlo.

El caso es que esa cajera me conoce de sobra por entrar y salir cada vez que necesito comprar algo. Por suerte me puedo permitir la compra diaria, si no para todas las cosas, por lo menos sí para lo esencial. Cuando no puedo ir a comprar por la mañana voy por la tarde y asunto terminado. Acciones banales, rutinarias, repetitivas, inocentes, inconscientes, maquinales de la vida cotidiana. Me refiero a que cuento con el suficiente tiempo para comprar las cosas y decidir en ese momento qué me llevo o qué no. Hay productos que prefiero comprarlos frescos el mismo día. No me gusta guardar la carne o el pescado en el frigorífico para esperar a ver en qué momento lo saco y de qué manera posible lo preparo días después de haberlo comprado. Prefiero llevar una planificación diaria, siempre que se pueda, claro. El trabajo no siempre lo permite. Y esa es la razón por la que frecuento la tienda. Preparo la comida, me la como y mañana a otra cosa, porque si no se van acumulando sobras en tarrinas que da coraje encontrarlas perdidas en los estantes del frigorífico al cabo de a saber los días.

La situación actual de mi malestar es consecuencia de todo lo que voy explicando hasta ahora, por insignificante que sea el detalle. Aunque antes me podía permitir la compra del día, desde el episodio del robo mal interpretado por la cajera, ya resulta imposible. Demasiada tensión. Demasiadas miradas de soslayo. Demasiados despliegues estratégicos de los empleados para cazarme.

Una y otra vez veo cómo se repite la misma escena. Desde el día fatídico de mi movimiento articulatorio de cintura, originado con el fin de identificar la voz de una mujer que creía conocer, leí en la cara

de la cajera, sin necesidad de mucho esfuerzo, cómo se decía para sí misma:

-¿Este también se dedica a robar aquí? No me lo puedo creer.

En ese mismo momento yo le podría haber contestado:

-Perdona un momento. Yo no os robo. Ha sido por las dos mujeres que han pasado, y…

-Caballero, ¿decía usted? ¿A qué se refiere? No lo entiendo.

Me habría dejado sin palabras hasta que le hubiera podido contestar:

-Nada. No me refiero a nada. Pero ya os lo diré bien clarito cuando llegue la hora. De momento seguiré comprando igual que me habéis visto hacer siempre. Mientras tanto ya veré lo que decido.

-¡Uy, señor! No se le entiende nada de lo que dice.

# SÁBADO

En un principio me hizo gracia ver el gesto de sorpresa de la cajera pero continué mirando las botellas. Como si disimulara. Involuntariamente seguí notando ondas gravitacionales que partían de ella y me transmitían que había descubierto a un pobre miserable, que no tardaría mucho en ser cazado. Infeliz de mí, en ese momento me sentí superior. Noté que adquiría más consciencia de mi entorno. Falsos sentimientos de un estúpido engreído que se creía tener poderes de superhéroe debido a su vanidad, pero que poco a poco iba a ser minado hasta la destrucción. La lucidez acarrea consecuencias. El sector económico dedicado a la alimentación y la limpieza se había vuelto contra mí. Cuanta más consciencia, más sufrimiento. Pura ley de la oferta y la demanda comercial: si tú me robas, pues yo te machaco el alma. Entre tanto, jugué a ignorar que me habían localizado, aunque supiera que la mujer lo había comunicado rápidamente ese mismo día a todos sus compañeros para que el ladrón fuera puesto al descubierto y neutralizado cuanto antes.

Para su desgracia, nunca iban a conseguir pillarme a la salida con algún producto que yo llevara oculto con la intención de no pagarlo. Solo habían visto unos amagos que interpretaron como certezas. Y, aunque ni siquiera habían visto cómo me guardaba una botella entre la ropa, por lo menos la cajera había captado mi intención de hacerlo y de ahí dedujo que lo habría hecho en múltiples ocasiones anteriormente, y que por tanto no lo pararía de hacer hasta la hora en que me pusieran la mano encima. Lástima que no se hubieran dado cuenta hasta ese día, porque a esas alturas, a saber ya las veces que había aprovechado la ocasión para quedarme con incontables mercancías. Hasta que no llegó el momento concreto en que la buena mujer me vio, no se habían percatado de nada. Pero, bueno, por lo menos ya me habían ubicado y etiquetado. De esa forma pasé de ser un cliente habitual a un ladrón asiduo. Todo lo malo se puede expresar a la inversa o de las formas que a uno se le ocurra. El mal no tiene límites estéticos, al mal no le importan las reglas con las que se le pueda definir porque para el mal todo vale.

-¡Pero yo no soy malo! ¡Y solo sé decirlo así, de una sola manera! ¡A las claras!

-Perdone caballero no se altere. Por favor, sálgase fuera y cálmese. Molesta a los otros clientes. Mire, tómese estas capsulitas de ácido sulfúrico y así no le veremos nunca más por aquí. Tome, ande.

Repetición tediosa: ¡Soy bueno! ¡Lo digo de rodillas!

La cajera, cuando me acercaba a las botellas de vino, me seguía mirando de reojo desde la caja para ver si me decidía a esconder la botella de una vez y así dar el aviso de ladrón a bordo. Me parecía que incluso se llevaba la punta de los dedos a la boca para comerse las uñas. Por mi parte decidí no hacer mucho caso y seguía a lo mío, cogiendo lo que me llamaba la atención y dejando lo que no me convencía. Si finalmente encontraba una botella de mi gustó la ponía en el carro y seguía adelante. Entonces observaba cómo la pobre mujer se quejaba al ver que no me la escondía entre la ropa.

-Ya te pillaré cabrón -oía que me comunicaba por telepatía.

Qué emoción, solo había que esperar al próximo movimiento para tenerme.

Cuando yo entraba, en seguida se acercaba otra dependienta de la tienda, a la que la cajera había llamado en clave por los altavoces y empezaban a comentar algo entre ellas, mientras lanzaban miradas disimuladas hacia mí.

De vez en cuando veía que, mientras daba vueltas a un paquete de arroz, o a una caja de galletas, aguantaban la respiración a la espera de ver qué artimañas iba a utilizar en ese momento.

Antes de que apareciera todo este barullo que me traigo entre manos, en las ocasiones en que ellas mismas me habían comentado cómo desaparecían botellas y otros productos, sin que los empleados se enterasen, yo me reía de la destreza inverosímil que demuestra cierta gente. Y ahora resultaba que, sin comerlo ni beberlo era yo quien se había convertido en el principal sospechoso. Se habían olvidado de los comentarios y secretos que me revelaron. Ahora disimulaban muy mal porque me creían ajeno al descubrimiento que habían hecho sobre mí. Las personas honradas como esas dependientas no saben fingir. Y fue justamente eso lo que me pasó también a mí cuando me cimbreé sin pensar en que un gesto desinhibido e inconsciente pudiera arrastrarme a las consecuencias desagradables actuales. Mis movimientos fueron relajados, sin los condicionamientos del delincuente cuyo objetivo es el de quedarse con lo ajeno. Un impertinente vitalismo que me llevó a la categoría de ladrón oficial en cuestión de segundos. Ya ves, por una simple y mínima pérdida energética causada por un relajado alabeo muscular de mi cintura. ¡Dios mío, qué horror!

Mientras entre nosotros los buenos nos vigilamos para pillarnos unos a otros, los malos se ríen a nuestras espaldas y de paso nos dejan a todos en pelota. Era lo mismo que me pasó a mí, que ni me planteé el movimiento cuando pasaron por detrás aquellas dos mujeres. Seguro que dos estantería más allá alguien se apropió de algo sin ser notado. Esa pérdida la anotaron a mi cargo. Las cajeras eran honradas, se les notaba. Pero claro, ese pensamiento también valía para mí. Lo que pasaba era que yo no tenía nada de qué

disimular porque yo no había hecho nada, ni tampoco había entrado al supermercado con la intención de robar nada. Si estás relajado, haces movimientos confiados como un animal herbívoro mientras pasta. Y fueron finalmente esos ademanes relajados de normalidad vegetariana los que me delataron.

Más tarde empecé a cansarme y llegó un momento en el que pensé que mi deber era acercarme a ellos y explicarles de una vez por todas la falsa situación que se había creado:

-Oídme chicas, que sepáis que yo no soy ningún ladrón -diría con ademán de simpatía.

Con toda seguridad me mirarían sorprendidas.

-Perdone caballero, pero no sabemos a qué se está refiriendo. Si está enfermo de la mente, búsquese un médico. Nosotros somos gente que escasamente hemos superado la enseñanza primaria. No entendemos de sinapsis, de dopamina, serotonina, neurotransmisores, ni de escuelas psicológicas como el estructuralismo, psicoanálisis, conductismo, humanismo o Gestalt. Apáñeselas usted como mejor le venga señor y no moleste. ¡No robe! Tómese una sobre dosis de barbitúricos y déjenos en paz. No en el sentido concreto de nosotras aquí y ahora como tenderas, sino en el concepto abstracto o conceptual de humanidad como conjunto inteligible, por supuesto desde una perspectiva ontológica del pensamiento occidental. ¡Ladrón!

# LUNES

En un principio me dije a mí mismo que continuar con el estribillo de querer disculparme, iba a resultar ridículo y que lo mejor era dejarlo pasar y asunto terminado. Habría parecido que estaba tratando de justificar el movimiento falsamente inconsciente que hice para reconocer a las mujeres que pasaron por detrás de mí, porque para las cajeras lo que realmente querría ocultar eran mis verdaderas intenciones de sustracción ilícita de productos. Todo el

mundo sabe que los ladrones tienen mucha imaginación para justificar sus tretas cuando los pillan. Los ladrones saben distinguir de sobra la diferencia legal que hay entre robo y hurto, así como la de falta o delito leve y delito propiamente dicho como eje central del derecho penal. Sabe más un delincuente sobre leyes que el mejor de los abogados. Se las saben todas. Y es precisamente ahora cuando yo también me he visto obligado a ampliar conocimientos sobre estos temas judiciales.

Desgraciadamente, el efecto del incidente, o del no incidente porque no había sucedido nada, no había terminado, seguiría desarrollándose y agravándose sin remedio contra mi persona. Esas situaciones son fáciles de olvidar cuando ven que alguien, que ha entrado con pinta rara y ha levantado sospechas, se va sin crear ningún contratiempo y ya no lo ven aparecer más por allí. Cualquiera coincidirá conmigo en que esas situaciones ocurren en todos los comercios. Pero si eres un cliente asiduo, resulta que te han fichado sin remedio. Te conocen, eres el que pillaron tratando de quedarse ilícitamente con un artículo. Qué ingenuos eran los tenderos. Habrían seguido sin darse cuenta de no ser que ese día, una serie de gestos inconscientes e involuntarios delataron al mezquino ratero.

-Cuidado con este pájaro, porque a saber cuántas veces habrá robado con anterioridad. Y eso que parecía un hombre decente. ¡Hay que ver, cómo engañan ciertas personas!

No paro de pensar cómo a partir del día de las botellas, empecé a notar tan sólidamente las miradas puestas en mí. Incluso empecé a sospechar que los clientes también me miraban. Seguro que conforme van entrando, las cajeras les informan:

-Por favor colabore, vigile a ese tipo, que es un mangante. Si nos avisa y lo atrapamos le haremos un descuento en la compra de hoy y le daremos un vale para la siguiente. Además se sortea un viaje para visitar un país en donde existe la pena de muerte y así podrán contemplar en directo miles de ejecuciones de ladrones depravados. Aunque por otra parte, nosotros ya tenemos pensado saltarnos las leyes y desollarlo a la entrada de la tienda.

Completamente ajenos a mis problemas y obsesiones, las personas se dedicaban a coger el producto que necesitaban y luego se iban a por el siguiente. Para ellos yo era un bulto más moviéndose por los pasillos. Nadie les había dicho nada. Todo estaba dentro de mi cabeza. Pero aun así era una posibilidad que no había que rechazar. Cuanto mejor se disimula, más fácil resulta atrapar a la pieza.

El día de las botellas, cuando puse mis productos en la cinta de la caja para pagar, la cajera no intercambió ninguna palabra conmigo. La noté tensa. Imagínense que se acerque a olisquearle a uno un tigre, o un monstruo desconocido de otra dimensión. Noté a la pobre temerosa de que yo supiera que la autora de mi desenmascaramiento había sido ella.

-Que sepas que no estoy sola, aunque tú te lo creas. Cuando se descubra lo que llevas escondido y suene la alarma te vas a enterar. ¡Sinvergüenza!

No era una mujer guapa, pero tampoco era fea. Era medio rubia. Los ojos los tenía color miel claro y la piel de un tono blanco con un fondo de rosa tenue. Con ese tono de piel se notaba todavía más cómo se le concentraba la sangre en las mejillas. Todo su cuerpo la estaba traicionando por mucho que quisiera disimular.

Puse las bolsas y los paquetes de artículos lentamente para que los fuera pasando por el escáner uno por uno. Al salir, la puerta de control con los detectores instalados para leer los códigos de los envases escondidos no sonó.

Tratando de que no se le notara, la mujer me transmitía que ya me habían pillado con las manos en la masa y, aunque ese día tampoco lo podía demostrar, tarde o temprano acabarían pescándome.

-Hace calor -dije-. Te veo sofocada.

-De estar poniendo los productos sin parar en las estanterías al final agarras un sofoco que te hace sudar.

-Claro, eso cansa.

De haber sido real la conversación yo podría haber añadido:

-A mí, la dedicación que tengo de robar botellas, me agota también mucho. Aunque eso tú ya lo sabes de sobra.

Pero me comí el chiste, a ver si empeoraba la situación todavía más. Ya no había remedio. Tristemente me daba cuenta de que el mal ya estaba hecho. Había que esperar tan solo el día en que me sacaran la botella de entre la ropa, o pastillas de chocolate sujetas dentro de los calcetines. Aunque lo del chocolate lo veo difícil. Tengo que reconocer que el chocolate no es algo que me atraiga especialmente. Pero bueno, es únicamente por poner ejemplos. Quien dice chocolate, dice una bolsita de frutos secos. Cualquier cosa, da igual. No sé ni cómo se pueden robar esas cosas tan pequeñas; la verdad es que ni del tamaño que sean. Será porque no soy un ladrón. Es mi resignación la que deja que el flujo de los pensamientos se desenvuelvan sin control. Qué más da. En el momento en que me despiste, veré cómo me rodean para empezar a sacarme productos incluso de las costuras de los calzoncillos. Utilizarán un táser para inmovilizarme, estoy seguro. Lo tendrán preparado debajo de las cajas registradoras.

Sé que hay especialistas en el robo. Lo más fácil sería practicar en casa y sobre todo pedir consejo a algún ladrón de verdad. Podría robar para experimentar la sensación de ser un auténtico ladrón. Así lo podría seguir haciendo hasta conseguir que me pillaran y que ellos se pusieran contentos. Se sentirían felices por haberme cogido y yo también por haberles hecho ese favor misericordioso. Ese día al menos se marcharán a casa complacidos por haber quitado de la circulación un peligro que amenazaba la propiedad y la prosperidad de los ciudadanos honrados.

-¡Qué se pensaba este cara de vinagre! ¡Tío fresco! ¡Ale, a morirte de vergüenza entre rejas!

No se olvidarían de soltar ningún improperio, insulto o injuria de los que prohíben los manuales de correcta urbanidad y dicción. Agité la cabeza al darme cuenta de las tonterías que en un momento se me habían acumulado en la cabeza delante de la cajera y pasé la tarjeta por el cobrador automático. Había perdido la percepción correcta del orden de los acontecimientos. Luego recogí el vale de

compra y me dirigí hacia la puerta sintiendo cómo las miradas me ametrallaban la espalda.

Al salir a la calle oí un helicóptero que sobrevolando la ciudad iba transmitiendo con un altavoz potente:

-¡El ladrón que ha sido desenmascarado en la sección de vinos ha salido a la calle! ¡Persíganlo! ¡Que no escape!

-¿Qué se ha llevado? -preguntaban las nubes sorprendidas al pasar el helicóptero.

-¡Hoy nada, no lo hemos pillado, lo ha pagado todo, pero ya lo hemos descubierto y dentro de poco caerá!

-¡Ay Dios mío, se pusieron a llorar las nubes. No se gana para disgustos!

Se me había olvidado el paraguas y llegué empapado a casa. Una vez cerré la puerta, me sequé el agua del chaparrón repentino y me dirigí a la cocina. Conforme descargaba la compra en la mesa, la misma compra que me fue cobrando la cajera producto por producto, dije en voz alta:

-¡Comeos esa cabrones que no me habéis pillado!

Me sonó a broma pesada. O sea, que sin darme cuenta, también yo mismo me había acusado, culpado, me había leído la sentencia y condenado sin piedad. Transcurrió un momento en el que no sabía si ponerme a reír o a llorar porque la cosa tenía su guasa y todo lo contrario a la vez. Me entraron ganas de bajar otra vez, devolverles la compra y gritarles:

-¡Tomad, no quiero nada vuestro! ¡Y los ladrones lo seréis vosotros! ¡Ahí os quedáis, palurdos! ¡Y no quiero ni que me devolváis el dinero! ¡Ahora me daría asco tocarlo!

Esa aprehensión la empecé a sentir cada vez que entraba en la tienda. Sí, ya digo que en el primer momento me hizo gracia, pero conforme fue pasando el tiempo llegaba a cansarme y a resultarme profundamente molesto. Pensé que lo mejor sería no volver por allí, pero luego yo mismo me decía que si no era culpable de nada no había razón para sentirme incómodo. La misma insistencia monótona empezó a repetirse de una manera agobiante.

-Tú entra, compra, pagas y hasta la próxima. Sin problemas, sin complejos. No tienes por qué fijarte en si te vigilan o no. Ya se apañarán ellos con sus sospechas. Al fin y al cabo están en su derecho de defender lo que les pertenece. Y punto.

# MIÉRCOLES

En las siguientes ocasiones volvía a sentir las mismas sensaciones implacables. Seguro que habrían hecho una revisión de las grabaciones de las cámaras de vigilancia del día en que me pillaron haciendo gestos extraños, o, para ellos, delatores. Ahora las cámaras me siguen pasillo por pasillo. Noto un dron invisible revoloteando sobre mi cabeza. Ya fabrican drones del tamaño de un mosquito. En cada esquina se aposta disimuladamente una dependiente, como si estuviera colocando productos, para vigilar la trinchera por la que me muevo. Yo trato de actuar con naturalidad, mirando y decidiendo qué productos coger y cuáles no. Tanta acechanza me pone nervioso. Decenas de fusiles apuntan al cervatillo perdido en el bosque. Para los empleados lo importante es descubrir cuál va a ser el producto que me atreveré a coger y dónde lo ocultaré. Ese será el definitivo con el que me desenmascararán al intentar salir.

-¡Por fin! ¡Juani, Merce, llamad a la policía que ya lo tenemos! ¡Que vengan también Ramón y Alfonso que son más fuertes! ¡Este ya no se escapa! Pillado y denunciado. A dormir al talego a la espera de juicio. ¡Ladrón! ¡Sinvergüenza!

Antes de ser yo el causante de levantar sospechas, cuando entraba gente rara o sospechosa en el local, las cajeras ya me habían contado la manera en que empezaban a emitir por los altavoces palabras en clave para avisar al resto del personal y así pillar al ratero antes de que pudiera escapar.

-¡Señorita Carmen pase por la oficina!

Nadie se llamaba Carmen. Y entonces se veían los movimientos ensayados y coordinados. Varias veces mientras yo pagaba ya había

visto un revuelo así y me comentaron la razón de por qué lo hacían. En cada esquina de un pasillo se situaba un vigilante. Ese conocimiento del despliegue estratégico configura ahora el bucle de mi mente descontrolada.

-¡Señor Juan acuda a caja trece! -se oía otro día por los altavoces.

Lo mismo. Todos sabían que no había ningún señor Juan trabajando en el local ni tampoco había trece cajas. Rápidamente se ponían alerta y en movimiento.

Yo lo comentaba tranquilamente con ellas mientras pagaba. En esos momentos yo era el cómplice, no el acusado.

-¡Uy, aquí tenéis que andar con un ojo en cada rincón! -decía yo.

-Ya lo puede ver usted por sí mismo -me decían.

Pero eso era mucho antes de haberme convertido en el principal devastador de su tienda y como consecuencia el más detestado y perseguido, porque esas mismas llamadas fueron las que empecé a oír cuando era yo el que hacía acto de presencia. El despliegue no para desde el día nefasto en que se me ocurrió cimbrear el cuerpo de manera tan obscena como sospechosa.

Hubo una ocasión en la que todavía me costaba asumir la situación y me quise asegurar bien. Ese día era temprano y no había casi nadie en la tienda. En el mismo momento en el que pisé el local, empezaron los mensajes por megafonía y observé la distribución de la tropa. Yo disimulada con la cabeza gacha mirando las estanterías, y veía la exagerada y evidente cacería que se desplegaba en torno mío. Era curioso observar una estrategia tan previsible y conocida. Entonces ya no pude dudar de que iba dirigido a mi presencia. Incluso cuando estaba pagando lo utilizaron. Las cajeras ahora sí me miraban directamente a los ojos conforme dejaba los productos en la cinta de la caja. Se daban apoyo mutuo. Lo hacían sin miedo. Seguras de su verdad. Durante algunos momentos me dio la sensación de que estaban enamoradas de mí. Aunque esa risa tenía otras razones. Era la risa de la complacencia y de la superioridad. Ese deseo de darme un abrazo para retenerme mientras llamaban a la policía me enternecía. Les notaba deseosas de apretar el botón de

alarma o el gatillo de la escopeta recortada escondida debajo de la caja.

Cuando terminé de pagar, se relajaron y me dejaron marchar. No tuvieron más remedio. Otra vez no pudieron demostrar que era un criminal miserable.

Yo salí blasfemando para mis adentros y enfurecido como un toro con el lomo cargado de banderillas.

-¡¡Bueno, a la próxima será!! -oí que me decían con el altavoz telepático cuyo volumen habían puesto al máximo-. ¡¡Aquí seguiremos esperando!!

Una vez el enemigo había huido, se iban a hacer otras tareas que habían abandonado por si necesitaban sujetarme entre todas.

-Falsas. Malvadas -les decía con el pensamiento-. Se os nota demasiado que la sonrisa de amabilidad hacia mí es mentira.

Casi se me saltaban las lágrimas por no poder explotar y ponerme a gritar como un lunático. Que llamaran a la policía si querían. Que me detuvieran y me llevaran al hospital para que me acribillaran a pinchazos y me dejaran sedado una semana entera. Lobotomía si es necesario. Me daba igual.

-Lo que usted piense nos trae sin cuidado -me contestaban con las sonrisas y las miradas de complicidad que cruzaban entre ellos-. Hoy se escapa pero, aunque no lo sepa, tarde o temprano se va a enterar. ¡Vamos a por usted, canalla! No le pondremos sedantes como se piensa, le vamos a pegar un tiro en la frente, toma lobotomía, para que se entere de una vez, o para que no se entere; nos da igual si así nos lo quitamos de en medio para siempre, por el bien de la humanidad.

-¡Por el bien de la humanidad -gritaron todos a la vez en la reunión que hicieron para planear mi cacería.

No notaban que yo lo sabía todo como un ser omnisciente y que precisamente por eso mi benevolencia los absolvía. El dolor que más me causaba era que yo iba por delante de ellos. En su ignorancia seguían considerándome ajeno, inconsciente de la batida que tramaban a mi alrededor. No sabían que yo mismo dirigía las

trompetas de la montería dirigida contra el inocente venado al que acusaban de haber hecho amago de morder los pastos ajenos.

Empecé a comprender las ventajas, la emoción, del contraespionaje que se ve en las películas. Siempre sabiendo más que el enemigo. Pero esa comprensión me agotaba. Yo no tengo ningún interés por el contraespionaje. Solo me gusta en las películas, nada más. Solo quiero comprar lo que necesito y marcharme a mi casa para seguir disfrutando de una vida tranquila, sosegada, pacífica, pastoril; dedicarme simplemente a mis estudios para crear nuevos motores, nuevos combustibles, para que el mundo avance y pueda viajar a Marte y más allá en un futuro cercano.

La naturaleza no es cruel sino indiferentemente despiadada, leí en cierta ocasión. Si el asunto me diera igual entraría y saldría con toda tranquilidad, sin plantearme si me vigilan o no, ya lo he dicho un montón de veces. Lo que cojo de las estanterías lo pago y hasta mañana. Nunca he ido a ningún sitio con la intención de robar nada. El conocimiento produce dolor. La consciencia humana produce sorpresa, incertidumbre. Eres consciente de tus limitaciones, de tus actos. Eso siempre lo he oído, pero es precisamente ahora cuando noto en mis propias carnes la crueldad de esa filosofía indiferente a cualquier lamento.

Los estantes que sostienen las mercancías son como el laberinto de los ratones de laboratorio. Las perspectivas de los pasillos son líneas paralelas que se unen allá a lo lejos, en el infinito, donde una empleada, que se dedica a colocar productos, se sitúa para vigilar mis movimientos. Seguramente no soy el único cliente del que sospechan. Pero eso no es precisamente lo que a mí me preocupa ni aún menos lo que me tranquiliza. Reconozco que hay que ser precavido si se quiere abrir un negocio. Todo eso lo entiendo. Lo malo es que, al ser yo tan consciente de la situación, molesta más. Así, cada gesto o cada movimiento que hacen en mi contra lo capto perfectamente. Unas veces, sobre todo al principio, me daban pena, era la sensación de superioridad que proporciona el distanciamiento del científico; era yo quien los veía a ellos como si fueran ratones de experimentos. Hasta que al final mi estado de ánimo me empezó a

dar un poco de molestia estomacal, aprensión, por no decir abiertamente que me producía un asco profundo. Todo llega a cansar, en especial esas malas sensaciones. Me gusta ser feliz. Con el paso de los días, circunstancias como esta llegan a extenuar a cualquiera. Y eso que recuerdo cómo al principio las chicas me resultaban graciosas, como si estuviéramos jugando a la inocencia del escondite.

-Hay otros supermercados -me repetía una y otra vez a mí mismo-. Lo que pasa es que este es el que más cerca me pilla de casa. ¡Joder! -gritaba para mis adentros-. ¡Pero si tú no has hecho nada! Está bien -trataba de tranquilizarme-. Lo entiendo. Cada uno defiende lo suyo. !Pero es que yo no me he quedado nunca con nada de nadie!

En cierta ocasión dos amigos me contaron cómo les habían cogido robando en un supermercado. Uno iba ataviado con una gabardina larga. Se llamaba Ángel. El otro, que se llamaba Samuel, desde el principio le avisó de que él no quería saber nada.

-Da igual, tú no te preocupes -le tranquilizó Ángel-. Yo me encargo.

A la salida los pararon. Ángel había cargado tanto la gabardina que hasta los tenderos, pese a que los habían estado vigilando desde que entraron, se sorprendieron de cómo se había distribuido por la ropa esa cantidad de productos y a demás con la sorprendente habilidad de conseguir que los bultos no resaltaran en lo más mínimo a través del tejido.

-Cuando os vimos entrar ya os notamos en las caras a qué veníais. Pero sois buenos, en ningún momento os hemos pillado cogiendo nada. Aunque estaba claro que de aquí no ibais a pasar.

Tanto Samuel como Ángel eran jóvenes y tenían una pinta demasiado llamativa de estudiantes universitarios, que al fin y al cabo es lo que eran. El supermercado estaba en un barrio lleno de ese tipo de gente convulsa. Fue justamente ese aspecto lo que ayudó a que se apiadaran de ellos. Al final todo se resumió al simple acto de que Ángel soltara lo que llevaba encima, que también dejaran lo que habían metido en el carro para disimular que habían

ido a comprar y que no querían volver a ver nunca más a ninguno de los dos por aquel sitio.

-Porque a la próxima llamaremos a la policía y el lío va a ser más serio para vosotros.

Los tenderos no se portaron tan mal con esos dos mentecatos.

-Hace falta ser tontos para meterse en líos así -recuerdo que les dije, cuando me lo contaron.

Ellos sí que pecaron, por lo menos Ángel. Pero yo no. Yo siempre he sido de los que piensan que a la larga te acaban pillando, de la misma manera que les pasó a ellos. Por ese motivo, el quedarme con objetos de las tiendas es una de las tentaciones que jamás se me ha ocurrido cometer. No por miedo, sino porque no me interesa llevarme nada sin antes pagarlo; la fórmula siempre es así de sencilla. Meterte en un lío por una simple lata de sardinas, o de lo que sea, sin necesidad, no va conmigo. Con una barra de pan y una lata de foie gras se puede pasar el día. Nunca me ha sobrado el dinero, pero mi límite no ha pasado más allá de la punta de mis dedos. Si lo que había que tocar no era mío, lo pagaba. Lo absurdo y lo ridículo es que ahora soy yo el que, involuntariamente, se encuentra atrapado en esta situación.

Que el malestar de mi situación actual se desarrolle por el miedo que me causa entrar en un supermercado es algo que retuerce mi interior. Soy un inútil. Un simple movimiento me ha convertido en el asesino más buscado del mundo. Un solo gesto inconsciente y el Universo toma un rumbo diferente, irreversible, irrespirable. Y si esto no tiene nada que ver con el Universo, si lo tiene que ver conmigo.

A veces, cuando entro a comprar en el supermercado de mi condena, me acuerdo de la anécdota de mis amigos Ángel y Samuel. Y pensar que a estas alturas de la vida ya ni me acordaba de esos dos lerdos. Si no hubiera ocurrido la anécdota que me atenaza la existencia, ni los habría vuelto a rememorar. De repente me di cuenta de que todavía seguían ahí, dentro de mi mente, en un rincón perdido del archivo de lo innecesario. Pero la verdad es que eran buenos amigos. No sé nada de ellos desde hace décadas. Espero que les vaya bien.

Me río para mis adentros y continúo llenando el carro. Me distraigo en lo mío, pensando en anécdotas del pasado, mientras compro lo que necesito para el día, hasta que de repente descubro cómo aparece una cara furtiva desde detrás de una esquina que me mira tratando de disimular, o alguien que pronuncia la falsa consigna por los altavoces adaptada para atrapar piratas de mi condición.

-Señorita Luisa a su caja.

Siempre el mismo pasillo central, largo, por el que se pueden ver las cajas registradoras que dan a la calle de la estación de trenes y en sentido contrario las que dan a la parte por donde se sale a las cocheras. Entonces te das cuenta de que el espacio se expande o se contrae dependiendo de lo encarcelado que uno se sienta.

No hay nadie pagando en ninguna parte, porque está claro que no hay ninguna señorita Luisa. El juego consiste en que me tienen centrado en el blanco.

-Ya estamos otra vez montando el numerito de la caza del zorro -pienso furioso para mí mismo-. Ahora que me había distraído pensando en mis sandeces.

Ni suspirando de la manera insondable a como los estoicos consiguen su equilibrio, consigo reponer mi cuerpo a su estado de calma natural. A partir de ese momento ya han conseguido que se me revuelva el estómago de tal manera, que no pararé de sentirme mal todo lo que reste del día, incluso mucho después de que haya escapado de ese atolladero dedicado al sector alimentario.

De repente me desconcentro, cojo lo que sea y me voy. Siempre se me olvida algo importante, algo por lo que había ido a propósito, pero que al distraerme se me olvida al instante. Y por no ponerme a dar patadas a las estanterías o a gritar para que se callen, me marcho cuanto antes. Cada vez aguanto menos este tipo de chifladuras tan ridículas. Empieza a darme aversión acercarme a las puertas de este supermercado abominable.

Una y otra vez se me viene a la cabeza cómo antes de haberme convertido en el enemigo a abatir, cuando todavía no sospechaban de mí, y les preguntaba que si lo que ponían por los altavoces eran

claves para alertarse entre ellos, porque me resultaba raro y gracioso oírlo, me respondían que efectivamente.

-Hay mucho mangante -me decían

Esas secuencias de amistad pertenecientes al estado anterior, que se van perdiendo para siempre, no paran de darme vueltas una y otra vez en la cabeza. Por eso voy a hacer caso a la expresión popular tan conocida de que estoy a punto de explotar y va a ser precisamente eso lo que sucederá.

-Señorita Manoli pase por oficinas -vuelan las palabras provocadoras, contentas y animadas. Contra mí.

Se les ha olvidado que, hace tiempo, me confesaron sus trucos. Ahora ese mismo tipo de alarmas no paro de oírlas en el mismo momento en que pongo la punta del zapato dentro del super y además van dedicadas exclusivamente para mí. No las han modificado sustancialmente. No son muy originales. Y la verdad es que todo eso me da igual. Aunque miento, no, no me da igual, de hecho ahora me fastidia doblemente.

-¿Nos escucha usted, perro ladrón?

-Claro que sí. Aquí nadie se llama Manoli. Estas son consignas que no las pueden saber los delincuentes, solo las sabemos nosotros.

-Y si usted nos entiende entonces rabie y arrástrese, porque usted es el asesino de la manutención de nuestros hijos.

Si no fuera porque aquel día me di cuenta de cómo me miraba la cajera, ella me había pillado tratando de esconder una botella de vino, sería un ser completamente inconsciente y no me enteraría cuando entre los dependiente de la tienda se transmitieran los mensajes debido a mi presencia. Nunca se me ocurriría relacionarlo conmigo. La ovejita pastando. Seguiría comprando y pagando, ajeno a las miraditas solapadas, a los mensajes de megafonía y utilizando sin más el establecimiento para adquirir los productos que necesitara. Yo compraría, ellos me vigilarían, yo no me enteraría y hasta la próxima.

-¿Cuánto es esto?

-Tanto. ¿Tarjeta o efectivo?

-Tarjeta. Pun. Toma. Adiós.

-Adiós.

Todo sin subterfugios. Ellas que pensaran lo que quisieran, yo a lo mío y sin enterarme. Seguiría inconsciente de mi propia vida, sin percibir que era la lacra humana por excelencia; de ser el modelo de depravado universal materializado en unas células aleatorias que conforman mi organismo. La vaquita paciendo. Hay muchas cosas que hacer durante el día para quemarse las entrañas pensando solo en lo mal que lo paso ahí dentro.

Recapacité. ¿Por qué no admitía que era un ladrón desde que nací aunque nunca me hubiera dado cuenta porque jamás había robado nada?

-¡Admítelo, eres un ladrón!

Lo admito. Yo he nacido ladrón sin darme cuenta hasta que por fin me he dado cuenta gracias a un gesto inconsciente por el que fui localizado y así se me ha podido categorizar dentro de mi verdadera entidad. Nunca he robado, pero me están demostrando cada día la auténtica catadura de mi naturaleza.

-¡Admítelo!

Según los ladrones, solo eres un ladrón cuando te pillan robando algo; mientras no te atrapen sigues siendo una persona honrada.

-¡Admítelo! ¡No te justifiques!

Conmigo pasa lo contrario aunque yo no lo quiera reconocer. Debería entregarme cuanto antes y dejar de sufrir. *Sí, lo admito, soy yo.* Pero si me entrego antes de robar me tomarán por loco no por ladrón. Es igual, conque te pillen o sospechen de ti una vez, basta. No basta si solo sospechan. Te tienen que pillar. Y fue mientras pensaba así cuando encontré la solución. Definitiva. Estaba escrito en el detergente que solía comprar: *Fórmula definitiva contra las manchas.*

-¡Eso es, tengo que limpiar esta mancha abominable para siempre! -grité en el medio del páramo de mi existencia.

En un comercio donde dejan los productos en estanterías, siempre falta algo a la hora de hacer inventario. Verdaderamente

hay gente que roba y por eso, si ven a un tipo haciendo gestos sospechosos, relajados, automáticamente pasa a ser otro mangante al que controlar, perseguir, atrapar, y ejecutar en vía pública. Mi presunción de inocencia ya solo tiene el mismo valor que los rollos de papel de uso corporal muy concreto.

-A mi tienda no venga a robarme lo que es mío, porque no será suyo mientras no lo pague. Aunque esté al alcance de sus manos. La exposición en las estanterías es básicamente para simplificar la compra. Coge lo que necesita, paga y adiós, señor. Encantados de haberle servido.

-Estoy completamente de acuerdo. De hecho así pienso yo también. Es lo que hecho toda mi vida.

-Sí claro, pero a nosotros ya no nos engaña usted y tarde o temprano caerá.

Me veo precipitándome en una espiral sin fin.

# JUEVES

Cada vez lo recuerdo de una manera más lejana. Al principio, durante algún tiempo, me hizo gracia ser el centro de la vigilancia. En cierto modo me gustaba jugar a las aventurillas, hasta que llegó un momento en que ese tipo de juego terminó por cansarme y quemarme.

-¿A dónde vas, buen hombre?

-A comprar lo que necesito y adiós.

-¿A dónde vas triste de ti?

-A comprar lo que necesito y adiós, y de paso envenenarme la sangre.

-Por nuestra parte, encantados de que se muera, señor.

Las aventuras están bien para la ficción. En la vida las aventuras son traumas, penas, dolor, asco. Me gustaría decir a esa gente, que fui yo quien los pilló a ellos imaginando cosas malas contra las

personas inocentes que cometen un error en el ritmo de la respiración. Sucedió cuando me volví para mirar a las mujeres que yo pensaba que eran conocidas mías. Y entonces fui yo quien pilló sus intenciones reprimidas de cazar a la comadreja, la alimaña descubierta en plena acción. ¡Basta, hay que calmarse! Respiro hondo.

-Os imagináis que yo soy un ladrón desde que pasó lo de aquel día, pero os aseguro que nada de eso es verdad. Nada. Nada de nada.

-Perdone señor pero no sé a qué se refiere -me contestaría la cajera, mientras de reojo miraría a los otros compañeros pidiendo ayuda-. Se repite mucho señor. Me viene agobiando desde muchas páginas atrás, señor.

-Nunca os he dicho nada. Nunca me atrevo. ¿En qué me repito?

-Se repite mucho señor. Así se muera, señor, para dejar de verlo para siempre, señor.

-Eso duele señorita.

Termino reconociendo que todo son imaginaciones mías que debo parar. Qué necesidad tienen ellos de pensar nada malo de mí ni de ningún otro cliente. Ellos están en otras cosas. Yo solo soy una pura circunstancia que tan solo tiene corporeidad cuando hago acto de presencia. La obsesión está por mi parte, que no paro de darle vueltas a la misma irrealidad, o a la misma inmaterialidad creada por mí e inducida por la locura que causa la imposibilidad de explicarme.

-¡Por Dios, pero cómo puede pensar usted que desconfiamos de los clientes! ¡Nos arruinaríamos en dos días! El cliente es un cliente y siempre tiene la razón. Estamos para servir sus necesidades. Si usted paga por lo que le ofrecemos, nosotros tan contentos y tan amigos.

-Yo siempre pago. Sois vosotros los que pensáis que robo.

-Caballero no hable por boca de los demás, porque nadie sabe a qué se está refiriendo -me diría tranquilamente el encargado.

Me balancearía como el día de las botellas.

-¿Y ahora qué dice de mis movimientos?

-Pues que usted es un payaso al que todo el mundo odia porque no hace nada de gracia.

Mientras se produjera la tensa conversación, yo vería cómo el despliegue de empleados, disimuladamente, se distribuiría a mi alrededor. La confesión me llevaría a ser incluso más sospechoso. Sacarían los teléfonos móviles por si había que llamar a la policía y grabarlo todo para tener pruebas contra mí. En algún momento pudo ser, pero ahora ya no sé si puedo encontrar algún momento que me divierta. Bueno, sí que lo sé, y no, no me divierte nada, al final no me divierte nada en absoluto.

Había pensado no volver más por esa tienda, pero vuelvo solo por experimentar la locura clandestina que se organiza cada vez que piso los pasillos de las estanterías claustrofóbicas; como el que vuelve a una pesadilla que no puede controlar pero que necesita solucionar para por lo menos vivir tranquilo, para superar el miedo de la noche siguiente cuando tenga que enfrentarse otra vez con el horror del mismo sueño. Como si volviera para agarrar del cuello al viejo bailarín que me robó la cartera.

Siempre me repito que no pasa nada, que al fin y al cabo es un supermercado al que me viene bien ir porque está cerca de mi casa. Sin embargo, aunque trate por todos los medios de no pensarlo, voy con el complejo de que soy un bandido de verdad al que, tarde o temprano, pillarán con las manos en la masa. Y cada vez más temo que algún día terminaré robando de verdad para darles la razón. A ellos les serviría también para poder decir:

-¡Toma, lo sabíamos! ¡Jódete cabrón! ¡Por fin te llegó el día!

-Cómo me gusta veros felices.

Permitid que me repita.

-¿Qué dice este?

-Nada que estoy como una cabra y me encanta.

Si llegara ese momento yo lloraría por compasión aunque ellos pensaran que lo hacía por sentir la culpa del malhechor prendido en un acto innegable. Entonces me sentiría estúpidamente justificado al haber hecho un acto de misericordia hacia esa gente que tanto se

empeña en atrapar inocentes, cucarachas o lo que venga de temporada.

-Aquí estoy -les diré-, detenedme, teníais razón, soy un ladrón, soy culpable, juzgadme, condenadme, ejecutadme de una vez. Exijo la pena de muerte por despellajamiento y luego rebozadme de sal hasta que muera deshidratado, escocido, hecho sarmuera hasta los órganos más internos. Disfrutad. Sed felices. Yo también soy humano y lo comprendo. Hacedlo por vuestros hijos que están esperando en vuestras casas a que regreséis y los abracéis.

Sin embargo, el descubrimiento de mi acto de arrepentimiento nunca se realizará en la Tierra. En el juicio final, cuando se acaben los días, se sabrá todo. Pero ellos, los empleados de esa tienda, no estarán conmigo porque habré caído al infierno, mientras ellos estarán gozando de las eternas vacaciones en el cielo. Vivirán felices e inocentes para siempre, ajenos a la verdad terrenal que desencadené involuntariamente en el pasado. Para entonces tendrá incluso menos importancia que ahora.

Pero yo sé que todo quedará grabado potencialmente en el código de los principios termodinámicos y cuánticos a la mejor gloria de la bondad cósmica.

La presunción de inocencia es una trampa, una falacia, una mentira, un eufemismo, para justificar a los caraduras resentidos como yo. Con la sorpresa que les tengo guardada, me convertiré en culpable de otro acto más cruel que el simple hecho de robar y que les transformará a todos ellos en verdaderos inocentes para siempre. Yo crearé las tinieblas pero, en su ignorancia e inconsciencia, ellos alcanzarán todo lo contrario, la luz y la felicidad.

Por mi acto el Universo desaparecerá en un último crujido aniquilador. Introduciré el dilema de mi contradicción: no soy un ladrón pero apretaré el mecanismo explosivo. Aunque, nadie que se encuentre cerca de mí se enterará, haré justicia contra mí mismo. La justicia de la nada. Del sinsentido. Conseguiré la desaparición de cualquier eco del pasado que tuviera relación con mi transcurso por este mundo.

Por lo menos seré liberado del laberinto de las estanterías llenas de botes de tomate, arroz, fideos, de las cajas registradoras y dejaré de pensar en las posibilidades temporales a las que podría viajar con una máquina del tiempo, doblar las dimensiones para advertirme a mí mismo de que no doblara la cintura cuando oyera voces conocidas.

-Eh, mírame a la cara, soy tú yo del futuro. He venido a decirte que nunca flexiones el cuerpo cuando estés mirando las botellas de vino.

Instantáneamente desaparecerá la necesidad de querer encontrar un remedio para ese maldito día en el que me cimbreé como un junco porque me pareció haber oído la voz de una de las sirenas de Ulises a la que creí reconocer. Cuanto más se tuerza el tallo más energía potencial se acumula para azotar la cara del enemigo que pretende troncharte.

Mi condena eterna. El castigo definitivo seguramente consistirá en entrar en un supermercado para pagar las consecuencias de ser atrapado en un robo cíclico interminable. Ladrón condenado a repetir el hurto de una pastilla de chocolate, o una lata de sardinas, o una botella de vino blanco y a continuación ser capturado, vejado y lanzado a un río de lava, una y otra vez. O soltar el buitre que me comerá el hígado sin pausa. Todo viene a ser lo mismo. Condenado por desconfiado. Siempre he dudado de la infinidad de argumentos que buscan la justificación de una metedura de pata circunstancial, sin embargo ahora me complace revolcarme en los lodos de mí propio raciocinio.

Me quedo mirando las tabletas de chocolate en las estanterías y calculo en qué bolsillo cabrían sin problemas. En invierno cuando vamos con abrigo, miro dónde podría meter un bote de fabada, o una botella de vino. Me veo como mi amigo Ángel cuando lo pillaron. Me imagino junto a él, cargados ambos hasta los topes sin casi poder caminar. La ropa me pesa mientras camino hacia la caja. El suelo de cemento armado cruje bajo mis pies. Oigo de fondo al carnicero que afilando los cuchillos me dice:

-El método de despiece es el siguiente: Primero al animal, en este caso al cliente, se le abre en canal y se le despoja de las tripas, o vísceras si se quiere emplear un término más retórico; luego se le despelleja y se le unta todo bien con sal, este producto da para mucho juego, porque, mediante una técnica especial que domino a la perfección, se mantiene el cuerpo vivo para que vaya sintiendo todo el proceso lentamente, paso a paso. Ya solo queda reír de satisfacción mientras la víctima da alaridos de dolor pidiendo que le echen agua encima, o lo rematen de una vez.

Por casualidades de la vida, el carnicero vive en mi escalera. Tiene dos hijos. Hay días en los que hemos compartido el ascensor. Cuando te metes con otra persona en una caja sin salida, hasta que no se abre la puerta en el piso siguiente, se habla de lo primero que se le viene a uno a la boca para que el breve viaje no se haga demasiado claustrofóbico. A partir del día en que la dependienta dio la alarma sobre mis saqueos, los momentos en que el carnicero y yo hemos coincidido en el ascensor, el diálogo se ha reducido a hablar sobre el tiempo que hace ese día, o a contestarnos con monosílabos para empujar al tiempo y que los segundos pasen más deprisa. En varias de esas ocasiones estuve tentado de explicarle la falsa apreciación que tenían sobre mis robos pero comprendí que sería imposible. Seguro que me habría contestado:

-Perdone, pero es que no sé a qué se refiere. A no ser que me esté pidiendo que utilice en este momento con usted los cuchillos que llevo siempre encima por la inevitable necesidad de sentirlos pegados a mi piel.

-Sí, la piel. La epidermis. Entiendo el concepto que me quiere transmitir.

Él se sonríe mirando al frente y en ese momento se abren las puertas del ascensor. Es mucho más alto que yo.

A sus palabras les seguiría un chasquido de dientes indicándome las ganas que le entraban en ese instante de utilizar los instrumentos con los que fileteaba la carne. Con personas tan viles y ruines como yo no existe otro método. Estoy jodido. Las consecuencias del descubrimiento de mis robos ocultos, invisibles,

inexistentes, me obligan a mantener el máximo de discreción sobre lo que me atreva a decir, porque todo intento de esclarecimiento por mi parte lo interpretarían como una declaración de culpabilidad abierta. Este bucle me va a matar sin necesidad de que nadie mueva un dedo. De todas formas el paso definitivo lo voy a dar yo.

-¡Ni se te ocurra abrir el pico, canalla! -notaba que me decía el carnicero por el rabillo del ojo-. Sé lo que piensas. Tarde o temprano te va a llegar la hora y yo estaré allí para darte tu merecido.

Entonces se abren las puertas del ascensor.

Ni siquiera nos despedimos al salir. Ni siquiera el sencillo saludo de *hasta luego*, aunque sea solo por cortesía entre vecinos. El carnicero me supera en estatura. Me molesta que en el cajón del ascensor, cuando me dice algo, yo me vea obligado a levantar la vista desde una perspectiva inferior y humillante. Especialmente desde que empezó la tensión por las sospechas o, para ellos, las certezas.

-Recuerda a san Martín y el significado de la fecha que se conmemora en su nombre.

En ese momento las puertas del ascensor se separan para dejarnos salir.

Con anterioridad a la catástrofe que causó el hundimiento de los muros de mi honradez, hablábamos de los distintos modos de cocinar un trozo de carne, fuese del animal que fuese. Eran los tópicos de siempre, de si a uno le gustaba el entrecot muy hecho o poco hecho, o qué clase de vino poner con la carrillada, o si es preferible poner la sal antes o después de pasar el filete por la sartén y así sucesivamente con otros platos. Pero cuando se desató la tormenta y me acercaba al mostrador de la carne, empecé a notar que los choques metálicos de los cuchillos contra la chaira sonaban de una manera inusualmente aterradores.

Y fue también a partir del desenmascaramiento cuando llegaron los monosílabos en la tienda. Sus silencios mientras cortaba la carne. Nunca había afilado los cuchillos tanto ni con tanta energía. Al final los cuchillos cortaban la carne como si esta fuera mantequilla. Los

exhibía bien delante de mi vista para que viera el destello del filo. Tajadas limpias.

-Buen acero, sí señor -le decía yo.

Él se limitaba a emitir un gruñido.

-Yo también puedo manejar cuchillos -le decía mentalmente mientras esperaba a que me preparara las porciones-. ¿Sabes?, siempre me han dicho que mi mayor defecto es no expresarme abiertamente. Que precisamente por eso, a estas alturas, debo reconocer que si hablo mucho mentalmente y poco con la boca es porque soy un fantoche pusilánime. ¿Tú me entiendes, verdad?

El seguía indiferente cortando la carne.

-Para tener clientes ladrones, mejor no vuelva usted por aquí -y ¡zas!, le daba un corte a un trozo de carne-. Ya le hemos descubierto. -¡zas!, otro-. ¡Mire, si pudiera le levantaría el cuchillo y le gritaría ladrón para que se fuera de una vez y dejara de molestarnos! -¡zas!, la carne tiene un sonido sordo, apagado-. ¡Y ganas no me faltan de tratarle a usted como a estos pobres animales que se come la gentuza de su calaña! -¡zas!, los huesos crujían. Ese es otro sonido que se diferencia muy claramente del corte contra el músculo tierno.

La maciza tabla donde cortaba las chuletas temblaba a cada golpetazo. Yo interpretaba sus palabras junto con los gestos mientras iba despedazando un pollo o cortaba el costillar de un cerdo. Aunque quisiera sobreponerme, ese matarife siempre conseguía que me estremeciera. Oír los sucesivos chasquidos de huesos, cartílagos y músculos, altera ciertos puntos neuronales del cerebro que ponen a uno a la defensiva y, te creas lo valiente que te creas, el cuerpo se empieza a aflojar y la punta de los pies a señalar hacia la salida más cercana.

-¡Pronto os llegará la hora a todos! -le gritaba yo sin poder abrir la boca-. Porque por lo visto este asunto cada vez va teniendo menos soluciones. Mi método no es tan teatral. Solo un dedo y un botón, y asunto terminado.

-¿Perdone, quería alguna cosa más? -me preguntaba el carnicero cortando en seco el flujo demencial de mis pensamientos.

-No, con esto tengo bastante. Gracias.

Lo envolvía sin levantar la vista del paquete y luego me lo ofrecía para que lo colocara en la cesta con ruedas. Las carnicerías huelen a carne fresca recién descuartizada. Nos acostumbramos a todo. La comida es lo principal. La carne fresca huele muy diferente a cuando se asa y tienes mucha hambre.

Me quedaba mirando al carnicero para comunicarle que no le tenía miedo. Realmente yo me hacía la idea de que lo miraba.

-Yo no he hecho nada. Aunque no maneje los cuchillos como tú, estoy preparando las sustancias de mi liberación. La química eliminó la actividad de seguir afilando más cuchillos. Me refiero a la guerra.

# VIERNES

Poco a poco los días se agotan. La maldita cuenta atrás. Durante esas visitas prefería mirar hacia otros rincones de la tienda a la espera de que el carnicero terminara de servirme la compra. Entonces me daba cuenta de que quien me estudiaba de reojo era él a mí. Trataba de averiguar en qué estantería colocaba yo la vista, para luego, cuando se despistaran, encargarme de meter entre la ropa el hurto del día.

Nunca había sentido tantas ganas de insultar a alguien como cuando el carnicero se ponía a afilar los cuchillos con la chaira. Es un sonido que me produce grima. Te empiezan a escocer los dientes. El roce del metal suena a desafío, a duelo a muerte. Los tengo aquí metido. Entre las sienes.

Me habría gustado entrar un día vestido de gladiador y desafiarlo. Me daba igual que fuera más alto y tuviera más envergadura de brazos para alcanzarme con facilidad. Yo sabía que atacar dando puñaladas bajas es más efectivo y ahí yo llevaba ventaja. Él lanzaría el ataque, yo me agacharía dando un giro rápido para cortarle los

tendones de las corvas y luego, cuando le cedieran las piernas a causa del dolor y le fuera imposible levantarse, desde arriba le clavaría mi espada siguiendo la trayectoria descendente desde la parte tierna de los hombros, junto a la clavícula, hasta que la hoja atravesara los pulmones y llegara al corazón. Le vería escupir borbotones de sangre y, mientras agonizara arrodillado a mis pies, le gritaría:

-¡Yo no soy un ladrón! ¡Quiero que lo sepas antes de morir! ¡Y encima sé manejar los cuchillos mejor que tú por muy carnicero que seas! ¡A matarife te gano!

Yo sería el vencedor de la película. Lamería la sangre que chorrea por la hoja de la espada y, cuando el carnicero estuviera ya casi sin vida, le susurraría al oído con voz áspera:

-Mira, me como tu vida.

Pienso demasiado. Demasiado mal, quiero decir.

No sé por qué, pero hace tiempo que el carnicero y yo no nos cruzamos en el ascensor. Para mí que se ha cambiado de casa, seguramente se ha comprado una propia, en vez de vivir de alquiler. Se le ve una buena persona y buen trabajador. Tiene una mujer regordeta y bajita. Hay un contraste muy llamativo entre él, alto y quijotesco, y la mujer bajita y Sancha. El carnicero tiene la barba muy negra y espesa. A la mujer se le ve blancota y de pelo lacio y rubio. De vez en cuando los he visto juntos, con su parejita de hijitos, niño y niña, caminando detrás de ellos como patitos. No son mellizos, pero se llevan muy poca edad. Son pequeños, de unos cuatro o cinco años. La niña ha salido a la madre, aunque todavía es muy pronto para saber cómo será en el futuro cuando se haga jovencita. Se nota que están educando muy bien a esos niños porque siempre dan las gracias por todo. La madre es risueña y parlanchina. Cuando vivían en mi escalera la veía a menudo hablar con los otros vecinos y se notaba que la apreciaban. Algunas veces he visto a la madre y a los niños frecuentar el super para saludar al padre. El día que me decida espero que no sea uno de sus días de visita. Pero eso yo no lo puedo prever. Lo que suceda, sucederá y cada vez tengo más ganas.

-¡Nunca he robado nada! -grito cuando me despierto por las mañanas.

La cajera disimula cuando me acerco. Debe notar mis ojeras marcadas debido al sufrimiento. Pago y salgo cargado. No me han pillado. Pero soy culpable. Ya no puedo dar marcha atrás para devolverles lo que he robado. Al llegar a casa pongo los artículos por separado, agrupados como productos impuros, intocables, fruto solo de una demostración de fortaleza frente a esos idiotas, o de debilidad por haber desafiado y caído frente a sus deseos de atraparme. Idiotas igualmente. Me siento un ser superior capaz de destruir el Universo entero. Por un momento no me siento despreciable. Un minuto más tarde sí me siento despreciable. Y mucho, por el solo hecho de acusarme de nada a mí mismo. Miro extrañado los productos. Los he pagado todos.

-¡Yo nunca robo! -de repente me despierto-. ¡Por favor, otra vez no! ¡Ya estoy harto!

-Puedes ir a otro super y no hacer estallar la bomba -me dice la voz de mi conciencia.

A la hora de la verdad todo se queda en una fantasía siniestra sin fundamento. Nunca podría robar. Caería de rodillas pidiendo perdón por el simple hecho de haberlo intentado. Cuando lleno el carro dejo los articulos más pequeño encima para que vean que no me quiero quedar con nada que haya intentado ocultar sigilosamente. Que se vean claramente las cajitas de caldo, bolsas de frutos secos o cualquier paquete pequeño de la especie que sea. Es debido a esta ofuscación por lo que a veces compro esos paquetitos sin verdadera necesidad, tan solo para demostrar que no me llevo nada, que todo queda bien a la vista.

-¡Si no son mías, no las quiero! -les repito mentalmente. Mi mente es una porquería-. ¿No ven cómo lloro por dentro? ¡Por fuera se me secan los lagrimales por el dolor y la vergüenza!

-Señor tiene que hablar, que expresarse abiertamente. Utilizar las cuerdas vocales. No se puede ir por la vida siendo un narcisista que se cree por encima de las circunstancias. No sea un telépata reprimido. Si fuéramos tan listos como usted tal vez le

entenderíamos, pero nos lo pone muy difícil. Hable, no se corte. Explíquenoslo para que lo entendamos. Maestro enséñanos el camino del hurto indetectable. Es a usted a quien le debería de dar vergüenza ser tan idiota. Y encima va de mudo justiciero.

-No paro de sufrir pesadillas por las noches.

-Pues se fastidia. Por idiota. Si no se hubiera contoneado cuando no tocaba no le pasaría todo esto.

Los malditos no me dicen nada porque se limitan simplemente a decirme el precio de la compra mirando para otra parte, como si hubiera reventado un colector de aguas residuales delante de ellos.

-Mirad lo pequeño que son estos artículos. ¿Veis?, los estoy pagando. Lo grande lo pongo debajo. Por debajo de las bolsas de patatas o de cebollas no llevo nada oculto.

Levanto las bolsas que llevo para la compra, volando, exagerando la exhibición aérea sin necesidad. Las cajeras me miran sorprendidas, como si yo quisiera demostrarles que soy un hombre muy fuerte a las que quiero impresionar. Se ríen porque entienden a la perefección lo idiota que soy y no ven en mí un hombre humilde que les quiere demostrar abiertamente su honradez y su inocencia.

-¡Sí, ya! -interpreto-. Tú dátelas de tío simpático que tarde o temprano vas a terminar comiéndote los mocos en la cárcel.

Mientras, yo me digo para mis adentros:

-Idiotas eternos. Me estoy gastando demasiado dinero en inutilidades solo para que veáis que no quiero nada de nadie, porque no quiero condenarme y tener que mirar para arriba, hacia el cielo donde estaréis disfrutando de vuestra inocencia. Miraré desde el supermercado de mi infierno perpetuo, al que seré condenado sin pruebas, y os veré allá arriba disfrutando de vuestra mezquina y falsa inocencia en la que lo tendréis todo a mano, o mejor dicho, en donde no necesitaréis nada de nada y eso para toda la eternidad.

-No fabriques el explosivo -me dice mi conciencia.

Para que ustedes se fijen bien, como soy un buen ciudadano, llevo bolsas de compra de las reutilizables, para no malgastar plástico. La cajera me ayuda de una manera inusitada a meter en las

bolsas los productos; algo demasiado amable que antes nunca había notado. Al principio veía que abría las bolsas de una manera muy rápida, casi espasmódica, para ver si pillaba algo dentro que yo pudiera haber escondido. A ellas les pasa como a mí, que no saben disimular. Eso les suele pasar a las personas honradas. Pero como yo veo que vienen a por mí, me molesta, y más todavía por no poder decirles nada. Pobre gente. Me dan lástima. No quedará ni uno en pie. Me los llevaré a todos por delante de una sola tacada.

-¡Idiotas; no soy un ladrón!

-Demuéstrelo.

-Si no os robo es porque no soy un ladrón. Demostrado.

-Señor con esa actitud, nunca va a poder demostrar nada.

-Porque no tengo nada que demostrar.

-Eso únicamente significa que no te hemos atrapado. ¡Bribón!

-¿Lo va a pagar con tarjeta o en efectivo?

-No lo voy a pagar.

-¿Cómo? Se lo va a llevar sin pagar. ¿Tiene la intención de robar?

-No, eso lo dice usted. Mire aquí le vuelco todo y me voy. Es vuestro, no lo quiero. Las bolsas sí son mías.

-Pero bueno, qué señor más maleducado.

-Sí claro, encima el maleducado soy yo.

-Pues sí, es usted un maleducado.

-Hasta nunca.

-A la próxima llamaremos a la policía.

-Yo seré quien los llame para denunciaros por acosadores.

Está claro que la telepatía no existe, o no al menos para la gente mala como yo. Desearía poderla usar con el fin de comunicarme con otras personas buenas y sencillas para curar mi furia. No paro de notar cómo se agrava la situación. Esos dependientes con los que antes hablaba de manera relajada, me miran, y aunque algunos todavía lo hacen disimuladamente, otros no tienen reparo en fijar la vista para desafiarme. Noto incluso odio. Por mucho que me cueste reconocerlo, ya no se trata de imaginaciones mías. Cada vez noto

comportamientos menos naturales cuando hago acto de presencia. Tensión. Enseguida empiezan a transmitirme que más tarde o más pronto me agarrarán. Veo el gancho de carnicero donde seré colgado a la puerta del establecimiento; bien a la vista de todos, para que a nadie le pille por sorpresa cuando llegue la hora encontrarse con mi cuerpo desnudo colgando boca abajo, enganchado por una pierna. El reguero que formaría la sangre correría por la acera e iría a desaparecer directamente al sumidero que hay justo a la puerta del comercio. Lo tienen todo previsto.

-¡Por fin se hace justicia! -gritará el pueblo-. ¡A los clientes maliciosos es mejor descuartizarlos! ¡Vivan los ganchos de carnicero!

Y todo eso no para de repetirse una y otra vez. Es algo que le consume el ánimo a cualquiera. De nada sirve volver a escribirlo una y otra vez, mil veces.

Pulsaré la bomba a sabiendas de que eso no solucionará nada. Pero sí que servirá para terminar de una vez con este asunto. Por lo menos terminará para mí y espero que después me aguarde la nada absoluta.

# VIERNES

Cierta vez hablé con una de las cajeras, como tantas veces que iba a pagar. Una mujer joven. Se quejaba de que el salmón tenía los precios muy altos. Me acordé del cuadro de Sorolla. Recuerdo que fue antes de que empezara todo. Rocío se llama. Tiene varios tatuajes a la vista pero yo no quise comentar nada sobre los tatuajes, por si se molestaba y porque a mí no me importaban nada. Seguro que se había gastado un buen dinero para que se lo grabaran. Seguro que cada uno de ellos le había costado más que una rodaja de salmón. *¡Aún dicen que el pescado es caro!*, pensé para mis adentros. Cada cual tiene sus preferencias y es libre de gastarse el dinero en lo que mejor le plazca. Ella se lo ganaba, ella sabía lo que se hacía. Yo no soy quien para juzgar los deseos o necesidades de nadie.

Cuando empezó todo, estuve tentado de decirle que si le querían robar un tatuaje del brazo, se lo tenían que cortar. Después de espantar esos pensamientos cínicos y maliciosos, también estuve tentado de comentar que me gustaban los tatuajes pero creo que terminé diciendo algo sobre el tiempo. ¿Entienden que mi locura solo necesitaba una excusa? Pues para que se den cuenta de que no soy tonto. Repetitivo sí, lo admito. Qué más da: ¡Ah del mundo, nadie me oye! ¡Ah del mundo, todos me odian!

También me acordé de la historia del artista que tatuó la espalda a su amigo y luego firmó el dibujo. El artista era famoso y cuando murió, fueron muchas personas a su entierro. Sin embargo, el amigo era pobre, desconocido y nadie advirtió su desaparición. Tiempo después, muchos se preguntaron qué clase de lienzo había utilizado el pintor famoso cuando el cuadro póstumo y misterioso fue expuesto en una galería. Luego recordé que ese relato precisamente se titulaba *Tatuaje*.

Como mientras me cobraba, la mujer hablaba de todo sin mediar pausa, hasta comentó que le había salido un bulto en un pecho. El maldito guisante. Se le notaba temerosa. Los médicos le habían dicho que no se veía demasiado peligroso. Pero como es natural la mujer tenía miedo.

-Aunque es algo que nunca se puede prever, yo no tengo más remedio que seguir adelante, por mi familia -decía con valor para ver si enfrentándose al mal conseguía ahuyentarlo-. Tengo que esperar más pruebas para saberlo con certeza.

De todas formas, los días se fueron sucediendo y la veía trabajar sin que se le notara nada. No volví a sacar el tema porque al fin y al cabo fue a ella a quien se le escapó mientras cobraba, porque era su obsesión y estoy seguro de que al rato ni se acordaría de que me había confesado su vida sin darse cuenta.

Pagué y hasta la próxima.

-Ale, a disfrutar -me dijo.

-Eso. A disfrutar -le contesté.

Mientras caminaba hacia la salida me puse a canturrear:

*-Era hermoso y rubio como la cerveza, el pecho tatuado con un corazón …*

Otro día que venía yo del trabajo, me encontré por la calle a la mujer con sus dos hijos. Llevaba un niño cogido en cada mano. El niño, que caminaba a su derecha, era más pequeño que la hermana. Vestiditos con su uniforme escolar. El pequeño tendría unos siete años y la niña diez. Nos saludamos y le pregunté sobre cómo iban aquellos dos en la escuela. El chico era muy tímido y miraba al suelo tratando de esconder la cara.

-A este lo traen frito en el cole -decía la madre-. Siempre están detrás de él molestándolo y amenazándolo. Ya he ido al colegio a hablar del tema, pero nada, si no es un muchacho el que se mete con él, es otro. Claro, siempre a escondidas, así que vete a saber quiénes han sido. Por lo visto a mi hijo le ha tocado el papel de víctima, del pollito al que picotean.

Y se reía. La risa le salía sin darse cuenta aunque de lo que hablara fuera lo más trágico del mundo. Como cuando me contó lo del guisante cancerígeno.

Advertí que el niño de vez en cuando levantaba furtivamente la vista para observarme, pero en el momento en que yo le devolvía la mirada, la bajaba rápidamente para fijarla otra vez en la acera o en la punta de sus zapatos.

La chica, al contrario que el hermano, se veía más espabilada. Ella sí que me miraba fijamente y mantenía la vista sin desviarla, sin dejarse dominar, no por simple desafío sino por la curiosidad que tiene una niña de su edad delante de una persona adulta, a la que hay que examinar por la simple razón de que conoce a su madre.

Ambos vestían el mismo uniforme azul marino. Él iba con pantalón largo y ella con falda plisada y unas calzas de lana debajo. A mitad de curso hace frío.

-Menos mal -decía la madre-, que ella tiene carácter y cuida de su hermano, que si no todavía sería peor.

-Pues ale -les dije yo-, tened cuidado y no os dejéis avasallar. Y portaos bien con vuestra madre que bastante trabajo tiene con todo.

Ninguno de los dos niños despegó los labios, ni hicieron gesto de asentimiento.

-Bueno ya nos veremos por la tienda -dijo la madre para referirse al supermercado, mientras se ponía a caminar con cada uno de sus pollitos cogidos de la mano.

No se notaba maldad en sus palabras. Creo que fue antes del acontecimiento trágico. La verdad es que no lo recuerdo bien. A lo mejor era que en la calle ya llevaba bastantes preocupaciones encima como para tener en cuenta lo que le contaban en el super. Si lo tuvo en cuenta, supo guardárselo para emplearlo en el contexto que tocaba cuando le dijeran que tuviera cuidado conmigo. ¡Alerta con el pájaro que acaba de entrar!

Los niños eran regordetes y de piel morena. Sin embargo, la madre no era ni morena ni regordeta. Era bajita, eso sí, pero se podría decir que de constitución proporcionadamente normal. Podría ser que el color moreno les viniera del padre, al cual yo desconocía, y la redondez corporal de comer demasiados bollos industriales que la madre les compraba cuando les faltaba poco para que caducasen y en el supermercado los ponían de oferta.

Seguramente me equivocaba. Aunque relacioné lo rollizo que estaban los niños con la bollería, no se les veía mal alimentados. Hay apariencias que son herencias fisiológicas que aparecen cuando uno menos se lo espera, tal vez generaciones después.

Yo seguí calle abajo en dirección a mi casa cuando de repente se me vino a la memoria aquella anécdota que oí comentar no sé cuando.

El acontecimiento sucedió hacía ya mucho tiempo, cuando nació un niño negro de una pareja de blancos. Fue por mi barrio, no muy lejos de donde vivo ahora. Como es natural lo primero que pensaron todos fue que la mujer había tenido relaciones secretas con un individuo de raza negra. Nos podemos imaginar a todos los familiares de aquellos tiempos, ante semejante conmoción. Sobre todo el marido. Pero lo más sorprendente era que la mujer juraba y perjuraba que ella nunca en su vida había tenido relaciones sexuales con ningún hombre negro.

-¡Y encima se quiere cachondear de mí! -gritaba el marido fuera de sí.

Hoy en día tal vez haya mujeres que hagan cola para acostarse con un negrazo, pero entonces no; hubiera sido muy difícil y muy improbable.

Dramatizaciones aparte, al final se aclaró todo de la manera más sencilla del mundo cuando vieron cómo lloraba la abuela del niño; la madre del padre del niño recién nacido. Ella sí había había tenido relaciones con un hombre negro en un viaje que hicieron a América.

A la vuelta del viaje, cuando la actual abuela dio a luz a un bebé blanco, se quedó tan sorprendida como aliviada, cerró el pico y no dijo nada.

Tuvo que ser con el nacimiento del niño mulato, cuando se desveló la infidelidad de la abuela. El marido trabajando en sus negocios y ella mientras tanto esperando aburrida en la habitación. Cuando el futuro abuelo del niño volvía de cerrar las transacciones comerciales, la infeliz mujer no paraba de quejarse de lo sola que se encontraba en el hotel.

Espera un momento. Ahora que lo recuerdo bien, creo que el enredo del hijo negro era el guion de una película española que vi mientras viajaba en un autobús y que se ha colado en la confusión, en el revoltijo enloquecido que tengo en mi cabeza. Sí, ahora recuerdo que la película era una comedia muy graciosa.

No cabe duda. Todo esto guarda una profunda relación con mi conciencia, que se rebela para que no mate en la explosión a la madre de esos dos escolares.

En cuanto a la cajera que descubrió mis intenciones, que me sorprendió cimbreándome como un verde junco insuflado por el deseo inercial de reconocer la voz de una mujer; la cajera guardiana del laberinto, que apreció la realidad de acuerdo con una señal defensiva que ella quiso interpretar según la apreciación vital de defender su trabajo, también tiene una hija.

Lo vuelvo a repetir, qué lástima. Otra víctima de la furia que la energía empaquetada en materia inestable desencadenará cuando

pulse el botón.

A esta mujer siempre la veo en las horas a las que voy a comprar. Dejará al menos una hija huérfana; eso en el caso de que la hija no coincida comprando, como la he visto algunas veces y que luego se pone a hablar con su madre sin hora fija de terminar. Guardan una relación muy buena entre ellas. Ha habido veces que al entrar las he visto hablando y veinte minutos después, al salir para pagar, ahí estaban las dos con las mandíbulas recalentadas de tanto contarse sus vidas en todas las versiones posibles de imaginar. Ellas sabrán. Al fin y al cabo si la realidad es múltiple y cada uno la altera a su manera, yo no seré más que un ejecutor circunstancial de la sorpresa inesperada que necesita todo guion.

La hija tiene aproximadamente veinte años, o poco más. A veces ha pasado por el supermercado con su novio, o marido, y han llenado varias bolsas con productos diversos. Espero que, como con las demás personas contra las que no tengo nada, bueno realmente no tengo nada contra nadie, no estén el día definitivo.

Este tipo de añadidos ya va a dar igual, caerá gente inocente de todas formas. Reconozco que seguir justificándome ya no sirve más que para aumentar mi malvada resolución. Haré mal y la decisión será solo mía.

Tanto las madres, como el padre carnicero, son tan inocentes como los hijos, pero yo también soy inocente. La única manera de justificar mi bondad y mi inocencia, lo que en definitiva soy, es desencadenar las furias malvadas y que después alguien encuentre este manuscrito. El perdón es imposible, pero al menos el escrito podrá servir para neutralizar a futuros asesinos descontrolados, enfermizos, como yo.

No pararé de decir que me duele que caiga la pobre cajera aunque sea la culpable de haber iniciado todo el problema; no fui yo. No llegaré a sufrir remordimientos porque ya no existiré. Estoy decidido.

Me gustaría poner un cartel en la puerta del establecimiento que dijera: *CUIDAD DE VUESTRA DESCENDENCIA*. Al menos quedaría como un asesino con buenos sentimientos. Me preocupa que mi acto

pueda ser un desencadenante que lleve a la extinción de la especie humana. Quisiera anunciar por la radio, las cadenas de televisión y en los periódicos que:

-Por favor, que el día en que apriete el dispositivo destructor, que no venga nadie a ver a las madres que trabajan en ese supermercado, o al padre encargado de la carnicería. Por desgracia no puedo decir ni el día ni la hora en que ocurrirá.

Los avisos nunca vienen mal, pero estoy seguro de que nadie me haría caso.

-Otro apocalíptico al que se le ha ido la olla -dirían con razón.

-Este, además de ser un cerdo ladrón, está peor que una cabra -contestarían otros, llevándose el índice a la sien y moviendo el dedo como si encajaran y desencajaran un tornillo.

Cuando llegue ese momento y recojan los trozos que queden de mi cuerpo para identificar el ADN ya todo dará igual. Asunto resuelto. La ciencia manda. Pruebas concluyentes. Si detonas un chaleco explosivo los pensamientos se disuelven de manera instantánea y para siempre. La gente que siga viviendo se encargará de olvidar los traumas sufridos y dejará que nuevas experiencias neutralicen tanto dolor.

# LUNES

La charcutera es una mujer pequeña, bajita, delgada, con el mayor aspecto de persona inofensiva que uno se pueda imaginar. Me viene a la cabeza el suceso de otro día indeterminado de los que se mezclan en la ira de mis recuerdos; el día en que estúpidamente se coló delante de mí una señora, o más bien una mujer estúpida y maleducada, cuyo comportamiento se merece un número indefinido de calificativos hirientes. Por eso espero sinceramente que esa mujer vulgar sí se encuentre en el local el día definitivo.

Había un hombre comprando delante del mostrador. Como es natural, mientras tanto, al que le tocaba esperar era al siguiente

cliente, que no era otro que yo mismo. No había nadie más. El local estaba casi vacío. Por eso ni se me ocurrió coger un papel de turno. Ese fue mi error. Yo conté con que el hombre terminaría pronto, pero siempre pedía un poco más de otra cosa. A veces me parecía que el trozo de queso o mortadela iba a ser el último, pero a continuación pedía un cuarto de kilo de otro fiambre. Bien, estaba en su derecho. Y así siguió señalando embutidos hasta que por fin dijo:

-Bueno, ahora unas rodajas de pechuga de pollo y ya está.

Justo en el momento en que el hombre se retiró, apareció de repente una señora y cogió un papel de turnos. Yo fui a pedir mi compra, pero la mujer levantó el papel indicando que el papel tenía el mismo número que el de la pantalla que había en la pared de dentro del mostrador. Yo le expliqué muy amablemente que había estado esperando bastante rato y que solo quería una cosa. Una sola cosa. Ni por esas. Que no, que le tocaba a ella porque tenía el justificante que coincidía con el número que aparecía en la pantallita del turno.

La sangre se me subió a la cabeza y empecé a hablar de malos modos, aunque tratando de que mis palabras no sonaran como ofensas directas que me arrastraran al juzgado. Sin embargo no me retuve a la hora de levantar la voz todo lo que me obligó mi furia, porque en ese momento no podía hacer otra cosa:

-¡Muchas gracias señora, es usted muy amable! ¡Seguro que será de las personas que se queja de lo maleducadas que pueden llegar a ser ciertos clientes! ¡Usted no, usted es muy amable! ¡Enseñe el papel, así se merece el turno! ¡Está en su derecho! ¡Guárdeselo de recuerdo! ¡Así podrá recordar lo maleducada que es la gente como yo! ¡Usted no, por supuesto! ¡Admiro la magnífica educación de las personas como usted que justifican su turno honestamente, como mandan las reglas!

Me fui hacia la caja más cercana para pedir una hoja de reclamaciones, pero la tendera que estaba sirviendo en el mostrador de la charcutería puso cara de sorpresa, porque ella no tenía la culpa de nada. Yo me di cuenta y dije:

-Perdona chica, sí que es verdad que vosotros, bueno tú en concreto, no tienes la culpa de nada. Soy yo el maleducado que no para de hablar gritando. Atiende a esta amable señora. Y gracias señora. Que compre a gusto. Ya pasaré luego yo por el mostrador para pedir lo que necesito. Gracias y perdón a todos.

Me marché a buscar otros productos echando bolas de fuego por la boca. A esa asquerosa me habría gustado trabajarla a solas, lentamente; utilizar productos químicos corrosivos de los que yo sé que funcionan a la perfección. Trataría de buscar un momento en el que ella no pudiera encontrar ninguna explicación de a qué se debía ese secuestro y ese castigo tan doloroso; que no pudiera alcanzar ninguna relación con nada que pudiera recordar; solo yo sabría de mi venganza contra su estupidez. Herramientas afiladas. Sí, eso también lo utilizaría. Disfrutaría contemplando sus gestos en los momentos en los que se preguntara a sí misma qué había hecho para merecerse tanto dolor. No tendría consciencia real del insecto parasitario que era y de que había un fumigador justiciero que le estaba dando el tratamiento adecuado a la plaga que ella representaba. Ardo en deseos de que esa basura con apariencia de mujer se encuentre en el comercio el día que yo apriete el botón. Me gustaría repetir la explosión una y otra vez. Infinitamente. Pero esa clase de gente son de las que sobreviven, siempre caen los inocentes. Las cucarachas viven desde hace millones de años y nunca han corrido ningún riesgo de extinción. Todo lo contrario. Cuanto peor vaya todo, mejor para ellas. Y si todo va igualmente bien: también mejor para ellas. A las cucarachas nunca les faltará un papelillo para ocupar su turno.

Pero dejémoslo.

Ha habido días en los que al entrar en el supermercado me he encontrado con situaciones que, por el motivo que fuera, me ha fastidiado de una manera especialmente amarga. No hace mucho, justo cuando pisaba el umbral de las cocheras vi que salía una mujer arrastrando una cesta con rueditas de las que ofrece la tienda para ir poniendo los productos. Dentro del establecimiento vienen bien ese tipo de carros porque así tampoco es necesario coger un carro de los

grandes que son más aparatosos. Los pequeños se recogen al lado de las cajas por si no llevas previsto comprar muchas cosas.

Yo suelo comprar lo justo y por lo tanto prefiero esas cestas de plástico con ruedas pequeñas. Luego meto las cosas en un par de bolsas y mañana más.

Me dio un poco de asco ver cómo esa mujer sacaba la cesta a la calle. Las aceras están llenas de pisadas de la gente, de las cagadas y de las meadas de los perros, además de las colillas de cigarros y escupitajos que encuentras a cada paso. Se lo indiqué a la cajera y esta se sorprendió.

-¡Ay, pues no me he dado cuenta! -arguyó-. Si la hubiera visto no habría dejado que esa señora sacara el carro fuera del establecimiento.

Se trataba de una parroquiana bien conocida y por eso la chica ni se había fijado en que se llevaba el carrito para su casa. Daban por descartado que luego lo devolvería. La confianza evidenciaba que sobre la mujer no guardaban ninguna sospecha. Lo entiendo perfectamente. No habían detectado en ella intenciones de saqueo; no había de qué preocuparse; simplemente se trataba de una cliente conocida y honrada de las que pasan de manera desapercibida, invisible. En mi caso sucede todo lo contrario; la catalogación que habrán colgado sobre mí cabeza debe ser algo parecido a la que se tiene de un ser turbio y opaco al que han expulsado a patadas del reino de los muertos vivientes por exceso de corrupción. Pero a pesar de lo zombi apestoso que yo pudiera suponer para ellos, a mí me daba bastante asco pensar que a la vuelta la mujer colocaría el carrito encima de los otros como si tal cosa, con las ruedas impregnadas de la porquería que había ido recogiendo por las aceras.

Sin embargo, como digo, una cosa son las apreciaciones propias y otras las de los demás sobre las que uno no tiene ningún control. Como por esta época yo ya era de sobra sospechoso, sentí que mis quejas se las tomaban como una cortina de humo de falsa honradez, dirigida contra ellos y contra la buena mujer. Lo mío no dejaba de ser otra cosa que una expulsión de tinta de calamar para ocultar mis

verdaderos objetivos porque, una vez me perdiera por los pasillos, empezaría con mi verdadero trabajo clandestino de sangrar las estanterías y apropiarme sin escrúpulos de lo ajeno.

-Lo siento, señor -me dijo la cajera con la sonrisa de complacencia que me dedicó-, pero su estrategia de desviar la atención sobre una mujer intachable no ha colado. No le ha servido para nada. De hecho lo ha empeorado todavía más.

Cuando me di la vuelta para dirigirme a mi tarea de hacer la compra del día, oí por los altavoces:

-Señorita Asunción de los Altos Cielos, acuda a la caja seiscientos veinte mil. ¡Atención a todos que ya se nos ha colado otra vez aquí dentro el pájaro!

Pero lo del carrito no fue lo único que pasó ese día. Los inconvenientes se sucedieron de una manera tan absurda que parecía que cada paso que daba levantaba una ola de conspiraciones contra mí mismo.

Después de la conversación sobre el carrito y una vez me había internado por la espesura del laberinto de las estanterías, empecé a llevarme las manos a todos los bolsillos de la ropa porque no encontraba la lista de la compra.

Me volví otra vez hacia el puesto de la cajera y le dije:

-Mira, por favor, guárdame este carrito con mis bolsas, porque se me ha olvidado la lista de la compra y no sé realmente lo que tengo, o no, que comprar. Tengo muy mala memoria para estos asuntos. Mi mente siempre está en otra parte. Soy de esa clase de gente que, si no veo las cosas anotadas en un papel, termino comprando cualquier artículo menos los que me hacen falta para hoy.

-Vale, de acuerdo, no se preocupe yo las guardo aquí.

La cajera se limitó a poner el carrito con las bolsas junto al recinto de la caja para que no entorpeciera el paso de los otros clientes que entraban.

No sonaron mal esas palabras dirigidas a un delincuente, pero como es natural en mí, interpreté, tanto en la sonrisa amable como en las propias palabras, otros significados ocultos:

-No se preocupe. De momento aquí dejo lo que llenará después con las pruebas de su condena.

Al poco de salir a la calle y dirigirme hacia mi casa, vi un papel en el suelo y enseguida me di cuenta de que era el de la lista de la compra.

-¡Menos mal! -exclamé-. Hace falta ser tonto para perder un folio tan grande.

No tardé en volver a entrar en el comercio y le enseñé la lista a la cajera.

-Estaba justo a la salida de aquí. Seguramente se me habrá caído al sacar el paquete de pañuelos.

-Suele pasar -me dijo-. Hay que ir con cuidado.

A estas alturas cualquiera se puede imaginar las dobleces y las segundas interpretaciones que había detrás de esas palabras de supuesto carácter neutro.

Traté de abstraerme mientras compraba pero, cuando pensé si lo que cogía estaba bien o no, moví la mano para consultar la lista de la hoja recuperada y me di cuenta de que había vuelto a perder el papel. *¡No puede ser!* La había metido en el mismo bolsillo del que se me cayó con anterioridad. Otra vez no estaba. Gruñí de rabia.

Me puse a recorrer los pasillos para ver si la encontraba, pero no la vi por ninguna parte. Cuando me di por vencido, al levantar la vista y tomar consciencia de mi entorno, me percaté de las miradas furtivas que el personal del establecimiento me dedicaba. Ni se lo habían creído antes ni se lo creían ahora.

-Tranquilo -me dije-. Salta a la vista que se preguntan por la nueva estrategia que estoy ensayando.

Evidentemente, tanto descontrol de mi mirada les estaba comunicando cómo trataba de controlar el entorno para, llegado el menor descuido, hacer desaparecer la mercancía que no tenía intención de pagar. Mi objetivo consistía en robar cada vez más y más, hasta dejarlos sin recursos vitales con los que comerciar y de esa forma conseguir que sus familias murieran de inanición. Me dolió pensar eso. ¡Qué pena! Yo tan malo, tan devastador y ellos tan

desamparados frente a mis pillajes imperceptibles que no podían atajar de ninguna manera.

*Serenidad, hermano,* era lo único que podía pensar, aunque, como otras veces, me entraron ganas de empezar a patearlo todo e insultarlos sin control. ¡Pero qué más daba ya si cualquier intento de volver a la normalidad era imposible!

Cuando consideré que había cogido los productos por los que entré, me acerqué a las cajas para pagar y comenté:

-Qué día más absurdo. He perdido dos veces la lista de la compra. Así, tan tontamente.

Chasqueé el pulgar con el dedo corazón para demostrar que sabía utilizar gestos corrientes para demostrar lo desinteresado de mi amistad con el mundo.

-Sí, es que nos despistamos mucho… -dijo la cajera con retintín.

*Nada,* pensé. *O dejo de venir por aquí, o haga lo que haga, termino siendo el centro de las sonrisas y las burletas.*

-Tarde o temprano caerás. Tú no te das cuenta de que nosotros sabemos que eres un ladrón y eso te llevará al despiste final. Qué vergüenza resultará para un hombre aparentemente respetable como usted. O multas o cárcel es lo que te espera.

-Pues a vosotros os espera algo peor -estuve a punto de contestar a sus palabras silenciosas.

Todo a su debido tiempo. Solo tengo que ir con cuidado con los ajustes de los cables y los cartuchos, y asunto resuelto. Ya me empezaba a dar igual si yo interpretaba correctamente el lenguaje corporal de esa gente o si se trataba de simples paranoias desquiciadas de mi podrida imaginación. Sea lo que sea, cada vez va quedando menos.

Pero ahí no acabaron todos los malentendidos de esa mañana. La cajera, a la hora de sacar el vale de compra, empezó a apretar botones y sin darse cuenta añadió una cifra varias veces. Me mareó de tal manera con su cháchara nerviosa que no me di ni cuenta. Cuando camino de casa vi la cantidad de veces que había repetido el misma producto, no tuve más remedio que volver para reclamar. Se

puso aún más nerviosa al verme entrar otra vez. No veía en mí a un cliente, veía un asesino en serie encarándose contra ella. La muchacha tampoco se había dado cuenta de su error al cobrarme. Las otras compañeras, atraídas por la curiosidad, se acercaron para ver qué sucedía. Qué lástima daban mostrando aquellas caras sonrientes con las que trataban de ocultar el terror.

-Hay que ver, total por cimbrear el cuerpo inconscientemente para cerciorarme de que a aquellas dos mujeres no las conocía de nada.

-Sí, tú reclama ahora, que ya te pillaremos, y entonces nos tocará a nosotros reclamarte a ti todo lo que te has llevado sin que nosotros te hayamos podido pillar. Que lo sabes hacer muy bien, tío listo. Mira la sonrisa que te dedicamos.

No pasó nada. Admitieron su error, me devolvieron el dinero y me fui. Eso sí, como otras veces al marcharme, seguí sintiendo que me ametrallaban la espalda y que además me la llenaban de hachas, lanzas y sobre todo cuchillos de carnicero.

Voy a ser yo quien, a cambio, les traerá a ellos, y ya no va a tardar mucho, un producto especialmente contundente. Nunca he dejado una cuenta por saldar. No os voy a robar nada. Nunca lo he hecho, pero ahora todo lo que tengo se va a quedar con vosotros. Terminaremos todos juntos, bien unidos, bien abrazaditos bajo los escombros. Con la misma sonrisa de condescendencia que me dedicáis hoy, os sonreiré yo también.

Ayer me quedé mirando al carnicero para despedirme mientras me servía. Es un buen padre de familia. Mi mirada tan fija por lo visto le molestó. Cuando me acerqué a la caja para pagar, el carnicero cogió un bote de refresco y se puso a la cola como si tuviera la intención de pagarlo. En ese momento era él quien me miraba de una manera disimulada, furtiva. Estaba decidido a atraparme en ese mismo momento. Le dijo a la cajera que luego vendrían a sustituirla para que saliera a almorzar. La chica asintió con la cabeza y respondió:

-Sí, ya lo sé.

*Evidentemente otra nueva clave* -pensé-. *Torpes. Demasiado evidente. En ningún momento se han percatado de que los controlo en cada suspiro que dan.*

Pero ya me he cansado de observar en silencio las tácticas incansables que usan. Quiero dar fin a tanta tontería de una vez por todas. Ya no quiero seguir escribiendo más. Mañana apretaré el botón. Tengo el chaleco perfectamente confeccionado. Será terrible, aunque evidentemente no seré yo quien lo vea. Tanta escritura no me ha servido de terapia de escape como yo me esperaba.

# MARTES

He imaginado muchos finales, incluso felices. Por ejemplo, dejar de ir de una vez por la tienda. Ese era el más sencillo y el mejor.

Pero descubrí que había alguien detrás que lo estaba manipulando todo, que también me manipulaba a mí. La clase de asuntos turbios que había detrás, no lo sé.

A causa de mi desequilibrio dudé de si no serían sospechas infundadas y más imaginaciones desquiciadas. Conseguí darme cuenta de la situación debido a las veces que noté que alguien, que no era un dependiente del local, me miraba furtivamente.

Cuando atrapen a ese canalla seguro que este dirá:

-Sí, lo admito. Yo soy el técnico de seguridad. El que, a la vez que hacía desaparecer productos de las estanterías, maniobraba la red de protección del supermercado. Manipulé a ese tipo a partir de estas imágenes en las que se ve cómo se cimbrea para mirar a unas mujeres que pasan por detrás de él. Se las enseñé a los dependientes del establecimiento y todos afirmaron que el individuo estaba tratando de robar la botella y que procuraba asegurarse de que no lo descubrieran las mujeres que acababan de pasar a sus espaldas. Yo no lo interpreté así, pero me sirvió para condicionar el comportamiento de todos los empleados hacia ese individuo. No

suponía que el payaso se atreviera a reventar el local y matarse él también. Nunca imaginé que llegaría a tanto.

Se producirá una pausa en los acontecimientos. Un paréntesis atemporal se encargará de introducir a los investigadores de la policía.

# EN LA COMISARÍA

-¿Se da usted cuenta? -preguntó el comisario al agente Piñero-. El tipo ese..., ¿cómo se llamaba?

-Ángel Cevallos Ávila -dijo Piñero leyendo un documento.

-Eso. ¿Usted se cree algo de lo que ha escrito?

-No sé. Al final escribe como si incluso supiera lo que iba a pasar después de muerto.

-Bueno, de hecho es lo que ha sucedido después de que él reventara al apretar el botón del chaleco.

-Parece que, por la cantidad de páginas escritas, no tenía mucha prisa en marcharse.

-Le gustaba recrearse y repetirse. Suele pasarles a los que quieren dominarlo todo. Se explayan en su incertidumbre. Qué lástima de hombre. Deseaba que quienes lo leyeran se sintieran como psicólogos, o confesores que tienen que esforzarse por comprender todas las sandeces que se le iban ocurriendo.

-Por lo que ha dejado tras de sí, parece que lo ha expuesto todo de manera bien nítida.

-Tal vez -dijo el comisario frotándose la barbilla-. Todo esto es muy raro. Veamos -hizo una pausa larga-. El local destrozado. Casi parece que fue él quien creó de la nada al individuo que lo espiaba. Claro que él sospechaba hasta de los mosquitos que revoloteaban a su alrededor como si fueran drones.

-En cierto sentido acertó. Aunque ya nadie se lo podrá decir a sus pedacitos. Por cierto, el ADN de los trozos concuerdan

completamente con la identidad de Cevallos.

Serralta miró a Piñero de soslayo.

-Con tanto palabreo parece que ni él mismo pensaba llevar la broma tan lejos. No sé. Lo veo confuso -continuó el comisario pensativo-. Lo que sí que está claro es que no habrá más remedio que revisarlo todo para ver qué hay que se nos escapa, porque es una situación que cada vez me sorprende más. Es muy raro. Cevallos se dedica todo el rato a contar su malestar en el supermercado y al final de sus escritos…

-En realidad fue él quien lo manipuló todo y a todos. Creo que incluso se está riendo de nosotros. Un tipo peligroso.

-Ya lo ha demostrado claramente. Desequilibrado y letal.

-Es más un caso para los psiquiatras que para nosotros.

-Y cuál de todos no lo es -dijo Serralta suspirando-. ¿Acaso alguna vez antes no hemos dicho esto mismo?

Durante un rato ninguno de los dos supo cómo seguir.

-Vamos a ver, vamos a ver -dijo por fin el comisario tan confuso como al principio-. Tal vez tenga razón con el tema de la locura. Es de lo que no está escrito. Se dice así ¿no?

-Bueno, Cevallos sí que escribió mucho.

-Tiene razón. Y tiene gracia. No obstante, empecemos desde el principio.

- María Teresa Vera.*

****

*Con qué tristeza miramos un amor que se nos va.*
*Es un pedazo del alma que se arranca sin piedad.*

# UN HUECO EN EL ÁRBOL

## 1. EL JUGUETE ANTIGUO

Había una vez un juguete antiguo guardado en una caja metálica en el jardín de la casa de los abuelos de Felipe y Miguel.

-Llevadnos a la casa del abuelo Ramón para jugar con él -les decían a sus padres.

Los padres habían conocido la época en la que el abuelo Ramón vivió triste y solo a partir de la muerte de la abuela Hortensia. A los niños les gustaba jugar en esa casa. Los padres sabían de sobra cómo al abuelo le habría entusiasmado verlos corretear por toda la vivienda. Fue por ese motivo por el que los traían para que, según les gustaba decir a los dos hermanos, lo pasaban genial con el abuelo.

Ramón había dedicado su vida al estudio y enseñanza de la física, y por ese motivo todos lo consideraban la persona más sabia de la familia. De hecho, en cierta ocasión, comentó que le encantaba observar la relación directa que se producía entre el juego de los niños y el concepto termodinámico de entropía.

-Puede que se trate de desorden -le gustaba repetir con carácter didáctico, mientras miraba a sus hijos corretear de forma aleatoria por el parque-, pero tampoco es el equivalente al caos. Al final todo se mezcla y acaba formando algo nuevo.

Felipe era el nieto de más edad. Tenía trece años, aunque su mentalidad era más bien la de un niño de unos siete u ocho, que era precisamente la edad que rondaba su hermano Miguel.

Los padres los dejaron solos porque no iban a tardar mucho en ir a comprar una lámpara nueva para el comedor que se había quedado sin luz y volver enseguida. En las casas viejas siempre hay algo que termina fallando. No se trataba solamente de sustituir una bombilla por otra. Cuando menos se esperaba aparecían fracturas, grietas, deterioros de todo tipo que apremiaban a ser reparados sin demasiada tardanza.

-Portaos bien niños, enseguida volvemos -dijo María, la madre-. Dejarlos solos me pone los pelos de punta.

-No te preocupes mujer -le dijo el marido para tranquilizarla-. No vamos a tardar nada, la tienda está en la esquina. Pero si quieres me quedo con ellos.

-No, prefiero que vengas conmigo para que me des tu opinión. Aunque sea una lámpara de nada me gusta asegurarme.

-Vale, vamos -dijo el marido encogiéndose de hombros.

Salieron y cerraron la puerta tras ellos.

Mientras los dos niños jugaban a la búsqueda del tesoro por el jardín de la casa, encontraron una caja oxidada en el hueco de un árbol, que los dejó asombrados.

-¡Hala! ¿Qué habrá dentro? -se preguntaron con emoción.

Sin embargo, para desesperación de ambos, el artefacto tenía una cerradura tan sólida que no consiguieron abrir por muchas maniobras que hicieron para forzarla.

Impacientes, los hermanos corrieron para llevarle la caja al abuelo. Pero a los pocos pasos se acordaron de que hacía un rato que se había marchado a la tienda. Les dijo que hacía falta comprar verduras y otros productos con los que preparar la cena, y se marchó.

-Felipe cuida de Miguel que es más pequeño, no tardo nada en volver -les había dicho.

Los niños, al darse cuenta de su precipitación, decidieron volver otra vez al jardín para seguir excavando y ver si así podrían desenterrar otros tesoros aún más valiosos. No pararon de levantar trozos de hierba aquí y allá, aunque al final no consiguieron otra

cosa que revolver caóticamente el suelo. Al menos eso les sirvió para contemplar, ante sus ojos llenos de admiración, cómo se retorcían las lombrices de tierra.

Convencidos de que ahí afuera no iban a hallar más que esa clase de bichos fangosos, la curiosidad les empujó a entrar otra vez en la vivienda, con el objetivo de seguir registrando sus entresijos desde la buhardilla hasta el sótano.

Precisamente en el sótano encontraron, entre otros muchos trastos, discos de música antiguos, bicicletas medio rotas, o extraños aparatos eléctricos desconocidos para ellos, aunque enseguida se dieron cuenta de que, sobre todo, había un gran número de álbumes con fotografías de cuando el abuelo era muy joven. Algunas fotos se remontaban a cuando parecía incluso más pequeño de lo que ellos dos lo eran en ese momento. Fueron pasándose las fotos el uno al otro y contemplaron a Ramón niño, a la edad de dos años, cuatro, siete, diez…, y así sucesivamente. Habían descubierto que el abuelo también había sido un ser vivo como ellos y que, según mostraban las imágenes, fue creciendo como cualquier persona, de una manera tan evidente que les costaba creer.

Ellos ya se habían dado cuenta de que en la actualidad Ramón se mostraba cada vez más gruñón cuando, en las celebraciones, los familiares empezaban a tomarse instantáneas como ametralladoras. Ramón se disolvía como un fantasma y por eso mismo resultaba imposible atraparlo en ninguna foto de grupo.

De entre todas las fotos antiguas, había una enmarcada que les atrajo especialmente la atención. El abuelo aparecía junto a otro niño, más pequeño que él, el cual sostenía en la mano derecha un camión de bomberos de juguete.

El impreciso lapso de tiempo que habían dedicado a registrar cada rincón de la casa, terminó súbitamente cuando los niños oyeron a Ramón abrir la puerta trasera por la que se entraba a la cocina, y cómo luego esta se cerraba sola dando un portazo.

-Ya ha vuelto el abuelo con la compra -dijo Felipe.

Notaron que estaba de buen humor porque le escucharon cantar una canción que le gustaba mucho:

-*¿Qué te importa que te ame, si tú no me quieres ya? El amor que ya ha pasado no se debe recordar* -entonaba Ramón desafinando, pero alegremente, mientras se oía cómo iba depositando sobre la mesa de la cocina los paquetes y las latas que había traído.

Cuando al terminar de vaciar las bolsas miró por la ventana, descubrió sorprendido que el césped del jardín estaba destrozado y lleno de hoyos por todas partes. Se enfureció de tal manera, que al llamar a los chicos para pedir una explicación, su grito sonó a trueno aniquilador.

-¡Felipe y Miguel!

Los hermanos, casi sin atreverse, entraron en la cocina despacio, con la cabeza agachada para no tener que enfrentarse directamente a la mirada furiosa del abuelo.

Tan pronto Ramón los tuvo delante, les preguntó con enojo por aquel desastre, y los habría regañado de una manera aún más severa si no hubiera visto la caja metálica que Felipe sostenía en las manos.

Sorprendido les preguntó de dónde habían sacado esa caja. Los chicos le contestaron que la habían encontrado en el jardín, en el hueco de un árbol.

-Trae. Déjame ver -le dijo con voz adusta, aunque temblorosa, quitándosela de la mano.

Puso la caja encima de la mesa y seguidamente se desabrochó una cadena fina de oro que llevaba alrededor del cuello. Los niños vieron que a la cadena iba sujeta una llave antigua, pequeña, que Ramón encajó perfectamente dentro de la cerradura, para luego levantar la tapa sin dificultad. Allí dentro solo había un viejo camión de bomberos de hojalata, tan oxidado como la propia caja.

Los chicos le preguntaron por qué lo tenía guardado ahí. Entonces el abuelo, relajándose como si inspirara un aire fresco proveniente

de algún lugar lejano y misterioso, les contestó que era un objeto muy valioso para él.

-Fue un regalo de mi hermano Tobías -continuó Ramón, a la vez que mostraba una mirada profunda y triste-. Mi pobre hermano me lo compró con el dinero que tenía ahorrado para una pistola de mixtos. Le hacía mucha ilusión jugar apretando el gatillo y pum, pum, pum, hasta acabar con el rollo a pistonazo limpio. Vaqueros y bandidos.

Explicó a los niños que Tobías le había roto a él otro camión anterior a ese, también de bomberos, con el que Ramón se divertía mucho jugando a apagar incendios.

-Me enfadé mucho con mi hermano porque me había dejado sin mi juguete favorito. Sin embargo, más tarde me enteré de que no había sido mi hermano quien lo había roto por haberlo maltratado sin consideración. Simplemente fue porque, cuando volvió de la escuela, lo cogió para jugar, se le escapó por la pendiente de la acera, el camioncito rodó hasta el asfalto y allí lo aplastó un coche que pasó de largo sin percatarse de nada.

Ramón se mantuvo un momento en silencio, recapacitando.

-Lo del coche ocurrió dos semanas antes de mi cumpleaños, por eso Tobías se dio prisa y me compró uno nuevo. En la celebración, mis padres sacaron un paquete del dormitorio de ellos. Lo habían guardado en la alcoba para que yo no lo descubriera y que así resultara una sorpresa divertida. Al destapar el paquete y descubrir de lo que se trataba, me puse a llorar desconsoladamente.

Los tres me abrazaron con cariño.

-Pasado unos días, en una ocasión en la que mis padres nos llevaron con ellos para hacer unas compras en el centro de la ciudad, les pedí que me comprasen una caja metálica. Y ahí fue donde guardé el camión porque para mí el juguete ya significaba más que un simple cachivache con el que pasar un rato arrastrándolo por el suelo. De repente sentí que tenía una edad mayor de la que me correspondía.

Hizo rodar el camión sobre la mesa.

-Aún funciona.

Ramón lo observó durante un rato sin saber qué decir.

-Al volver a casa -siguió-, me aseguré bien de que nadie me viera, escondí la caja en lo más profundo del hueco de un árbol, y lo tapé bien con matorrales y musgo. Ese sería mi cofre del tesoro que no podría ser descubierto jamás.

Ramón con el paso del tiempo había olvidado muchas cosas, y una de ellas era la pieza portentosa que en ese momento sujetaba de nuevo entre las manos, sin contar que no se acordaba en absoluto del lugar secreto en donde lo había guardado con tanto esmero hacía ya tantas décadas.

La alegría entrañable del descubrimiento también le había devuelto a la memoria el dolor de la muerte de Tobías, a quien una enfermedad fulminante se lo llevó al poco de haber cumplido los veinte años. El pobre hermano simplemente dejó de respirar y se marchó para siempre. Era de ese tipo de personas sencillas a las que les disgustan las despedidas ceremoniosas.

Cuando terminó de rememorar aquel pasado ya neblinoso, guardó otra vez el camión en la caja, la volvió a cerrar con la llave y entonces se dio cuenta de que los niños le miraban preguntándose por qué se había callado tan de repente.

Ramón señaló la barra de pan y exclamó:

-¡Vaya, si ya se ha hecho la hora de la merienda!

Los niños abrieron los ojos de alegría.

-¿Qué hacéis niños? -se oyó, la voz de la madre mientras entraba en la casa por la puerta principal, junto al padre que venía detrás.

-¡Jugando con el abuelo!

La madre suspiró.

-Pobre hombre, si ni siquiera os vio nacer. Qué fantasía la de estos niños -dijo volviéndose a su marido.

-Si pudiera saber mi padre cómo lo quieren sus nietos tan solo por habernos oído hablar de él -dijo el marido, que se llamaba igual que su progenitor.

-¿La comida de la mesa de dónde la habéis sacado? -preguntó la madre.

-La acaba de traer el abuelo -contestaron los dos niños a la vez.

-¿Y esta caja tan roñosa? -dijo el padre-. A ver… -la manipuló de varias maneras-. ¿Para qué la queréis si no hay manera de abrirla?

Los niños se encogieron de hombros.

De repente la madre exclamó disgustada:

-¡Qué ha pasado en el jardín que está lleno de agujeros?

# 2. LA CASUALIDAD

Érase un día lluvioso de diciembre, en el que las calles aparecían solitarias, grises y llenas de grandes charcos en los que se mezclaba el barro con el agua sucia.

En una casa de aquel pueblecito vivía un niño de diez años llamado Pedro. Por esa época Pedro vivía solo con su madre porque al padre lo habían enviado a la guerra.

Aunque ese día llovía mucho, la madre de Pedro le encargó que, cuando escampara, fuera a la oficina de correos para enviar una carta. La única manera permitida de comunicarse con su marido.

Pasada una media hora el agua paró. Pedro se puso el impermeable y las botas de goma, y salió de casa hacia la oficina que se hallaba unas calles más abajo.

Al poco de ponerse a caminar, empezó a caer otra vez un fuerte aguacero. El niño vio un hueco en un árbol, en donde calculó que cabía bien y rápidamente se metió en él para esperar a que pasara la nube.

Mientras permanecía resguardado en la oquedad, notó que algo le pinchaba la espalda. Cogió el objeto y vio que se trataba de una caja de metal bastante deteriorada, oxidada y cubierta de barro. Ya que tenía que quedarse allí un rato a la espera de que la lluvia parara, no pudo reprimir el impulso de abrirla.

Cuando levantó la tapa encontró unos soldaditos de plomo no muy grandes. Le entró mucha curiosidad por ver cómo aparecerían plantados en formación, porque cada uno se mostraba en una postura diferente.

A pesar de que seguía lloviendo, se marchó corriendo para llegar a la oficina de correos. Echó la carta en la rendija del buzón y regresó sin parar de correr para llegar cuanto antes a casa y así poder jugar con las figuritas.

Al entrar en casa, se quitó las botas y el impermeable a toda prisa y subió corriendo los escalones hacia su cuarto. Dejó la caja sobre la alfombra, sacó los soldaditos, e ilusionado los fue colocando en fila para empezar el juego.

La madre, mientras recogía refunfuñando el impermeable y las botas, sintió un pálpito extraño que la empujó a mirar por la ventana. Entonces vio a su marido venir cargado con el macuto sobre el hombro.

-No puede ser -se limitó a decir.

Cuando el hombre se encontraba ya cerca, abrió la puerta y sin poder pronunciar ningún sonido lo abrazó llorando. Pegó la nariz al uniforme de color caqui y se quedó oliéndolo profundamente hasta que se sació de la ausencia interminable que había regresado. Cuando la mujer notó que por fin le podían salir las palabras sin titubear, le comunicó que Pedro estaba en su habitación jugando.

El padre, que se desvivía también por abrazar a su hijo, dejó el macuto a un lado y subió con cuidado las escaleras para darle una sorpresa. La puerta del cuarto estaba entreabierta, pasó en silencio y tapó los ojos al niño. Pedro adivinó enseguida que se trataba de su padre, y se volvió emocionado.

Después de abrazarse, el niño no esperó más y le enseñó lo que se había encontrado cuando fue a la oficina de correos.

Las figuritas de plomo estaban en formación sobre la alfombra. El padre, al verlas, repentinamente recordó que él, cuando tenía más o menos la edad de Pedro, jugaba con unos soldaditos también de plomo como aquellos. Pero al crecer y empezar a dejar de ser niño,

los tuvo que esconder en el hueco de un árbol porque sus padres no paraban de reprenderlo con disgusto y decirle que iban a tirar esos muñecos a la basura; que ya se había hecho demasiado mayor para seguir jugando como un mocoso.

Al esconderlos en el árbol, pensó que tal vez algún día un niño encontraría las tallas y disfrutaría jugando con ellas como lo había hecho él. Al ver que quien había encontrado a los soldados era Pedro, se alegró enormemente y se puso a jugar con él.

Mientras hacían ruido con la boca simulando los tiros y las explosiones, el padre se estremeció recordando sus días en el frente y el movimiento incesante de las tropas, rodeadas continuamente por las explosiones, la destrucción y la muerte.

De improviso le asaltó al pensamiento la letra de una canción que, en los momentos de algún alto el fuego, le gustaba cantar a los compañeros caídos en combate: *Fui la ilusión de tu vida, un día lejano ya. Hoy represento el pasado, no me puedo conformar.*

-Papá.

-Dime hijo.

-¿Estás muerto y has venido a despedirte, verdad?

-Sí hijo, así es, estoy muerto y he venido a despedirme.

# 3. LA MUÑEQUITA DE TRAPO

Cierto día le dijo un niño a su madre:

-Mira, mamá, he encontrado esta caja de hierro dentro del hueco de un árbol.

La madre reconoció al instante la caja y con horror gritó al niño:

-¡No la abras por lo que más quieras!

Pero el niño, mirando a la caja con curiosidad, no hizo caso a su madre y levantó la tapa. Dentro solo había una muñequita vieja de trapo. El niño se puso a toser con desagrado.

-¡Aj! ¡Qué peste! -se quejó-. ¡Tienes razón, mamá, la muñeca huele muy mal! Toma no la quiero.

Se la puso a su madre en las manos y sin perder más tiempo se volvió al jardín para seguir jugando.

La madre se quedó mirando la caja y, sin poder controlar que las primeras lágrimas empezaran a deslizarse por sus mejillas, pegó la muñeca a su cara con ternura. Un golpe de intensa pena, proveniente de lo más profundo de su pecho, consiguió que no se pudiera controlar más y, aguantándose cuanto pudo para no llamar la atención de su hijo, rompió a llorar sin consuelo.

En la radio sonaba una canción: *Si las cosas que uno quiere, se pudieran alcanzar, tú me quisieras lo mismo que veinte años atrás.*

Cuando mató a Ana para apropiarse de la muñeca, a nadie se le pudo pasar por la cabeza que su amiguita preferida fuera la culpable.

-¡Anita, cariño!

*El infierno está vacío, los demonios están todos aquí.*
*William Shakespeare*

# UN REVÓLVER DE CINCO BALAS

EL HALLAZGO

El arma fue encontrada por unos niños de entre nueve y diez años, cuando un verano exploraban el lecho seco del río Serpis. Se trataba de tres amigos a los que les gustaba investigar los misterios de la naturaleza y buscar en las charcas dispersas y aisladas algo con lo que divertirse.

Lo que le interesaba a Leonardo era contemplar extasiado las algas anaeróbicas, que aprovechaban los vertidos tóxicos de la fábrica textil de Almoines para adueñarse de los remansos del casi inexistente cauce estacional y también mirar las crías de batracios que nadaban solapadas entre las finas ramas. Les lanzaba piedras para ver si acertaba a alguno.

El juguete favorito de Abel era una lupa de plástico que había comprado en un quiosco. Cuando veía una charca cercana que le llamaba la atención, se acercaba extremando la cautela, hasta llegar a la orilla donde solía encontrar una rana desprevenida, de las que salían de vez en cuando del agua para calentarse al sol. Entonces, con sumo cuidado, acercaba la lupa por detrás a la cabeza y centraba el rayo sobre el cráneo. Así las freía hasta dejarlas tan secas como el musgo que amarilleaba sobre los cantos rodados en donde se subían. A los animales no les daba tiempo de reaccionar. Abel veía a las ranas desinflarse como juguetes de goma barata y, mientras contemplaba con satisfacción los cadáveres mustios, exclamaba riendo:

-¡Qué tontas son las ranas! Si no notan movimientos bruscos les da todo igual.

Por su parte, Javier, más que a las ranas, prefería martirizar a las lagartijas. Pero, estos reptiles, al contrario que los indolentes anfibios, eran nerviosos y se escapaban corriendo porque no se fiaban de nada.

La lagartija que se puso a perseguir Javier se escondió rápidamente bajo un canto rodado del tamaño de un ladrillo. Al levantar la roca, vio cómo el animal se escapaba a toda velocidad. Pero eso le dio igual. Allí había descubierto otra figura que le llamó más la atención. Aguantando el asco, levantó con la punta de los dedos un amasijo de algas y sedimentos compactados en forma de revólver.

Se acercó a una charca próxima para limpiar el artefacto, y entonces el hallazgo empezó a adquirir un aspecto más definido. Ahora incluso se podía ver claramente el gatillo y apreciar en el extremo del cañón el punto de mira.

-¡Eh, mirad lo que he encontrado! -gritó a los otros.

# EL HOGAR

Al llegar a casa lo primero que hizo fue enseñar la pistola a su padre, el cual la cogió y la examinó con curiosidad.

-Sí que parece un revólver de verdad -dijo, dándole vueltas para asegurarse.

-¿Entonces, podemos llevarlo para que lo restauren?

-Pues no sería mala idea -añadió mostrando más impaciencia que Javier por ver cómo quedaría.

Una semana después fue el padre el primero en admirar la pieza. Dorada. Resplandecía como una joya.

-¡Ha quedado de maravilla! -dijo.

La madre sin embargo se limitó a arrugar la cara y se marchó hablando entre dientes para otra habitación.

Que no le hubieran acoplado el resorte del percutor fue un inconveniente que no le gustó nada a Javier. De hecho, en el mismo taller en que lo arreglaron, el restaurador se encargó de explicar al padre que era un arma auténtica y que ajustar el muelle para realizar disparos, además de ser ilegal, podría llegar a ser peligroso.

A pesar de ese enojoso inconveniente, al día siguiente Javier invitó a los amigos para que se acercaran por su casa y así mostrarles lo bien que había quedado el hallazgo del río. Cuando vieron la pistola los otros dos, también se la quedaron mirando con la boca abierta.

-A ver. ¿La podemos tocar?

Desde que Javier vio las perfectas condiciones en que habían dejado el arma, unido a las caras de admiración que pusieron sus amigos, se había puesto en funcionamiento dentro de su cabeza una obsesión que le animaba a investigar en donde fuera necesario, y a preguntar a familiares y conocidos que entendieran sobre el tema de las armas, para así conseguir ponerla en funcionamiento otra vez.

-¿Por qué te interesas ahora por ese tema? -le preguntó un tío suyo que era cazador.

-Por nada, por saberlo. Es que en las pelis del Oeste salen pistolas como esta, pero más grandes.

-Déjame ver eso. Sí, es un revólver muy pequeño. De los que se usan para la defensa personal. Para distancias cortas -le explicó el tío sopesándolo con curiosidad-. El calibre también es pequeño. Qué curioso.

Se lo metió en un bolsillo de la chaqueta y lo volvió a sacar con rapidez, como si fuera un duelo entre pistoleros.

-¿Ves? Ocupan poco espacio y así se pueden llevar sin que se note. Se maneja sin problemas. ¿Y dices que te la encontraste en el río? Pues te lo han dejado bien niquelado. Toma -concluyó devolviendo el arma al niño.

Javier estaba convencido de que si no podía probarla con munición de verdad, aquello no valía para nada. Y aún le fastidiaba más la imposibilidad de que un niño de su edad pudiera conseguir balas reales.

Cuando comentó el tema a su padre, después de que este soltara varias carcajadas y le acariciara el pelo, le dijo que dejara de pensar en esas tonterías:

-Haz pum, pum, pum con la boca y así te entretienes jugando con los amigos. ¿Adónde vas tú pensando en balas de verdad?

"Un revólver de cinco balas. ¡Qué titulazo para una peli de vaqueros! Tiros por todas partes", pensó Javier una hora después, mientras tumbado en el sofá apuntaba con la pistola a la lámpara del techo y producía sonidos con la boca para imitar los disparos. ¡Pum, pum, pum!, como le había dicho su padre. Siempre hay que hacer caso a los padres.

Pero eso no era suficiente, Javier se había empeñado, y necesitaba llevar a cabo sus ideas fuera como fuera. Lo que quería decir que el tambor del revólver debía ser cargado y consecuentemente vuelto a vaciar. Si se fabrican los objetos, igual da el instrumento que sea, un violín o un revólver, es para ser usados, no para dejar que se oxiden y se pudran en el fondo de un río. Además, se imaginó que si lo habían tirado allí era porque quien lo hubiera utilizado no quería que le pillaran con el arma todavía humeante en la mano.

# EL TESÓN

Por mucho que hubiera pasado casi un año desde el hallazgo del arma, Javier seguía siendo igualmente un niño. Pero, dada la firmeza que le empujaba, consiguió superar todos los obstáculos y a lo largo de los meses aprendió a elaborar munición casera. No le resultó tarea fácil, pero al final consiguió encajar en el cargador las tan deseadas cinco balas.

Las instrucciones las fue encontrando en las revistas que su tío el cazador iba amontonando en el salón de su casa. Tenía tantas, que nunca llegó a enterarse de que el niño se hubiera llevado algún que otro ejemplar.

Javier se enteró de que su tío se fabricaba las balas él mismo. Al principio las explicaciones de las revistas no eran tan fáciles y sencillas como el muchacho se esperaba. Él solo se decía que, si su tío se las ingeniaba para fabricarlas por su cuenta, de la misma manera lo conseguiría él también, como así fue, porque después de ponerle todo el empeño que pudo, encontró manuales que parecían ideados para que los pudieran comprender hasta un niño de su edad. A partir de ahí, todo consistió en seguir cada paso e ir probando una y otra vez, hasta que lo consiguió de verdad.

Hubo momentos en que le pareció que todas las soluciones para lograr sus objetivos se le iban apareciendo de una manera encadenada, como descubrir la utilidad que le ofrecía el taller que su padre tenía detrás de la casa, donde fundía y moldeaba el metal de las esculturas que con tanto orgullo diseñaba.

-¿Qué haces? -le preguntó el padre cuando en una ocasión le sorprendió con las herramientas en la mano.

-Nada -se limitó a contestar.

-Ten cuidado, a ver si te cortas con eso -le riñó-. Dame.

Javier lo dejó todo y se fue a jugar. A partir de ese día se aseguró de que no lo volvieran a ver allí dedicándose al objetivo que llevaba marcado en el interior de su cabeza.

El padre empleaba los fines de semana para trabajar en el taller y no paraba de pegar martillazos sobre el yunque y utilizar el soplete, el torno y la fresadora para dar forma a sus creaciones. Cuando se cansaba lo abandonaba todo de manera caótica, dejando las herramientas desparramadas por cualquier lugar. Todo ese desbarajuste, como solo lo tocaba él, nadie más había para quejarse del desorden.

Javier se sorprendió y le alegró descubrir que, con ese método, a su padre le sería prácticamente imposible recordar si una

herramienta la había dejado aquí o allá cuando llegaba el fin de semana siguiente. Sin embargo, se dio cuenta de que aún así, su padre siempre sabía dónde encontrar lo que necesitaba cuando le hacía falta. Nunca había perdido una herramienta. Por eso mismo debía extremar las precauciones, y obligarse a colocar de nuevo las herramientas en el mismo lugar en donde su padre las había tirado, o guardado.

Para empezar con su propósito, durante una larga temporada, se dedicó a fijarse en cómo trabajaba su padre. Lo imitó y practicó con cuidado, asegurándose siempre de que nadie lo viera, y por supuesto teniendo cuidado de no hacerse ninguna herida. Terminó por manejar el soplete incluso mejor que el padre. Cortar y taladrar chapas, apretarlas en el torno y doblarlas para luego soldarlas; limarlas con suma pulcritud fue en donde concentró más el interés. Los cartuchos debían encajar a la perfección.

El muelle del gatillo resultó un trabajo también de precisión, que lo tuvo que repetir bastantes veces, pero que como todo lo demás al final lo consiguió. Había estado robando los resortes a su tío hasta que dio con el que resultó ser el adecuado. Lo manipuló con esmero y lo acopló asegurándose de que funcionaba perfectamente. Lo había conseguido. Le encantaba notar cómo al apretar el gatillo el percutor golpeaba contra el metal. De momento solo hacía un clic inofensivo, pero sonaba bien. ¡Toma ahí!, y él solito.

# LAS BALAS

Los trágicos acontecimientos con que fue sorprendida la ciudad transcendieron los límites de lo imaginable. De hecho, ni siquiera los propios investigadores de la policía consiguieron dar crédito a cómo se las había ingeniado un niño tan pequeño, para fabricar en el taller de su casa balas auténticas y sin que nadie llegara a enterarse.

Fueron justo cinco proyectiles: Primero dos para sus padres. Dos más para sus amigos. El último para él.

-¿Aún estás con esa tontería? -le reprochó el padre cuando vio que Javier mostraba otra vez aquel cacharro inútil-. Venga, comeos la merienda y luego os podéis ir a jugar.

El hombre nunca llegaría a saber, más allá del tiempo que una bala tarda en penetrar en un órgano vital, lo bien que su hijo había perfeccionado el pedazo de metal envuelto en musgo que había rescatado del río el verano del año pasado.

Pum, primero al progenitor. Directo al corazón. Luego giró el cañón hacia la derecha, pum, a la madre en plena frente. A la pobre la cara de sorpresa no le duró ni un segundo. Su cuerpo se desplomó inerme junto al de su marido.

-¿Habéis visto? ¡Funcionan de verdad! -exclamó con entusiasmo.

Pum, a Abel. En cualquier parte del tórax. Era un niño, cayó como un pajarito.

Pum, a Leonardo. Por la espalda mientras trataba de huir. Otro gorrión.

-¡Toma ya, no ha fallado ni una bala. Las hice perfectas!

Se colocó la boca del cañón en la sien y apretó el gatillo.

# LAS AMBULANCIAS

Cuando llegaron las ambulancias aún consiguieron que Javier respirara durante varios minutos. Por los otros ya desde el principio no se pudo hacer nada.

-¿Y ahora qué se supone que hay que hacer con esta mierda? -dijo el comisario Serralta a los agentes que le rodeaban.

-Señor comisario, es de lo que si se lo cuentan a uno, no se lo acaba de creer -respondió el policía uniformado que se encontraba a su derecha.

-¡Hay que joderse! -masculló el comisario con gesto de escepticismo mientras observaba la escena. Había acudido directamente al lugar de los hechos y, al vestir una cazadora corta

de calle desabrochada, ofrecía la apariencia de ser un ciudadano común-. ¡Hay que joderse! -seguía repitiendo mientras, sin parar de negar con la cabeza, se frotaba la barbilla con el índice y el pulgar porque no acababa de creerse lo que tenía delante-. Por mucho que no se quiera admitir, esta gente te supera siempre.

Entre tanto el personal especializado se movía concentrado de un sitio para otro, recogiendo todo tipo de muestras para los análisis, y los fotógrafos, considerando cualquier ángulo posible, no paraban de provocar destellos con sus cámaras para que no se quedara ni un rincón de la casa sin registrar. Había que cumplir con el trabajo, fuera eso a servir ya para algo o no.

La investigación policial no encontró que aquella tragedia ofreciera un aspecto demasiado lógico, ni tampoco ilógico, como para dedicarse a emitir especulaciones o suposiciones que se alejaban de su competencia. Lo mejor fue atenerse a la pura descripción de los hechos y si alguien los quería interpretar, e inventarse explicaciones estrafalarias, allá se apañara cada uno.

De hecho, las especulaciones sobre los influjos mágicos, fantásticos, de un más allá diabólico por una parte, o los tratados más académicos sobre psicopatías obsesivas y patologías criminales relacionadas con la herencia genética por otra, se dispararon descontroladamente. De esa manera tan efusiva, los entendidos y especialistas se dedicaron a escribir, durante el tiempo que duró la novedad, decenas de tratados en los cuales fueron redactadas sin control miles de explicaciones, teorías y conclusiones lapidarias. Y posiblemente, o seguramente, todos tenían su parte de razón.

"¿Qué había que perder? ¿Todo? Bueno. ¡Qué mejor precio que ese!" Fue una de las versiones que divulgaron aficionados a los guiones maquiavélicos, sobre los supuestos pensamientos finales del niño.

Seguramente y, aparte de las infinitas interrogaciones retóricas con las que fueron colmados los miles de tratados interminables, la decisión última de Javier no tuvo más razón que la mera curiosidad, la impaciencia, el deseo inaplazable de accionar el gatillo para comprobar que eran ciertas las leyendas que se contaban sobre las

pistolas, y sobre todo ver que su arduo trabajo había servido para que esa arma cumpliera con la función para la que había sido fabricada.

# EL COLECCIONISTA

Pasaron muchos años hasta que pude conseguir el revólver. El precio resultó verdaderamente caro, pero al fin y al cabo el dinero está para gastarlo. Lo tengo protegido dentro de una vitrina, fabricada con un cristal que es precisamente a prueba de balas. Cuando se sostiene la pistola en la mano, verdaderamente parece una pistola de juguete. Casi no pesa nada. Perfecta para ser manipulada por una mujer débil, como defensa personal, o por un niño, como fue el caso de Javier.

-¡Mirad, he conseguido fabricar balas para esto! -dicen que dijo Javier con alegría antes de ponerse a apretar el gatillo.

He cogido mucho cariño a este revólver de cinco balas. Lo limpio y lubrico con frecuencia. Me encanta. Lo hago con sumo cuidado, con delicadeza, como si acariciara a un ser vivo. No me cabe la menor duda de que, en el momento en que se presente la ocasión, va a funcionar sin problemas. El suministro de cartuchos no supone ningún inconveniente para mí.

¡Quién sabe! He oído contar múltiples versiones, a cuál más inverosímil. Hay mucha leyenda añadida detrás de esas historias. Por otra parte, el brillo que se desprende del artilugio me muestra vivamente las tramas conocidas y desconocidas con que ha llegado revestido hasta mi poder. Y la verdad es que pagaría lo que fuera necesario por conocer otras historias en las que hubiera participado el revólver, como por ejemplo la de por qué alguien lo lanzó al cauce del río. Sobre eso tan solo queda la resonancia de un posible asesinato que se perdió en los avismos del pasado, en los que la incógnita, de por qué el cargador apareció completamente vacío, acabará sepultada para siempre.

-Deshazte de eso cuanto antes -le dirían-. Donde nadie lo pueda encontrar.

Seguramente sucedió en una estación del año en la que el cauce bajaba con mucha agua. Días de lluvia y fiebre.

*Se escribe porque se espera, pese a toda duda.*
*Antonio Buero Vallejo*

# Confraternidad Carnal

## EL COMEDOR

Era ya por la tarde. En la vivienda reinaba el silencio. Incluso el rumor de la calle acentuaba ese sentido de tranquilidad. Se trataba de un apartamento de cuatro habitaciones, cada una de las cuales estaba ocupada por un estudiante universitario. La convivencia en la casa marchaba sin problemas; de hecho, desde el primer día del inicio del curso hasta el momento, no había surgido ningún problema en la relación entre sus habitantes. Los jóvenes, que al principio eran unos completos extraños, se habían convertido en compañeros bien avenidos de una forma natural, sencilla, cordial.

Dos de ellos estaban tomando un té en la cocina con el objeto de relajarse unos minutos. Después del descanso debían continuar estudiando un rato más hasta la hora de la cena. Uno de ellos tenía a la mañana siguiente un examen de latín y el otro, aunque no le apremiaba ningún examen cercano, no podía dejar de estudiar los temas de psicología de su especialidad porque, llegado el momento, esperaba obtener las mejores notas.

Un tema que más o menos unía a los moradores de esa casa era que cada uno, a su manera, disfrutaba leyendo novelas o relatos de la clase que fuera. Cuando terminaban un libro, comentaban la obra y se la recomendaban a los otros. Solía ser un tema habitual que les servía para entretener las comidas cuando se juntaban alrededor de la mesa.

En ese momento los otros dos amigos se encontraban en sus respectivas habitaciones porque estaban igualmente preocupados

por los exámenes. Eran estudiantes de medicina. Los descansos se los tomaban en horas diferentes ya que sus pausas estaban condicionadas por la memorización del mapa del cuerpo humano lleno de infinitas listas de músculos, sistemas nerviosos, huesos y toda clase de terminología médica que, quienes se aventuran en semejante laberinto cognitivo, saben muy bien a qué se atienen.

Ángel buscaba ser cardiólogo, mientras que Salvador se afanaba por la especialidad de neurocirugía. Puros fisiólogos prácticos. Por eso mismo sus ritmos neuronales o sus pulsaciones coronarias no coincidían con las de los compañeros que en ese momento tomaban el té.

Estaban muy lejos de coincidir con el ritmo yámbico o trocaico, o el hexámetro dactílico de César, el postulante a gramático de filología clásica; pero todavía tenían menos que ver con los cursos de psicología terapéutica, emocional, que aspiraba a dominar Ernesto, el cual se esforzaba por ser un perfecto sanador de mentes.

La perspectiva de Ernesto se relacionaba con los conceptos de la meditación transcendental y el desarrollo de las experiencias tántricas, estas últimas en cuanto arte de los mil orgasmos liberadores, y derivarlo todo hacia la posibilidad de que las mentes atormentadas puestas bajo su atención consiguieran descubrir puertas abiertas a la esperanza para capturar las energías vivificantes que se desplazan a través del éter cósmico.

Por su parte, César, después de haber leído un buen número de obras literarias importantes, sentía el prurito de escribir una contada por él mismo. Pretendía narrar experiencias a ser posible verdaderas o si no, inventarse situaciones descontroladas que transcurrieran en países lejanos o en tiempos pasados. Como hicieron los románticos. Se había propuesto convencer a Ernesto para desarrollar un libro en el que pudieran colaborar los cuatro compañeros y así que cada uno aportara situaciones y personajes con los que acometer intrigas inimaginables.

Se trataba de proyectos e ideas geniales, pero eran unos propósitos a los que había que dedicar demasiado tiempo y además de una manera tenaz, constante e incansable. Por eso mismo,

Ernesto no se mostraba muy convencido de dedicar parte de su tiempo a la construcción de inmensas obras literarias, las cuales resultarían imposible de compaginar con sus estudios. Él se quería centrar en la idea de considerar la realidad de sus profesiones, a las que tenían que dedicarse en el futuro porque, al fin y al cabo, el que mucho quiere dominar termina por no ser diestro en nada. Siempre consideraba el dicho de *el que mucho abarca poco aprieta*. Y por encima de todas esas consideraciones opinaba que la mayoría de los autores se comportaban como una pandilla de fracasados existenciales. Eran unos seres débiles, pobres dolientes, cuyo objetivo consistía en sublimar la desesperación mediante las mentiras y los embrollos que contaban. Sin ningún tipo de compasión los calificaba de adictos a las drogas, al alcohol y a las mentiras. Le gustaba remarcar las palabras acusándolos de tener un subconsciente deteriorado al que daban rienda suelta para expulsar sus prejuicios reprimidos. Un enredo tiránico de esos miserables que se creían muy sagaces. Menesterosos. Sometidos. A Ernesto no le importaba el tipo de artistas de que se trataran. Él siempre terminaba cuestionándolos, rebajándolos.

-Siempre dicen lo mismo -remarcaba Ernesto seriamente-, de una manera o de otra, siempre lo mismo.

-¡Es que más o menos de eso se trata! -se le escapó a César con alegría-. Es que justamente se trata de eso. Para mi gusto lo estás definiendo muy bien. Compartir los temas comunes y diversificarlos.

Ambos amigos, a la vez que les gustaba contradecirse, se comprendían bien. Y reían.

-La verdad -siguió Ernesto-, es que reconozco que me gusta recomendar las novelas que leo. Algunas son geniales. Pero por mi parte no me veo buscando personajes ni situaciones truculentas o retorcidas y encima yo sufriendo las mil penalidades del artista para conseguirlo. Prefiero analizarlas, más que crearlas. Volar por encima de las situaciones. Ser el dominador de un mundo virgen e inocente al que hay que proteger desde una visión superior. O expresándolo de una manera más profana, prefiero que la comida la prepare otro, un cocinero a quien le entusiasme el apoteosis de los platos. Luego

vengo yo y me los como. Gracias cocineros y gracias a todas las clases de artistas que existan.

-Te ha quedado gracioso -le dijo César-. No has parado de definir una y otra vez lo que es precisamente el mundo literario; la literatura en su estado puro o espurio, tanto da. Lo cojas por donde lo cojas siempre llegas al mundo literario. Lo revuelvas como quieras, no sales del mundo literario. Lo sabes muy bien.

-El espejo de la vida -sonrió Ernesto con sorna-. No son más que una panda de amargados. Unos sufriendo por conseguir el terror efímero del éxito y otros por llorar la vergüenza sangrante de la indiferencia y el olvido. Hay escritores que consumen su vida con la esperanza de que alguien se tome la molestia de leerlos y mientras tanto la gente se ríe de ellos por pretencioso , y de sus escritos por ridículos. Mendigos del reconocimiento. Si no consiguen la gratitud social, siempre quedarán como unos principiantes sin sustancia. Años de inquietudes y sufrimientos para nada.

"Pensar en esas incertidumbres me produce dolor de cabeza. Muchos son los llamados pero pocos los elegidos. No es lo mismo escribir que ser escritor. ¡Uy! Pido perdón por esto último que acabo de decir, creo que acabo de decir una perfecta perogrullada. Por cierto no me la he inventado yo, se lo oí a un escritor de renombre en la tele en un programa aburrido sobre teoría de la literatura y sonó como si hubiera pronunciado las palabras más profundas de la historia.

-Eso es verdad -dijo César reflexivo-. Cuando uno consigue triunfar, se los encumbra con coronas de laurel. Se arrodillan ante ellos aunque no hayan leído ni una página de sus libros. Porque toca.

-Pasa con todo.

-Sí, la verdad es que pasa con todo. Así lo han hecho desde siempre las sanguijuelas de mil especies.

-Por eso mismo, ya te digo que lo mejor es buscarse un trabajo sin complicaciones que te dé el dinero suficiente para ir tirando y poder viajar un poco y, el que quiera que le cuenten historietas, que

se las lea su abuelita antes de dormir. Que es lo mismo que decir que las novelas las escriban otros pringados para, cuando a mí me apetezca, leérmelas yo a mi aire. Y te repito todas las veces que quieras oírlo que lo digo precisamente porque entiendo esa fascinación, esa eterna fiebre literaria. De hecho hay escritores muy buenos. Mírame, hasta lo digo suspirando.

César le siguió dando argumentos en el sentido de que ser un escritor no implicaba necesariamente que tuviera que ser una persona desgraciada, desesperada o loca, también se podía ver desde la perspectiva de que es igualmente una manera de vivir, de divertirse, de enfrentarse a las vicisitudes de la existencia y de ofrecer a otros las propias vivencias, la propia sabiduría.

-¿Qué es la vida si no? -preguntó César mirando a Ernesto, aunque realmente la pregunta se la había hecho a sí mismo-. Y si por las circunstancias que fuera te cae el premio de ganar dinero por las palabras que escribes, pues mejor que mejor. Todo es cuestión de intentarlo. El que más y el que menos tiene algo que hacer o qué decir en esta vida. Y hay gente a quienes lo que precisamente les gusta es escribir. Comer y escribir. Aparearse y escribir. Ponerse ciego a beber licor y escribir. Lo que sea y escribir. Pero escribir.

-La perpetuación es imparable, la extinción impredecible.

-No entiendo a qué viene eso.

-Yo tampoco -después de una pausa Ernesto continuó-. La obstinada travesía del trapecio sin red. Definiciones metafóricas de la existencia. Si caes te destripas. A cierta gente le gusta ver tripas. Por lo menos en la ficción porque, cuando en la realidad la cosa va en serio, nos solemos cagar de miedo. *¿Cómo pueden pasar estas cosas tan terribles?*, dicen sorprendidos después de haber visto una maratón de series de zombis. Lo mejor en la vida es dejarse llevar por el simple devenir y ser un profesional prudente, neutro, pero feliz, sin problemas de cirrosis. Lo otro no es vivir, es ser un esclavo de los demás.

-Te gusta insistir. Tampoco está mal si vas por el camino cómodo -comentó César-. Todos somos unos payasos. Tanto en el sentido del que representa la gracia, como en el del que la ríe. Por ser

espectadores no estamos a salvo. Estoy utilizando una metáfora para referirme al escritor y al lector -Ernesto lo miró sonriendo con complacencia-. Sin embargo, un payaso profesional no es esclavo de nadie. De hecho los bufones de la corte eran los únicos que tenían libertad de expresión en los tiempos en los que las cabezas rodaban a la mínima que alguien decía un inconveniente.

-El gran teatro del mundo.

-O el gran circo de la existencia -añadió César-. Ya ves. Yo estuve una vez en una carrera de motos que montaron en un circuito urbano. Por los altavoces no paraban de decir a la gente que por favor no cruzaran la calle mientras se desarrollaba la competición porque aquello no era un circo. En el circo sin embargo hay números suicidas de motos que dan vueltas dentro de una jaula esférica. Tal vez sean dos conceptos distintos pero lo importante es disfrutar de la competición o del riesgo.

-La literatura es el tercer concepto.

-¿Lo ves? Tú eres precisamente el que mejor lo sabe. El que más y el que menos está como una cabra y necesita ayuda psicológica. Hasta los psicólogos utilizan, desde ya ni se sabe cuando, la técnica de la escritura terapéutica. Cuanto más loca está la gente resulta que son más originales.

Por encima de los inconvenientes que planteaba Ernesto, César no abandonaba su inmenso proyecto de escribir la historia del Imperio Romano, desde su fundación hasta la caída y siempre buscando imitar el estilo literario de Cicerón, de quien también deseaba escribir obras serias, intensas. Conocía una frase del escritor clásico que le gustaba repetir: *Estos son malos tiempos. Los hijos han dejado de obedecer a sus padres y todo el mundo escribe libros.* Al igual que al general Cayo Julio, a César el estudiante de letras clásicas tampoco le importaba el tiempo, para eso estaba el tiempo, para perderlo escribiendo sobre la vida y la historia.

Quería que la descripción del escritor latino Cicerón fuera lo más pegada a la realidad que él conocía, y al mismo tiempo buscaba reflejar lo más claramente posible lo complejo que todo ser humano siempre esconde en un pliegue desconocido por todos y sobre todo

por la propia persona misma. Se le mezclaban las ideas. La dificultad debe desembocar en la sencillez. La limpieza es necesaria para que nada llegue a oler mal. Obvio.

Se imaginaba que Cicerón había sobrevivido durante siglos hasta la actualidad. No murió, mataron a otro en su lugar, pudo escapar de su tiempo tal vez por asociarse con algún dios antiguo que también sobreviviera como él. De esa manera se convirtió en un relator anónimo de la historia de Occidente. Un cronista invisible, clandestino, que se las tuvo que ingeniar a través de los siglos. Entonces llega un día en que César lo conoce y entabla amistad con él… Podría ser que como inicio no quedara mal del todo, ya lo iría viendo poco a poco.

Lo importante consistía en que quedara lo mejor posible el producto final que ofrecería a quienes lo quisiera leer. Sentir la satisfacción de poder decir: este cuadro lo he pintado yo; yo saqué esta estatua de la piedra donde estaba escondida; estos papeles los escribí vaciando cientos de bolígrafos, pegando con los dedos miles de teclazos. Con toda la buena o mala fortuna del mundo, pero no dejan de ser míos. Si queréis los podréis quemar cuando me muera sobre mi tumba o en un basurero; para entonces tanto me dará.

Esos minutos que habían dedicado en tomar un té y relajarse, al final les había traído más tensión que tranquilidad. Pero no dejaba de ser una tensión entretenida. Una conversación amable. Les gustaba el juego dialéctico porque en definitiva era una buena manera de desahogarse.

-Lo que más molesta a algunos es la idea de la consciencia ineludible de sí mismo y del entorno -dijo César transformando sus pensamientos en palabras-. La respiración mecánica, inconsciente. Notar cómo la luz atraviesa los cristales de las ventanas, el polvo que se ve flotando en los rayos del sol, la proyección de las sombras en su camino hacia la noche.

-Serás un paciente interesante cuando trabaje en un manicomio -le dijo Ernesto.

Ambos rieron y se señalaron con el índice.

# LOS CUATRO AMIGOS

En ese momento entraron Salvador y Ángel, los dos estudiantes de medicina. Daba la sensación de que se hubieran coordinado al segundo para salir de sus habitaciones y entrar en la cocina al mismo tiempo. Les preguntaron a Ernesto y a César que de qué hablaban, mientras sacaban las sillas que había colocadas debajo de la mesa para sentarse. César fue el que se encargó de explicarlo. Los gestos de los futuros médicos sonrieron por lo que oían. Salvador opinó que había habido escritores famosos que a la vez eran médicos e incluso otros que abandonaron la medicina para dedicarse plenamente a la escritura.

Ángel, cuando terminó de beber de la botella de agua que había sacado de la nevera, dijo que lo más divertido que había leído en su vida eran los tratados que explicaban las técnicas de disección anatómica. Los forenses eran los artistas y sus bisturís sus verdaderas plumas con las que hacían la deconstrucción de las tramas fisiológicas, sin necesidad de justificar explicaciones con estilos rebuscados. Cortes rectos y al asunto.

-Bueno, tampoco simplifiques tanto -le interrumpió Salvador, mientras bebía de la botella del amigo.

-Corto aquí y aparece un órgano -continuó Ángel sin hacer caso-, corto al lado y sale otro. La víscera que sea da igual. Es el significado monosémico del corte en estado puro, sin florituras ornamentales. Cuando termine con este me como un solomillo poco hecho con una copa de vino tinto. El que quiera que tome notas y que se invente lo que le apetezca. Rajas a la gente y encima te pagan.

Ángel bebió otro trago de agua y siguió opinando que, si había que escribir un libro de ficción, los más divertidos eran los que trataban sobre asesinatos y las pistas que ofrecen los cuerpos al ser abiertos en canal para estudiar las incógnitas que desentrañan, nunca mejor dicho, las circunstancias en las que se produjo la muerte.

-Tanto ese tipo de novelas como las series de televisión son las historias que más éxito han tenido siempre. El tema de los asesinatos nunca pasa de moda. Y si se trata de asesinos en serie aún mejor.

-Y ya si no contamos con las películas de casquería o género gore, o como las quieras llamar -añadió Salvador.

Al terminar de hablar dio un trago a la botella que sostenía en la mano, se levantó, abrió el frigorífico y volvió a colocarla en el sitio de donde la había cogido el amigo antes de sentarse a la mesa.

-Estoy de acuerdo -dijo Ernesto-. Los bisturís dan para mucho tema. Y los bisturís láser son el no va más.

-Como los teclados virtuales -intervino César.

-De hecho-siguió Ernesto- se toman como la metáfora de cuando se acierta en lo más fino de un tema: *Sus opiniones eran cortantes como un bisturí.*

-¿Lo ves? A ti también te gusta buscar metáforas -intervino César.

-Hay personas que tienen lenguas más afiladas que un bisturí -dijo Salvador apoyando las palabras de Ernesto-. Gramática y cirugía. Sí señor.

-Fíjate que me apunto a las ideas que se están tratando aquí -siguió Ángel-. Entre todos vamos a escribir un libro tomando los puntos de vista que estamos comentando cada uno y que encima sea en latín. Aquí el que más y el que menos conoce un montón de términos latinos. Lo digo precisamente porque la medicina está llena de palabras en latín y, bueno, por supuesto también griegas. Sería original, ¿no creéis? Cuando lo publiquemos, los que se interesen, ya se encargarán de traducirlo a los idiomas inferiores que deseen.

Conversando de esta manera, se dieron cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo. Cada segundo era un latido con más valor que una pepita de oro. Se les hacía tarde y no era precisamente tiempo lo que les sobraba. Había que volver a hincar los codos. En el periodo del curso en el que se encontraban esa tarea era la más acuciante y por eso mismo estaban atrapados sin otra opción posible. Se pusieron rápidamente de acuerdo en que, a partir del día

siguiente, cada uno entregaría más o menos un folio escrito. Así en los ratos libres, como el que habían disfrutado esa tarde, podrían discutir las ideas desarrolladas por cada cual.

Ángel abrió el frigorífico, sacó la botella, bebió un trago, vació el resto del agua en el fregadero, a continuación estrujó el plástico, le enroscó de nuevo el tapón y arrojó el burruño al cubo de basura que había debajo del fregadero.

-El conejo de Alicia -dijo Ángel señalando su reloj de pulsera para que no se crearan falsas interpretaciones.

Todos sonrieron y sin permitirse más palabras se dirigieron a sus cubículos correspondientes para seguir con las tareas ineludibles hasta el descanso de la cena.

# EL DESVARÍO

Pasaron los días y debido a la cantidad de asignaturas a las que tenían que enfrentarse, por poco que supusiera el esfuerzo secundario que suponía el proyecto literario, tuvieron que olvidarse de un asunto que evidentemente no se podían permitir. Cuando vieron que la locomotora de su futuro se les echaba encima, los planes lúdicos se esfumaron rápidamente, mezclados con la nube efímera que salía a toda presión del vientre de la máquina. Cada cual se dedicó a lo que de verdad les interesaba y se aislaron por completo. Era la solución correcta; la más eficaz y la más necesaria para memorizar los conceptos de los volúmenes que, implacablemente, les esperaban abiertos sobre la mesa. Soledad y silencio era lo necesario para avanzar. *Ora et labora* era una máxima cuyo significado ninguno de los cuatro estudiantes podía eludir.

Pero, cuando los cerebros empiezan a descontrolarse no suelen traer consigo consecuencias positivas. La vida de cada hombre afecta a muchas otras vidas y los desajustes de la mente arrastran a las personas al caos. Esas eran el tipo de opiniones y estudios en las que se basaban los análisis de Ernesto. Del mismo modo que a

César le gustaba exponer las palabras de Cicerón cuando este decía que: *Hay enfermedades del alma más perniciosas que las del cuerpo.* Lo dijo hacía muchos siglos y por lo visto durante todo el tiempo transcurrido desde entonces pocas cosas, por no decir ninguna, habían cambiado en ese respecto. Cuando se desata la locura que empuja a actuar a un perturbado, ya no hay remedios que valgan. Es gente que sigue brindando argumentos para infinidad de guiones macabros y para los análisis de los que se ocupaba Ernesto.

Fueron los que se dedicaban a las enfermedades físicas los que adoptaron unas técnicas de expresión muy diferente a lo acordado la tarde del encuentro amistoso en la cocina. Las intenciones literarias en las que los cuatro estudiantes habían confiado, como si se tratara de una línea recta hacia un futuro incuestionable, no se cumplirían porque todo dio un vuelco radical. La sórdida monotonía desvió las conductas estudiosas, trabajadoras, intachables, en una dirección inesperada.

Contrariamente a los dignos propósitos que cada uno llevara en su cabeza, conforme pasó el tiempo Ángel y Salvador empezaron a distorsionar la imagen de las coordenadas que les envolvían. A cada vuelta de las agujas del reloj la apreciación de soledad les mostraba más incertidumbre, más capas de desdicha, espesas y agobiantes. El entorno se deterioraba inquebrantablemente. Los minutos se superponían sin relación de continuidad. Fluían hacia un limbo que contradecía cualquier cronología lógica. Terminaron perdidos en una espesa niebla llena de ecos amenazadores. Oían goznes chirriantes de puertas que se abrían a medias. Rugidos que salían de lo profundo de cuevas sin fondo. Imaginaban matorrales espesos que se agitaban de una manera inquietante en una playa desconocida sobre la que habían sido arrojados por las olas.

Los dos aspirantes a ser doctores en medicina utilizaron los cuerpos de sus otros dos compañeros de piso para hacer prácticas de autopsias. Diseccionaron sus cuerpos jóvenes y frescos con el propósito de complementar las deficientes prácticas que les ofrecían en la facultad, a las que ellos mismos consideraban como poco

competentes. Dado sus amplias necesidades de conocimiento sobre morfología, histología y toda la amplia variedad de términos que recoge la disciplina médica, no tuvieron más remedio que actuar.

Tanto Salvador como Ángel aprovecharon la ocasión y pusieron mucho interés en que sus otros dos compañeros de piso sufrieran largamente, para de esa forma asegurarse de cómo el dolor afectaba al tejido de los órganos y consecuentemente registrar el resultado una vez las vísceras dejaban de funcionar. Fueron capaces de matar, en el más estricto sentido literal del término, por conseguir los resultados que querían.

Disfrutaron viéndolos retorcerse, pero eso no afectó a sus intenciones de demostrar una documentación científica completamente objetiva. No eran pioneros en las prácticas sádicas y despiadadas, eso ya existía desde tiempos inmemoriales, pero gracias a ellos ahora ya se podían encontrar anotaciones neutrales de verdadero trabajo de campo o de laboratorio. Se había dado otro paso para seguir los estudios encaminados a desvelar el verdadero funcionamiento de la vida. Conocimientos necesarios que la cobardía humana se obstinaba en no reconocer e incluso en ocultar o rechazar como inmoral y antiético.

Fueron todo lo precavidos que pudieron con el objetivo de que no les molestaran y así trabajar con tranquilidad. El olor de la descomposición hubiera puesto en alerta a los infatigables gatos del callejón y a los olfatos rastreadores de los vecinos. Pero gracias a que el frigorífico donde guardaban los cadáveres era amplio, moderno y cumplía completamente con las normas de eficiencia energética, en cuanto al bajo consumo de electricidad, al hermetismo de las puertas y todo el resto de estándares comerciales exigidos, ayudó a que los cuerpos no fueran encontrados tan fácilmente. Estaban bien custodiados, sin miedo a que se corrompieran y así poder repasar las partes por separado. Un cuerpo, por muy troceado que esté, nunca deja de ofrecer información y conocimiento. Eran de la corriente de que no se debe desperdiciar nada, pues siempre se puede sacar algún provecho inesperado.

No obstante, los asesinos terminaron siendo atrapados. Muchos agoreros opinaron que el caso era evidente desde el principio, porque un frigorífico tan grande era muy difícil de ocultar. Y todavía era más difícil un frigorífico de ese tamaño lleno de miembros y órganos humanos. Cuando registraron la casa, el agente de policía que abrió la puerta del frigorífico sufrió un ataque de ansiedad y salió vomitando al rellano de la escalera.

-Otra que tal -dijo sin más el comisario Serralta cuando contempló el panorama-. A ver, que alguien ayude a ese hombre.

Algunas personas opinaban que no fue tan sencillo de descubrirlos, aunque sí había que admitir que, para desgracia de los dos devotos a la carrera médica, el efecto dominó que produjo la caída de una ficha contra otra no paró hasta que fueron descubiertos.

Nunca se deben olvidar los ubicuos, los traidores, los malditos cabos sueltos. Seguramente la cadena pudo empezar por cualquier acción inadvertida, algo que tiraron a la basura, alguna palabra sospechosa que oyó la portera, la pescadera, la verdulera, siempre se trata de la persona más inesperada. El caso es que la mecha que ellos mismos se encargaron de encender siguió avanzando hasta que llegó a los pies del detective que se encargó del caso. El investigador siguió el rastro en la dirección que le marcaban los indicios y estos le guiaron hasta las manos inmaculadamente desinfectadas de los culpables.

Como es natural no se puede olvidar la inquietud que produjo la ausencia de las dos víctimas en sus respectivos hogares familiares, que por supuesto denunciaron las desapariciones cuando se dieron cuenta de que no podían contactar con sus hijos ni se presentaban por casa desde hacía demasiado tiempo. Esa alarma provocó los interrogatorios en el vecindario y la búsqueda de información en las facultades a las que debían acudir César y Ernesto.

Cuando se es culpable resulta muy difícil ocultar los sentimientos. Tarde o temprano aparecen gestos delatores en forma de reflejos incontrolados. Para desgracia de aquellos dos aplicados desolladores, no se pueden dominar todas las disciplinas a la perfección. A esas

alturas ya no distinguían entre ensayar interpretación para triunfar en las salas de teatro o ensayar adecuadamente para conseguir éxitos en las salas de operaciones quirúrgicas.

Cuando los atraparon ya solo les quedó esperar estoicamente en sus respectivas celdas de internamiento a que allá afuera el mundo se desarrollara sin ellos.

A pesar de que les hubieran descubierto, ni Ángel ni Salvador se rindieron tan fácilmente. Permanecieron alerta como hurones acorralados y, cuando vieron que venían a arrestarlos, ambos trataron de huir lo más rápido que sus piernas les permitieron.

Como consecuencia se produjeron dos escenas de persecución vertiginosa.

Con Ángel la caza se desarrolló como si se tratara de una carrera de obstáculos. Corrió desesperadamente por las calles llenas de gente, saltando vallas y tumbando las cajas de las furgonetas de reparto que los mensajeros apilaban en las aceras. Al tratar de cruzar una avenida lo atropelló un coche que lo levantó por los aires. El auto no lo mató, pero con varias costillas rotas ya no pudo seguir respirando bien y los intentos de continuar la huida resultaron dolorosos e inútiles. Lo detuvieron, lo esposaron, lo introdujeron en una ambulancia y lo llevaron al hospital más cercano. En la ambulancia no paró de revolverse y quejarse furiosamente. Decía que aquellos dos majaderos que habían matado querían acabar con el mundo convirtiéndonos a todos en idiotas y que fueron Ángel y Salvador quienes habían liberado a la humanidad de una destrucción absurda. Hasta que el sanitario no le inyectó un sedante para que se calmara no paró de dar gritos desesperados tratando de explicar su heroicidad.

En cuanto a Salvador, la persecución se convirtió en una competición automovilística en la que los coches se metían por las direcciones contrarias de las calles, se saltaban todos los semáforos en rojo y arrollaban las mesas de las terrazas de los bares haciendo saltar las sombrillas por los aires. La gente al verlos venir destrozándolo todo se levantaba espantada y corría para salvarse.

Sin embargo, por mucho que intentó zafarse de la policía, terminó saliéndose de la carretera y, al invadir un parque a toda velocidad, chocó en seco contra el tronco de un árbol en donde el coche quedó empotrado. El motor empezó a expulsar al instante una nube de humo negro. Lo sacaron casi sin sentido después de despegarle la cara del airbag.

-Me sabe mal por el pobre árbol -dijo cuando lo esposaban y lo introducían en el coche patrulla-. Los pobres son los pulmones del planeta y mira cómo los tratamos.

# JUICIO Y CONDENA

Pusieron a ambos a buen recaudo, se les juzgó y fueron sentenciados a cumplir largas condenas.

En el juicio, tanto los padres de Salvador como los de Ángel, no pararon de insultar a César y a Ernesto porque afirmaban que ellos eran los verdaderos culpables de que sus hijos estuvieran siendo juzgados por asesinos, cuando en realidad fueron esos dos sinvergüenzas los que obligaron a sus ingenuos retoños a defenderse. Seguro que los habían embaucado y provocado porque sus niños siempre habían sido unas personitas muy buenas. En la escuela eran los preferidos de los maestros. Se daban mucho a querer y a donde quiera que fuesen los recibían con los brazos abiertos.

-¡Señores, ya está bien de manifestar sus quejas de esa manera! -les amonestó el juez una vez se había leído el veredicto final-. La sentencia es clara y la culpabilidad de sus hijos ha quedado notoriamente manifiesta. Por favor, desalojen la sala si son tan amables.

Ángel, el especialista en el tratamiento de los desórdenes vasculares, curiosamente murió de un ataque al corazón al año de su ingreso en prisión. O al menos esa fue la versión que constó en los informes oficiales. Otras versiones hablaban de que lo mataron

cortándole el cuello o de que se suicidó bebiendo lejía cuando lo destinaron a la lavandería, o que lo violaron en las duchas y allí mismo lo estrangularon.

Por su parte, Salvador, el neurocirujano, después de haber cumplido la prolongada penitencia a la que había sido condenado, se suicidó cuando le faltaban pocos días para salir. Ya que le iba a resultar demasiado difícil encontrar alguien a quien matar y comer su cerebro sin que lo volvieran a detener, se rindió. Había probado los dos cerebros de aquellos dos necios y le gustó. Por eso decidió que no valía la pena seguir viviendo ahí afuera. Lo mejor era terminar de una vez.

En la carta que escribió Salvador, dejó claro que no se arrepentía de ninguna de sus actuaciones, pero en ella escribía que ya no le quedaba nada por lo que pudiera interesarle la vida. Todo lo dejaba para las siguientes generaciones. Los estudios que él había recopilado en sus libretas durante los años de internamiento era un saber que siempre podía ser mejorado por las personas intrépidas que se aventuran a indagar en los pilares del conocimiento. Porque precisamente ese fue el trabajo que intentaron llevar a cabo su colega de estudios y él, aunque el método que utilizaron no hubiera tenido el reconocimiento y agradecimiento debido por parte de las mentes llenas de prejuicios. Su labor se había basado en utilizar individuos con vidas sin provecho. Se habían enfrentado al riesgo con valor y decisión para conseguir los modestos análisis que pretendían transmitir y que ofrecían multitud de soluciones para aquellos científicos cuyas mentes estuvieran abiertas a nuevos métodos de investigación sin límites.

Salvador seguía confesando en el escrito que la muerte de Ángel se debió más bien a la impotencia que sentía al ver que ya no podría comer nunca más carne humana. Especialmente como le gustaba a Ángel: el corazón cortado en finas láminas y ligeramente salteadas en la sartén. A Salvador le pasó lo mismo, o algo muy parecido. Había pasado demasiado tiempo sin llevarse a la boca un trozo de cerebro humano. Contrariamente a Ángel, para su gusto personal, prefería comer la masa cerebral con cucharilla de postre, como si

fuera yogur o flan; que la masa rosada se conservara aún palpitante, puesto que así el cerebro crudo guardaba su verdadero sabor; por poco que se caliente se deteriora su delicada textura y su fresco sabor.

La carta terminaba con una cita, cuya autoría Salvador se encargó de subrayar con claridad: *No basta con alcanzar la sabiduría, es necesario saber utilizarla*; Cicerón.

# NUEVOS INQUILINOS

A manera de epílogo habría que recordar cómo, en los días en que se desarrolló el juicio, el propietario del piso, al ver la afluencia de gente que se acercó para alquilar la vivienda donde había sucedido la tremenda carnicería, subió el precio todo lo que pudo. Los desdichados que no pudieron pagar tanto dinero lo consideraron un abuso desproporcionado. ¡No hay derecho a tal atropello! Sin embargo, los afortunados que sí pudieron abonar la cantidad exigida la ocuparon con todo el placer del mundo.

Precisamente y debido a esos precios tan desorbitados los nuevos inquilinos disfrutaron con más satisfacción de su estancia en el alojamiento maldito. Y aunque para su pesar el frigorífico original lo habían sustituido por otro nuevo, el placer que sintieron al acariciar los muebles y las paredes que cobijaron a aquel grupo de estudiantes perturbados quedó de sobra satisfecho.

*Lo que uno está obligado a hacer, suele hacerlo con un sentido poco definido, tal vez solo con cierta desesperación.*
*Stephen Maturin (Patrick O´Brian)*

# Tres veces disparé

Carlos tenía un fusil. No era exactamente un fusil de asalto, tal vez sería más correcto calificarlo como escopeta de caza, o algo así. Era de la marca Remington calibre cinco milímetros.

Un día nos invitó a Juan y a mí a que fuéramos de buena mañana a un campo de tiro a disparar; simplemente para entretenernos, para pasar la mañana. Los tres éramos buenos amigos, aunque no sé si puedo decir que Juan y yo nos hubiéramos llevado muy bien alguna vez en la vida; y la verdad es que pensándolo con tranquilidad, tampoco he sabido nunca muy bien qué situación en concreto nos llevó a tenernos esa aversión mutua. Por lo visto hay circunstancias que suceden así sin más y ya está; mejor no buscar explicaciones forzadas e innecesarias porque eso te puede llevar a enfurecerte sin ningún sentido ni necesidad. Hay que admitir que la razón por la que existiera esa relación entre los tres se debía a Carlos, porque Carlos sí que era un tipo relajado y natural, o lo que se suele calificar como un hombre tranquilo.

Carlos tenía licencia de caza, por lo que podíamos ir tranquilos sin el temor de que los guardias rurales nos pudieran decir nada. Con respecto a Juan y a mí, solo teníamos la experiencia de haber disparado en la mili con el Cetme, que era una clase de arma muy diferente. Era más pesado y funcionaba con munición de mayor calibre; con balas de siete milímetros, ideadas para dejar seca a una persona al primer impacto.

-El Cetme era un instrumento macizo -comenté mientras marchábamos en el coche camino del campo de tiro-, sólido, preparado como maza bélica. De hecho, la guerra del golfo pérsico

entre Irak e Irán se desarrolló pegándose tiros los unos a los otros con ese fusil.

-Sin embargo, el fusil Remington, al ser más ligero, es también más efectivo a la hora de hacer puntería -opinó Carlos.

"Podría ser", pensé para mis adentros, pero eso no era más que su opinión. Tenía que presumir de arma. Lo entendí,

-A mí -dije-, el capitán de la compañía me felicitó al indicarme que yo concentraba bien el tiro. Decía que era mejor eso que acertar una bala justo en el blanco, y que las demás se fueran a saber adónde.

Carlos nos informó que frecuentaba bastante ese lugar oculto entre las montañas a donde nos encaminábamos para realizar las prácticas de tiro.

Yo conocía a Carlos desde hacía años, pero nunca me había enterado de que tuviera ese tipo de armas en casa. Era un secreto que tenía bien guardado. Incluso para los amigos. Reconozco que era un hombre prudente. Decía que le encantaba apretar el gatillo, pero de forma discreta y que además con ese tipo de cacharros toda precaución era poca.

-Nunca hay que disparar porque sí -nos explicó mientras conducía-. Los verdaderos cazadores tienen que mantener esa norma estricta, porque saben de sobra lo que llevan sujeto en las manos.

El sitio al que llegamos era un solar llano y amplio. Enfrente se levantaba la ladera de una montaña cubierta de pinos y arbustos, que se elevaba unos cientos de metros casi en vertical hacia un cielo completamente despejado.

-Este es un buen sitio -dijo Carlos mirando a lo alto-. Lo han elegido porque los tiros se quedan clavados por ahí entre la tierra suelta y los matojos.

Le pedí que me pasara el fusil un momento. Al sopesarlo, el Remington me pareció que era una escopeta de perdigones.

-Casi no pesa -dije.

-Ya te lo he dicho. Así es mejor para hacer puntería. Esto no es un fusil de asalto.

-Pues los fusiles militares también tienen precisión -le volví a remarcar-. A mí me gustaba disparar con el Cetme.

-Ya, pero es normal que esta clase de arma sea más ligera. Ya ves, es prácticamente una escopeta. Sin complicaciones. Además en las armerías normales no venden fusiles de asalto. Esto es más para practicar el deporte de puntería que para destrozar a un enemigo.

Me encogí de hombros aceptando mi ignorancia.

Nos acercamos un poco más a la falda de la montaña y cada uno levantó una pequeña columna de piedras superpuestas para que sirvieran de blanco. Luego nos alejamos, calculando que la distancia fuera suficiente para que todos consiguiéramos acertar.

-Esos blancos quedan un poco cutres -se quejó Juan.

-Para empezar no están mal -le contestó Carlos-. Si resultan o no, ya lo veremos luego.

Me di cuenta de que había toda clase de blancos destrozados, medio ocultos entre los zarzales. Utilizaban latas, maderas, cajas de cartón o botellas de plástico de cualquier tamaño o color. No importaba en cuál de los objetos se fijara la mirada para descubrirlo lleno de agujeros por todas partes.

-¿Aquí viene más gente a practicar, no? -pregunté.

-Sí, viene bastante gente -me empezó a explicar Carlos-. Es un campo de tiro muy frecuentado porque se trata de un sitio aislado y seguro. Pero a estas horas no creo que venga nadie. Aún es muy pronto. Tenemos suerte. Mejor. Así podremos disparar con más tranquilidad.

-Pues venga -le cortó Juan-. A qué esperamos para empezar. Estoy ansioso por apretar el gatillo.

-De acuerdo. Tienes razón -Carlos señaló los montoncitos de piedra que habíamos levantado-. Conforme vayamos acertando, iremos retrocediendo para que el reto sea más emocionante.

Nos lo dijo con la misma naturalidad que lo hubiera hecho un oficial al mando. Por esa razón admitimos sus palabras tal cual, sin poner ninguna objeción. Al fin y al cabo el experto era él, al igual

que también era él el dueño del arma. Al primero a quien Carlos ofreció el rifle fue a Juan.

-Toma si tantas ganas tienes, tú empiezas. Nos corresponden tres balas a cada uno, por cada tanda. Como es natural, si alguien acierta a los tres montones, gana.

Desde la distancia en que nos situamos Juan no acertó a ningún montón. Solo se vieron los impactos en el suelo y cómo salía despedida la tierra desde el lugar en donde se clavaba el proyectil.

-¡Vaya mierda! -se quejó.

-No pasa nada hombre. Trae -le dijo Carlos-. Mirad.

Volvió a cargar otros tres cartuchos finos y alargados. Apuntó y empezó a disparar sin prisas. Conforme cada impacto destrozaba un montoncito, las piedras saltaban hechas pedazos diseminándose por los alrededores.

-¿Y ahora a dónde disparo yo? -pregunté.

Nos reímos. Carlos sin decir nada, le pasó el arma a Juan, se puso a caminar, levantó otras tres columnas y volvió.

-Ya está -me dijo, mostrándome la sonrisa de buen amigo que le caracterizaba.

-Gracias. Han quedado unos montones perfectos -opiné, devolviéndole la sonrisa.

-Trae -le dijo a Juan.

Se disponía a meter más balas en la recámara pero yo le paré.

-Espera. Yo también sé hacerlo.

-Vale, entonces toma, adelante.

Me puso en una mano el arma, y en la otra la munición.

-De acuerdo -dije.

Metí sin dificultad las tres balas empujándolas con el dedo pulgar. Se tenían que introducir por un orificio en sentido horizontal. Me las quise dar de experimentado pero en realidad era la primera vez que cargaba un arma así. Con el Cetme era diferente. Primero metías las balas en el cargador, que tenía una cabida de hasta veinte, lo golpeabas contra el tacón de la bota para asegurarte de que las

balas quedaban perfectamente alineadas, para que no se encasquillaran, luego lo metías por la rendija de carga dándole un golpe seco, tirabas de la palanca, la soltabas de un manotazo, y ya tenías una bala en la recámara. A partir de ahí era cuestión de poner el selector de disparo en la posición de tiro a tiro o en ráfaga, y empezar. La Remington no tenía para ráfaga, aunque, eso sí, la recarga de los proyectiles era automática. No había que usar el cerrojo cada vez. Comprobé que todo estaba correcto, amartillé el pasador y apunté.

Plantado de pie no me concentraba. Probé a colocar una rodilla en tierra pero tampoco resultó. Preferí tirarme cuerpo a tierra para ver si así aseguraba mejor la puntería.

-¡Qué guarro! -dijo Juan.

-No me vengas ahora tocando los cojones -le dije-. Déjame concentrarme porque si me levanto te frío.

Se lo dije con rabia sincera.

-Joder tampoco es para ponerse así -me contestó-. Es que te estás poniendo la ropa hecha una mierda.

-Eso es problema mío, así que cállate de una vez.

Me calmé, me concentré de nuevo y volví a apuntar. Preferí considerarlo un simple pique entre colegas.

-¡Va, a qué esperas? Es para hoy -volvió a distraerme Juan.

-¿Por qué no cierras la boca y dejas que me concentre?

-Total qué más da si fallas o no -añadió señalando las piedras.

Ya no le volví a hacer caso y apreté el gatillo tranquilamente las tres veces. Fallé el último disparo contra la tercera columna, aunque incluso así la bala rozó la piedra que estaba encima.

-¡Vaya mierda, he fallado la última! -me quejé mordiéndome el labio de rabia-. He desperdiciado una bala.

-Joder cómo se pone este -dijo Juan-. Solo has fallado una. Yo he fallado los tres tiros.

-Es verdad. No ha estado mal, hombre -me animó Carlos-. Para ser la primera vez esas tres balas te han servido bien como ensayo.

-Para mí que este ha tenido más suerte que puntería -dijo Juan en tono burlón.

-Si te hubiera disparado a ti -le repliqué-, no habría fallado ni una bala.

-¡Eh!, cuidado que así creo que vamos a peor -se quejó Juan, apretando las mandíbulas y los puños, y mirándome con furia. Le vi con ganas de que en ese mismo momento empezáramos a darnos de puñetazos.

-Venga gilipollas -dijo Carlos para calmar la situación-, no os paséis, que no sois más que un par de inútiles de mierda. Vamos a disparar otra vez. Toma, ahora te toca a ti otra vez.

Carlos extendió el brazo y le pasó el rifle cargado a Juan. Este lo cogió y apuntó hacia los montículos. Inesperadamente cambió de opinión y volviendo el cañón lo puso con la boca dirigida hacia mí.

-Y ahora qué dices tú payaso -me dijo apuntándome a la cara con el dedo metido en el guardamonte.

El túnel que Juan había colocado ante mis ojos me pareció gigantesco. Casi vomito. Pero aguanté.

-Eso es peligroso -le advirtió Carlos-. Dejad de hacer los subnormales. Y tú apunta a las piedras y dispara de una vez. Me parece a mí que ya me estáis tocando un poco las pelotas. Rectifico: un poco no, demasiado.

Juan se volvió hacia las piedras y disparó las tres balas seguidas contra los montículos casi sin apuntar. En esta ocasión no falló ningún tiro. Se giró hacia mí y me clavó desafiante los ojos, aunque no dijo nada.

-Está visto que la mala leche te ayuda a apuntar -comenté.

-Venga no seáis impertinentes. Si vais a seguir así, nos vamos para casa -amenazó Carlos, dirigiéndonos la mirada con el ceño fruncido alternativamente a uno y a otro. Verdaderamente servía para el mando. Habría sido un buen oficial de esos que la tropa, de ser necesario, le seguiría hasta la boca del mismo averno. Reconozco que me gustan esas frases típicas y grandilocuentes, y es porque me

gusta obedecer. Miradas cortantes, lenguas afiladas, seguridad en el gesto.

-Vale -dije-. Hay que tranquilizarse. Déjame disparar ahora a mí que el listón del reto se ha puesto alto.

-No sé. Os habéis puesto los dos muy tontos y no me fio de ninguno de vosotros -me cortó Carlos con la cara de enfado que seguía sin relajarse.

Juan y yo nos dimos la espalda y miramos cada uno hacia un sitio distinto.

-Toma, anda -me dijo Carlos acercándome el fusil-. Parece mentira. Como niños tontos. Coge estas balas. Ya que hemos venido voy a hacer como si no os oyera. Venga, tiras tú, luego yo y nos vamos.

Metí las tres balas y cargué. Esta vez no me tiré cuerpo a tierra. Estaba tenso. Me temblaba el pulso. Apunté a un árbol para relajarme. Era un blanco muy grande. Preferí concentrarme en el nacimiento de una rama con la idea de desgajarla del tronco. Una vez puesto adecuadamente en posición, dirigí el cañón hacia el primer montoncito de piedras. Esta vez me había propuesto acertar los tres tiros.

-¡Pero quieres disparar de una vez! -me gritó Juan-. Ni que el fusil fuera tuyo.

-¡Cállate hijo de puta! -le grité mientras me volvía para apuntarle como había hecho antes él conmigo. Esta vez yo no supe controlar el gatillo y el tiro que se escapó le atravesó el tórax de parte a parte.

Yo me quedé inmóvil. Congelado. Con el arma en las manos sin saber cómo reaccionar. Miré a Juan sin vida, tumbado con la espalda pegada el suelo, los brazos abiertos en cruz y las piernas separadas. Parecía que le gustara contemplar el cielo con los ojos completamente abiertos. Sin embargo el gesto de sorpresa que se le había marcado en la cara parecía querer entender qué había pasado. Una mancha de sangre se fue extendiendo por la hierba de una manera muy rápida.

Carlos me miró horrorizado.

-¿Pero qué cojones has hecho? -me preguntó sin creerse lo que tenía delante de sus ojos.

De repente oímos voces. Por lo visto nos habíamos equivocado y ese día también había gente madrugadora como nosotros. Un grupo de cinco hombres había llegado en el momento justo para ver lo sucedido. Se quedaron quietos. Expectantes. Se hallaban como a unos sesenta metros. Nos miraban sin saber qué hacer.

Yo dirigí el fusil hacia ellos y disparé los cartuchos restantes. Vi cómo dos cuerpos caían al suelo igual que muñecos sin vida. Los demás se tiraron al suelo sin pensarlo. Cargaron rápidamente sus armas y nos dispararon a discreción. Nosotros también formábamos un blanco fácil. Nos acertaron a Carlos y a mí por todo el cuerpo. Carlos murió en el acto, como le había pasado medio minuto antes a Juan.

Tal vez esta historia resulte la historia más previsible del mundo. Reconozco que si se me escapó el gatillo fue por las ganas que le tenía a Juan. Da igual, lo hecho ya no tiene remedio.

Respecto al tema de la muerte todavía no se ha encontrado un remedio, no hay marcha atrás como obscenamente pueda pasar en un coito malogrado. O tal vez sí, porque yo sobreviví después de haberme tirado una larga temporada en el hospital debatiéndome entre la vida y la muerte. Y aquí sigo para poderlo contar; encerrado prácticamente de por vida, pero sano, sin secuelas físicas de ningún tipo. Como el motorista fantasma. Sin embargo, no recuerdo haber hecho un pacto con nadie. Da igual, a veces me veo obligado a presumir de las cicatrices delante de los demás.

-Mirad cuantos impactos -les digo, mientras luego les paso a cantar-: *Tres veces disparé, tres veces disparé, tres veces disparé; la primera por coraje, la segunda por capricho, la tercera por placeeer...*

Si no te impones a la gentuza de aquí dentro, te comen vivo. Me miran horrorizados. Está claro que todavía queda mucho para el final. Al mío me refiero.

# Sobre el autor

Antonio Trijueque Monge nació en Madrid.

Es licenciado en Filología Hispánica con la especialidad de Literatura, por la Universidad de Valencia.

A lo largo de los años ha trabajado como profesor de enseñanza media.

Impartió clases de escritura creativa en la Universidad Popular de Gandía y dio conferencias en la misma institución basadas en literatura, cine y series para la televisión, centrado en las tramas sobre viajes en el tiempo y desplazamientos a realidades alternativas.

Hoy en día se dedica enteramente al trabajo literario.

Con anterioridad ha publicado: *El cerebro escindido* (2019), una serie de relatos fantásticos y de terror, y *Cuentos ideales* (2021), novela sobre las experiencias de unos amigos a través de la vida y siempre relacionado con el mundo literario.